



US

SARINA BOWEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR OF *THE IVY YEARS*

ELLE KENNEDY

NYT BESTSELLING AUTHOR OF *THE DEAL*

Him #2

Us

Sarina Bowen &
Elle Kennedy



DIAGRAMADO POR CARONIN84

Índice

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Biografía del autor](#)

Sinopsis

¿Pueden tus jugadores de hockey favoritos acabar juntos su primera temporada invicta?

Cinco meses en la NHL, Ryan Wesley está teniendo una temporada de novato rompe records. Está viviendo su sueño jugando al hockey profesional y volviendo a casa cada noche con el hombre que ama, Jamie Canning, su viejo mejor amigo convertido en novio. Solo hay un problema: la relación más importante de su vida es una que tiene que mantenerse escondida, o al menos, de cara a la tormenta de medios que eclipsaría su éxito en el hielo.

Jamie ama a Wes. Real y verdaderamente lo hace. Pero esconderse apesta. No es la vida que Jamie había imaginado para sí mismo y la tensión de mantener su secreto le está pasando factura. No ayuda que su nuevo trabajo no esté yendo tan lisamente como había esperado, pero sabe que puede atravesarlo mientras tenga a Wes. Al menos el apartamento 10B es su refugio, donde siempre pueden ser ellos mismos.

¿Pueden? Cuando el compañero de equipo más entrometido de Wes se muda al piso de arriba, los hilos de su mentira tejida con cuidado comienzan a desenredarse. Con el mundo exterior determinado a lanzarles su mejor tiro, ¿pueden Wes y Jamie desarrollar habilidades en las relaciones en las grandes ligas sobre la marcha?

Aviso: contiene situaciones sexuales, una silla vibratoria, momentos excitantes a larga distancia y una prueba de que los jugadores de hockey lucen ardientes en cualquier tono de verde.

Capítulo 1

Wes

Vancouver es una ciudad hermosa, pero no puedo esperar para irme de aquí.

Acabamos de terminar el viaje por carretera más largo en nuestra agenda, y no puedo esperar para volver a casa. De pie en una lujosa habitación de hotel con vista al mar, sacudo el papel de seda de una camisa que acabo de comprar en la tienda de la esquina. Desde que he estado viviendo lejos por tanto tiempo, no tengo ropa limpia. Pero esta es una gran camisa, y me vi en ella al pasar por la tienda de regreso de la firma de autógrafos en un almuerzo de caridad.

La desabotono y me la pongo. En el espejo del hotel, compruebo el ajuste, y se ve bien. Genial, incluso. El algodón es un tejido fino, y hay un color verde en el patrón plano de fábrica. Es muy británico, y el color vivo me recuerda que no siempre será febrero.

Ahora que mi código de vestimenta incluye un traje y corbata tres o cuatro veces a la semana, he tenido que prestar más atención a mi armario. En la universidad llevaba un traje quizás tres veces al año. Pero no es difícil porque me gusta la ropa. Y el espejo de hotel dice que le gusto, también.

Soy un hijo de puta atractivo. Si al menos la única persona que me importa estuviera allí para apreciarlo.

La otra noche arrasamos Vancouver, y no es por presumir decir que yo fui la razón. Dos goles y una asistencia, mi mejor actuación. Estoy teniendo el tipo de temporada de novato que llega a titulares. Aunque en este mismo momento daría todo por una noche frente al televisor con Jamie y una mamada. Con *ritmo*. Azotado. Hecho polvo.

Afortunadamente, todo lo que queda de este viaje es un vuelo más en el avión del equipo.

Agarro mi teléfono de la mesa y lo desbloqueo. Con la cámara frontal, tomo una foto de mis abdominales, la camisa se abrió para revelar mi six-pack, mi mano sobre mi entrepierna. Me toma un tiempo darme cuenta de que Jamie tiene una cosa con mis manos. Juro que le gustan más que mi pene.

Envío la foto. Sin ningún comentario.

Miro la habitación del hotel por última vez, pero ya he empacado todo. He aprendido en una prisa a no dejar atrás cargadores y cepillos de dientes. Estamos de viaje tan a menudo que empacar se ha convertido en mi nueva habilidad.

Mi teléfono vibra con un texto:

Grrrr. Solo llega a casa, ¿puedes? No necesito más fotos. Mi pobre y solitario pene la está pasando mal.

Eso me recuerda a los viejos chistes de vodevil¹. Así que respondo.

¿Qué tan mal esta?

Tan mal como para martillar clavos en nuestra desnuda pared, responde. Es cierto que no hemos exactamente decorado nuestro apartamento. Los dos trabajamos mucho y no ha habido tiempo.

Pero, como siempre, el sexo es una mayor prioridad que decorar nuestro hogar. ***Muéstrame,*** le ruego. Hay una razón por la cual mantengo mi teléfono bloqueado. A Jamie y a mí nos gusta consentirnos con algo de fotos privadas.

Él no contesta, sin embargo. Tal vez no está en casa. Es tarde en Vancouver, lo que significa que es más tarde en Toronto... Joder. Estoy harto de hacer matemáticas todo el tiempo. Solo quiero ir a casa.

Agarro mi maleta y bajo. Algunos de los chicos ya están esperando en el vestíbulo, al igual como yo con ganas de llegar a casa. Me acerco a donde están esperando.

—Jesús —dice Matt Eriksson mientras me acerco—. Será mejor que mi esposa este en casa y desnuda cuando llegue allí. Y los chicos estén dormidos. Con, unos, malditos tapones en sus pequeñas orejas.

Ocho días es mucho tiempo, estoy de acuerdo internamente. Pero no lo digo en voz alta, porque a pesar de que mis compañeros de equipo son buenos chicos, es mejor no meterse en estas discusiones. No es mi estilo mentir y pretender que hay una chica en casa esperando por mí. Y no estoy listo para decirles quién es.

Así que sigo mi propio consejo.

Excepto que Eriksson y sus características nórdicas se han volteado en mi dirección, y una sonrisa tonta estalla en su cara.

—¡Mierda, mis ojos! Creo que estoy ciego.

—¿Por qué? —pregunto a medias. Eriksson siempre está bromeando acerca de algo.

—¡Esa camisa! Jesús.

—En serio —dice el veterano Will Forsberg, riendo mientras se tapa los ojos con una mano—. Es tan brillante.

—Es tan *gay* —corrige Eriksson.

Ese comentario no me afecta en lo más mínimo.

—Esta camisa es Tom Ford, y está que mata —murmuro—. Te apuesto veinte billetes de que aparecerá en los blogs puck bunny antes de que termine la semana.

—Atención perras —acusa Forsberg. Más que cualquiera de los otros chicos, Forsberg capta más la atención de los medios. Cuando mi taza comenzó a aparecer en Hockeyhotties.com, no aprecio nada la competencia.

Es bromista, sin embargo. Puede mantener toda la población de puck bunnies.

—Simplemente digo —dice Eriksson—. Podrías hacerlo bien en los bares de la calle Church en esa camisa.

—¿Sí? —pregunto—. ¿Lo sabes por experiencia personal?

Eso lo bloqueo. Pero Blake Riley entrecierra los ojos mirando hacia mi pecho. Él es un cachorro de perro grande de un chico con el pelo castaño y desordenado.

—Está como hipnotizado —dice Yowza—. Te reto a mirar hacia otro lado.

—Dice, trescientos dólares, por favor —corrijo—. Es caro mirar esto bien.

Blake resopla, y Forsberg dice que debería pedir mi dinero de vuelta. A continuación, el tema pasa a ser una especulación de que el bus no aparecerá y que todos vamos a morir de bolas azules en Vancouver.

Eventualmente abordamos, sin embargo. Tomo un asiento solo. Estamos a mitad de camino al aeropuerto cuando mi teléfono vibra con un texto. Lo tengo configurado para que ninguno de mis textos —sobre todo las fotos— aparezcan en la pantalla a menos de que lo desbloquee. Es una precaución muy importante, y el texto de Jamie me demuestra por qué. Cuando autentico mi huella digital, la pantalla se llena de una imagen que no es segura para el

trabajo. Son ambas obscenas e histéricas al mismo tiempo. Solo está en un ángulo hacia la pared donde su cabeza se apoya contra un clavo que presuntamente está golpeando. Y Jamie ha utilizado alguna aplicación para dibujar una cara feliz en su glande. El efecto de transformación es sorprendente. Su pene se ve como... una expresiva, criatura alienígena realizando algunas pequeñas reparaciones en el hogar.

Doy una carcajada. Y aquí pensaron que mi *camisa* era gay. Les mostrare qué es gay...

—¿Wesley?

Blake se eleva desde el asiento detrás de mí para decir algo, y presiono hacia abajo el botón de menú del teléfono con tanta fuerza que mis nudillos crujieron.

—¿Sí? —Me pregunto qué vio.

—Recuerdas que te pregunte si te gusto vivir en 2200 Lake Shore?

—Por supuesto.

—Mis cosas llegaron allí ayer. Soy tu nuevo vecino en el piso quince.

¿De verdad?

—Eso está muy bien, hombre —miento. Cuando él me había preguntado si me gusto el lugar, debería haberle dicho todos los inconvenientes. *Está muy lejos del metro. El viento frío de la costa es una perra.* No tengo nada en contra de Blake, pero no necesito que ninguno de los vecinos me conozca. Trabajé muy duro para permanecer fuera del radar.

—Sí, la vista mata, ¿verdad? Solo lo he visto durante el día, pero las luces en la noche deben ser probablemente espectaculares.

—Lo son —admito. Como si me importara. La vista de la cara de mi novio es lo único que quiero ahora mismo. Y todavía tenemos un vuelo de cuatro horas hasta que llegue a casa con él.

—Me podrías ayudar a encontrar los mejores bares del barrio —sugiere—. Compraré la primera ronda.

—Genial —digo.

Mierda, pienso.

Se necesita dieciocho años para volver a Toronto.

Por el momento hemos aterrizado y conseguido nuestro equipaje, son las siete en punto. Tengo muchas ganas de pasar algún tiempo con Jamie, pero hay un punto muerto. Se tiene que ir temprano a las seis en punto mañana para un partido en Quebec con su equipo de jóvenes.

Tenemos once horas, y aun no estoy allí.

Cada luz roja en el camino a casa me frustra. Pero finalmente estoy entrando en el garaje del estacionamiento —una característica del edificio que le presumí a Blake, maldición—. Entro en el elevador con mi gran maleta y por suerte llega hacia nuestro piso el décimo sin palabras. Busco mis llaves para tenerlas listas.

Por fin, estoy a veinte pasos de distancia, luego diez. Entonces estoy abriendo la puerta.

—Oye cariño —llamo como siempre lo hago—. Lo hice. —Arrastro mi maleta por el umbral, entonces lanzo mi chaqueta encima, dejándolas a un lado de la puerta, porque todo lo que necesito ahora es un beso.

Solo entonces me doy cuenta de que nuestro apartamento huele increíble. Jamie ha hecho la cena para mí. De nuevo. Él es el hombre perfecto, lo juro por Dios.

—¡Hey! —llama, emerge desde el pasillo que conduce a nuestra habitación. Lleva vaqueros y nada más, salvo... una inusual barba—. ¿Te conozco? —Me da esa sonrisa atractiva.

—Iba a preguntar lo mismo. —Estoy mirando su barba rubio arena. Jamie ha sido siempre bien afeitado. Es decir: nos conocimos antes del vello facial. Se ve diferente. Mayor, tal vez.

Y ardiente como las llamas. En serio, no puedo esperar a sentir la barba contra mi cara, y tal vez mis bolas... Jesús. Mi sangre ya se está alborotando al sur, y he estado en casa solo quince segundos.

Sin embargo, solo me quedo en el medio de la habitación por un momento, porque a pesar de que han pasado ocho meses desde que Jamie y yo comenzamos la relación, estoy aún aturdido por mi propia buena suerte.

—Hola —le digo de nuevo, estúpidamente.

Camina hacia adelante, su modo de andar tan familiar hace que mi corazón se rompa un poco. Él pone sus manos en mi paquete y aprieta el músculo allí.

—No te vayas durante tanto tiempo de nuevo. Si lo haces, voy a tener que

colarme en tu habitación de hotel.

Capítulo 2

Jamie

No estoy enojado. No, no estoy molesto en absoluto. Quiero decir, ¿qué otra cosa se supone que haría Wes? ¿Cerrarle la puerta en la cara a su compañero de equipo? ¿Hacer un gesto a su pene duro como una piedra y decir “Lo siento hombre, estoy a punto de tirar con mi novio”? Novio que no he visto en ocho días, al que he estado esperando ansiosamente en este apartamento vacío y asegurándome de que tenga comida en la mesa cuando llegue a casa y...

Bueno. Tal vez estoy un pequeñito, minúsculo poco molesto.

Mi mamá siempre dice que tengo la paciencia de un santo, pero en este momento no me siento demasiado santo. Mi estado natural de calma despreocupada, pero infinita ha sido sustituida por una punzada profunda de molestia. De resentimiento, incluso.

Extrañé a Wes. Lo echo de menos cada vez que está en el camino, y todo lo que quería hacer esta noche era reencontrarme con el hombre que amo, preferentemente en forma de sexo salvaje y sudoroso.

El hombre que amo. Incluso ahora, la frase se pega en mi mente con maldito asombro. No me asusté cuando me di cuenta el verano pasado que era bisexual, y no estoy asustado de eso ahora. No es la palabra hombre la que me fascina en esa frase, sino *amor*. La forma en que me siento por Ryan Wesley... es algo que pensé que solo existía en las películas. Es mi otra mitad. Nos complementamos en más formas de las que puedo contar. Cuando está en la misma habitación, estoy centrado en él, y cuando se va me paseo por él con desesperación.

Hay una vieja cita que mi madre una vez pintó en un plato de cerámica. *El amor es una amistad que se quema.* Ahora la entiendo.

Pero eso no quiere decir que no esté enojado con él.

Miro mientras mete enchiladas en su boca. Sus magníficos ojos grises están fijos en la pantalla del televisor, pero sé que no está prestando atención al espectáculo. La tensión en sus hombros anchos sería imperceptible para cualquier otra persona, pero la veo clara como el agua, lo que hace que algo de mi irritación se disuelva.

Odia esto tanto como tú, susurra mi conciencia.

Mierda de conciencia. Estoy teniendo una fiesta de compasión, aquí.

Blake, por el contrario, es amante de la vida dura. Mira la pantalla cuando aparece una secuencia de acción sobre un tipo duro, chupando su cerveza como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Por supuesto que no la tiene. Está en su tercer año con el equipo y oscila hacia fuera en el hielo, de acuerdo con la rápida búsqueda en Google que realicé cuando me metí en la habitación para encontrar una camisa. ¿Y más importante? Es heterosexual. No tiene que ocultar con quién se está acostando o presentar a su conviviente como a su “compañero de piso”. Bastardo con suerte.

Un sabor amargo llena mi boca mientras recuerdo que a los ojos del mundo, Ryan Wesley también es hetero. Mi novio ha aparecido en las listas de “mejores partidos de hockey” docenas de veces. En cada juego no hay menos de cinco mujeres que sostienen carteles con inteligentes cumplidos dirigidos a él: *Morir por Ryan o Wesley es el Bestley*. O los no tan inteligentes: ¡¡DESEO TENER TUS BEBÉS, # 57!!

Wes y yo nos reímos de toda la atención femenina que recibe, pero a pesar de que sé que no hay peligro de que mi novio muy firmemente gay meta los dedos de sus pies en la piscina de una vagina, toda esa hambre todavía raspa.

—Je-sús —gruñé Blake—. Esos pechos son malditamente fabulosos.

La lasciva observación me sacude de nuevo al presente. Al presente no deseado. En la pantalla, uno de los personajes femeninos acaba de desnudarse —tiene que encantarme Cinemax— y no voy a mentir, sus pechos son increíbles.

Y puesto que se supone que debo ser inofensivo, hetero-como-una-flecha de compañero de Wes —y ya siendo más brusco de lo que debería con su compañero de equipo—, decido ofrecer mis dos centavos.

—Son increíbles —estoy de acuerdo—. Esa actriz es malditamente atractiva.

Eso me consigue un ligero fruncimiento de Wes, e igual declaraciones de molestia. ¿En serio? ¿Está dejando que su compañero de equipo bloquee nuestra noche y está enojado de que una actriz me parezca atractiva?

Blake toma mi contribución a la conversación como una señal de que somos mejores amigos y se vuelve hacia mí con un abrir y cerrar de sus ojos

verdes.

—Te gustan rubias, ¿eh? A mí también hermano. ¿Estás viendo a alguien?

Por el rabillo del ojo veo los hombros de Wes endurecerse de nuevo. Lo mismo ocurre con los míos, pero también podría ser debido a que el sillón en el que estoy sentado es ridículamente incómodo. Cinco minutos en esa cosa y todo tu cuerpo se siente como que pasaste por un potro de tortura medieval. Además, estoy noventa y nueve por ciento seguro que alguien murió en esta silla. Wes la encontró en la acera y luego se olvidó de deshacerse de ella a pesar de que sigo pidiéndole que lo haga.

La semana que viene estará en la acera.

A la silla, me refiero. No a Wes.

—En realidad no —contesto vagamente, viendo otro gesto de los atractivos labios de Wes.

—Juegas en el campo, ¿eh? Samesies. —Blake pasa la mano por su cabello marrón. Es muy guapo. Y es enorme. Al menos uno noventa y voluminoso como el infierno—. ¿Quién tiene tiempo para las relaciones en nuestro mundo, correcto, Wesley? Se siente como si toda nuestra vida fuera subir y bajar de un avión.

Wes gruñe algo ininteligible.

—No tengo ni idea de cómo Eriksson y los otros chicos lo hacen —continúa Blake—. Estoy agotado durante la temporada, y soy *soltero* —se burla con escalofríos—. Imagina tener una esposa e hijos. Eso es, igual de aterrador. ¿Crees que es como se crean los zombis? ¿Como que no es un virus loco, sino estar tan muerto con el trasero cansado que comer cerebros de repente parece una buena idea?

No puedo evitar reírme. Me da la sensación de que Blake Riley podría llevar a cabo toda una conversación sólo con él. Que es bastante más de lo que está haciendo en este momento, viendo que ni Wes ni yo decimos una maldita palabra.

Después de que termina el episodio actual, Blake desliza el mando a distancia de la mesa de café y hace clic para reproducir el siguiente sin preguntar si está bien. También abre otra cerveza.

La bola de resentimiento en mi garganta es del tamaño de un disco de hockey ahora. Son más de las nueve. Tengo que estar en la cama a las diez o

de lo contrario moriré sobre mis pies mañana por la mañana. Si no consigo por lo menos siete horas de sueño, mi cerebro se vuelve todo insomne como Edward Norton en *Fight Club*. Caray, como que deseo que mi vida fuera como la de *Fight Club* ahora mismo. Entonces tendría una buena excusa para quitar a Blake Riley de mi sofá y tirarlo sobre su trasero.

Pero no puedo. Le prometí a Wes que mantendría las apariencias, por lo menos hasta el final de su temporada de novato. Salir ahora solo dañaría su carrera, y prefiero tomar un baño en una bañera llena de fragmentos de vidrio que ser el que le corte sus sueños a Wes.

Así que me siento en la silla de la muerte y finjo ver el televisor. Finjo interés en lo que Blake está balbuceando. Incluso me hacen gracia algunos de sus chistes. Pero cuando dan alrededor de las diez y cuarto, ya no tengo el lujo de mantener las apariencias.

—Necesito irme —les digo, levantándome—. Tengo que estar en el estadio a las cinco y media de la mañana.

Blake parece realmente decepcionado al ver que me voy.

—¿Seguro que no puedes tener otra cerveza?

—Tal vez en otro momento. Buenas noches, chicos. Gusto en conocerte, Blake.

—A ti también, J-Bomb.

Sí, Blake Riley pone apodos a tipos que acaba de conocer. ¿Por qué no me sorprende?

Me ahorro el vistazo rápido en dirección de Wes mientras paso junto al sofá. Su mandíbula está más apretada que su agarre alrededor de su botella de cerveza. Su mano libre está jugando con la barra de plata en su ceja, los dedos retorciendo la pequeña perforación y girándola y girándola. He conocido a este chico desde que tenía trece años. Lo puedo leer como un libro, y es obvio que no es feliz en este momento.

Ni yo, pero además de patear con fuerza a Blake, no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer excepto pretender que solo somos compañeros, que a veces vemos la televisión juntos.

Cansado como estoy, doy unos pocos pasos por el pasillo antes de darme cuenta de que tengo un problema. No puedo ir a dormir en nuestra cama. Aunque no había conocido a Blake hasta esta noche, no puedo decir con

certeza que nunca ha estado aquí antes. Cuando estuvo revisando el edificio, ¿habrá visto nuestro apartamento? ¿Wes le habrá enseñado la vista desde el dormitorio principal?

Nuestra historia de cubierta rara vez se utiliza en la habitación que es mía. Así que hago un pequeño cambio de sentido a la oscura habitación y entro en el baño de visitas. Hay un cepillo de dientes y pasta que puse aquí hace un tiempo para que la habitación se vea como que alguien vive aquí.

Pensé que era tan jodidamente inteligente hacer este pequeño espacio como vestidor. Pero ahora aquí estoy fingiendo que mi propia habitación no es realmente mía.

Retirándome a la habitación de invitados, cierro la puerta contra la banda de sonido del programa de TV. Debido a que Wes y yo vivimos juntos, esta habitación se ha utilizado solamente una vez, cuando mis padres volaron desde California para una visita de fin de semana. Esta noche soy el que sacude la ropa en el suelo y tira hacia abajo de la desconocida colcha para deslizarla en la fría cama matrimonial. Y no me gusta.

Ruedo sobre mi lado y mido todas las cosas que podrían salir mal en este momento. Las cortinas son puras en lugar de las negras de la marina de guerra. El colchón es más suave de lo que estoy acostumbrado y la almohada debajo de mi cabeza tiene más nódulos.

Mi novio está en la sala de estar, en lugar de tener sexo conmigo, como se supone que debe.

Cierro los ojos y trato de dormir.

Estoy soñando con una bañera de hidromasaje, y los chorros son fenomenales. Sólo que mi pene es la única parte de mí que cabe en la bañera de hidromasaje. Pero está bien porque estoy duro y el agua es increíble. Mágica, incluso.

Oh espera...

Rasca eso.

Hay una boca caliente alrededor de mi pene muy duro. Y tal vez todavía *estoy* soñando porque mi entorno no tiene sentido para mí cuando abro los ojos. La luz está mal, y la cabecera da un chirrido suave y familiar mientras una cabeza se menea oscura sobre mí, una boca atractiva cuida de mi pene.

Maldición, eso es bueno.

—¿Estás despierto, nene? —dice Wes.

—¿Un poco? No te detengas.

Sus masajes van a la cabeza de mi pene.

—Bien. Estaba empezando a sentirme como una enredadera.

Una fuerte empuñadura de mi eje y otro gemido ronco se desliza de mí.

—¿Qué hora es? —Mi cabeza todavía tiene niebla del sueño. Mi plan había sido colarme de regreso en nuestra habitación después de que Blake se fuera, pero debe haber pasado el momento después de que mi cabeza descansó en la almohada llena de bultos.

—Las once y media. —Su voz es suave—. No voy a mantenerte despierto mucho tiempo, lo prometo. Sólo... Mmm. —El ruido que emite es como si fuera arrancado de lo profundo de su alma—. Te he echado mucho de menos como la mierda.

El resentimiento que había estado usando como escudo toda la noche se desintegra en polvo. Lo extrañaba también, y sería un verdadero idiota si sostenía la inoportuna interrupción de Blake contra Wes. No era su culpa que su compañero de equipo apareciera. Y no es su culpa que tenga que viajar tanto. Los dos sabíamos que mientras Wes estuviera jugando hockey profesional, habría largas ausencias con las cuales lidiar.

Paso mis manos por su cabello oscuro y doy un tirón hacia arriba.

—Ven aquí —le digo con voz ronca.

Su cuerpo caliente y musculoso se desliza hacia arriba y cubre el mío, y yo muevo la cabeza para darle un beso. Amo esos labios. Son firmes y hambrientos. Son magia. Nuestros besos se profundizan, cada vez más y más desesperados mientras nuestros cuerpos golpean el colchón, por lo que incontrolablemente chirría.

Wes arranca su boca con una risa.

—Amigo, somos tan afortunados de que tus padres no tuvieran sexo cuando estuvieron de visita. Esta cama es tan fuerte.

—Me hubiera traumatizado de por vida. —Estoy de acuerdo. Entonces lo estoy besando de nuevo, porque maldita sea, ya es tarde, tengo que despertar en seis horas, y necesito esto también.

Wes lee mi mente y mete la lengua por mis labios entreabiertos. Soy muy

malo con él, después gruño con decepción.

—Echo de menos el anillo de tu lengua —le digo sin aliento. Se había quitado la perforación al inicio de la temporada. Creo que el equipo pensó que no era seguro.

—No te preocupes —se burla Wes—. Todavía puedo sacudir tu mundo sin él. —Un momento después esa lengua talentosa está viajando por mi pecho desnudo y regresando a mi dolorido pene.

Me traga y mis caderas dan un tirón de la cama. Jesús. Hemos intercambiado cientos de mamadas desde que estamos juntos, pero nunca deja de sorprenderme cuán *bien* se siente. Wes sabe exactamente qué hacer para que me venga. Su confianza es un importante paso en mi excitación, y necesita absolutamente ningún sentido cuando se trata de complacerme.

Por supuesto, eso no significa que deje de murmurar órdenes. Pero eso se debe a que le encanta la charla sucia.

—Eso es, hombre. Lame la punta. Sí, así. —Tengo un lado de su cabello agarrado, mi otra mano toma las sábanas. Ha pasado tanto tiempo desde que tuve su boca sobre mí, y la presión en mis bolas es casi insoportable.

La lengua de Wes lame un círculo lento, húmedo alrededor de mi cabeza, y luego se desliza por mi longitud, una y otra vez, hasta que mi pene está brillante y mi paciencia se ha agotado.

—Tengo que venirme —dejo salir.

Se ríe en voz baja.

—No te preocupes, nene. Llegaré hasta allí.

Y mierda, lo hace. Los juegos se convierten en lamidas, en tirones apretados mojados en mi eje que me hacen temblar de placer. Su mano amasa mis bolas mientras su boca me lleva todo el camino hasta la parte posterior de su garganta, chupando duro y rápido hasta que estoy listo para explotar. Hasta que explota.

Wes gruñe cuando me vengo en su boca, pero no deja de chupar hasta que estoy flojo y sin sentido. A medida que las réplicas del orgasmo siguen revoloteando por mi cuerpo saciado, vagamente registro que está a mi lado ahora. Besando mi cuello. Acariciando mis abdominales. Acariciando mi barba con su mejilla.

—Malditamente me encanta esta barba —susurra.

—Malditamente te amo —le susurro de regreso. De alguna manera encuentro la energía para levantar un brazo y envolverlo alrededor de sus grandes hombros, sosteniéndolo cerca de mí. Su erección es como una marca caliente contra mi muslo, y cuando vuelvo la cabeza para darle un beso, se queja en mi boca y frota la longitud con fuerza contra mí. Así que paso el dorso de mis nudillos abajo de su eje y él silba.

—¿Qué quieres? —pregunto entre besos—. No hay lubricante en esta habitación.

Wes gruñe y dobla sus caderas contra mí.

—No necesitamos lubricante. Quiero tu boca sobre mí.

Me muevo un poco más arriba en la almohada.

—Ven hasta aquí, entonces. Muéstrale a la barba quién es el jefe.

Con un gruñido, agarra la otra almohada y la empuja detrás de mi cabeza. Después, balancea una rodilla sobre mi pecho y se arrastra por mi cuerpo.

Con la palma de mi mano posada en su abdomen, extendiendo los dedos anchos. Se siente tan bien bajo mi mano cálida y sólida. Estoy cansado de pasar la noche solo. Me gusta la resistencia de otro cuerpo en mi cama. Cuando se va, echo de menos poder darme la vuelta y estacionar mi trasero contra su calor con sueño.

Pero no tiene sueño ahora. Extiende las grandes piernas a lo ancho, y agarro su trasero y lo remolco más cerca. Su pene está rígido y suelta líquido por mí. Y me acerco más. Jugando con él pongo mi boca cerrada y deja escapar un ruido impaciente. Agarrando su pene, muevo la cabeza de él a través de mis labios, haciéndole cosquillas en la parte inferior de la barba con mi barbilla.

Por encima de mí, Wes tiene un escalofrío caliente. Solo hay suficiente luz que entra por esas cortinas para mostrarme los tatuajes en todos sus brazos que se ven como sombras cuando se mueve. La fragancia masculina de él está empezando a volverme un poco loco. Meto mi lengua y lo degusto, y él jadea de anticipación.

Mi tortura todavía no ha terminado, sin embargo. Estiro el cuello hacia delante, chocando mi cara contra su ingle y chupo su pubis. Juro que está prácticamente brincando con su pene contra mi cuello ahora, tan excitado que penetraría cualquier superficie de mi cuerpo. Un Wes desesperado es un Wes

divertido. Me encanta obligarlo a dejar de lado algo de ese férreo control. Un periodista deportivo lo llamó: “Impenetrable. Inquebrantable. Con nervios de acero”.

Yo lo sé mejor.

Atrapando su ansioso pene con la mano, poco a poco doblo mi cuello, frotando todas las superficies de su eje con mi barba.

—Joder —farfulla—. Mátame. Sólo chúpame ya.

Lo beso una vez en la punta y se queja. Entonces, todo a la vez, le pongo fin a sus sufrimientos. Abriendo amplio, lo trago. Él da un grito menos que viril que hace que sonría alrededor de su pene. Así que me quito y luego le doy otra buena, dura chupada. Soy implacable ahora. No hay ritmo, simplemente ambición. Chupando, lamiendo, tragando. Lo tomo al azar, simplemente disfrutando del paseo. Y solo un par de minutos más tarde, cuando toma una respiración profunda y dice:

—Aquí vengo putamente.

Y el hombre no está mintiendo. Bombea en mi boca más veces de las que puedo contar, y me trago una semana de tensión sexual. Entonces mi cabeza cae en las almohadas, y siento la fluencia del agotamiento de nuevo. Por encima de mí, Wes deja caer su cabeza, y hace un movimiento vertical con el pecho mientras traga oxígeno. Levantando las dos manos, extendiendo mis dedos a través de su caja torácica.

—Te ves más delgado —le digo, mi pulgar acaricia la suave piel de su pecho.

—He bajado ocho kilos desde que comenzó la temporada.

—¿Ocho? —Sé que los jugadores a veces pierden un poco de peso. ¿Pero ocho?

—Sí. Sucede.

Tiro hacia abajo, y él tiene que rodar fuera conmigo para que podamos sostenernos entre sí.

—Eso es mucho para perder —murmuro en su oído—. Más enchiladas para ti.

—Si las haces, las comeré. —Entierra su cara en mi cuello—. ¿Jamie?

—¿Mmm?

—Creo que hay esperma en tu barba.

—Bruto.

Ríe.

—¿Eso va a ser un problema?

—No sé. Es mi primera barba, y tú eres el primero en venirte en ella.

Su voz es ahogada.

—¿Puedes meterte en nuestra cama?

—Ajá. —Cierro los ojos, sin embargo. Solo por un segundo.

Nos quedamos dormidos en la habitación de huéspedes, enredados uno en el otro.

Capítulo 3

Jamie

Ocho horas más tarde, la vida no es tan buena.

Estoy en un autobús con dos docenas de adolescentes. Sin embargo, eso está bien, porque me gustan estos niños. Trabajan duro y juegan muy bien al hockey. Pensé que había visto un montón de increíbles jugadores jóvenes, pero los canadienses parece que cultivan campeones en sus jardines. La temporada del equipo no va tan bien, pero tengo fe en que vamos a darle la vuelta. Estos chicos tienen instintos sólidos y actitudes increíbles.

Aunque mi actitud es menos que estelar en el momento.

Ya que Wes y yo nos quedamos dormidos en la habitación equivocada, mi alarma no estaba cerca. La razón por la que llegué tan *sólo* cuarenta minutos tarde fue porque la cama era demasiado pequeña. Me desperté cuando Wes me dio un golpe en la ceja con su codo tatuado. El reloj de la mesita de noche decía que eran las seis menos diez.

Me levanté de un salto, con el corazón palpitante. Tomé la ducha más corta del mundo y luego corrí como un idiota, poniéndome los calcetines en los pies mojados y agarrando mis cosas. Lo único bueno era que ya había empacado para nuestro torneo de Montreal. Había estado tratando de ahorrar tiempo para pasar con Wes, así que al menos el petate estaba allí, listo para irnos.

Wes salió tambaleándose de la habitación de invitados, parpadeando.

—¿Tienes que irte?

—Se me hace tarde —murmuro, mandándole un mensaje al entrenador con el que iba a viajar. *Llego tarde. No te vayas. Lo siento.*

—Te echaré de menos —dice.

No le dije que yo también. Le di un beso rápido y poco satisfactorio y corrí hacia la puerta. De alguna manera me las arreglé para tropezar con la maleta gigante de Wes cuando saqué mi abrigo del perchero.

—Hazme un favor y desempaqueta esta cosa.

Esas fueron las palabras de amor con las que partí, sudando, odiándome

por ser *ese* tipo que iba a retrasar el autobús. Y por gruñir a mi novio por no guardar sus cosas.

Sin embargo, nunca lo hace. La maleta queda por ahí generalmente hasta que la necesita para el próximo viaje.

Ahora estoy bebiendo una muy mala taza de café que compré en una estación de servicio cuando el autobús se detuvo para cargar combustible, y estoy escuchando a mi compañero de trabajo que habla y habla. David Danton es sólo un par de años mayor que yo. Técnicamente ambos teníamos el mismo título “entrenador-adjunto”. Pero ya que el jefe entrenador de los chicos tiene varios equipos bajo su mando, Danton se pone en su lugar a veces, especialmente en los viajes.

Lo que debes saber acerca de Danton: tiene un hermoso tiro rápido. Y una personalidad horrible.

—¿Este primer equipo contra el que jugamos? —dice, moviendo un taco de tabaco de una mejilla a la otra—. Son los mismos maricas que vencieron en Londres el año pasado. Sus estadísticas no se ven mejor en estos días. Manténganse todos juntos y lleven la delantera en el primer período, y van a estar llorando en sus guantes para que llegue el entretiempo. Un montón de maricones, de verdad.

El café malo se convierte en ácido en mi estómago. En primer lugar, esto es entrenamiento deficiente. El otro equipo es defensivamente dotado y en lo que es ofensa, son muy buenos, y nuestros chicos merecen que les demos más detalles. Necesitan estrategia junto con una buena dosis de valentía.

Y ni siquiera me hagan empezar con los insultos de Danton. Es el tipo de persona que utiliza “gay” para describir cualquier cosa que no le gusta, desde un auto feo a un sándwich de pavo decepcionante, y “marica” para describir cualquier jugador de hockey que no cumple con sus estándares.

Ahora, ya le he dicho a este imbécil que pare con los insultos. Fue después de un partido en nuestra pista de casa. Habíamos ganado con facilidad y me sentí orgulloso de nuestros muchachos. Pero Danton había gritado: “Muéstrenle esa mierda a los maricas”, cuando el juego terminó, así que aproveché la oportunidad para mencionar que él podría tener problemas por eso.

—Nunca sabes quién está escuchando —le había señalado. Había estado tratando de insinuar que alguien le podría llamar la atención por usar

términos despectivos. Pero mi verdadera preocupación eran nuestros jugadores. No quería que su figura de autoridad validara ese tipo de odio. Y Dios no lo quiera, si uno de estos chicos se estaba cuestionando su propia sexualidad. Nadie necesita escuchar esa mierda. Ya sólo tener dieciséis años es lo suficientemente confuso.

Danton no escuchó, sin embargo. Y cada vez que usaba la palabra marica, siempre me imaginaba a un Wes de dieciséis años aterrado de su propia sexualidad. Me había dicho cuánto se había asustado al darse cuenta que era homosexual. Ahora ya lo superó, por supuesto. Pero no todos pueden tener la fuerza de Wes. Si hay un niño en uno de estos equipos que está luchando, no quiero que oiga ninguna mierda de Danton.

Trabajar con el tipo me hace sentir ira, pero no porque me importe una mierda lo que Danton piense de mí. Había perdido mi respeto la primera vez que le oí arrojando su mierda vil. Usa la palabra “negro” también, una verdadera pieza de trabajo, nuestro Danton. Quería que lo sancionaran. Incluso le dije a Bill, nuestro jefe, que la elección de palabras de Danton era a menudo pobre y rara vez inclusiva.

—Fíjate si puedes bajarle un poco los humos —fue todo lo que dijo Bill, dándome una palmada en el hombro—. Sería una pena que tenga una sanción en su expediente. Esas son permanentes.

Una marca permanente en el expediente de Danton suena bien para mí, pero todavía no he hecho la queja formalmente, porque soy paranoico. En cierto modo, salir del armario suena divertido, porque no puedo esperar ver la expresión del idiota. Pero no puedo hacerle eso a Wes. Está teniendo una temporada fenomenal y la prensa tiene que mantenerse enfocada en sus metas y asistencias, no en su vida sexual. Creo que está *muy* cerca de ganar el trofeo Calder. Realmente lo creo.

Estamos en el tráfico de Montreal en el camino a la pista y tengo el estómago revuelto. Nuestro primer juego del torneo está programado para la una y ya son más de las doce.

—Un kilómetro y medio más —dice Danton, mirando el mapa en su teléfono—. Muchachos, vamos a tener sólo quince minutos para prepararnos, creo. La próxima vez quizá el entrenador Canning se levante más temprano.

Mierda. Odio llegar tarde. Y lo odio a él.

Eso es un montón de odio para un chico de California. El día no va bien.

Finalmente nos detenemos en el ajetreo y los chicos bajan del autobús, y ayudo a meter un montón de equipos. El torneo se atrasó media hora, gracias al Señor. Están listos para jugar con el tiempo suficiente.

—Vamos —digo, aplaudiendo con mis guantes puestos—. Tú, ¡Barrie! Mantén la cabeza hacia abajo cuando te enfrenten. Este equipo estaba un poco lento a la hora de mover el disco, ¿recuerdas?

El chico asiente, con el rostro intenso.

Entonces vuelvo mi atención a mi arquero, Dunlop. Es un jugador muy hábil y brillante en la práctica. Por desgracia, ha desarrollado una tendencia a tensarse durante los juegos. Hizo todo muy bien al comienzo de la temporada, pero este mes está en un punto muerto.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

Sus ojos azules miran a otro lado.

—¿Quiere decir si siento que me voy a ahogar de nuevo?

—Dunlop, mira. Sé lo que estás pasando. Cada arquero ha tenido un bajón. Y esa basura siempre se siente permanente. Pero nunca lo es. O tu bajón termina hoy o el próximo mes, pero *va* a terminar. Siempre es así.

Gruñe como un típico adolescente. No lo he convencido.

—Tienes las habilidades. Todo el mundo lo sabe, incluso cuando están enojados contigo. —No ha ayudado que los compañeros de equipo de Dunlop se molestaran por su reciente actuación—. No se molestarían en regañarte si no creyeran que puedes lograrlo. —Le doy una palmada en el hombro—. Tranquilízate. Tú puedes.

Con ojos cautelosos, finalmente me mira.

—Bueno. Gracias, entrenador Canning.

Y ahí está. La razón por la que hago esto.

—De nada. Ahora ve.

El Zamboni ha terminado de preparar el hielo, por lo que se les permite a nuestros chicos rodear la pista durante noventa segundos, entrando en calor. Dunlop patina con la cabeza en alto y se dirige al arco como sólo un arquero hace antes de un partido. Golpetea ligeramente el caño derecho una vez y el izquierdo dos veces, es su pequeño ritual. Y creo que hoy podría incluso ser su día de suerte.

Mi teléfono ha vibrado en el bolsillo un par de veces y ahora tengo un momento para ver quién era. Hay una llamada perdida de Wes. Debe haber terminado de patinar esta mañana. A pesar de que estoy sosteniendo el teléfono, suena otra vez, un nuevo mensaje de texto.

Está duro otra vez.

Recuerdo nuestra broma de ayer.

¿Cuán duro está?

Lo suficientemente duro como para ponerse de pie y saludarte.

Echo un vistazo a la pista. Los árbitros no están ahí todavía, así que aún tengo un momento.

Apoyo la espalda contra una pared de hormigón para que no haya nadie que pueda ver mi teléfono.

¿Me lo mostrarás o qué?

Un momento después, aparece la foto. Wes se ha tomado la molestia de plegar un pequeño sombrero de papel en la cabeza de su erección. Me está sonriendo desde lo que debe ser nuestro sofá. Wes también ha dibujado un brazo saludando, junto con un rostro sonriente. Resoplo con risa inapropiada cuando escucho el silbato del árbitro. Respondo:

Invaluable. Te extraño.

Yo también, cariño.

Procurando bloquear y guardar mi teléfono, me muevo hasta el banco para ayudarlos, sintiéndome un poco más ligero que antes.

Capítulo 4

Wes

No estoy allí para saludar a Jamie cuando regresa de Montreal el domingo, ya estoy embarcando un vuelo a Chicago para otro partido fuera de casa. Lo bueno es que, después de éste, estamos de cara a una semana de partidos en casa. Una bendita semana de dormir en mi propia cama. Una semana con *Jamie*.

No puedo jodidamente esperar.

Mi abrigo va al compartimiento de arriba y mis auriculares dentro de mis oídos, pero antes que me siente Forsberg grita desde el asiento detrás de mí:

—¡Chicos, es la camisa gay! ¡La lleva de nuevo!

Hago una pausa y le doy un guiño cursi.

—La uso para ti, lindura. Porque te gusto tanto la última vez.

Forsberg lanza una servilleta arrugada hacia mí y la esquivo al dejarme caer en mi asiento.

Por supuesto, la verdadera razón por la que estoy usando esta camisa es que no lave la ropa y estaba apoyada sobre una silla sin arrugas. Y que es una camisa increíble. Maldito Forsberg.

Me pongo cómodo, cerrando los ojos e inclinando mi asiento mientras mentalmente me preparo para este importante partido contra los líderes de la liga. La mayoría de mis compañeros de equipo están haciendo lo mismo.

Cuando siento el asiento de al lado hundirse bajo el culo de alguien, supongo que es Lemming, porque él y yo a menudo nos sentamos juntos en los vuelos y el autobús. Lemming, un pelirrojo con su propia manera de ver la vida, criado en Boston, también.

Pero cuando abro los ojos, es Blake sentado allí, sonriéndome. Es evidente que mi nuevo vecino ha hecho de su misión en la vida hacerse mi amigo, porque tira los audífonos de mis oídos.

—Amigo —se queja—. Estoy aburrido. Háblame.

Reprimo un gemido de los míos. Ni siquiera hemos comenzado nuestro vuelo de dos horas. Esa vieja canción de Nirvana me viene de repente a la

mente y trato de recordar la letra... *Aquí estamos ahora, entreténnos.* Eso es básicamente Blake Riley. *Estoy aquí y es tu deber entretenerme.*

Y sin embargo no puedo obligarme a que no me guste el tipo. Es gracioso.

Dado que obviamente, no llegaría a ninguna parte, desconecto mi iPod y le doy el gusto.

—¿Has oído algo más sobre Hankersen? ¿Si lo están poniendo o no en IR?
—Hankersen es la estrella delantero de Chicago y hasta ahora en esta temporada ha anotado al menos un gol por partido. Es la mayor amenaza para nosotros en el hielo, por lo que si no está jugando esta noche, eso sin duda elevara nuestras posibilidades de vencer a los invictos Hawks.

—No hay noticias todavía —responde Blake. Desliza un dedo por encima de su teléfono y se detiene en una aplicación de deportes, manteniendo la pantalla hacia mí —. He estado revisando constantemente.

—Bueno, si él está jugando, con suerte nuestra defensa pueda encontrar una manera de derribarlo.

Es poco probable, pero un hombre puede soñar.

—¿Que hace tu compañero de apartamento este fin de semana?

La pregunta me sorprende.

—¿Qué?

—J-Bomb —aclara Blake—. Su equipo junior tenía un torneo o algo así, ¿no?

—Ah, correcto. —Todavía me pone muy incómodo hablar de Jamie con mis compañeros de equipo. Pero ahora que Blake en realidad ha pasado el rato con nosotros, sería aún más sospechoso si cerrara la boca cada vez que el nombre de Jamie aparece—. Ganaron uno, perdieron dos. El equipo no está haciéndolo muy bien esta temporada —admito. Y sé que molesta a Jamie. Mucho. El hecho de que él eligió entrenar en lugar de convertirse en profesional no quiere decir que no sea competitivo. Lo mata que sus chicos no estén viendo ningún éxito esta temporada.

—Esto apesta —dice Blake con simpatía—. Especialmente cuando eres el entrenador. Todo lo que puedes hacer es permanecer allí en la banca y observar. Si fuera yo, estaría todo, “¡Póngame en el juego, el entrenador! ¡A mí! ¡Puedo ganar esto para nosotros!”.

Me río.

—Eso es porque eres un monopolizador de gloria.

Blake tiene incluso un estilo de movimientos de celebración cada vez que anota. Es un cruce entre montar su palo de hockey como si fuera un caballo y conducir una locomotora. Estúpido como el infierno, pero la multitud se vuelve loca por él.

—Ja. Dice el hombre que tiene millones de conejitas grupiés siguiéndote a donde quiera que vayas. Como una fila de patos bebés. —Sonríe Blake—. Apuesto a que estás recibiendo el doble de coño de lo que recibí en mi año de novato.

Habrías perdido esa apuesta, cabrón. Es hora de cambiar el tema. Señalo el periódico enrollado en su mano.

—¿Qué está pasando en el mundo?

—La mierda de costumbre. Los políticos siendo pendejos. La gente pegándose tiros el uno al otro.

—Nos pegamos de tiros —señalo—. Y nos pagan bien por ello. —Es un trabajo raro, la verdad.

Él pone los ojos en un movimiento que debería parecer estúpido pero de alguna manera no lo hace.

—Nosotros no estamos *matando gente*, Wesley.

Hace unos tres minutos estábamos orando por la lesión de otro atleta, pero no me molesto en señalar eso.

—Y hay una nuevo velociraptor descubierto en Dakota del Norte. Escucha esto, era de cinco metros de altura, con garras y plumas. —Asiente de manera agresiva—. Eso es un rapaz *patea traseros*. Jodidamente aterrador, de verdad. Pero aún más aterrador que eso es la nueva gripe. ¿Has oído al respecto? —Hace un estremecimiento exagerado—. Viene de las ovejas. Odio a las ovejas.

Una carcajada se me escapa.

—¿Quién odia las ovejas? Son, como, lanosas e inofensivas.

—Las ovejas *no* son inofensivas, hermano. ¿Las ovejas en el camino a la granja de mis abuelos? —Sacude su cabeza gigante como si recordara una guarida agrietada en su vecindario—. Esas cabronas eran *perversas*. Y

ruidosas. Cuando era un niño, mis padres estaban como, “¡Oh, Blakey, mira a los pequeños corderos!”. Y esos hijos de puta se acercaban a la valla y balaban en mi cara. —Blake abre la boca y hace un sonido de MEH-EH-EH tan fuerte que las cabezas se giran por todo el avión.

—Eso suena como que, umh, hizo una profunda impresión en ti —le digo, tratando de no reírme—. ¿Dónde viven tus abuelos, de todos modos?

Blake hace un movimiento desdeñoso con la mano.

—En los campos agrícolas West Bumfuck² muy en las fuera de Ottawa...

¿*West Bumfuck*? Suena como mi tipo de lugar.

—Mucha agricultura. Muchas ovejas. Y ahora esas cabronas nos van a matar con la gripe. Por Dios. *Sabía* que eran diabólicas.

—Ajá. —Doy a mi iPod una mirada anhelante. Podría estar relajándome con algunas melodías en este momento, pero en su lugar estamos reviviendo los terrores de la infancia de Blake—. Siempre hay algún nuevo susto de la gripe y que resulta ser nada. —Sin embargo me divierte ver a un tipo grande como Blake cagado a pedos—. He oído que estas nuevas cepas se extienden especialmente rápido en los aviones.

Él me da una mirada diabólica.

—No es divertido. Encontraron un caso en la isla Prince Edward.

—¿Eso no está cerca de aquí, sin embargo? —Mi geografía canadiense es un poco inestable. Pero estoy bastante seguro de que no puedo contraer la gripe de alguien que vive a miles de kilómetros de Toronto.

—Esa mierda viaja, hombre. Quiero decir, podríamos estar infectando a Chicago en este momento.

Lo empujo con el codo.

—Vamos a decirle que todos los de Canadá han sido expuestos. Van a toser en el disco cada vez en el chequeo de vuelta.

Da una gran risa gritando y me da una palmada en el pecho con su manota. Es entonces cuando mi teléfono se ilumina. Desafortunadamente, el nombre que veo en la pantalla es el de mi padre, por lo que hay un nudo instantáneo de tensión en mi pecho.

Las cosas no han mejorado mucho con mis padres desde que me gradué de la universidad. Ellos siguen insistiendo que mi “homosexualidad” es una

fase. Mi padre sigue tratando mi éxito en los profesionales como si fuera algo que *él* hizo que pasara. Mi mamá todavía se olvida que me dio a luz la mitad del tiempo.

Pasé las fiestas con la familia de Jamie en California y cuando la madre de Jamie, Cindy sugirió que invitáramos a mis padres a volar hasta ahí, respondí con cinco minutos de risa histérica, hasta que finalmente Cindy me reprendió para detenerme. Entonces me dio un gran abrazo y me dijo que me quería, porque ese es el tipo de mamá que ella es.

Todo lo que obtuve de mis padres fue una breve llamada telefónica deseándome un feliz día de fiesta y un recordatorio que si quiero volver a casa para una visita, necesito aparecer solo. Sí, Jamie no es bienvenido. Tacha eso. Jamie no *existe*. Mis padres no reconocen que estoy viviendo con un hombre. Para ellos, soy un atleta soltero heterosexual que está tomando coños por todo el lugar.

—Tengo que comprobar esto —le digo a Blake.

Desbloqueo el teléfono y le doy al correo electrónico una leída rápida. Siendo la palabra clave rápida, porque el mensaje es solo de dos líneas.

Ryan, tu horario indica que estarás en Boston el próximo mes. Tu madre y yo esperamos que te unas a nosotros para la cena. Hunt Club, el sábado a las 9:00 h.

No firma como “papá” o incluso “Roger”.

—Cena con los padre, ¿eh?

Salto y encuentro a Blake mirando por encima de mi hombro. Joder. Es una buena cosa que tengo un bloqueo en mi teléfono, ya que este tipo probablemente no pensaría dos veces antes de husmear en él.

—Sí —digo firmemente.

—¿No son cercanos?

—En lo más mínimo.

—Mierda. Eso no es bueno. —Blake se inclina hacia atrás en su asiento—. Te presentaré a mis padres después del próximo partido en casa. Son increíbles. Confía en mí, después de diez minutos van a ser tu familia sustituta.

Ya tengo una familia sustituta, los Canning. Pero mantengo eso para mí. Y

entonces me siento molesto por mantenerlo para mí, porque maldita sea, ¿por qué todo en mi vida tiene que ser un secreto? Jodidamente *anhelo* el día en que orgullosamente pueda presentar a Jamie Canning como mi novio. Cuando pueda hablar con mis compañeros de equipo acerca de mi vida personal y decirles sobre la increíble familia de Jamie, o invitarles unos tragos sin tener que ver a Jamie meterse en la habitación de *invitados* cuando tiene que irse a la cama. Porque no es un invitado en nuestro apartamento, maldición. Es su hogar. Y él es *mi* hogar.

No soy por lo general el que se revuelca en la injusticia de todo. Entiendo el mundo en que vivo. Sé que ser homosexual aún tiene un estigma asociado. No importa cuántos avances se están realizando, siempre habrá gente ahí fuera que no aceptarán que me gusta la polla, personas que van a juzgar, escupir su suciedad y tratar de hacer mi vida imposible. El hecho de que estoy en el centro de atención ahora solo lo hace peor, porque hay muchos otros factores a considerar.

Si salgo del armario, ¿que significará para mi carrera?

¿Para el equipo?

¿Por Jamie?

¿Para la familia de Jamie?

Los medios de comunicación van a moverse como una horda de abejas. Los fanáticos y cabrones se arrastran de debajo de las piedras. El centro de atención ya no estará sólo en mi juego, sino en la vida personal de todos los que me importan.

Una sensación de náuseas se asienta en mis entrañas. Me recuerdo que no va a ser así para siempre. La próxima temporada algún otro novato sexy se llevará a los medios de comunicación por la tormenta y voy a ser olvidado. Y para entonces, habré demostrado a mi nuevo equipo que no pueden sobrevivir sin mí y maldita sea la homosexualidad.

—Ooooh ya —exclama Blake de repente. Miro hacia él para verlo leyendo algo en su teléfono—. ¿Adivina quién acaba de pasar a la lista de lesionados?

Mi respiración se engancha.

—Estás bromeando.

—Nop. Aquí mismo, en blanco y negro. —Levanta el teléfono, entonces, se gira en su asiento de cara a Eriksson y Forsberg—. Hankersen está fuera.

Al menos cinco juegos.

Un grito suena detrás de nosotros y luego el anuncio de Eriksson resuena con fuerza a través de la cabina.

—¡Hankersen está fuera!

Hay un estallido de emoción colectiva. No me malinterpreten, todos lo sentimos por Hankersen. Una lesión es lo peor que le puede pasar a un atleta y no se lo deseo a nadie. Pero, al mismo tiempo, el hockey no es sólo un juego, es un negocio. Todos estamos jugando hacia el mismo objetivo. Todos queremos esa copa del campeonato. Una victoria esta noche en Chicago nos lleva un paso más cerca de ese objetivo.

Mi teléfono se enciende de nuevo. Esta vez es el nombre de Jamie apareciendo con el icono de mensaje de texto al lado de él. Pero Blake se está sentando en su lugar de nuevo, por lo que no cedo a la tentación de desbloquear la pantalla.

Mi compañero de equipo, por supuesto, escabulle otra mirada.

—Texto de tu compañero de apartamento —dice amablemente, como si no estuviera jodidamente consciente de ello.

Aprieto los dientes y meto el teléfono en el bolsillo.

—¿No vas a revisarlo?

—Más tarde —murmuro—. Probablemente me acaba de recordar pasar a las tiendas de comestibles cuando vuelva mañana por la mañana. Nada importante.

Esas dos últimas palabras son como veneno, queman mi garganta y rasgan mi estómago en pedazos. Me siento enfermo y culpable por siquiera decir eso en voz alta. Por implicar que Jamie Canning no es importante cuando me sé que es la persona más importante en el mundo para mí.

Soy una mierda de persona.

—Entonces —dice Blake, ajeno a mi dolor—, he leído que J-Bomb fue reclutado por Detroit. Eso es increíble. ¿Por qué no fue?

Por un segundo sólo parpadeo hacia él.

—¿Dónde has leído eso?

—Google, mi amigo. ¿No lo sabías? ¿J-Bomb no quería ir a Motor City?

¡Mierda! Blake es un hijo de puta entrometido.

—Quería entrenar. El tipo jugaba de arquero, ¿sabes? Esa organización tiene básicamente una banca muy profunda detrás de la práctica y no pensaba que alguna vez hubiese tenido la oportunidad de jugar siquiera. Este viejo entrenador nuestro le conectó con un trabajo. Gran oportunidad. —Me oigo empezar a balbucear y cierro mi mandíbula. ¿Le di demasiados detalles? ¿Sueno como que sé demasiado? Ahora estoy sentado aquí odiando mi propia paranoia.

—Ajá —dice Blake, pareciendo distraído ahora—. Entonces, ¿cómo crees que un hombre podría derrotar a un velociraptor de cinco metros, de todos modos? Es decir, se necesitas un poco de armamento serio. Ese hijo de puta sería rápido, demasiado. Como Indy 500 de rápido.

—Um... —Perdí el control de esta conversación hace mucho tiempo—. ¿Un taser tal vez?

—*Correcto*. Buena idea. Un taser sería divertido para un raptor.

Más tarde, cuando Blake se levanta a orinar, escudo mi pantalla y desbloqueo mi teléfono para que pueda ver el mensaje. El texto dice *MPETD*. Me toma un segundo, pero luego entiendo la abreviatura. *¿Qué tan dura esta?*, respondo.

Lo suficiente para operar el control remoto.

La imagen esta cuidadosamente tomada en ángulo de nuestro sofá hacia la televisión. Sin embargo, la atención se centra en la polla de Jamie, que parece estar apuntando el control remoto hacia la televisión. Un brazo pegado está presionando un botón y el otro mientras su mano se arrastra sobre su cadera... Bueno, las pollas no tienen caderas. Pero aun así.

Dile que no mire ningún otro Banshee, contesto.

Ha elegido Difícil de matar II.

Dile que lo echo de menos.

Lo sabe, fue la respuesta de Jamie.

Paso el resto del vuelo con mis auriculares puestos, haciendo una tormenta de ideas de fotografías de pollas que podrían hacer a Jamie sonreír.

Capítulo 5

Jamie

Estoy solo viendo el juego de Chicago en el sofá. Aunque los juegos en vivo son más emocionantes, hay algunas ventajas en la privacidad de mi propia sala de estar. Puedo gritarle a la televisión y nadie observa.

—¡Vamos, bebé! —grito, aplaudiendo en apoyo, incluso si nadie puede escucharme—. ¡Va a funcionar una de estas veces!

Wes ha tomado un millón de tiros de punto esta noche, pero el mayor arquero de la NHL sigue dándole manotazos como moscas, maldito sea. Durante el corte de comerciales, corro a la nevera y agarro una cerveza. El juego transcurre sin anotaciones hasta el tercer periodo, y estoy muy tenso. Wes toma otro giro en la segunda línea, y contengo el aliento.

Cuando su siguiente oportunidad aparece, prácticamente estoy levitando de anticipación. Wes atrae al arquero fuera de la línea con un largo y riesgoso cruce por el ala izquierda. Pero funciona. Cuando el ala regresa de nuevo a Wes, él es capaz de deslizarse en la esquina trasera de la red antes de que el arquero pueda reaccionar.

Ahora estoy saltando del sofá y derramando un poco de mi cerveza, pero vale la pena. Otra anotación, otra muesca en el cinturón de Wes. De verdad está haciéndolo. Está teniendo una temporada fenomenal, de la clase que podría terminar en el libro de records. Y estoy tan emocionado por él.

La cámara se enfoca en la gigante cara sudada del arquero, y me imagino que puedo oír los pensamientos del tipo. *Montaña debe quedarse enfrente de la red.*

Riéndome para mí mismo, me siento de nuevo y subo mis piernas sobre la mesa de centro. Mi hermana me preguntó el otro día si me daban celos, si lamentaba haber dejado pasar la oportunidad, y fue fácil decir que no. No puedo mentir, a mi pobre cuenta bancaria podrían haberle servido los signos de pesos. Pero si hubiera ido a Detroit —donde los arqueros del año pasado se veían tan sólidos como siempre— habría extrañado ser parte de esto.

Eso es de lo que me arrepentiría.

Miro el resto del juego con el corazón en la boca, preguntándome si el

liderazgo de Wes continuará. Y esos últimos quince minutos de juego son emocionantes. Qué bueno que no tenga una condición cardíaca, porque Chicago responde con una anotación, y Toronto consigue un penalti. Casi me muero de estrés mientras que el equipo de Wes mata el penalti. En los últimos dos minutos Eriksson anota, y evitan la situación de tiempo extra. Toronto gana el juego 2-1.

Sin fuerzas por el alivio, caigo en el sofá. Y ahora la verdadera espera comienza. Wes pasará una buena hora o dos con sus compañeros, sus entrenadores y la prensa. Luego, como es un viaje corto hasta Toronto, el equipo viajará en jet esta noche.

Paso la mayor parte del tiempo limpiando el apartamento. La cocina está limpia porque hice eso antes, así que abro nuestro correo y frunzo ceño con la cuenta de la luz. Pago la mitad de los servicios públicos y una parte de nuestra renta, pienso que si fuera por Wes, él estaría pagando por todo. Me puse firme cuando lo sugirió, porque no puedo estar en este apartamento y *no* contribuir. Puede que el nombre de Wes esté en el contrato, pero esta es mi casa también, maldición.

La gigante maleta de Wes todavía está al lado de la puerta principal donde la dejó después de su largo viaje por carretera. He tenido una pequeña guerra interna sobre si debo dejarla ahí o no. Me parece mezquino lavar mis cosas y dejar las suyas sucias. Pero no estoy muy seguro de qué piensa Wes que sucede con su ropa sucia cuando la deja en una maleta o una pila en el piso de nuestra habitación. Puede que de verdad crea que hay un hada de la lavandería que pasa de vez en cuando para mantener limpia su ropa interior.

Como sea, está molestando. Así que me rindo y abro la gigante maleta, sacando montones de ropa arrugada. Deposito todo en la lavadora y comienzo a cargarla.

Luego me voy a la cama, cuidando de dejar una luz encendida en la cocina para que cuando él llegue pueda ver por dónde camina.

Cuando me despierto, hay luz pasando alrededor de los bordes de las persianas de la habitación. Y hay un hombre musculoso y desnudo durmiendo con un brazo tatuado alrededor de mi cintura. Con cuidado me deslizo al borde de la cama, pero el brazo se aprieta.

—No —dice Wes adormilado.

—Déjame ir al baño —susurro.

—Vuelve rápido.

—Hecho. —En mi camino al baño miro su rostro relajado. Puede que haya estado hablando dormido, se ve muy dormido.

Después de que hago mis cosas y me cepillo los dientes, voy a la cocina para agarrar un vaso de agua. Me he bebido la mitad de este cuando escucho suaves pasos en el pasillo, y me giro para encontrar a Wes en la puerta, lentamente acariciándose una erección ambiciosa. Su mirada me busca alrededor del cuarto mientras dejo el vaso en el lavabo.

—No volviste de inmediato —dice con voz ronca.

—Tenía sed —murmuro. Soy distraído por el seductor movimiento de su mano en su pene. Las mamadas que intercambiamos la otra noche fueron muy apuradas. Satisfactorias, sí, pero no suficientes. Ha pasado mucho tiempo desde que hemos tenido toda una noche para nosotros. Una noche para jugar, explorar y volvernos locos el uno al otro.

—¿Por qué todavía estás usando eso? —Los ojos de Wes brillan en la temprana luz matutina mientras apunta a mi bóxer.

Tiene un buen punto. Mi bóxer cae al piso de baldosa.

—¿Por qué no me despertaste cuando llegaste? —pregunté.

Sonríe.

—Estabas muy dormido. —Su voz es grave, y sólo el familiar sonido áspero de esta hace que mi sangre bombee—. Y tenemos *toda una semana* —dice estas tres últimas palabras de la forma en que alguien más diría *diez millones de dólares*. Wes probablemente ya tiene diez millones de dólares. Su familia es rica, y a él no le importa una mierda. Lo que más quiere es a *mí*. Y estaría mintiendo si dijera que eso no me emociona. Él nunca es egoísta con su afecto.

De hecho, está acercándose a mí ahora mismo, tirando de mí.

Me presiono contra su duro cuerpo y su suave piel. Cuando nuestras erecciones hacen contacto, mi duro pene dice, *¿dónde has estado?* Wes me da una sonrisa malvada y mete la mano entre nosotros para agarrar mi erección.

—Hola —digo, con una sonrisa.

—Hola.

—Buena anotación la de anoche.

—¿Quieres hablar ahora? —gruñe—. Porque preferiría follar.

—¿Hablamos después, entonces?

Wes agarra la parte posterior de mi cabeza y me atrae para un beso. Gruñe de satisfacción cuando nuestras bocas chocan. Su beso es fuerte. Hambriento.

Tomo el control del beso, abriéndolo con mi lengua. Wes gruñe, con la frente fruncida en concentración. Empujo contra él, raspando nuestros ansiosos penes juntos, y él agarra mis caderas como si me prohibiera hacer eso todavía.

—¿ Habitación? —me las arreglo para decir.

Suelta mi boca y sacude la cabeza.

—Demasiado lejos.

La urgencia en su cara me provoca una risa, pero el sonido muere en mi garganta cuando de repente cae de rodillas y se traga mi polla antes de que pueda parpadear.

Dulce Jesús.

Mi trasero golpea el mostrador cuando Wes me succiona hasta la empuñadura. Su boca está húmeda, caliente y ansiosa. El ritmo de mi corazón sube un millón de niveles, el placer se reúne en mis testículos con cada codiciosa succión y movimiento de su lengua. Me encanta lo que me está haciendo, pero odio que la base de mi espalda ya este cosquilleando. Estoy cerca de venirme, y eso solo refleja lo hambrientos de sexo que nos hemos vuelto con nuestro tiempo separados. Por lo general tengo más energía, maldición. Pero estos días mi cuerpo está tan excitado por la novedad de tener a Wes alrededor más que sólo cinco minutos que exploto al segundo en que me toca.

—No quiero venirme todavía —digo, apretando los dedos en su cabello.

Su boca me suelta. Con una suave risa, se pone de pie y pasa sus dedos por mi mandíbula, acariciando suavemente mi barba. Un escalofrío pasa a través de mí. Este hombre... mierda, este hombre. Me tiene con sólo una caricia. Con una mirada caliente.

—Date la vuelta —susurra—. Con las manos en el mostrador.

Hago lo que pide, y un momento después un par de fuertes manos agarran

mi trasero. Él aprieta y yo gimo, instintivamente empujando mis caderas hacia adelante, sólo para golpear mi pene todavía mojado contra el frío y duro granito. Mi mano se desliza para agarrar mi erección y lentamente froto mi pulgar alrededor de la cabeza mientras Wes continua tocando mis nalgas. Cuando su dedo se desliza por mi pliegue, empujo contra la juguetona caricia, rogando en silencio por más.

—He extrañado este culo. —Su respiración me hace cosquillas en el cuello, y luego su lengua sale para una probada, girando sobre mi febril piel—. No sabes cuántas veces me masturbé cuando estábamos en el camino. Cuántas veces me corrí con el pensamiento de deslizar mi polla dentro de este apretado trasero. —Frota mi abertura con la punta de su dedo, y las sensibles terminaciones nerviosas rugen a la vida.

Mi pene suelta semen en mi mano. Mierda. Estoy muy cerca. Demasiado cerca. Aprieto la cabeza lo suficientemente fuerte para crear una punzada de dolor, tratando de frenar la liberación amenazando con derramarse.

—Deberías haberme contactado por Skype —dije—. Podríamos habernos masturbado juntos. —Es algo que jamás hemos intentado.

Eso lo hace soltar un gemido estrangulado. Oh sí, le gusta esa idea. Pero hago el pensamiento a un lado. Ahora mismo, no hay necesidad de pensar en formas creativas de follar para cuando estemos a cientos de kilómetros de distancia. Porque estamos juntos. Estamos aquí, en carne y hueso, capaces de follar todo lo que queramos.

—No te muevas. —Su fuerte orden hace eco en la oscura cocina. Escucho sus pasos desaparecer en el pasillo. No me muevo. La anticipación crece dentro de mí, mi pene pulsa en mi mano, rogando porque Wes regrese.

No tarda demasiado. Escucho el sonido de un clic, el inconfundible sonido de una tapa abriéndose. Fue por lubricante, y ahora sus dedos son resbalosos cuando los lleva de regreso a mi trasero. Sus resbaladizas manos me atormentan, desliziéndose entre mis nalgas, frotándose sobre mis testículos. Cuando empuja un dedo dentro de mí, maldigo y suspiro a la vez.

—Muy apretado —dice entre dientes. Lo desliza más adentro, mis músculos se aprietan alrededor de su dedo—. ¿Quieres mi polla, Canning?

—Sí. —Me empujo con más fuerza en su dedo. No es suficiente. Necesito más. Necesito su dura erección llenándome, empujando contra el dulce punto que nunca supe que existía hasta el verano pasado, cuando Ryan Wesley

entró en mi vida y me mostró un nuevo lado de mí.

Añade otro dedo, acariciando mi canal y estirándome hasta que estoy ardiendo. Hasta que mi visión se pone borrosa y mi cerebro deja de funcionar.

—Más —imploro. Es lo único que puedo decir. *Más. Más, más, más.* Estoy *rogando* y Wes todavía me niega lo que quiero. Está moliendo su erección contra una de mis nalgas y sus dedos se mueven dentro de mí. Su otra mano llega a mi pecho y la desliza hacia abajo, apartando mi mano para poder agarrar mi pene.

—Dios —siseo cuando comienza a bombear.

—¿Te gusta esto, bebé? ¿Qué te masturbe mientras te meto los dedos en el culo?

Murmuro algo incoherente en respuesta, lo que lo hace reír. El sonido áspero me calienta un lado del cuello, y luego salto cuando sus dientes se hunden en mi carne. Santa mierda, me está volviendo loco. Alivia la picadura con su lengua, lamiendo las tensiones de mi cuello, besando un camino por mi hombro, mordiéndolo también.

—¿Estás listo para mí? —susurra.

Un angustiado gemido sale.

—Malditamente listo.

Con otra risita, retira sus dedos y todo mi cuerpo se hunde en la decepción, llorando la pérdida, ansiando la presión de nuevo. Wes no me hace esperar demasiado, en un abrir y cerrar de ojos, su punta tantea mi culo, y entonces su grande y lubricada polla se desliza a través del aro de músculos y se mete.

Ambos gruñimos. Sus manos agarran mis caderas, sus largos dedos se entierran en mi piel mientras lentamente sale y vuelve a penetrar.

—Maldito infierno, Canning. Maldita sea, te amo tan jodidamente demasiado. —Suena como si estuviera luchando por respirar, y cuando la mitad de su vocabulario se reduce a maldiciones, eso significa que Wes apenas está en control. Pero me encanta cuando pierde el control. Sé que estoy dentro para una montada salvaje y santo infierno él me la da.

Golpea dentro de mí desde atrás, con las caderas golpeando, los testículos golpeando mi trasero con cada profundo y desesperado empuje.

Empujo hacia adelante, doblándome contra el mostrador. Mi polla está más dura que el granito debajo de mis palmas. Quiero acariciarla, pero Wes está taladrándome tan fuerte que necesito ambas manos para apoyarme. Está en sintonía con mis necesidades, sin embargo, porque deja caer una mano de mi cintura y la lleva a mi polla imposiblemente dura. Luego inclina sus caderas de una forma en que queda golpeando mi próstata cada vez que va hacia adelante.

—Córrete para mí —ordena—. Córrete en mi mano, Jamie. Déjame sentirlo.

Disparo tan rápido que es casi cómico. Lo único que se necesita es la áspera orden de Wes y me vengo con un grito salvaje, empapando su mano como quería. Mientras me estremezco por mi clímax, Wes gruñe, sus empujes se vuelven más y más erráticos. Sin habilidad, completamente frenéticos, hasta que finalmente deja caer su cabeza en mi hombro y se estremece detrás de mí. Siento su liberación pulsar dentro de mí, y cuando se retira varios segundos después, mi culo y mis muslos están resbalosos y ambos estamos temblando y riéndonos.

—Eso fue... intenso —dice él secamente.

Resoplo.

—Creo que acabas de soltar unos tres litros de semen dentro de mí. —No es que me esté quejando. Me encanta saber que tengo el poder de convertir a Wes en un loco maníaco sexual. Incluso así, todavía me quejo un poco mientras pasamos lo próximos cinco minutos limpiando. Mi propia liberación fue igualmente descontrolada, dejando atrás varias gotas perladas en el mostrador y el gabinete debajo. Insisto en limpiar toda la superficie, mientras Wes bromea con que tengo TOC.

—*Comemos* sobre esta cosa, amigo —le recuerdo—. Eso no es trastorno compulsivo, es limpieza básica.

Se ríe y sigue frotando el suelo con el trapo y el limpiador que le entrego.

—¿Entonces qué quieres hacer esta noche? ¿Deberíamos ir a ese nuevo restaurante del que Eriksson me contó?

El próximo juego de local de Toronto es mañana, lo que significa que de verdad tenemos todo el día y la noche para nosotros. Y sucede que los martes es la noche de mitad de precio en todos los teatros de la ciudad.

—Definitivamente —respondo—. Pero podemos ir después de la película. No sé cuánto tiempo vaya a seguir en el cine.

—Oh mierda, ¿*The long pass*? Sí, tienes razón. Definitivamente necesitamos ir a verla esta noche. —El remordimiento pasa por su expresión, y sé que está pensando en lo que sucedió la última vez que tuvimos una noche libre. Había estado muriéndome por ver esa maldita película, también Wes, y me había hecho prometer no ir sin él. Excepto que cuando finalmente tuvimos la oportunidad de verla, el representante de relaciones públicas de Wes llamó justo cuando estábamos saliendo y le informó que su presencia era requerida para una rueda de prensa de último minuto, anunciando un viaje sorpresa en la organización. Eso fue hace tres semanas.

No lo menciono, sin embargo, porque sé que ya se siente como la mierda por haber tenido que largarse en nuestra noche de cita.

—Bien, ¿entonces qué tal si vamos a la función de las siete de la noche y luego vamos por una cena tardía? —sugiero.

—Suenas como un plan. —Me sonrío—. Entonces. ¿Listo para el round dos? Y luego el desayuno. Tenemos que guardar las fuerzas para el ejercicio que te voy a dar hoy en la noche.

Mi mirada baja a su entrepierna, y levanto una ceja cuando veo que está portando una semi erección.

—Eres todo un perro en celo embravecido esta mañana, ¿eh? —Pero la visión de esta me pone duro de nuevo, lo que sólo lo hace sonreír más.

—El burro hablando de orejas... —Da un paso al frente y me besa, luego me aparta del mostrador.

Riéndonos, dejamos la cocina brillando de limpia y libre de semen y corremos hacia la ducha. Por primera vez en semanas, hay una ligereza en mi pecho. Sólo quiero pasar el resto del día desnudo con mi novio maniaco sexual.

Pero como descubro diez minutos después, no siempre puedes conseguir lo que quieres.

Capítulo 6

Wes

Los golpes fuertes en la puerta sólo pueden venir de una persona. Nadie más en el edificio sabe quién soy, e incluso si lo hicieran, nadie sería tan grosero como para golpear la puerta a las ocho de la jodida mañana. Nadie más que Blake Riley, es decir.

Jamie y yo nos congelamos en medio del beso, en el centro de nuestro dormitorio. Los dos estamos desnudos, goteando de la ducha que tomamos y con rabiosas erecciones. Se ve tan molesto como me siento.

—Tal vez si lo ignoramos va a desaparecer —murmuro.

Jamie hace un sonido molesto por lo bajo.

—¡Wesley! ¡Abre!

La voz apagada de Blake viaja hacia el dormitorio, y la expresión de Jamie se oscurece aún más.

—¡Vamos, hermano, es una emergencia!

Mis hombros se tensan. Mierda. Por alguna razón, lo primero que pienso es que la verdad sobre mi orientación sexual estalló. ¿Cómo de egoísta es eso? Como si los medios de comunicación en Toronto no tuvieran nada mejor que hacer que informar sobre a quién se está tirando Ryan Wesley. Aun así, es mi mayor temor. Que el éxito que he tenido en mi primera temporada con Toronto será eclipsado, o peor, olvidado, porque ser un atleta profesional gay es una historia más jugosa.

—Esto podría ser importante —le digo a Jamie, mientras intento transmitir con mis ojos lo infeliz que estoy con la interrupción.

Me meto en un par de pantalones de chándal y abro la puerta. Blake se precipita dentro llevando pantalones de chándal y una camiseta gris que muestra sus enormes bíceps.

—Gracias, joder —se queja—. ¿Tienes café? ¡Estoy desesperado!

Le miro con la boca abierta mientras asalta la cocina y comienza a abrir los armarios como si fuese el dueño del lugar. *¿En serio?* ¿Casi rompió mi puerta porque quiere *café*? Tengo que morderme la lengua para detenerme de

señalar que hay cientos de Tim Hortons en Toronto, dos de ellos dentro de un radio de tres cuadras de nuestro edificio.

—Qué suerte que seamos vecinos, ¿no? —Blake toma una taza del armario y se dirige hacia el otro lado del mostrador para hacer clic en la máquina de café.

¿Suerte? Estoy cerca de a diez segundos de cometer un asesinato. Excepto que sé que ese cuerpo gigante no encajaría en el armario del pasillo que alimenta al compresor de basura de nuestro edificio.

Mi corazón cae a la boca de mi estómago cuando noto la taza que está sosteniendo. Es una de una pareja, con la palabra SUYO escrito en ella, cortesía de Cindy Canning. Ella nos dio las tazas por las vacaciones, y honestamente puedo decir que es el regalo más reflexivo que he recibido. Quiero arrebatársela de su enorme mano y decir “¡Mia!” Tal vez mear en ella, para marcar mi territorio. Pero Blake ya ha llenado mi taza preferida con café y está levantándola a su boca.

Se apoya en el mostrador y sorbe el líquido caliente, a continuación, deja escapar un suspiro de satisfacción.

—Gracias hombre. No puedo funcionar sin mi matutina vitamina C.

Me está dando las gracias como si amablemente le hubiese invitado a tomar una taza de café. Lo que no hice.

Pasos resuenan en el pasillo y luego Jamie entra en la cocina. Se lanzó en un par de pantalones de chándal también, junto con una camisa azul de botones. La camisa está desabrochada, mostrando sus abdominales de tabla de lavar y piel lisa, dorada.

—Buenos días —murmura sin mirar en mi dirección.

—Oh mierda, ¿te he despertado? —Blake suena realmente arrepentido—. Soy malo en llamar a las puertas. —Él levanta una enorme mano—. Estas zarpas no saben cómo ser suaves.

—Está bien, me tenía que levantar todos modos —responde Jamie. Se sirve una taza de café, y luego me mira por encima de su hombro—. ¿Tienes algún plan para hoy?

Sé que está tratando de actuar como un compañero de piso educado, pero el dolor en sus ojos me vuelve a romper. Quiero abrir mi boca y declarar: “¡Mi plan es pasar todo el día debajo de tu cuerpo desnudo!” Y a Blake se lo

llevarían los demonios. Puedo mantener mi boca cerrada, sin embargo. Jamie y yo hemos trabajado duro para mantener nuestra relación en secreto desde el comienzo de la temporada. Podemos sobrevivir unos pocos meses más.

—No estoy seguro todavía —digo a la ligera.

Blake chilla.

—Tenemos función benéfica esta noche, ¿recuerdas? ¿Champán y modelos? Siento una noche cachonda acercarse. ¿Tú?

Niego.

—Nop. Por primera vez no estoy en la lista. El departamento de relaciones públicas sólo pidió a los jugadores veteranos hacer acto de presencia.

—Mierda, ¿me consideran un veterano? Es sólo mi tercera temporada — protesta. Toma un sorbo precipitado—. Espero que no signifique que piensen que estoy haciéndome viejo.

—Tienes veinticinco años —digo con sequedad—. Estoy seguro que todavía consideran que eres un pollo de primavera.

Descansa un antebrazo sobre el mostrador y casi me trago mi lengua cuando me doy cuenta de dónde está parado. El lugar exacto donde me incliné sobre Jamie hace menos de diez minutos. Mi hombre está pensando claramente la misma cosa, porque me ofrece una sonrisa irónica detrás del hombro de Blake.

Blake sorbe su café y luego veo una luz en sus ojos.

—¡Ah! Tengo la mejor idea. ¿Sabías que soy brillante? —Agarra se teléfono del bolsillo y comienza a enviar mensajes de texto. No le pregunto por qué, ya que con Blake, siempre vas a obtener una historia completa de todo lo que aparece a través de su gran cabeza carnosa. Así que disfruto del silencio, eligiendo una segunda taza ya que Blake está utilizando la mía y me sirvo una taza de café.

Jamie está entretenido alrededor de la cocina ahora, tomando las cosas de la nevera. Una docena de huevos. Algunas tortillas de maíz del mercado orgánico donde le gusta ir de compras. Chorizo. Salsa. Saca un tazón de vidrio y comienza a verter los huevos en él. Me encanta la atención que pone en la cocina. Podría ver sus manos todo el día. Aunque se verían mejor en mi polla en este momento, pero esto es agradable, también. Pone la salchicha en una sartén caliente y sisea contra la superficie. Luego sacude la bandeja en el

horno para cocinar.

—Whoa —dice Blake, mirando hacia arriba desde su teléfono—. ¿Qué haces ahí, J-Bomb?

—El desayuno —dice Jamie, arrojando las cáscaras de huevo en la basura—. Wesley me dijo que tiene un gran entrenamiento previsto para más tarde. Pensé que podría reponer un poco de proteína. —Jamie tira de un batidor en un cajón, y me da una mirada significativa. Luego comienza a batir los huevos.

—¡Santo cielo! ¿Cocinas? —Blake se maravilla, su gran rostro como perrito evidentemente impresionado—. No es de extrañar que le gustes a Wesley.

Veo a Jamie morderse el labio contra una sonrisa. Hay una larga lista de cosas que me gustan de Jamie. Su cocina no está ni siquiera en la parte superior de las primeras cincuenta. Está su sonrisa, su cuerpo perfecto, su fácil personalidad, su lengua altamente cualificada...

Correcto. Ahora no es el momento para pensar en eso.

—¿Te quedas para el desayuno, Blake? —Jamie le pregunta sobre su hombro.

Nuestro vecino da un tirón a un taburete del mostrador y planta su gigante persona en el mismo.

—Nunca te librarás de mí ahora.

Maldita sea. Voy a empezar a llorar como una niña si dice eso de nuevo. Encuentro algunos platos y cubiertos y me hago útil.

Sólo estoy tratando de ayudar a Jamie a servir la comida cuando alcanzo el mango de la sartén de la salchicha. Antes incluso de que pueda registrar el movimiento, la mano de Jamie dispara a través del espacio de la cocina y golpea mi mano de la sartén.

—¡Amigo! —brama Blake—. ¡J-Bomb no quiere que toques su salchicha! —Blake se ríe históricamente en su propia broma.

Pero Jamie ni siquiera puede apreciar la ironía de las palabras de Blake, porque él está ocupado mirándome.

—Una vez más... el paño sobre el mango significa...

—Que está *caliente*. Se me olvidó. —Soy famoso por quemarme, y ni

siquiera cocino.

Jamie me ondea fuera del camino y sirve el desayuno.

—Esos reflejos de arquero —dice Blake—. Ellos salvaron tu mano.

Dos minutos más tarde estamos comiendo huevos revueltos con chorizo y queso en tortillas de maíz calentadas con salsa.

Blake toma otro bocado y gime cómicamente.

—Te amo, hombre.

—Eso es lo que todos los chicos me dicen —dice Jamie inexpresivo. Es probable que esté imaginando la última vez que comimos juntos en la cama desnudos, un desayuno tranquilo en fin de semana. Pero en última instancia, es difícil odiar a Blake. Realmente lo es. Especialmente cuando recoge los platos después del desayuno y comienza a lavarlos sin preguntar. Cuando ha terminado con eso, lava las cacerolas y luego limpia las encimeras. Jamie vierte otra taza de café y se deja caer en el sofá mientras que la cocina es limpiada por alguien que no es él.

Incluso Jamie se está suavizando hacia Blake. Lo puedo decir.

Finalmente, Blake nos da las gracias por el desayuno y hace un movimiento para salir.

—Déjame solo comprobar... ¡ah, ja! —dice, tocando en su teléfono—. Esto es increíble. ¡Te conseguí una invitación para la fiesta de beneficencia de esta noche! Es una gran fiesta. Mi favorita de la temporada. Estamos hablando de una lista de *supermodelos*, amigo.

—No creo que... —comienzo.

—Comprueba tu correo electrónico, ¿eh? El publicista dijo que iba a bombardearte hasta tenerte. Dos chicos se bajaron debido a que sus esposas están tirando de ellos. El equipo compró una mesa y se verá como una mierda, si no está completa. ¡Así que estarás en ella!

En el extremo de la barra, el teléfono comienza a sonar

—Hasta luego, chicos. Y tu comida es la bomba, J-Bomb. —Blake sigue hablando para sí mismo cuando sale de nuestro apartamento y cierra la puerta.

Jamie mira hacia la puerta como si fuera una serpiente venenosa, y hacia mi teléfono sacudiéndose de nuevo. Me acerco y entrecierro los ojos hacia él.

—Mierda. Tengo que tomar esto. —Lo recojo y saludo al publicista—. ¿Hola? ¿Franco?

—Buenos días, Ryan. Siento molestarte el fin de semana.

—No hay problema, señor. —Soy extra educado porque estoy hablando con el hombre que va a tener que manejar mi Gran Momento Gay cuando mi secreto finalmente se filtre. Cada vez que hablo con él, nunca me olvido de eso.

—Blake Riley dice que estás disponible para ir a gala de beneficencia de traje de etiqueta, esta noche. Sé que a veces es una mala pasada pasar otra noche lejos de nuestras familias, y quiero que sepas que realmente aprecio la oferta.

—Umm... —*No me ofrecí*, está en la punta de mi lengua—. ¿Dijiste que es de traje de etiqueta? —Cristo. Voy a matar a Blake.

—¿Tienes un smoking? Te podría enviar el número de un servicio de ropa formal...

—Lo tengo —suspiro—. Gracias.

—No, *gracias a ti*. Nos vemos a las ocho. ¿Y Ryan...? —duda.

—¿Sí?

—¿Tienes planes para traer a una cita?

—No —le digo muy rápidamente.

—Está bien —dice a la ligera. Pero él sabe que es una pregunta cargada. Frank es una de las pocas personas que sabe de Jamie y yo. Le dije el pasado verano, ya que si el equipo iba a despedirme, quería saberlo—. Diviértete.

Algo que *dudo*.

—Lo haré, gracias.

Jamie está sentado en el sofá cuando cuelgo, mirando la TV, que ni siquiera está conectada. Me acerco allí y me siento a su lado. Pongo mis pies al lado de los suyos, sobre la mesa de café y mi cabeza en su pecho.

—Déjame adivinar. Vas a salir esta noche a alguna fiesta.

Escondo mi cara en su cuello.

—Puedo llamar de nuevo y decir que estoy enfermo.

Jamie suspira.

—Ellos te pueden poner en reserva de lesionados, si piensan que tienes esa gripe que ha estado en las noticias. Está empezando a asustar a la gente. Tienes que jugar en Detroit mañana.

—Mierda. Jodido Blake. —Estamos en silencio durante un minuto. Extiendo una mano y toco la barba de Jamie. Todavía no estoy acostumbrando a ella—. Está bien, voy a llamar a un agente inmobiliario el lunes y buscar un nuevo apartamento.

—¿Qué? —Jamie se ríe.

—Estoy hablando muy en serio. Esto se... Él... —No termino la frase, porque esto es algo que Jamie y yo no hablamos en voz alta. Las cosas que hacemos para ocultar nuestra relación, las pequeñas omisiones incómodas, las mentiras, todo se siente terrible. Sé que le molesta, también. No hablamos de ello porque es embarazoso. Lo puse en esta posición porque quería tener una temporada de novato juzgada por los méritos de mis habilidades. Pero sólo estamos a medio camino, y es cada vez más difícil todo el tiempo.

—No podemos mudarnos —dice Jamie sin entusiasmo—. Es un grano en el culo y no hay garantía de una mayor privacidad.

Esto desafortunadamente es cierto.

—Solo necesito tres meses más. Cuatro, como mucho.

—Lo sé.

Hay más silencio. Pero, al menos, su mano se pasea sobre mi espalda. Si Jamie me está tocando, entonces todo está bien.

—Siento lo de la película de esta noche.

—Podríamos ir a una función de tarde.

—Claro —conuerdo. Pero ninguno de los dos se levanta para comprobar los horarios. En su lugar, comienzo a dejar pequeños besos en el cuello de su camisa. Se resiste durante un minuto o dos, porque está enfadado de que nuestra noche se arruinó. Pero sigo hacia arriba. Y en última instancia, soy irresistible. Arrastro mis labios por su clavícula, luego por sus amplios pectorales. Separo las mitades de su camisa y acaricio un pezón, a continuación, lo empiezo a chupar.

Se mueve en el sofá, dejando caer sus piernas abiertas. Beso mi camino hacia abajo por su cuerpo y sobre el bulto en sus pantalones de chándal.

Jamie deja caer una mano en mi pelo y suspira. Está un poco triste, pero también encendido.

No nos movemos a ningún lugar cerca de esa película. Después de hacerle volar en el sofá, nos retiramos a nuestra cama, en la que alternativamente dormimos la siesta y perdemos el tiempo durante todo el día. Y cuando por fin tengo que levantarme y prepararme para la gala de beneficencia, no tengo ningún interés en asistir, ya que estoy demasiado relajado y satisfecho sexualmente para importarme mucho.

A las siete, estoy maldiciendo mi moño mientras él me mira desde la cama.

—Eres sexy en un esmoquin —dice—. Incluso si tu juego de lazos es bastante débil.

—Ayuda —lloriqueo, empezando de nuevo por tercera vez.

Se levanta y me golpea las manos lejos.

—El truco es comenzar flojo y apretar todo más tarde. Algo así como dando una mamada.

Resoplo de la risa. ¿Quién sabría que mi amor de la infancia alguna vez aprendería a dar una mamada? A lo largo de la escuela secundaria, Jamie era mi fantasía. El gran bombón rubio cuyos dedos están fijando mi moño, todavía me sorprende cada vez que me toca. Me mantengo quieto porque quiero esto hasta el final. Puede jugar con esta cosa toda la noche si eso significa que tengo una vista en primera fila de sus ojos marrones, tan sorprendentes en un hombre, y sus dorados pómulos cincelados.

—Listo —dice en voz baja, su aliento en mi cara. Le da a los lazos un tirón más.

De mala gana cambio mi mirada hacia el espejo, y mi moño está perfectamente centrado y recto. No tengo más excusas para quedarme en casa.

—Gracias —le digo en voz baja. Cuando digo esto, significa mucho más que sólo por atar un lazo.

Él acaricia mi mejilla.

—De nada. Ahora vete. Comportarte. Agita el brazo en la alfombra roja o lo que sea. Cuando te pregunten que estás usando, inventa alguna mierda.

—Buena idea. —Me inclino hacia delante y lo beso una vez. Uno rapidito.

A continuación, salgo de allí antes de que lo pueda reconsiderar.

Capítulo 7

Wes

En la beneficencia soy infeliz. No desconozco las fiestas, pero no me gustan las de este tipo, un grupo de gente en trajes de pingüino tratando de impresionar a los demás. Al menos la comida es sabrosa y el licor es muy bueno, incluso si el servicio está en el lado mezquino. Mi copa está vacía así que de nuevo miro alrededor.

Siempre hay múltiples bares en eventos como este. El truco consiste en concentrarse en los menos concurridos, donde las líneas son más cortas. Hay una larga cola en el bar cerca de la puerta, así que mire por el lugar y encontré uno en una esquina.

Cinco minutos más tarde estoy bebiendo un whiskey de malta y deambulando de nuevo buscando a mis compañeros de equipo. Incluso cuando están fuera de la vista, se pueden escuchar. Sigo los gritos de Eriksson y carcajadas de Blake.

Estoy evitando a Blake porque estoy enojado con él. Tal vez es una niñería, pero mi objetivo esta noche es pasar de él. Lo escuche decir algo acerca de atacar el bar antes de irnos. Eso es innecesario. Una vez terminan los discursos, me estoy escabullendo por la salida.

—Hey, Wesley —Eriksson me saluda con un golpe en la espalda—. ¿Te diviertes?

¿Mentir o no mentir? Esa es la pregunta. Estoy jodidamente cansado de las mentiras que digo toda la semana.

—No realmente. Esto no es lo mío.

Los ojos de Eriksson se ensanchan.

—¿No te das cuenta que hay una habitación llena de mujeres ricas en vestidos diminutos? Por eso vengo a eventos como estos. Hace siete años me lleve a casa un par de gemelas con las que tuve acción toda la noche. —Está claramente borracho—. Qué días aquellos.

Mi compañero se ve bastante mal, y tan solo son las diez. Sus ojos son de color rojo, y se ve agotado.

—¿Estás bien? —pregunté. Durante toda la semana lució como el infierno,

la verdad. No sé cómo no me di cuenta antes.

—Claro que estoy bien. Excepto que mi esposa me dijo esta mañana que quiere el divorcio, luego se llevó a los niños a la casa de su hermana. Me perdí otra sesión de terapia, al parecer. Así que está tirando la toalla.

Jesucristo.

—Lo siento, hombre. Tal vez solo necesita una noche para pensar las cosas.

¿Es eso lo que se le dice a un chico cuya vida se cae a pedazos? No tengo ni idea. Eriksson se encoge de hombros.

—Este estilo de vida. No es fácil, ¿sabes? Pero basta de mis problemas. ¿Qué tienes contra las fiestas?

—No todas las fiestas —digo rápidamente—. Este tipo de cosas me traen recuerdos de mi infancia. Mi madre pasaba todo el tiempo planificando mierda como esta. ¿Ves estas flores? —Señalo una pieza ostentosa. Hay millones de ellas, y puesto que es febrero en Canadá, habría muchas en los alrededores. Del techo cuelgan enjambres de mariposas falsas, cada una suspendida en algún tipo de hilo de pescar invisible—. Alguien pasó gran parte de su tiempo decorando este lugar. Debido a que la gente rica que asistió pago cada uno cuatro mil dólares, esperando ser deslumbrados. Siempre me he preguntado por qué no todos simplemente nos quedamos en casa y escribimos un cheque en ropa interior. Todo iría realmente a la caridad. Boom. Problema resuelto.

Eriksson soltó una gran carcajada.

—Cínico bastardo. Joder te amo. Pero ya estás aquí, deja de hacer como que la corbata te está asfixiando.

Le doy un tirón a la corbata, porque la hija de puta me está asfixiando.

—¿Qué es esta caridad, de todas formas? —Me había perdido esa importante información. Y puesto que estas fiestas siempre tienen el mismo aspecto, no hay pistas en la decoración. A menos que la caridad este destinada a beneficiar a los floristas y mariposas falsas.

—Investigación de la psoriasis —dice Eriksson—. Al parecer se trata de un verdadero castigo.

—¿Qué? —resoplo—. ¿La condición de la piel? —Escaneo la multitud, pero lo único que veo es la piel de las mujeres jóvenes con vestidos sin

espalda. La investigación debe estar marchando muy bien.

—Mira por allá. —Eriksson señala un grupo de bellas chicas que se mueven hacia nosotros a través de la multitud—. Estás soltero y yo debo serlo. Así como debo también admirar a las modelos. Es por una buena causa, ¿cierto?

Después de un buen trago de whiskey no puedo dejar de sonreír. Pero luego me di cuenta de que en realidad conozco a una de estas chicas.

—¡Kristine! ¿Qué demonios haces aquí? —La conocí en la universidad, solía salir con el hermano de mi amigo Cassel. No la he visto en tres años, no desde que rompió con Robbie.

Ella me devolvió una gran sonrisa.

—Cuando vi a tu equipo en el programa, me pregunté si estarías aquí. Pequeño Ryan. El *famoso* delantero novato. ¿Por qué no lo puedo decir seriamente?

La envuelvo en un gran abrazo, y mis manos se encuentran en todas partes piel. Su vestido color bronce brillante es tan escaso de tela que prácticamente está desnuda.

—Es bueno verte, Krissi. ¿Cómo has estado? ¿Estás de vuelta en Toronto? —Había olvidado que era canadiense. Ella solía estar en Boston visitando a la familia de Cassel en los descansos de la universidad.

—En primer lugar, no soy Kristine. Soy *Kai*.

—¿Qué? ¿Quién es Kai?

—Yo, idiota. —Le da un golpe a mi trasero—. Kristine no fue suficiente para mi agencia de moda. Ellos cambiaron mi nombre.

Cierto, es modelo. Había olvidado que estaba trabajando en eso.

—¿Dejaste que te cambiaran el nombre? Suena extremo —*dice el hombre que oculta su sexualidad para jugar en la NHL*. De acuerdo, por lo que un cambio de nombre no es tan raro—. Kai es un poco masculino. Me gusta.

Ella ríe.

—Ven a bailar conmigo. Vamos a animar este lugar.

—Claro —le digo inmediatamente. Hablar con Kristine/Kai me ha puesto de mejor humor. Me recuerda a tiempos más simples, cuando ella, Robbie y Cassel buscaban problemas en los bares más peligrosos de Boston. Me

gustaría estar de nuevo en ese momento en vez de aquí ahora, pero no se puede tener todo. Y bailar con una vieja amiga hace que la música swing que toca la banda sea más interesante para mí de lo que lo era hace unos minutos.

Tomo su mano y la llevo a la pista de baile.

Jamie

Estoy doblando un poco de ropa en el sofá, mientras veo un partido de baloncesto y hurgando mi teléfono. Ninguna de estas cosas es muy interesante.

La película que quería ver tiene última función, cuarenta minutos a partir de ahora. Si voy a verla, tengo que decidir en los próximos cinco minutos.

¿Wes se molestaría si voy solo? Probablemente no. No mucho, de todos modos. Y si se trata de una gran película puedo verla de nuevo con él en casa.

Doblo dos camisetas más y trato de decidir. La entrada de cine no cuesta mucho, pero las palomitas y el refresco son caros. E irme en metro. No es gratis, y trato de ahorrar para salir con Wes. El alquiler que insisto en pagar es casi más de lo que puedo pagar, por lo que perdí una gran parte de tiempo.

Además, hace frío afuera. Toronto tiene vientos de invierno que simplemente pasan a través de mí. Viví en la costa oeste toda mi vida, nunca había entendido realmente cuán brutal es el invierno. Tal vez eso suena como una razón para quedarse en casa, pero el factor viento no inclina la balanza a su favor.

Si Wes estuviera aquí ya estaría allá. Maldito clima.

Aún perdiendo el tiempo, abro Instagram. Y me sorprendo al darme cuenta que Wes está en la primera foto que veo. La foto está en la cuenta del equipo. En la imagen, Wes está sonriendo a una mujer joven muy sexy con un vestido de color cobre. Sus brazos alrededor de ella. El subtítulo dice, el delantero novato Ryan Wesley bailando con la modelo Kai James en #FiestaPorPsoriasis

Wes está bailando con una modelo, mientras estoy sentado aquí, literalmente, doblando su ropa interior.

Ese es. Ese es el empujón que necesito para levantarme del sofá y salir.

Veinte minutos más tarde, estoy bajando en la parada Dundas en la línea Yonge. El gélido viento golpea mi cara cuando salgo a la calle de la estación de metro. Me apresuré a ponerme los guantes y levanto la capucha, pero toda

mi cara esta medio congelada en el tiempo que me toma llegar al cine.

Cuando trato de comprar el billete en la taquilla, el chico con acné en el mostrador solo me da malas noticias.

—Lo siento, pero esa función ha sido cancelada.

—Pero estaba en la lista en la página web del cine. —Me frustró.

—Lo sé, pero *Morph-Bots* se estrenó este fin de semana y cada función se ha vendido desde el pasado viernes. No hemos vendido un boleto para *The Long Pass* en días, por lo que el jefe ha decidido usar la sala para una demostración adicional de *Morph-Bots*. —Se frota la barbilla con torpeza—. ¿Quieres una entrada para *Morph-Bots*?

Si él dice las palabras *Morph-Bots* una vez más, voy a perder la cabeza.

—Quedan unos pocos asientos libres. En la primera fila, pero... —Se encoge de hombros con timidez, se da cuenta de que no me está convenciendo para ver esta estúpida película de robots.

—Naah, está bien. Gracias de cualquier manera.

Metó las manos en los bolsillos de la chaqueta y camino lejos de la taquilla. *Mierda*. ¿Ahora qué? Vine hasta aquí, pero no hay ninguna otra película que me interese ver.

Con una sensación de pesadez en el pecho, dejó el cine. Solo estuvo un momento fuera en el frío cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo. Es un mensaje de Wes. Mi corazón se contrae mientras lo leo.

Quisiera que estés aquí.

¿De verdad? ¿O está aliviado de que no esté, porque entonces no tendría que responder a las preguntas incómodas de sus compañeros de equipo y los aficionados?

Mierda. No es justo. Soy un idiota por pensar eso, pero se hace cada vez más difícil mantener esta situación. No me crié para ocultar quién soy. Mis padres nos enseñaron a todos sus hijos a estar *orgullosos* de quienes somos, seguir nuestro corazón y hacer lo que nos hace felices, al diablo con lo que piensen los demás. Todos mis hermanos han tomado ese consejo en sus corazones.

Tammy se casó con su novio de la secundaria a los dieciocho años, rechazó una beca para la escuela de la costa y entro a la universidad de la comunidad,

porque su marido Mark y el clan Canning son las cosas más importantes para ella.

Joe fue lo suficientemente valiente para ser el primer Canning en presentar una demanda de divorcio, a pesar de que me había admitido lo avergonzado que estaba de eso, y lo hizo sentir un fracasado.

Jess cambia de novio y carreras como si estuviera tratando de establecer un record Guinness. Pero no la juzgamos. No mucho, de todos modos.

¿Y yo? Por veintidós años salí solo con mujeres, hasta que la vida me sorprendió. Me enamoré de otro hombre. Ser bisexual no es como un paseo en el parque. Sé lo que digo. He aprendido a la fuerza el verano pasado que no todo el mundo es tan mente abierta y de apoyo como mi familia. Pero elegí la felicidad sobre todas las críticas y juicios crueles de las personas. Elegí a *Wes*.

Pero ahora tengo que ocultar mi elección. Tengo que fingir que Ryan Wesley no es mi alma gemela. Tengo que mirar malditas fotos en Instagram de él bailando con chicas sexys y fingir que no estoy celoso.

También desearía estar allá, le respondo. Porque es verdad. Desearía ser yo quien estuviera con el esta noche.

—¿Canning?

Me giro con sorpresa, metiendo instintivamente mi teléfono en el bolsillo por si acaso el nombre de Wes es visible en la pantalla. Lo que me enoja aún más, porque me estoy escondiendo de nuevo.

Coby Frazier, uno de los ayudantes del entrenador de mi equipo de jóvenes, se acerca a mí con una gran sonrisa. Él está con Bryan Gilles, un entrenador asociado de uno de los otros equipos de mi jefe. Gilles es un tranquilo francés-canadiense con barba y un amor por la tela escocesa que lleva puesta esta noche, es en realidad a cuadros con dibujos y las colas debajo de su abrigo. Además de la tela escocesa.

—Así que *sí* existes fuera de la arena —se burla Frazier. Golpea mi hombro en señal de saludo. Lo mismo ocurre con Gilles, que asiente en mi dirección—. ¿Tienes una cita ardiente?

Niego con la cabeza.

—Mi cita canceló en el último minuto. Luego iba a ver la película de todos modos, pero al parecer no está más en cartelera.

—Deberías ver *Morph-Bots* —sugiere Frazier—. Acabamos de salir de la función de las siete. Fue jodidamente increíble. No puedo creer la mierda que están haciendo con CGI³ en estos días.

Me encojo de hombros.

—No es mi tipo de película, robots que luchan con otros robots es una locura. Siempre termino cayendo dormido.

Frazier sonrío.

—¿Qué hay de unas cervezas frías y sexys chicas? ¿Entras? Gilles y yo nos dirigimos a un bar, ¿vienes con nosotros, eh?

Desde que me mudé a Toronto y empecé mi nuevo puesto de entrenador, mis colegas no han parado de invitarme. *Vamos por cervezas, hombre. Ven a una barbacoa esta semana, a la mujer le encantaría una.*

He rechazado la mayoría de las invitaciones, porque si no puedo llevar a Wes, ¿cuál es el punto? Además, es mucho más fácil ocultar que te gustan los hombres si mantienes a todos a tu alrededor a distancia.

Esta noche, no diré que no, porque ir por cervezas con los chicos suena como una gran distracción. Es eso o volver a mi apartamento vacío y acosar a Wes en Instagram toda la noche.

—Claro, estoy dentro —les digo a los chicos.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo antes incluso de terminar la frase. Esta vez lo ignoro, sigo a Frazier y Gilles por la acera hacia el bar.

Capítulo 8

Wes

—¿Nadie lo sabe? ¿*De verdad?* —Kristine/Kai me ve en nuestro tranquilo rincón en la esquina del salón de baile. Después de casi una hora en la pista de baile, finalmente decidimos tomar un respiro y ahora estamos rehidratándonos. O mejor dicho, deshidratándonos, porque mi whisky y su Cosmo no están ayudando exactamente a nuestra ingesta diaria de agua.

—Nadie —confirmando.

Ella niega con incredulidad, y su melena de rizos oscuros cae sobre un hombro desnudo.

—¿Ni uno solo de tus compañeros de equipo?

—No.

—Pero cada uno en tu equipo de la universidad sabía que eras gay totalmente. —Baja la voz en la última palabra, su mirada revolotea alrededor para asegurarse de que nadie nos pueda oír.

—Eso fue en la universidad —digo en voz baja—. El LNH es un juego totalmente diferente, nena.

—Juego malicioso, querrás decir.

Sonrío.

—Juego malicioso —le hago eco.

Kai toma un sorbo de su bebida.

—Eso es una mierda, Ryan. —Ahora suena consternada—. ¿De verdad crees que sería un gran problema si salieras?

—Los medios de comunicación estarían por todas partes, cariño. Lo sabes.

Ella hace un sonido de disgusto.

—Bueno, eso es jodidamente ridículo. El matrimonio homosexual es legal ahora. Ha sido legal en Canadá por siglos. ¿Por qué todavía hay tantos tirones intolerantes en este mundo? ¿Y por qué no los enviamos a todos ellos a la Antártida?

Una risa se me sale.

—Debido a que somos mejor que ellos.

—Tal vez no deberíamos serlo. Tal vez deberíamos juzgar y perseguir su espalda para que sepan lo que se siente.

Agradezco su apoyo y dulce muestra de solidaridad, pero la verdad es que no tiene idea de lo que se siente. Jamie es el único con quien puedo compartir la frustración, porque es el único que realmente está en esto conmigo. Y aun así, no hablamos sobre ello a menudo, ya que solo nos deprime como la mierda a los dos.

—¿Qué están murmurando aquí en la esquina? —Blake aparece con un vaso en la mano y su característica sonrisa. Sus ojos verdes hacen un barrido lento del cuerpo apenas revestido de Kai antes y luego pasan a mí—. ¿Y por qué no me has presentado a esta diosa, Wesley? Pensé que éramos amigos.

Mientras Kai se sonroja con gracia, rápidamente los presento, y los tres pasamos los próximos minutos charlando hasta que ella se excusa para usar el baño de mujeres. En el momento en que Blake y yo estamos solos, me da un guiño exagerado.

—Entonces.

—Entonces —hago eco.

—Buen trabajo, Wesley. Aunque estoy un poco desanimado de que no me dejaras llegarle. Es atractiva. Esa dulce boca... Jesús. No puedo pensar en pocos lugares para decirlo.

—Estoy seguro que puedes.

—¿Puedes hacerlo tú, sin embargo? Ustedes dos se ven muy acogedores. Soy jalea.

Una punzada de paranoia se arrastra por mi columna, y elijo mis palabras cuidadosamente, porque Blake actúa de manera extraña. O, ¿de verdad? Probablemente sólo quiere saber si Kai está disponible. Si le he dejado huella. Rápidamente tomo mi whisky.

—Naah, no es así. Ella solía salir con el hermano de mi compañero de equipo. Es como una hermana para mí.

Su cara se ilumina.

—¿Estás diciendo que no hay dinero qué pagar?

—No hay DIB, hombre. —Echo un vistazo a la pista de baile todavía llena

de gente y me pregunto cuánto tiempo más tengo que estar aquí. Los discursos terminaron hace diez minutos, pero nadie parece estar yéndose, y no quiero ser de los primeros en huir.

—¿Crees que es DTF o EBDUA?

—¿EBDUA? —Me hago eco sin comprender.

—En busca de un anillo.

Mis labios se contraen. Maldito. Blake Riley es demasiado divertido para su propio bien.

—Creo que estás a salvo —le digo—. Está enfocada en su carrera como modelo en este momento. No creo que esté apuntando a algo serio.

—Las palabras más dulces que he escuchado, Brosky. —Procede a charlar sobre lo mucho que le gusta estar soltero, y no es sino hasta que varios momentos han pasado sin una respuesta de mi parte que deja de hablar e inclina la cabeza.

Me siento como un insecto bajo un microscopio de repente por el intenso escrutinio de Blake.

—Cometí un error, ¿no? —dice.

Arrugo la frente.

—¿Qué quieres decir?

—No querías venir a esta fiesta esta noche. —Su examen continúa, sus ojos muy serios—. Debería haber asumido que querías que lo hiciera. Idiota, tú, yo, ¿verdad? —Agita una mano tímida—. Arruiné tu noche, eh.

Pone eso como una afirmación, no una pregunta. Y ese paranoide cosquilleo en mi cuello está de vuelta.

—Las corbatas negras no son lo mío. Me recuerdan a la multitud de mis padres.

Blake ladea la gran cabeza a un lado.

—Dijiste que no te llevabas bien con tus padres. ¿Por qué?

—Eh. —Me cubro—. Les gustaban más sus veladas de sociedad que yo.

Todavía me está mirando.

—Muy mal, Wesley. Lo siento.

Me encojo de hombros, en busca de una manera de poner esta

conversación a descansar.

—Estoy aquí ahora, en traje de pingüino o no. Y las mujeres seguro entran fácil por mis ojos.

Hay una larga pausa, y luego Blake habla de nuevo.

—¿Qué está haciendo Jamie esta noche?

El hormigueo se convierte en un frío, que en realidad endurece mi columna. ¿Por qué saca a Jamie? Y le llamó *Jamie*, no J-Bomb o algún otro apodo ligero que relega a Jamie a territorio de compañero ocasional.

—No sé —murmuro—. Probablemente salió.

Blake se mantiene mirándome.

La necesidad de huir me golpea con fuerza, y soy probablemente más duro de lo que debería cuando suelto:

—Mira, está bien. No estoy encantado de estar aquí esta noche, pero ha sido un buen momento, ¿de acuerdo?

Por suerte, somos interrumpidos por nuestros compañeros de equipo antes de que Blake pueda responder o mantenerse siendo indiscreto. Eriksson lidera el grupo con Forsberg y Hewitt a remolque. Es evidente que los tres han sido visitantes frecuentes de la barra libre esta noche, porque son ruidosos y escandalosos, mientras se unen a nosotros.

—Iremos a The Lantern House —anuncia Eriksson. Mueve el aire delante de nosotros—. Vendrás.

—En este momento, hombre, tengo planes por hacer. —Arrastra Blake. Se asoma a lo lejos, una lenta sonrisa se extiende por su boca—. Y ahí está ella ahora.

Forsberg mira mientras Blake deambula lejos del grupo hacia la impresionante morena que acaba de volver a entrar en el salón de baile. Kai lo saluda con una sonrisa deslumbrante, y no pasa mucho tiempo antes de que los dos estén enredados en la pista de baile.

Bien. Eso es increíble. Blake está ocupado oficialmente por la noche, lo que significa que no hay posibilidades de que aparezca en el apartamento cuando llegue a casa.

Si eso se me hubiera ocurrido antes, habría pasado toda la noche presentándole a mujeres.

Eriksson, sin embargo, no se desanima por la deserción de Blake. Estira un gran brazo por sus hombros y dice:

—Supongo que somos sólo los cuatro, chicos. Vamos, vamos a nuestro pub.

La irritación abraza mi garganta. De ninguna jodida manera. No voy a ir a un pub con estos chicos, no cuando Jamie me espera en casa. No cuando ya permití que esta maldita beneficencia arruinara nuestra noche. Si me voy a casa ahora, al menos, Jamie y yo podríamos tener unas pocas horas antes de acostarnos juntos. Los dos tenemos prácticas temprano por la mañana.

—Lo siento, yo estoy de paso, también.

Pero subestimé la tenacidad de Eriksson. O tal vez simplemente no me había dado cuenta de lo mucho que mi amistad parece significar para él.

—Auch, no te liberarás tan fácil de mí. Este día ha sido una mierda desde el momento en que me desperté. —Su voz se vuelve incómoda—. Necesito a mi equipo reunido alrededor de mí esta noche.

—Lo tienes, hermano —dice Forsberg—. No puedo creer que pasaré de las vaginas fáciles esta noche. Pero incluso yo puedo respetar la regla de hermanos-antes-colegas de vez en cuando.

Cómo odio esa frase. Pero la expresión patética en los ojos enrojecidos de Eriksson desencadena una oleada de culpabilidad. La esposa del hombre simplemente le dijo que quiere el divorcio, por Dios. ¿Y estoy aquí diciéndole que se vaya a la mierda porque quiero ir a casa y acurrucarme con mi novio?

—Está bien —digo finalmente, estirándome para acariciar su brazo—. Estoy dentro.

Capítulo 9

Jamie

Mis nuevos amigos eligen The Lantern House, que resulta ser un lugar bastante grande. Conseguimos una mesa alta en la parte trasera y Frazier camina a través de la multitud para conseguir una jarra. El sonido de la música y el zumbido de la charla a mi alrededor me levantan el ánimo. Me sobresalta darme cuenta de la poca frecuencia con la que salgo a un bar como este. Para un tipo de veintitrés años, estoy prácticamente desconectado estos días. Gilles cuenta una historia divertida sobre su equipo perdiendo en Quebec y me encuentro riendo con más facilidad de lo que lo he hecho en un tiempo.

He echado de menos esto. Wes y yo visitamos restaurantes juntos a veces, pero simplemente no es lo mismo que ir a un bar durante algunas horas.

—¿Jugamos a los dardos? Este tablero acaba de quedar libre. —Gilles apunta hacia la parte trasera.

—Vamos a hacerlo —estoy de acuerdo.

Él establece las reglas para un juego de tres hombres y comienza a disparar. Y con eso viene la inevitable y molesta charla.

—Eres un arquero, Canning. Apuesto a que no puedes golpear la diana — se jacta Frazier.

Cuando lo hago, tiene que comprar la siguiente ronda.

Tal vez sea inevitable, pero tres chicos atractivos jugando a los dardos en un sábado por la noche atraerá a las damas. No pasa mucho tiempo hasta que un trío de mujeres jóvenes está mirando, animándonos.

Frazier y Gilles exageran aún más. Estamos en nuestra segunda jarra cuando Frazier desafía a Gilles a que le deje disparar un dardo a una manzana sobre su cabeza. Las chicas se disuelven en risitas. Y, gracias joder, nadie puede encontrar una manzana, porque realmente no quiero pasar el resto de esta noche en una sala de emergencias con Gilles y un dardo en el ojo.

En cualquier caso, las chicas vienen a nosotros cuando renunciamos a la diana. La resuelta morena reclama a Frazier, que es más sexy que Gilles, con

sus hoyuelos y antebrazos impresionantes que realmente yo no debería estar notando. La morena no es tan linda como sus dos amigas rubias, pero tiene un vibra mandona que es sexy a su manera.

Al parecer, una de las rubias tiene una cosa por la tela escocesa, porque pronto une su brazo al de Gilles. A pesar de que he evitado toda intención de contacto visual con las tres, la ley de la jungla se pone en acción. La tercera chica se mueve, plantándose frente a mí, moviendo la cabeza cada vez que hablo. Pone una mano en mi espalda y se ríe cuando hago una broma.

No es la primera vez que alguien ha ligado conmigo en un bar, por lo que no es como que voy a entrar en pánico. Y ella no parece del tipo agresivo, tampoco. Puedo comprarle a una chica un par de copas amistosas durante una hora y luego lanzar el oh-mira-la-hora-tengo-que-irme. Pero parte de mí, simplemente está cansado de la farsa. Porque hay alguien en mi vida y me sentiría completamente diferente sobre la siguiente hora si estuviera aquí conmigo

Sin embargo, no puedes tener todo lo que deseas.

Ese es mi último pensamiento antes de que por casualidad gire mi cabeza y escanee la parte delantera del bar. Mi ojo se engancha en un grupo de trajes de etiqueta cerca de la barra. Reconozco a uno de ellos inmediatamente. La parte trasera de la cabeza de Wes es todo lo que puedo ver desde aquí. Sólo oscuro cabello de punta rapado al acercarse a su cuello. Y conozco ese cuello. Me gusta poner mi boca sobre la piel suave justo allí y cuando chupo en ese punto, él gime.

La rubia junto a mí me habla, su mano en mi brazo ahora. Pero ni siquiera puedo escuchar lo que dice, porque estoy muy distraído por el apuro en el que me encuentro. Hurgando en mi bolsillo, saco mi teléfono y abro mis mensajes de texto. Le envío uno a Wes:

Detrás de ti.

Quiero advertirle que estoy aquí.

Gírate.

Sin embargo, no lo hace.

Mientras tanto, mi nueva mejor amiga para siempre Tracie me tiene en una mano y un vaso de cerveza en la otra. De repente, esta noche ya no es divertida.

Wes

Ericsson es un desastre.

Nunca lo he visto tan descuidadamente borracho. Está a la vez sociable, enojado y justo al borde de las lágrimas.

—¿Otra ronda, chicos? —dice lastimosamente—. No tengo a nadie que me espere en casa.

Me está matando. Eriksson es un hijo de puta duro. Una vez lo vi empujar un diente flojo de vuelta en su lugar justo en el medio de un juego después de recibir un golpe en el rostro. Jugó el tercer período con una sonrisa en su rostro y la sangre goteando por la barbilla. Pero la tenacidad, al parecer, no se extiende a tener a tu familia dejándote. Está colgando de una cornisa emocional y no creo poder atraparlo, incluso si fuéramos amigos más cercanos.

Se hace tarde y se está emborrachando. ¿Qué voy a hacer? Sigo rezando para que uno de los otros que lo conoce mejor, de un paso adelante y tome la carga... poniéndolo en un taxi o llevándolo a casa.

Eriksson es como un choque de trenes a cámara lenta que estoy obligado a presenciar.

Con poco ánimo de ayudar, los aficionados siguen acercándose a nosotros. Un grupo de chicos en esmoquin en un bar siempre va a destacar. Pero Toronto es una ciudad de hockey y los rostros a mi alrededor son famosos. Borrachos simpatizantes siguen llegando y pidiendo autógrafos. Una chica me pide que firme su barriga. Lo hago sin en realidad llegar a tocarla con las manos.

—¡Me haces cosquillas! —chilla.

—Mi casa está como vacía —se queja Eriksson.

Voy a perder la cabeza en cuestión de momentos.

Hay otro chillido de una admiradora y siento otro pequeño coágulo de aficionados acercándose. Una morena se para frente a mí.

—OhDiosmío, eres el novato, ¡Ryan Wesley! ¡Amé tu gol en Montreal la semana pasada! ¿Me firmas la carcasa del teléfono?

—Seguro —digo mientras invade mi espacio personal. Sonrío de todos modos, porque, ¿cuál es la alternativa realmente? Entonces levanto la cabeza

para ver quién más se arrima a nosotros... y me quedo estupefacto.

Jamie está de pie a metro y medio de distancia, mirándome con ojos iracundos. Una chica delgada y rubia tira de él hacia mí.

—¡No quieren conocer al equipo! ¡Ustedes son jugadores de hockey, también! Esto es muy emocionante.

Tres chicas pululan y dos de sus compañeros masculinos están detrás a una distancia más cómoda, sus manos en sus bolsillos y sonrisas de “Ah, caramba” en sus rostros.

Luego está Jamie. Levanta una ceja como si preguntara: *¿Cómo diablos nos metemos en estas situaciones?*

La agresiva morena agarra a uno de los otros chicos.

—¡Estos son Frazier y Gilles y Canning! —dice alegremente, como si todos fuéramos a ser mejores amigos ahora. Reconozco también los nombres de estos chicos. Son co-entrenadores con Jamie—. ¡Digan hola, chicos! Esto es increíble.

Sus compañeros estrechan manos con mis muy tolerantes compañeros de equipo, incluso si Eriksson se balancea un poco. Jamie mantiene los brazos cruzados. Y no puedo soportarlo más. Extiendo una mano hacia él.

—Oye... ¿qué tal? Hace tiempo que no te veo. —Le guiño, esperando una sonrisa.

Jamie toma mi mano y la estrecha.

—Realmente ha sido demasiado tiempo —murmura.

—*¡Espera!* —dice la rubia que está pegada cerca de él—. *¿Conoces a Ryan Wesley? ¡De ninguna maneraaaaa!*

Pues sí. Bíblicamente.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —digo—. Del campamento de hockey.

Su linda boca cae abierta y veo que mira a Jamie como si lo viera por primera vez. Sus ojos se abren y aprieta la mano en su brazo.

Odio ver eso ahí.

—¡Has estado ocultándolo de mí! —chilla, a continuación, lo golpea ligeramente en el pecho.

—Así es. —El rostro de Jamie probablemente se ve lo suficientemente amable para todo el mundo en este bar, menos para mí. Tendrías que conocerlo como lo hago yo para darte cuenta de lo irritado que está.

Ella da un paso más cerca y levanta su barbilla hacia él. La maniobra es, sin lugar a dudas, coqueta.

—¿En qué *posición* juegas?

Suelto un bufido antes de que pueda pensarlo mejor. Pero ella no se da cuenta, de todos modos. Esta chica envuelve sus brazos alrededor de mi hombre y lo aparta del grupo.

Jesús, no puedo soportar ver eso. Así que me doy la vuelta. Si pensaba que la noche era sombría hace diez minutos, estamos hablando de un callejón del suicidio ahora.

—Oye, Forsberg —Extiendo la mano a través de la avalancha para atraer al hombre con el que Eriksson ha estado patinando los últimos tres años—. ¿Cuál es el plan para nuestro amigo aquí? —Si no se ocupa de resolver este problema, voy a obligarlo a hacerlo.

—Supongo que debería llevarlo a casa.

¿*Tú crees?* Le doy tres minutos más y, cuando Forsberg no actúa, lo empujo de nuevo.

—Se pondrá más difícil si bebe más.

—Supongo que tienes razón. —Finalmente, *por fin*, atrapa a Eriksson y dice—: Es hora de irnos, amigo. Ya hicimos suficiente daño esta noche.

No es broma.

Me doy la vuelta para ver como Jamie lo está haciendo, y mierda. Está casi *haciéndolo*. La chica rubia se aplasta contra él y sus manos vagan hacia su culo. No estoy en absoluto preparado para la oleada de impotente y celosa ira que me ahoga ante la vista de sus dos cabezas doradas tan cerca. En serio, me siento como lanzando un taburete de la barra contra la pared.

Jamie se siente atraído por las mujeres. Incluso después de ocho meses juntos, todavía es difícil para mí aceptarlo. He visto la forma en que mira a las chicas en la calle a veces, y me mata. No es que yo sea un santo... he mirado a otros chicos antes, también. Es la naturaleza humana apreciar lo sexy en los demás. Pero me da mucho miedo pensar que estoy compitiendo con hombres y mujeres por el afecto de Jamie.

No estás compitiendo por él, idiota. Ya es tuyo.

El recordatorio me calma. Un poco. Pero mientras observo, algunos detalles más de la escena entre Jamie y esta chica comienzan a destacarse. Jamie, en realidad, se está retorciendo con molestia, no lujuria. Y la mano que me pareció que estaba sosteniendo la de ella, en realidad intenta apartar su palma de su culo.

—Discúlpame —le oigo decir—. Tengo que ir al baño.

Juro por Dios que escucho el sonido de succión cuando la aparta de su pecho. Entonces Jamie va hacia los baños más rápido de lo que he visto moverse nunca, incluso en patines.

Y justo así, lo estoy siguiendo. No me importa una mierda cómo se ve. El nudo de los celos en mi estómago es más urgente que el miedo a ser descubierto.

Algún tipo que está saliendo del baño mantiene la puerta abierta para mí. Entro en la oscura habitación, donde encuentro a Jamie de pie en el lavabo, lavándose las manos.

—Hola —dice con sorpresa.

No digo nada. Lo sujeto del codo y lo muevo hacia uno de los tres puestos. Prácticamente lo empujo dentro y cierro la puerta de golpe. Entonces lo lanzo contra la pared de metal abollada y le beso. Duro.

Toma mi rostro con sus manos húmedas y lo da tan bueno como lo recibe. Fuerza su lengua en mi boca y prácticamente me magulla con sus labios. Es un beso enojado. Me escucho gruñendo con sorpresa y angustia.

No me malinterpreten... es ardiente como el infierno. Pero Jamie y yo no nos damos besos enojados. Somos más de las parejas que jadean-por-el-otro-haciéndole-cosquillas-a-su-culo-y-luego-reímos-mientras-caemos-en-la-cama.

Pero no esta noche.

Froto mis caderas contra él y el puesto se tambalea. Ataco su boca. Mis manos se aferran a su camisa. Sabe a cerveza, pero hay un olor dulzón a perfume que se pega a él. Lo saboreo aún más profundo para tratar de perder ese olor extraño y alejar los desastres de la noche.

Pero oímos un repentino sonido de voces. Suben y bajan y luego se calman de nuevo cuando alguien abre la puerta y la deja cerrarse de nuevo.

Nos congelamos, boca a boca. Nuestros ojos se encuentran a muy corta distancia, lo que distorsiona la visión, por lo que Jamie parece un cíclope rubio enojado.

Suavizo mi boca en la de él, pero nuestras frentes quedan presionadas juntas. Y los dos estamos tratando de no jadear por la ira y el esfuerzo.

Quien sea que está fuera del puesto silba borracho. Oigo el apuro del líquido revelador de pis al golpear el urinario. Probablemente es sólo un momento más tarde cuando el tipo sube su cremallera y se va. Pero se siente más tiempo, porque tengo que mirar a los ojos intratables de Jamie. Me está preguntando por qué tiene que ser así.

La puerta del baño se cierra otra vez, cubriendo el lugar con silencio, pero pasa otro momento hasta que hablamos.

—Despídete de tus amigos —digo rudamente—. Vamos a casa.

—Tú primero —espeta—. Eres la celebridad quien no puede caminar por este lugar sin ser detenido.

Quiero discutir, pero sólo servirá para demorar nuestro viaje a casa. Así que hago lo que hay que hacer. Salgo del puesto y del baño. Sólo dos de mis compañeros quedan en la barra y me despido. Entonces salgo a esperar a Jamie en la acera.

Le toma más tiempo, probablemente despidiéndose de sus compañeros de trabajo. Me doy cuenta que no he conocido a *ninguno* de los chicos con los que trabaja todos los días. ¿Cuán loco es eso?

Mi mente me recuerda a esa chica frotándose contra él. Me pongo un poco enfermo preguntándome si ella está tratando de persuadirlo para no dejarla sola. Sé que él no lo hará, pero aun así tengo náuseas.

Finalmente aparece con sus manos en los bolsillos, una expresión sombría en su rostro.

Alzo mi mano, esperando que un taxi pase y se detenga para poner fin a esta noche. Para mi alivio, uno frena delante de mí inmediatamente. Abro la puerta y le hago un gesto a Jamie para que entre primero. Cuando lo hace, prácticamente me desplomo de alivio, justo en la acera de Toronto.

No hablamos de camino a casa y, cuando entramos en nuestro apartamento, Jamie va de cabeza a la ducha. O bien se huele el perfume, también, o se está preparando para algo de enojado sexo de reconciliación.

Cuando finalmente emerge, estoy en la cama. Desnudo. Listo.

Pero Jamie se pone un par de pantalones de franela y da un puñetazo a su almohada antes de meterse, de espaldas a mí. Sin perder la esperanza, me muevo hacia él y beso su hombro.

—Lo siento, cariño —digo—. Déjame hacerlo mejor.

—Me duele un poco la cabeza —murmura.

Si fuera del tipo llorón, eso me habría lastimado.

En su lugar, beso su hombro una vez más. Entonces, me pongo bocarriba y empiezo a contar las semanas hasta el final de la temporada. Creo que no puedo soportar más esto. No si hace infeliz a Jamie.

Capítulo 10

Jamie

La mañana siguiente pasó en una lenta rutina de tensión y frustración.

Wes y yo no estábamos muy bien. Sabía que estoy molesto por lo que pasó anoche. Encontrarme con él en ese pub, tener que fingir que somos viejos conocidos en lugar de amantes. No, *compañeros*.

Para empeorar las cosas, el padre de Wes llama la tarde después de nuestro fiasco. Dado que el Sr. Wesley nunca se molesta en llamar, me pongo tenso en el momento en que escucho decir a Wes:

—Hola, papá. ¿Que necesitas?

El hombre nunca llama a menos que necesite algo.

—Ajá —es todo lo que dice Wes después de escuchar por un momento—. Supongo que es posible.

Eso no me dice nada. Limpio nuestro fregadero de la cocina como si estuviera enojado con él, preguntándome cuándo va a colgar el teléfono y a decirme lo que pasa. Y cuando no lo hace inmediatamente, me encuentro tirando el agua en el fregadero. Entonces silbo para mí mismo. Estoy haciendo esos ruidos porque a Roger Wesley no le gusta que su hijo viva con un hombre. Yo no existo para ese idiota, así que es divertido recordarle que lo hago.

Divertido si no patético.

Pero Wes sólo se mueve fuera de rango, llevando su teléfono a nuestra habitación en la que puede oír mejor.

Así que mi comportamiento infantil de ser reconocido se queda sin satisfacción. Pero bueno, tengo un fregadero muy limpio.

Cuando Wes finalmente vuelve a aparecer, estoy tan de mal humor que ni siquiera pregunto lo que el anciano quería, porque no estoy seguro de poder hablar con calma.

Se sienta en la barra y me observa hasta que finalmente renuncio a la farsa y tiro la esponja hacia abajo.

—¿Qué?

Un latido pasa antes de que hable. Nunca me he sentido tan rabioso como me siento en este momento. Acabo de descubrir que enamorarse tiene un lado oscuro. Cuando estás enojado con el amor de tu vida, es imposible sentir alegría.

—Mi papá llamó —dice finalmente.

—Capté eso —le digo, pero mi tono es más amable que mis palabras.

Él asiente.

—¿Recuerdas a su compañero de *Sports Illustrated*?

—Por supuesto. El tipo quería hacer una especie de acceso completo de la serie acerca de tu temporada de novato.

Wes asiente.

—Bueno, ahora que mi temporada de novato parece fructífera, es bastante triste porque le dije que no. Así que está presionando a papá para conseguir una entrevista exclusiva de mí.

—¿No puedes decir que no? —Lo hizo antes.

Mi novio se queda mirando sus manos.

—Esta vez está trabajando en ambos extremos. Está presionando con Frank para conseguir la historia.

Ah. Frank es el tipo de relaciones públicas y Wes nunca le dice no, porque piensa que todo el asunto irá más fácil si Frank está de su lado.

—Entonces... ¿qué tal esto? le dices al tipo que si espera hasta junio, le darás una historia por la que valdrá la espera.

Wes me mira rápidamente.

—No puedo hacer *eso*. Sería como un ratón colgando delante de un pitón y pidiéndole que no se lo tragara. Se limitará a iniciar la excavación. Con ese tipo de pista, lo difícil sería encontrar lo que quiere, ¿después sólo sacaría la historia sin mi ayuda?

Mierda.

—Bueno. Eso no funcionará.

—¿Crees? —Su voz se quiebra—. Nene, eso es todo lo que pienso. He pasado por todos los escenarios posibles. No es por falta de intentos, ¿de acuerdo?

Sé que se siente acorralado. Lo entiendo. El problema es que no veo razón por la que se vaya nada más llegar junio. Me preocupa que no pueda atravesar esto. Que la idea de un circo mediático sea tan detestable para él que no pueda decidirse a apretar el gatillo.

¿Qué diablos voy a hacer entonces? Si Wes decide que necesita otro año de hockey profesional antes de salir, no creo poder aguantar.

De repente, nuestro apartamento es demasiado pequeño.

—Iré a correr —anuncio.

—¿En este momento? —pregunta. Por lo general, pasamos las horas previas al partido juntos a menos que esté lejos en un juego o entrenando.

—Sólo por un rato —murmuro, sin mirarlo a los ojos.

Después de un rápido cambio, me pongo los auriculares y dejo el apartamento. Hay cintas de correr en el “centro de salud” en el techo del edificio. Pongo una máquina a un ritmo rápido y libero mis frustraciones en la banda transportadora.

Sé que se supone que debo hablar de esta mierda. El problema con esa idea es que sé exactamente lo que va a decir Wes. Me prometió que en junio los secretos se terminan. Pero ahora que la fecha parece tan arbitraria para mí. ¿Por qué no mayo? ¿Por qué no julio?

¿Por qué nunca?

Aunque sé que Wes es un hombre de palabra, no puedo dejar de preocuparme. Es una cosa difícil la que le estoy pidiendo que haga. No me gusta ser el que lo haga, tampoco. Si sale mal, de hecho podría resentirse conmigo.

Jodidamente odiaría eso.

Una media hora más tarde estoy sudando, pero no soy menos miserable. A medida que vuelvo a nuestro apartamento, me pregunto lo que voy a decir si Wes quiere hablar de ello.

Como resultado, no hablo de ello.

Al bajar del ascensor en el piso, escucho golpes.

—¡Wesley! ¡Tú, bestia loca! ¡Abre!

Blake Riley está de pie enfrente de la puerta.

—Hola —digo, porque no soy lo suficientemente inteligente como para retirarme al gimnasio por un kilómetro o dos hasta que se dé por vencido.

—¡J-Bomb! —La expresión de Blake se ilumina cuando me ve—. Tengo la resaca más viciosa. ¡Es como una oveja con colmillos, royendo en mi cabeza!

—Una... ¿oveja? —¿Qué? Lo empujo fuera del camino y abro la puerta de nuestro apartamento.

—Amigo, necesitas una ducha —dice Blake mientras me sigue al interior, en dirección a la cocina—. Yo necesito dos pizzas y un litro de café. ¿Cómo está tu equipo, hombre? ¿Qué te gustaría en tu pizza?

—Um... —No sé qué pregunta responder primero.

—¿Salchichas o champiñones?

Al menos esa es una pregunta de selección múltiple.

—¿Ambas?

—Sabía que te gustaban. Ve a la ducha. Voy a hacer café —dice el tipo desde el centro de mi propia cocina.

La puerta del baño se abre desde el interior de nuestro apartamento.

—¿Nene? —pregunta Wes.

¡Mierda!

—¿Qué necesitas, *Ryan*? ¡Y Blake quiere saber lo que te gusta en la pizza!

Blake levanta la vista de su teléfono.

—¿Su apodo es Nene? ¿Cómo el cerdo en la película? —Resopla.

—No, imbécil —dice Wes mientras rodea la esquina—. Como en Babe Ruth.

—¿Gruñón, Wesley? ¿Con resaca, también? Estoy pidiendo pizza. —Pone el teléfono pegado a su oreja—. Claro que espero. Pero, por favor dese prisa, estamos desesperados.

Los dejo sin decir nada más y tomo mi ducha en nuestro cuarto de baño. Blake está demasiado ocupado hablando hasta por el trasero para notarlo. Cuando vuelvo diez minutos más tarde, no se ha movido de la cocina. Ahora está sosteniendo una taza de café en una de las tazas que mi madre hizo y eso me hace sentir elegir una con la insignia del equipo de Toronto en su lugar.

Teniendo en cuenta el estado de ánimo en el que estoy, el café es probablemente una mala idea. Pero me lo sirvo todos modos.

No es ningún consuelo para mí que Wes parezca al menos tan desgraciado como yo.

Las pizzas llegan durante un monólogo de Blake Riley sobre la película de *Babe* y la modelo con la que se quedó anoche y algo acerca de las ovejas que es aterrador. No estoy escuchando con demasiada atención. Mientras Blake entra en el pasillo para pagar, Wes se estira a través del mostrador y pone una mano sobre la mía.

—¿Cómo estuvo tu carrera?

—Bien. —No estoy seguro de que podría derramar todos los miedos en mi corazón, incluso si Blake *no estuviera* aquí. Pero su presencia seguro no ayuda.

Wes suspira y luego Blake está de vuelta y comemos pizza y vemos un programa de entrevistas en el que sólo Blake parece interesado.

Me aseguro de darle a la silla de la muerte una mirada mientras Blake lleva su plato a la mesa de café. Wes no es un hombre estúpido. Toma la silla de la muerte, cayendo sobre la fea tapicería como un hombre que renunció. Entonces me siento como un idiota porque tiene que jugar contra los Oilers en unas pocas horas y espero que toda su espalda baja no se endurezca después de estar sentado allí.

Si pierden esta noche, me voy a sentir aún más culpable de haberlo hecho.

—¿Alguna vez vienes a nuestros juegos, J-Bomb? —pregunta Blake mientras termino lo último de mi pizza.

—A veces —digo con la boca llena—. Tengo que instruir un entrenamiento tarde esta noche, sin embargo.

—Dulce —dice, tomando mi plato de mis manos. Aprecio sus habilidades de limpieza, aunque no estoy seguro de que en su totalidad compensan llegar sin previo aviso.

Mientras Blake pesadamente va a la cocina, mi teléfono emite un sonido. Me inclino hacia delante y veo el icono de notificación de Facebook. Normalmente no me importa lo suficiente para hacer clic en él, no a menos que sea de alguien en mi familia, pero Wes está de mal humor en su dura silla y estoy de mal humor en el interior y necesito desesperadamente una

distracción antes de tener una pelea de amantes frente a Blake.

Abro la aplicación y encuentro una actualización de estado de mi amiga de la universidad Holly. Dice que está en una relación ahora y hay dos fotos de tamaño duendecillo a la izquierda y una enorme montaña de hombre a la derecha. Hacen una pareja tan improbable, tan física, de todos modos, que no puedo luchar contra un resoplido.

Lo que por supuesto capta la atención de Blake. Terminó de limpiar y ahora se ha inclinado sobre el respaldo del sofá, mirando a escondidas en mi teléfono.

—Ooooh —dice con aprobación, golpeando un dedo en la imagen de Holly para aumentarla—. ¿Y quién es esta atractiva pequeña criatura duende?

—Ah, sólo una amiga de la universidad —contesto. Por alguna razón absolutamente estúpida, estoy obligado a añadir—: Una ex, supongo.

La mirada que Blake dispara hacia mí es de sorpresa. O más bien, la confusión. No puedo tirar cara o cruz de su expresión. Tampoco dejo de notar la tensión en los hombros de Wes en mi visión periférica.

—¿Mensajes de Holly? —Wes suena indiferente. Lo conozco mejor.

—Naah —digo sin mirarlo—. Una actualización de estado en Facebook apareció. Supongo que tiene un nuevo novio.

—Bien por ella. —Una vez más, la ventaja en su tono de voz sólo es perceptible si lo sabe tan bien como yo.

Uno de los mayores temores de Wes cuando nos conocimos por primera vez fue que mi atracción por las mujeres se interpusiera entre nosotros. Le he asegurado una y otra vez que es el único que quiero, pero a veces me pregunto si alguna vez me creerá. Lo que pasa con Wes, es que está acostumbrado a la decepción. Diablos, creo que la decepción no es algo que teme, sino que espera, como si siempre estuviera viviendo en un estado de *el-otro-zapato-caerá-en-cualquier-momento*. *Cuando mis padres me negarán oficialmente, cuando el mundo va a saber que soy gay, cuando el equipo me dejará, cuando Jamie va a dejarme.*

Por lo general, hago todo lo posible para ofrecerle esa tranquilidad que necesita, pero por el momento, los nervios están demasiado crudos. No puedo darle lo que necesita en este momento, por lo que permanezco concentrado en Blake en lugar de en mi novio claramente agitado.

—¿Estuviste con este paquete dulce y bueno? —dice Blake lentamente.

Asiento.

—Fue más una cosa de amigos con beneficios. —Me da la sensación de que no me cree. O, que si lo hace, no puede tener sentido para él.

Preocupación pincha en mis adentros. Pensé que Wes y yo habíamos estado haciendo un buen trabajo manteniendo a Blake Riley en la sombra, pero ahora estoy empezando a preguntarme qué tan exitosos en realidad hemos sido.

Finalmente encuentro el valor para buscar los ojos de Wes, pero no me encuentro con su mirada. Su mandíbula está retorcida. Y es blanca tomando los brazos de la silla con un agarre de muerte. Mierda. ¿Por qué todo es tan difícil en este momento? ¿Y si es siempre así?

—Deberíamos salir —le dice Blake a Wes.

Mi novio se levanta de la silla, todavía evitando mi mirada.

—Voy a agarrar mi equipo —murmura.

Unos minutos más tarde, Wes y Blake se van al calentamiento de antes del juego y estoy casi aliviado. La tensión entre Wes y yo es insoportable. Por supuesto, ahora el apartamento está tan silencioso como una tumba. Me quedo a solas con mis pensamientos pesimistas.

Es difícil decir cuál es peor.

++++++

A la mañana siguiente estoy fuera de casa mientras Wes sigue roncando suavemente en nuestra cama. No me voy a escondidas intencionalmente como un ladrón en la noche, bueno, en la mañana. Tengo una reunión con el personal temprano a la cual llegar y me siento mal despertándolo, incluso si es sólo con un beso de despedida rápido. O al menos esa es mi excusa y me estoy pegando a ella.

Pero no tengo una buena excusa de porqué me hice el dormido cuando llegó a casa del partido anoche. ¿Cobardía, tal vez? ¿Agotamiento?

Estoy seguro de que Wes está tan cansado de la tensión como yo. Sé que lo está. Todos esos años que pasamos en el campo de hockey juntos, no teníamos ningún problema en hablar uno con el otro. Todo lo que hacíamos era hablar mierda. Acerca de la música. Acerca de donde crecimos. Nuestros

pensamientos sobre diferentes marcas de desodorante y la parcialidad de Superman/Batman y sobre cuáles candidatos presidenciales tenían los nombres más estúpidos.

Y ahora que somos pareja, nos hemos olvidado de cómo tener una conversación. Es como si fuéramos dos conocidos haciendo una pequeña charla sobre el tiempo. Infiernos, los dos días pasados, se sintieron como si *fuéramos* simples conocidos, de puntillas uno alrededor del otro en nuestro apartamento, temerosos de decir algo equivocado y molestar a la otra persona. Ni siquiera hemos discutido la noche en el bar, por amor de Dios. ¿Y el sexo? Olvídenlo. No hemos tenido más que un beso desde nuestra enojada sesión de ligue en el baño del pub.

No sé cómo hacer mejor las cosas. Amo a este hombre, de verdad. Pero no imaginaba lo difícil que sería.

Todavía estoy agonizando con ello durante la reunión de entrenadores y espero desesperadamente que mis colegas no se den cuenta de cuán distraído estoy mientras nuestro jefe, Bill Braddock, habla en cuanto al pedido de nuevos equipos y la organización de la clínica de verano que va a dirigir. Una hora más tarde, la reunión llega felizmente a su conclusión y muevo mi silla hacia atrás, deseando llegar a casa. Es un poco ridículo de mí volver al apartamento en este momento, pero la práctica no es hasta dentro de tres horas y lo último que tengo ganas de hacer es andar alrededor de la arena.

—Jamie. —La voz de Braddock me detiene antes de que pueda lanzarme por la puerta.

Me trago un suspiro y poco a poco me doy la vuelta.

—¿Sí, entrenador?

—¿Todo está bien? —Su tono es suave, pero hay preocupación en sus ojos.

—Todo está genial —miento.

—Parecías un poco distraído esta mañana. —Mierda. Supongo que alguien se dio cuenta. La mirada de Bill se agudiza—. Sé que tu arquero está esforzándose, pero no quiero que lo tomes como algo personal.

No lo hago. Es sólo una cosa más yéndose de lado en mi vida.

—Él va a salir adelante —le digo a Bill—. Tiene las habilidades, pero el chico está teniendo una mala racha. Cada arquero pasa a través de ellas.

Bill asiente, pensativo.

—Cierto. Pero tal vez necesitamos ofrecerle un poco más de apoyo. Podría pedirle a Hesse que pasara algún tiempo con el chico. Tratarlo de ayudar a encontrar su confianza. No sólo criamos campeones aquí. Damos forma a hombres y mujeres jóvenes. Por suerte, contamos con todos los recursos que necesitamos para ayudar a los que están peleando.

Una chispa de pánico se disparó por mi columna.

—Dame un par de semanas con él —digo con más calma de la que siento. No puedo tener a Bill pensando que mi entrenador no es suficiente. ¿Para qué diablos estoy aquí, entonces?—. Si Dunlop tiene la impresión de que es un chico problema, no va a hacer nada con su confianza.

Braddock frota una mano por su barbilla.

—Si eso es lo que deseas. Pero la moral de tu equipo está baja, por lo que el psíquico del chico Dunlop no es el único que necesita relajarse. Creo que un poco más de cariño y atención por parte del personal de entrenamiento pueden ser justo lo que necesiten para estar juntos.

Mi corazón se hunde en mis zapatos. No quiero un entrenador de nivel más alto para resolver el problema de Dunlop cuando lo puedo evitar. Y Braddock es un hombre inteligente, pero si hay un entrenador en nuestro equipo que necesite un poco de apoyo adicional, es Danton y su gran puta boca. No puedo creer que no vea eso.

—Lo comprobaré la próxima semana —prometo.

Bill pone una mano en mi hombro.

—Habla pronto. Lo espero en verdad. —Entonces me deja allí para que me quede en mi propia agravación.

Siento que todo lo que he hecho estos últimos dos meses está perdido. Perdida la paciencia, perdida la capacidad de hablar con mi novio, perdida esa indescriptible facilidad que siempre existió entre Wes y yo.

Pero ¿realmente la hemos perdido, o simplemente se extravió? Agonizo en ello un poco más a medida que tomo el metro y vuelvo a casa. Wes sin duda se fue a su patinaje de la mañana y estoy aliviado por el momento. Entonces me siento culpable por sentirme aliviado. Y enojado por sentirme culpable. Y molesto por sentirme enojado. Mis emociones no me gustan hoy.

Lo primero que noto cuando entro en la sala de estar es la silla. O la falta de ella. La silla de la muerte se ha ido.

Mi mandíbula cae abierta. Acecho hacia la nueva silla que está tomando el lugar de la butaca que ha atormentado mis pesadillas durante meses. Wes debe haber ordenado esto ayer, porque ahora estoy mirando una grande, negra, cómoda que parece tener más perillas y botones que cualquier silla tuviera derecho a tener.

Hay una nota pegada en uno de los brazos acolchados. La arranco y recorro los familiares garabatos como arañazos de pollo de Wes.

El hombre de la tienda dijo que ésta será mejor para la espalda. Tiene diez configuraciones de masajes diferentes. Deberíamos usarla en nuestras bolas y ver si funciona como juguete sexual. Dedos cruzados.

Leo la nota de nuevo. Miro la silla de nuevo. Estoy dividido entre reír y maldecir.

Mi humor se desvanece rápido, sin embargo, porque... maldita sea, este es un clásico de Wes, pensando que con un mueble, se borrará la tensión entre nosotros.

Arrugo la nota entre mis dedos. Wes está engañándose a sí mismo si piensa que los sentimientos alterados y el creciente resentimiento pueden ser suavizados por una silla.

Capítulo 11

Jamie

Cuando llega el viernes, Wes se marcha a un juego en Nueva York, y sinceramente, me siento aliviado de nuevo. Me odio por sentirme de esta manera, pero he tenido una perra experiencia pegando una cara feliz esta semana. No estoy teniendo éxito con eso ahora tampoco, porque hoy, la línea de ataque de mi equipo fue un desastre total.

Mientras que el equipo de Wes había ganado sus dos partidos en casa esta semana, el mío estaba en una racha perdedora de cuatro partidos desde nuestro torneo en Montreal. La moral estaba baja. Los muchachos estaban enojados y frustrados, y eso se estaba mostrando en su juego.

Sueno el silbato por tercera vez en diez minutos, y voy patinando hacia los dos adolescentes con la cara roja que están intercambiando palabras no tan agradables en un enfrentamiento.

—Tranquilos —digo en voz alta cuando uno de ellos lanza un insulto bastante desagradable sobre la madre de su compañero de equipo.

Barrie ni siquiera parece arrepentido.

—Él empezó.

Taylor protesta.

—¡Mentira!

Ellos estallan en otra ronda de discusión acalorada, y tardo algunos segundos en averiguar sobre qué están discutiendo. Aparentemente, Barrie había acusado a Taylor de ser la razón por la que perdimos nuestro último partido, ya que Taylor es quien provocó una sanción completamente innecesaria que dio lugar, a una anotación del otro equipo en el juego de poder. Taylor se negó a aceptar la culpa —¿Y por qué debería? Se necesita mucho más que un error del jugador para perder un juego— y comienza un griterío sobre que la madre soltera de Barrie es una robacunas.

Es obvio que mis jugadores no están manejando nuestras recientes pérdidas muy bien.

—¡Suficiente! —Corto con mi mano a través del aire, silenciando a los dos adolescentes. Miro con furia a Barrie—. Lanzar culpas no nos hará no

perdedores de esos juegos. —Fulmino con la mirada a Taylor—. Y hablar mal de la madre de alguien no te hará ganar algún amigo.

La expresión de los chicos se ensombrece con resentimiento.

Soplo mi silbato una vez más, haciéndolos saltar a ambos.

—Un minuto de penales por comportamiento antideportivo. Al área de penales ambos.

Mientras ellos patinan hacia sus respectivas áreas de penales, noto las expresiones infelices de sus compañeros de equipo. Los entiendo. Odio perder, también. Pero soy un ex jugador de hockey universitario de veintitrés años de edad, con un montón de pérdidas en su haber y una piel gruesa formada como resultado de eso. Pero ellos son chicos de dieciséis años, que siempre han destacado en el deporte, siempre han sido los mejores jugadores en cualquier escuela media o equipos de secundaria en los que fueron reclutados. Ahora están en la más importante competencia Junior, con chicos que son igual de buenos o mejor que ellos, y no están acostumbrados a ya no ser los mejores.

—Je-sucristo —murmura Danton una hora más tarde, mientras caminamos fatigosamente al vestuario de los entrenadores—. Esos pequeños maricas están muy mimados...

—No uses insultos —interrumpo. Pero es como gritar contra el viento. Su perorata no interrumpe su caminata.

—... es por eso que siguen perdiendo —prosigue—. Ellos no tienen disciplina, ni ética de trabajo. Creen que las ganancias simplemente les van a ser entregadas en bandeja de plata.

Con el ceño fruncido, me hundo en el banco y desato mis patines.

—Eso no es verdad. Ellos han trabajado sus traseros por años para llegar a este punto. La mayoría de estos chicos aprendieron a patinar antes de aprender a caminar.

Él hace un sonido de burla.

—Exactamente. Eran los niños maravilla del hockey, festejados por las alabanzas de parte de sus padres, maestros, entrenadores. Piensan que son los mejores porque todos les *dijeron* que son los mejores.

Ellos *son* los mejores, quiero argumentar. Estos chicos tienen más talento en sus dedos meñiques que la mayoría de los jugadores sueñan con tener,

incluidos los que actualmente juegan en la NHL. Sólo tienen que perfeccionar ese talento, aprovechar las habilidades que ya vienen naturalmente con ellos y aprender a ser incluso mejores.

Pero no tiene sentido discutir con Danton. El hombre es un jugador decente, pero estoy empezando a pensar que su ignorancia es una enfermedad sin cura. Frazier me contó la otra noche que Danton se crió en un “pueblito al norte” —palabras de Frazier, no mías—, donde los prejuicios y la ignorancia son prácticamente transmitidos de generación en generación. No estaba sorprendido de escucharlo.

Apresuradamente metí mis patines en el casillero y me puse las botas y el abrigo de invierno. Cuanto menos tiempo pase con Danton, mejor. Aunque esto me irrita no soy capaz de retirar a este hombre, viendo que él es con quien trabajo más estrechamente.

Cuando salgo del campo cinco minutos más tarde, estoy desanimado al ver que todavía está nevando. Me desperté esta mañana con una fuerte tormenta de nieve fuera de mi ventana. Como resultado de ello, la práctica se pospuso tres horas hasta que las máquinas quitanieves de la ciudad pudieran encargarse de las montañas de nieve que se habían volcado en las calles durante la noche. Terminé llevando el Honda Pilot de Wes a trabajar porque no quería lidiar con la larga caminata hacia el metro en tales condiciones de mierda.

Camino trabajosamente hacia el estacionamiento cubierto de nieve y me deslizo en la gran camioneta negra, instantáneamente enciendo la calefacción a tope elevando la temperatura. Copos blancos caen regularmente por encima del parabrisas, y me pregunto si el tiempo estará malo en Nueva York. Wes envió un mensaje temprano para decir que había aterrizado de manera segura, pero con la nieve cayendo más fuerte de lo que lo hacía esta mañana, de repente estoy preocupado de que él no pueda regresar esta noche. O tal vez solo estoy aliviado de nuevo. Si Wes está aislado en la nieve, eso supone otra noche de no tener que fingir que las cosas no se han ido a la mierda entre nosotros.

Trago un gemido y me retiro del área de estacionamiento, pero estoy a solo cinco minutos en la lenta conducción a casa cuando mi teléfono suena. Ya que mi Bluetooth está conectado a la camioneta, puedo ver en la pantalla del salpicadero del auto que mi hermana está llamando. Todo lo que tengo que hacer es pulsar un botón para contestar, dejando mis manos libres para

conducir el auto a través de los centímetros de nieve sobre la carretera.

—Oye —saludo a Jess—. ¿Qué pasa?

En lugar de *hola*, dice:

—Mamá está preocupada por ti. Ella cree que los extraterrestres descendieron en Toronto y te convirtieron en un zombi.

—Gleep GLORP —digo monótonamente.

La risa de mi hermana hace eco en el auto.

—Dije extraterrestres, no robots. Estoy bastante segura de que los extraterrestres tienen un lenguaje más avanzado que Gleep GLORP. —Hace una pausa—. Hablando en serio. ¿Estás bien por allá en Siberia, Jamester?

—Estoy bien. No tengo ni idea de por qué mamá está preocupada, hablé con ella por teléfono ayer por la noche.

—Es por eso que está preocupada. Dijo que no sueñas como siempre.

No, por primera vez maldigo a mi madre por conocerme tan malditamente bien. Ella había llamado mientras que Wes y yo estábamos viendo *Banshee* en extremos opuestos del sofá. Había sido otra noche llena de tensión para nosotros, pero pensé que había sonado bastante animado en el teléfono.

—Dile que no hay razón para preocuparse. Todo está bien aquí. Lo prometo.

Por desgracia, Jess me conoce tan bien como lo hace mamá. De todos mis hermanos, ella es quien está más cercana a mi edad y nosotros dos siempre hemos sido cercanos.

—Estás mintiendo. —La sospecha agudiza su voz—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? —Hay un repentino jadeo—. Oh no. Por favor, no me digas que tú y Wes terminaron.

El dolor se dispara a través de mi corazón. La sola idea me llena de pánico.

—No —digo rápidamente—. Por supuesto que no.

Suena aliviada.

—Bueno. Gracias a Dios. Tú *me* tenías preocupada ahora.

—Wes y yo estamos bien —le aseguro.

Otra pausa, y luego:

—Estás mintiendo otra vez. —Ella maldice en voz baja—. ¿Ustedes están

teniendo problemas?

La frustración tiene mis dedos apretados fuertemente en el volante.

—Estamos bien —repito, moliendo cada palabra.

—*James*. —Su tono es firme.

—*Jessica*. —Mi tono es más firme.

—Juro por Dios, si no me cuentas lo que está pasando, instigaré a mamá sobre ti. Y a papá. En serio no... voy a llamar a *Tammy*.

—Aw mierda, no hagas eso. —La amenaza es suficiente para soltar mis labios, porque por mucho que amo a nuestra hermana mayor, Tammy es incluso peor que mamá cuando se trata de mí. Cuando nací, Tammy de doce años, les había informado a todos los miembros de la familia que yo era *su* bebé. Me llevaba a todas partes como si fuera su muñeca y me mimaba excesivamente como una mamá gallina. A medida que fui creciendo, se relajó un poco, pero sigue siendo ridículamente sobreprotectora de mí y es la primera persona que viene en mi ayuda cuando estoy en problemas. O cuando ella *cree* que estoy en problemas.

—Estoy esperando...

La severa voz de Jess trae otro gemido silencioso. Respiro, luego le ofrezco la menor cantidad de detalles posibles.

—Wes y yo estamos en un lugar extraño en este momento.

—Críptico, en gran parte. Quiero decir, define extraño. Y por el lugar, ¿estamos hablando un lugar literal? ¿Estás en el club S&M ahora mismo? ¿Te uniste al circo?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, Jessica, nos unimos al circo. Wes entrena focas y yo monto a los osos. Nos acostamos con la mujer barbuda y el tipo que traga espadas.

—¿Ese es un eufemismo gay? ¿Tragarse espadas? —Se ríe de su propia estúpida broma antes de ir en serio otra vez—. ¿Están peleados chicos?

—Realmente no.

Llego a una intersección y lentamente freno hasta que la camioneta se detiene. Más adelante, noto una amenazadora línea de autos y un montón de luces rojas. Mierda, ¿hay un accidente allá arriba? He estado conduciendo durante diez minutos y no estoy ni apenas a un kilómetro de distancia del

campo. A este ritmo, nunca voy a llegar a casa.

—Maldita sea, Jamie. ¿Por favor, puedes parar con esta tontería ambigua y hablar conmigo como un adulto?

Presiono mis labios juntos, pero eso no evita que la confesión escape.

—Es jodidamente difícil, ¿de acuerdo? Él no está en casa la mitad del tiempo, y cuando *está* en casa, todo lo que hacemos es ocultarnos. Nos ocultamos en nuestro apartamento, nos escondemos de la prensa, nosotros solo nos *ocultamos*. Y estoy harto de eso, ¿de acuerdo?

Su respiración se complica.

—Oh. Está bien, wow. Esas fueron un montón de jodidas bombas. Um. — Jess suaviza su tono—. ¿Cuánto tiempo has sido infeliz?

La pregunta me atrapa con la guardia baja.

—Yo... no estoy infeliz. —No, eso no es verdad. Soy infeliz. Yo... solo extraño a mi novio, maldición—. Estoy frustrado.

—Pero tú sabías que te enfrentarías a esto, sabías que ibas a mantener la relación en DL —señala Jess—. Tú y Wes acordaron que no lo dirían hasta que termine la temporada.

—Si todavía lo hacemos. —La parte más cínica de mí se mantiene apegada a eso. ¿Qué pasaría si Wes decide que no está listo para decirle al mundo que es gay? ¿Y si me sienta y me ruega guardar silencio por un año más? ¿O mientras dure su carrera profesional? ¿O para siempre?

—Espera, ¿Wesley cambió de opinión? —Mi hermana demanda—. ¿O es que el equipo le pide que siga fingiendo que es heterosexual?

—No lo creo. Wes dijo que el departamento de relaciones públicas ya tiene una declaración preparada para cuando la noticia salga. Y no tengo idea de si él ha cambiado de opinión. No nos estamos comunicando muy bien últimamente —admito.

—Entonces, empiecen a comunicarse.

—No es así de fácil.

—Es tan fácil cuando tú lo haces. —Se queda en silencio por un instante—. Jamie, eres la persona más abierta y honesta que conozco. Bueno, tú y Scottie. ¿Joe y Brady? —Nombra a nuestros otros dos hermanos—. Ellos actúan como si hablar de sus sentimientos fuera una admisión de debilidad o

algo así. Pero tú y Scott son como una gran inspiración para mí, la prueba de que no todos los hombres son imbéciles y herméticos. En realidad, Wes es bastante abierto también. Creo que es por eso que ustedes están tan bien juntos. Tú nunca, ninguna vez, has huido de las conversaciones difíciles. Siempre encuentras una forma de que funcione.

Ella está en lo correcto. Wes y yo nos conocemos desde que éramos niños. La única vez que he tenido problemas para hablar entre nosotros fue cuando Wes desapareció de mi vida durante tres años después de que tuvimos sexo en el campamento de hockey. Lo perdoné por eso, sin embargo. Entendí por qué me excluyó: se había sentido culpable por aprovecharse de mí, y él había estado confundido sobre su propia sexualidad. En ese momento, era algo que él necesitaba resolver por su cuenta.

Pero, esta distancia entre nosotros... era algo que teníamos que resolver *juntos*. E ignorando el problema, no vamos a conseguir eso. Jess tiene toda la razón, normalmente Wes y yo no evitamos las conversaciones difíciles. Pero esta vez *estamos* evitándolas, y eso solo empeora las cosas.

—Debería hablar con Wes —digo con un suspiro.

—No jodas, Sherlock. Ahora agradéceme por mi sabiduría suprema y pregúntame cómo *me va*.

No puedo dejar de reír.

—Gracias, oh sabia. ¿Y cómo *te va*?

—Bien y mal. Creo que mi negocio de diseño de joyería es un fracaso.

Estoy tentado a lanzarle uno de mis: *no me jodas, Sherlock*, pero me muerdo la lengua, porque sé que Jess es sensible acerca de su carrera. O su falta de carrera, más bien. Mi hermana, Dios la bendiga, es la persona más indecisa que he conocido. Tiene veinticinco años y ha tenido más empleos de los que puedo contar. También se ha matriculado y retirado de media docena de programas de la universidad, y ha creado una docena de tiendas de Etsy que acabaron en nada.

—¿No te prestaron mamá y papá el dinero para todos los materiales para la fabricación de joyas? —digo con cautela.

—Sí —responde tristemente—. No les digas sobre esto, ¿de acuerdo? Mamá ya está estresada por el embarazo de Tammy, así que no quiero molestarla más de lo que ya está en este momento.

Todo mi cuerpo se tensa.

—¿Por qué está preocupada por el embarazo de Tammy? ¿Dijo el doctor que deberíamos preocuparnos?

Nuestra hermana mayor está embarazada de nuevo y debe dar a luz el próximo mes. Su primer parto se había desarrollado sin problemas, así que no he pensado mucho en este. Supuse que sería igual que el primero.

—No, yo creo que son sólo nervios generales —me asegura Jess—. Este bebé es mucho más grande de lo que era Ty. Creo que mamá está asustada de que Tammy necesite una cesárea. Pero en serio, no tienes que preocuparte. Ella lo está haciendo muy bien. Está más grande que una casa, pero totalmente brillante y cosas por el estilo. De todos modos, el asunto de la joyería eran mis malas noticias. ¿Quieres escuchar las buenas noticias?

—Dale.

Ella ofrece una pausa dramática, a continuación, anuncia:

—¡Voy a ser una organizadora de fiestas!

Claro que lo es. Suspiro y digo:

—Suena divertido.

—Podrías sonar un poco más feliz —resopla—. ¡Finalmente sé lo que quiero hacer con mi vida!

Algo así como la forma en que *sabía* que quería ser chef. Y cajera de un banco. Y diseñadora de joyas. Pero mantengo mi boca cerrada, porque en la familia Canning, nos apoyamos el uno al otro sin importar con qué sea.

—Entonces, estoy muy feliz por ti —le digo con voz sincera.

Jess charla acerca de su nueva empresa durante todo el trayecto de regreso al apartamento, pero tengo que interrumpirla cuando llego a la zona del estacionamiento subterráneo, porque no hay servicio aquí abajo. Nos ponemos de acuerdo para chatear el fin de semana, y luego tomo el ascensor hasta el piso y levanto mis hombros para retirar capas y capas de ropa de invierno.

Me baño y me preparo una cena mientras espero que el juego de Wes empiece y luego me planto sobre el sofá con un plato de risotto y pollo a la parrilla. Voy a pasar la noche animando a mi hombre. Y cuando llegue a casa esta noche, voy a seguir el consejo de Jess y hablar con Wes sobre lo que

estoy sintiendo.

Eso no puede ser tan difícil, ¿verdad?

¿Qué tan difícil es?, mi cerebro traidor repite. Y sonrío mientras tomo el siguiente bocado.

Capítulo 12

Wes

Algo mágico sucede esa noche. Es como si toda mi frustración y angustia por mi tensa relación con Jamie se derramara sobre el hielo, convirtiéndome en un *determinado*, hijo de puta agresivo, imparable. Resultando en un *truco de tres tiros*. Un maldito “truco de tres tiros”, y las fans de Toronto en la multitud me animaron a todo pulmón cuando finalizó el período y nuestro equipo derrotó a Nueva York en su propia arena.

El vestuario es un hervidero de emoción, y casi todos los hombres deambulan hacia mí dándome una palmada en la espalda o en el caso de Eriksson, levantándose de mis pies y girándose alrededor como si fuera un niño pequeño.

—¡Diablos, chico! —exclama—. ¡Ese fue el mejor puto hockey que he visto nunca!

Sonrío.

—Tres goles no es nada. En el juego siguiente, marcaré cuatro.

Él se carcajea.

—Jodidamente te adoro, Wesley. Realmente lo hago.

El entrenador aparece para darnos un discurso rápido de les-patearon-el-trasero, que no es necesario porque ya estamos emocionados bombeando puños y disfrutando de nuestra victoria. A varios periodistas deportivos se les permitió entrar a los vestuarios para las declaraciones a la prensa posteriores al partido, que es mi parte menos favorita de jugar en la NHL. Todas las entrevistas son agotadoras después de un tiempo. Esta noche, sin embargo, una mujer periodista me arrincona y decide condimentar las cosas. Becky, alguien que nos cubre mucho.

—Tenemos una nueva sesión aquí en Deportes esta noche —explica con una enorme sonrisa—. La llamamos las Cinco Rápidas. Son sólo cinco preguntas divertidas que les digan a las fans quién es *realmente* Ryan Wesley.

Confía en mí, las fans no quieren saber quién soy realmente.

—Entonces, ¿qué te parece? —solicita.

Como si pudiera decir que no. Hablar con la prensa es un requisito en mi contrato.

—Está bien —digo.

Ella hace un gesto a su cámara y lo siguiente que sé, es que hay un micrófono en mi cara y me está presentando como “El novato sensación, Ryan Wesley” a los espectadores.

—¡Aquí vamos! —Emite un sonido, como si fuera la persona más divertida que conociera—. ¿Café o té?

—Café —le contesto, con la esperanza de que todas las preguntas sean tan fáciles.

—¿Música rock o EDM⁴?

—Rock. Tonto. Escucho a Black Keys en este momento.

—¡Impresionante! —Sonríe—. ¿Playa o montaña?

Como si incluso lo recordara. Las vacaciones son para otras personas.

—Playa —le digo, porque a Jamie le gusta la playa, y quiero llevarlo a una. Por supuesto, quiero un montón de cosas que no puedo tener.

—¿Perros o gatos?

—Eh, ¿no? Nunca he tenido una mascota.

—Guau —dice ella, como si le hubiera confesado algo escandaloso. *Si supieras, señorita*—. La última: ¿te gustan las chicas de cabello rubio y ojos azules? ¿O te gustan morenas y misteriosas?

—Eh, de cabello rubio y ojos marrones —digo rápidamente, contento de librarme de ella.

Ella asiente lentamente, como si acabara de decir algo fascinante.

—Interesante elección. No puede haber muchas mujeres con ese color.

—Bueno, Becky, tal vez por eso estoy soltero.

Se ríe, y la entrevista termina.

Pero cuando se da la vuelta, veo a Blake mirándome, con una ceja levantada. Así que hago una repetición instantánea, recorriendo todo lo que acabo de decir, buscando pepitas de cualquier cosa comprometedoras. Y me

regañó a mí mismo por decirle al mundo que me gustan las rubias con ojos marrones.

Eh. No hay manera de que Blake haga esa conexión. Es probable que esté por allí preguntándose si sería más probable que encuentre un velociraptor de dos metros en una playa o en la montaña.

Finalmente nos vamos a las duchas. En el momento en que el equipo está en el autobús y listo para regresar al aeropuerto, nuestro gerente hace un anuncio desde el frente.

—¿Muchachos? Iremos al Marriott Marquis. No podremos salir de La Guardia esta noche.

Al mismo tiempo, gimo, y Blake deja escapar un grito feliz.

—¡Fiesta en mi habitación! —Camina por el pasillo y me pega en el hombro—. Los vuelos de última hora apestan, de todos modos. Vamos a pedir comida y algunas botanas. Será genial.

No lo será, sin embargo. Porque necesito ver a Jamie. No puedo soportar la distancia entre nosotros y tiene que terminar. Me pareció que deshacerme de la silla de la muerte sería la apertura perfecta para que discutiéramos todo lo que estaba pasando, pero la única respuesta que obtuve de él fue un gruñido.

—Gracias por hacer eso. —Había respondido con una broma acerca de cómo nuestro apartamento estaba ahora libre de fantasmas, ya que estaba convencido de que alguien murió en esa silla, pero apenas había roto en una sonrisa.

Ahora estoy a ochocientos kilómetros de distancia de él, una vez más incapaz de solucionar absolutamente nada entre nosotros.

El hotel está a sólo metros del *Madison Square Garden*, pero es una media hora de tráfico cubierto de nieve. Y entonces estamos retrasados mientras encuentran habitaciones para todos y nos dan las llaves. La comida a domicilio de Blake aparece de inmediato, sin embargo, porque comenzó a trabajar en ella antes de que incluso bajáramos del autobús. “¿Es la barbacoa de Brother Jimmy? Tengo una emergencia. Es malo, hombre. Sólo tú puedes salvarme”.

Ordenó suficiente para todos. No es de extrañar que el lugar estuviera dispuesto a entregarle el paquete con nieve. Así que enciendo el radiador en su habitación y tomo un sándwich de cerdo. Cuando intento dejar un poco de

dinero, él me despide.

—Ustedes me alimentan a veces, ¿verdad? Tu dinero no es bueno aquí. Tengo a alguien del servicio de habitaciones con un par de cajas de cerveza. Quédate.

Eso está bien y todo, pero tengo que hablar con mi hombre. Y santa mierda, mi hombre quiere hablar conmigo. A pesar de que es más de medianoche, descubro que Jamie me ha tratado de llamar vía Skype tres veces en la pasada hora, lo que me pone mareado. Tal vez no está bien con la nueva silla, después de todo.

Me escapo cuando la atención de todos se vuelve a la televisión y entro en mi habitación para encontrar que mi bolsa de lona ha sido entregada. La tiro sobre el portaequipajes y cuelgo mi traje. Al segundo que estoy en chándal y camiseta, le devuelvo la llamada a Jamie.

—¡Hola! —digo cuando contesta—. Siento que sea tan tarde. No iremos a casa esta noche.

—Me di cuenta, hombre. Sólo quería verte tanto. —Me da una sonrisa, y estoy tan feliz de que esté dirigida hacia mí que podría llorar.

Mi boca se abre y cierra de nuevo. No tengo ni idea de qué decir para conseguir llevarnos más allá de la dura semana que acabamos de tener.

—Te extraño tanto —le digo. Tal vez es cojo, porque nos despertamos en la misma cama esta mañana. Pero al menos es honesto—. Es decir, la semana pasada...

Jamie asiente. Sus ojos castaños se pliegan alrededor de los bordes mientras arruga la frente. Conozco esa mirada. Tiene algo en la cabeza, y siento una punzada de aprensión. Jesús. No rompería conmigo a través de Skype, ¿verdad?

¿Romper conmigo?

Oh Dios mío. ¿Ese pensamiento realmente pasó por mi mente? ¿Realmente acabo jodidamente de pasar de tener una “mala racha” a “el amor de mi vida romperá conmigo”?

—¿Bebé? —digo con voz tímida como nunca he oído salir de mi boca antes. Mi corazón está golpeando más rápido que nunca—. ¿Estás bien?

Él abre la boca.

—Sí. Sí lo estoy. Pero yo... —Esa atractiva boca se cierra, y luego suspira suavemente y me ofrece otra sonrisa. Parece un poco forzada—. Sólo cuéntame sobre tu juego, porque fue muy divertido de ver. Honestamente, me recordó por qué estamos en este lío en primer lugar.

—Estuvo bien —digo, tratando de envolver mi cabeza en torno al cambio de temperatura entre nosotros—. Esta noche sólo me desencadené ahí. Ni siquiera estoy seguro de lo que pasó. Es como que la red tenía un imán debajo sólo para mí.

—Me alegro de que no fueras el arquero. —Jamie levanta sus brazos sexis por encima de su cabeza, y noto que está en nuestra cama. Esa es la cabecera de madera que elegí y las sábanas de franela que compré cuando llegó el invierno y Jamie empezó a oponerse al frío.

Una ola de nostalgia me golpea duro.

—Mataría por estar allí ahora mismo. —No puedo creer que arruiné nuestro tiempo juntos la semana pasada—. Te mostraría exactamente lo atractivo que te ves.

Jamie sonrío, y prácticamente me pego a mí mismo en la cabeza cuando la comprensión me golpea.

—¡La barba! ¿A dónde se fue? —Su cara está ahora perfectamente bien afeitada.

—Eh. —Se encoge de hombros—. Me harté de ella. Las barbas pican. —Levanta una mano a su mejilla y la desliza lentamente hacia abajo hasta su barbilla.

Cuando el dedo meñique se arrastra a través de su labio inferior, me oigo gruñir.

—Haz eso de nuevo, Canning —exijo.

Él arquea una ceja.

—¿Por qué?

—Porque necesito verlo.

Se debe escuchar algo desesperado en mi tono, porque obedece sin más protesta. Levanta la mano a su mejilla de nuevo y cierra los ojos. Lo observo tomar una respiración profunda, y exhalar, deslizando su mano por su mandíbula. Cuando sus dedos llegan a su boca, inclina sus párpados abiertos

sólo un par de milímetros. Luego desliza dos dedos en su boca y los chupa.

—Mierda —inhalo. Estoy celoso de sus dedos, de la cámara y de la cama —. Quítate la camisa para mí.

Por una fracción de segundo creo que va a protestar. Nunca hemos hecho esto. Y acabamos de tener la peor semana jamás. Pero Jamie se sienta un poco, la cámara lo pierde y me muestra el techo de su lugar. Pero entonces veo su brazo pasar, su camiseta vuela hacia arriba y lejos. Cuando la cámara se inclina de nuevo, el pecho de oro de Jamie está en exhibición completa. Debe tener la Tablet apoyada sobre sus muslos debido a que el ángulo de la cámara muestra sus abdominales como una rampa hasta sus pectorales. Sus pezones se burlan de mí en los bordes. Y una mano perfecta pasa a través de su ombligo, con vellos dorados brillando en alta definición.

—Toca tu pecho —le ordeno. Sueno como un dominante maleducado en algún chat de vídeo de mala calidad. Excepto que es Jamie en el otro extremo de la escena. Y sus dedos juegan por su feliz rastro ahora. Pasa un momento explorando el rastro de vello hasta el centro de su vientre.

Mis caderas se mueven en la cama y mi pene ya está duro. He visto a Jamie sin camisa un millón de veces. Pero está exhibiéndose a sí mismo para mí. Su mano se aplana en su esternón. Extiende los dedos hasta colocarlos sobre su pezón, y luego se estremece.

Me escucho ronco de deseo. Si estuviera allí, mi boca estaría sobre todo eso. Movería su mano fuera del camino y chuparía esos pedazos de guijarros.

—Otra vez —ordeno—. Y que sea lentamente, Canning.

Primero, inclina su cabeza hacia atrás sobre las almohadas, y sus ojos se cierran. Entonces su mano hace un recorrido lento sobre su pecho hasta que sostiene su pico en su palma. Su pulgar e índice giran alrededor del pezón y luego le dan un pellizco.

—Mmm. —Suspira, y de repente tengo la piel de gallina por todas partes.

—Canning.

—¿Sí?

—Estoy tan jodidamente duro en este momento.

Él sonrío sin abrir los ojos.

—¿Qué tan duro?

Una carcajada se me escapa.

—Quítate el resto de la ropa, bebé. Quiero verte.

Primero se queja y se estira, haciéndome esperar. Entonces sus ojos chocolate se abren de nuevo, y se lame los labios. Lo pierdo en la cámara de nuevo y la habitación se mueve bajo sus movimientos. Unos segundos más tarde, la cámara se mueve lentamente vertical, y tengo una vista de la pierna doblada de Jamie, su cadera perfecta, una oblicua figura de su trasero en la sombra y la mayor parte de su pecho. Debe de haber apoyado la Tablet en mi lado de la cama.

Su mano está entre sus piernas, pero sólo puedo ver la curva de sus bíceps y su musculoso antebrazo. El resto está oculto a la vista.

—Eso es sólo a la mitad —le digo, y él sonrío—. Si estuviera allí, yo...

—¿Qué? —pregunta con voz áspera—. Dime exactamente lo que me harías.

—Te chuparía con mi lengua hasta que te pusieras duro. —La boca de Jamie es su zona erógena más pronunciada. El hombre puede venirse conmigo prácticamente mordiendo sus labios.

—Demasiado tarde —dice, dejando caer su pierna en la cama. Y ahí está mi premio. Me quejo con la vista de la erección orgullosa de Jamie y el aumento de la espesura de los vellos pálidos y suaves en su ingle. Incluso después de estos ocho meses, todavía me siento afortunado cada vez que me responde.

—Dios, quiero una probada. —Mi voz es grave—. ¿Estás mojado para mí? Limpia la gota. Usa *un* dedo.

No me siento como un hijo de puta mandón esta noche. Mi mirada está pegada a la pantalla, sin embargo. Él es el único que está a cargo. Si no fuera así, no estaría agarrándome a mí mismo sobre mis pantalones de chándal ahora, con la boca hecha agua ante la vista de la pantalla.

Él hace lo que le pido. Desliza un dedo por encima de su glande. Entonces me mira directamente a los ojos y se lame el dedo.

—Unngh —le digo, y él chupa su dedo sólo para torturarme. Y putamente me encanta—. Tócate a ti mismo, ahora. —No puedo esperar más—. Con una mano.

Jamie desliza su mano por su pecho y se toma a sí mismo en la mano. Le

da su pene dos buenos golpes.

—*Más lento* —exijo—. Eso es. —Respiro cuando sus movimientos se vuelven lánguidos. Su pecho sube y baja con cada respiración, y su frente está arrugada por la tensión—. ¿Quieres venirte, Canning?

—Sí —exhala—. He estado pensando mucho en ti hoy. Esperando que tu juego empezara... —Se acaricia a sí mismo un poco más rápido. Y estoy prácticamente vibrando con la noticia de que Jamie me echa de menos. No arruiné tanto las cosas. O tal vez sí, y es sólo que nuestra química sexual no es una de esas cosas. Puede ser que seamos terribles con la comunicación mutua últimamente, pero girar sobre nosotros mismos nunca ha sido un problema.

—Toma tus bolas —ofrezco—. Si estuviera allí, te las chuparía. —Él se queja, y sus ojos se hacen pesados—. Te probaría en todas partes. En cada jodido lugar. Te lubricaría con mi lengua. —Su ritmo se tambalea un poco. Su cabeza cae hacia atrás más allá, y estira las piernas, como abriendo su cuerpo para mí.

Ahí es cuando mirar ya no es suficiente. Mi mano se cuele en mis pantalones de chándal, espontáneamente. Me agarro el pene y le doy un apretón. Al diablo. Levanto las rodillas y doy un tirón hacia abajo a mis pantalones. El ángulo de la Tablet en la cama hace que mi pene parezca cómicamente grande. Sería gracioso si no fuera tan atractivo. Me bombeo a mí mismo en serio.

—Te deseo tanto, bebé. —Mi voz sale como un jadeo.

Jamie gira la cabeza para ver la pantalla. Sus labios se abren ligeramente cuando rastrea el movimiento frenético de mi mano. Su puño se mueve más rápido también, a juego con mi ritmo. Por primera vez en toda la semana, estamos en sincronía. Ni siquiera estamos en la misma habitación, pero me siento más cerca de él de lo que lo he hecho en días, y estamos tan excitados el uno por el otro en este momento que los dos estamos dando jadeos y gimiendo y tirando de nuestros penes malditamente cerca de la desesperación.

—Voy a venirme —se queja.

—Hazlo —me quejo de nuevo—. Dispara en tu pecho.

Él hace un sonido hermoso, y una cinta perlada de perfección pinta una

línea en sus abdominales. Su paquete de seis se aprieta mientras dispara de nuevo. Y otra vez.

Yo también. Muevo mi mano fuerte y rápida. Quiero estar tanto en casa con él que duele. Pero las últimas gotas de adrenalina de mi juego de esta noche todavía me llenan. Toda la angustia y anhelo aumentando en mi espalda y entro en erupción en mi propia mano.

Un minuto pasa mientras me calmo. Sin palabras, Jamie desaparece de la vista. Me limpio a mí mismo y espero a que vuelva.

Después de un minuto más o menos, se desliza en la cama, bajo las sábanas esta vez. Luego va hacia la cámara, con la mejilla apoyada suavemente en su mano.

—Hablé con Jess hoy —comienza.

Sonrío. Me encanta la hermana menor de Jamie. Es la chica más aliviada que he conocido, pero hombre, es divertida.

—¿Cómo está? ¿Aún está en el diseño de joyas?

Él se ríe, y el sonido calienta mi corazón.

—Nop. Ahora quiere ser organizadora de fiestas.

—Por supuesto que sí.

—Oye, podría ser buena. —Pero todavía está riendo mientras sale en defensa de su hermana. Luego se queda en silencio por un instante, y mis nervios vuelven de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz ronca.

Veo bajar su nuez de Adán mientras traga.

—Nada. Bueno, algo así. No es malo, de verdad, sólo algunas cosas que quería sacar de mi pecho. —Otro golpe—. Pero puedo mantenerlas.

Mi garganta está tan estrecha que apenas puede hablar.

—Jamie... —Eso es todo lo que logro dejar salir.

—Te ves cansado —dice con firmeza—. Deberías dormir un poco. Ya hablaremos cuando vuelvas.

¿Hablar... o romper?

Creo que ve el pánico en mi cara, porque deja salir una respiración y después habla con voz firme.

—Te amo. Tanto.

Mi corazón da un pequeño vuelco. Suena como que lo dice en serio.

Maldita sea, por supuesto que quiso decir eso, me aseguro a mí mismo.
Jodidamente nos amamos.

—Te amo, también —digo suavemente.

Una sonrisa tira de las comisuras de su boca.

—Bien. Ahora ve a la cama. Te veré mañana.

Capítulo 13

Jamie

Wes consigue dos entradas para cada partido local, y yo soy el único que las usa.

Son asientos increíbles, en el pasillo, un par de filas detrás del banco del equipo local. De hecho, estoy rodeado de las familias de otros jugadores. Los veteranos deben conseguir más asientos o algo así porque hay toda una sección de gente que grita cada vez que Lukoczik toca el disco. Y, de hecho, la pareja que se sienta a mi lado en cada juego son los padres de Blake Riley. Y el Blake gigante es la viva imagen de su... madre. Ella es de huesos grandes y boca grande con el pelo ondeado y canoso.

¿Su padre, por otro lado? Un flacucho del tipo profesional. Genética. Están locos. Y si el Equipo Riley piensa que es raro que venga solo a cada juego, nunca lo han dicho.

Me he perdido el precalentamiento y llego a mis asientos justo al final del Himno Nacional. Ya soy un experto en lo de “O Canadá” estos días. He tenido que aprender la letra por mi equipo junior. El entrenador no puede simplemente estar allí y cantar “sandía, sandía, sandía” como un idiota.

Esta noche me duele la cabeza, lo que es inusual. Así que meto el sorbete en un refresco muy caro que compré en el camino y tomo un buen trago, esperando que una inyección de azúcar y cafeína me ayude. Necesito sentirme mejor, porque Wes quiere salir después del partido.

Yo también, ya que en los tres días que ha estado en casa, he estado flojo en mi misión de “comúnícate con tu pareja” Le dije a Jess que hablaría con Wes, y casi lo hago la noche que nos follamos por Skype. Pero ese momento de conexión, al ver su hermoso rostro mirándome, tan lleno de lujuria y deseo... no había querido arruinarlo por traer a nuestros problemas a colación. Y luego volvió a casa, y todo el sexo real fue incluso mejor que masturbarse frente a la pantalla de la computadora. No quería arruinar eso tampoco.

Tal vez soy un cagón. Mi hermana sin duda estaría de acuerdo. Pero, joder, las cosas han estado muy bien. Wes y yo hemos estado en sincronización desde que volvió y tengo demasiado miedo de que nos alejemos de nuevo.

Y no puedo mentir: una noche con Wes suena como el cielo. Cuando le

había preguntado a dónde quería ir, me había respondido:

—No importa. Salir. Tú y yo. Nos sentaremos en un bar o lanzaremos dardos o jugaremos al pool.

—Al pool no —le había contestado—. Mi ego frágil no puede soportar ese tipo de derrota.

Se había reído como un delfín.

—Bien. Lo que quieras. De todos modos, el juego no es lo que importa. Tú eres lo que importa.

Me gustaba eso.

El entrenador Hal ha cambiado las líneas esta noche. Suelo hacerlo a veces. Puso a Wes en la segunda línea con Blake y Lukoczik. Los entrantes salen esta noche balanceándose, Eriksson prácticamente aniquila el otro centro después del enfrentamiento. A medida que el disco comienza a ir a toda velocidad por la pista, ya no pienso en nada más que en el juego frente a mí. Mi mundo entero se reduce a estos doce hombres compitiendo por un poco de ventaja y por el pequeño disco de goma pesado que significa el mundo para las dieciocho mil personas aquí esta noche.

Wes salta sobre la pared cuando es su turno, y no puedo dejar de inclinarme hacia adelante en mi asiento. Ottawa vuelve a tener el disco y está jugando a lo seguro, mimando el disco como ancianas llevando de paseo a su preciado caniche. No pueden marcar de esta manera, pero pueden frustrar a Wes. Su turno ha terminado antes de que tuviera la oportunidad de hacer que algo suceda.

Y así continúa por un tiempo, pero nunca pierdo el interés. Algunos miembros de mi familia, no tan sutilmente, me han preguntado si me molesta ser un espectador de la NHL en lugar de un jugador. En realidad no, aunque no estoy seguro de que me crean. Pero *siempre* miré hockey, incluso cuando los asientos no eran tan buenos. Y patino todos los días, de todos modos, con jugadores excelentes.

La vida es buena. A excepción de este dolor de cabeza.

Las cosas se calientan en el hielo. Blake tiene un descanso y pone en marcha un ataque. Él le pasa a Wes quien lo desliza de vuelta a él en el momento que está abierto. Blake tira hacia la red, y el arquero apenas si llega a tiempo, empujándolo fuera del aire con torpeza con la punta de su guante.

Pero ese disco está todavía en juego, por lo que ambos equipos convergen.

—¡TOMALA BEBÉ, GOLPEALA TONTO, TRAE LA A CASA A MAMÁ BLAKEYYYYYY! —La señora Riley está de pie y gritando como una maníaca.

Ella es siempre muy ruidosa, pero esta noche es como un cuchillo directamente en mi cerebro. Su marido, sin embargo, se sienta a su lado con las rodillas metidas juntas y las manos cruzadas sobre el regazo. De solo mirarlo, parece que está en la iglesia.

Hay un scrum enfrente de la red, que termina cuando el arquero atrapa el disco bajo su guante. No hacen gol.

El juego sigue adelante, sin gol durante el primer periodo. Camino de un lado al otro durante el entretiempo, deseando que uno de los vendedores venda ibuprofeno. Sin embargo, no lo venden. Compró un pretzel, con la esperanza de que un poco de comida me vaya a animar.

Cuando comienza el segundo período, la velocidad de juego acelera. Wes está agresivo, y recibe varios disparos como goles, pero son rechazados. No estoy preocupado. Si se mantiene así, con el tiempo va a funcionar. Toronto está jugando mejor que Ottawa. Cada vez que nos acercamos a la red, Mamá Riley grita dándoles ánimos:

—¡CÓMETELOS COMO UN BOCADILLO BLAKEY! ¡DISPÁRALO DIRECTO A SUS HUEVOS!

Estoy sordo ahora.

Además, la habitación se está moviendo de un modo que no debería. Y cuando intento concentrarme en el disco, el resplandor en el hielo quema mis retinas.

Eriksson marca varias veces en el segundo período, y no estoy tan excitado como de costumbre. De hecho, me quiero ir a casa. No... *Necesito irme. Sacando mi teléfono, le mando un mensaje de texto a Wes. Lo siento, amor. Tengo un dolor de cabeza horrible. Me voy a casa temprano. ¿Salimos mañana? El mismo plan, un día después.*

—¡MÓNTALO COMO UN BURRO BLAKEY! —La señora Riley está chillando cuando me levanto. Todavía puedo escucharla todo el camino hasta la cima de las gradas.

A la mañana siguiente, mi alarma suena a las cinco y media. Aprieto el

botón de repetición y recuerdo todo lo que pasó. Mi cuerpo se siente pesado como plomo, aunque esto puede ser en parte porque está debajo del muslo musculoso de un determinado delantero de Toronto dormido mientras esta medio a horcajadas.

Nunca lo oí llegar a casa anoche.

Durmiendo, parece como si mi alarma sonara de nuevo en muy poco tiempo. Pero salgo de la cama, porque es día hábil y los niños tienen práctica a las seis y media. Estos chicos juegan al hockey antes de la escuela, preparándose mientras el resto de los chicos de dieciséis años duerme. Si ellos pueden llegar a tiempo, entonces yo también.

El café que compro en la pista cuarenta y cinco minutos más tarde sabe a agua y me golpea en el estómago como si fuera ácido. En definitiva, debió haber sido todo un lote malo. Mi equipo va un poco lento porque estoy en agonía. El dolor de cabeza está de vuelta, asentado bajo en la base de mi cráneo en esta ocasión. Y mi estómago sigue sintiendo calambres.

Infierno. Dunlop se ve más inestable esta mañana. Es sólo una cuestión de tiempo antes de que Bill Braddock le asigne un entrenador defensivo más experimentado para trabajar con él. Y ya que estamos teniendo una reunión de entrenadores justo después de esta práctica, todos mis compañeros de trabajo están de pie alrededor viendo a mi arquero luchar.

¿Podría este día ponerse peor?

Después de que los chicos se van, sobrevivo a la reunión de noventa minutos, sosteniendo mi dolorida cabeza en mi palma y obligándome a permanecer despierto. Probablemente estoy por agarrar algo, pero no me voy. Porque A)- no soy un cobarde y B)- si lo ignoro quizás, a lo mejor va a desaparecer.

Después de la reunión se supone que debo patinar de nuevo. Otros dos entrenadores defensivos se han unido para hablar sobre algunos de los jugadores más grandes. Cuando salgo al hielo, sin embargo, mis calambres en el estómago empiezan de nuevo. Así que dejo el hielo, le pongo las cubiertas a los patines y voy al baño.

Los siguientes quince minutos son muy incómodos, pero al final mis intestinos dejan de explotar. Sé que esto es malo. Tengo que ir a casa, pero parece muy lejos, de repente. Mientras me estoy lavando las manos, la luz en la habitación se pone amarilla y el sonido se atenúa.

Eso no puede ser bueno.

Tomo unos pasos hacia la puerta del baño, pero no funciona muy bien. Tal vez si sólo descanso un momento, podía sentirme mejor.

El suelo del baño de hombres en una pista de práctica es el *último* lugar en el mundo donde un hombre debe sentarse. Pero bueno, es conveniente. Me dejo caer, mi espalda deslizándose contra las baldosas. Mi culo golpea el suelo.

—¿Canning? —Danton se tambalea hasta detenerse al entrar al baño—. Oye. ¿Estás bien?

No mucho, no. Me pregunta de nuevo varias veces, como si fuera probable que cambie mi respuesta. Dejo de escucharlo.

Por suerte, el idiota desaparece, cierro los ojos y trato de recuperarme.

El silencio no dura el tiempo suficiente. Danton está de vuelta, puedo oír su voz chillona. Pero está acompañado de Bill, nuestro jefe. Sus voces se mezclan, y estoy demasiado cansado para escuchar bien.

—¿Sólo lo encontraste aquí?

—Sí. ¿Crees que está drogado?

—¿En serio?

Alguien me toca, y no me gusta.

—Tiene fiebre, Danton. Muy alta. Quédate aquí con él, voy a llamar a la persona que está en su lista de emergencias. ¿Tienes un teléfono?

—Sí.

Todo queda maravillosamente tranquilo por un minuto. Pero entonces las voces están de vuelta.

—Aquí dice que debemos llamar a... ¿Ryan Wesley? Eso es raro. —Bill se ríe—. El mismo nombre que el otro delantero novato. Llama a este número: 4-1-6...

Me quedo dormido.

—No vas a creer esto. —La voz de Danton resuena en mi conciencia—. El número pertenece a la central telefónica de Toronto. ¿De verdad debo pedirles que encuentren a Ryan Wesley?

—Eso es lo que dice en el documento, chico. Debe ser verdad.

Mi último pensamiento consciente a medias es: *Lo siento, Wes.*

Capítulo 14

Wes

Ni siquiera estamos a mitad de nuestra mañana patinando cuando Blake sale del hielo y le hacen dirigirse al pasillo por el equipo médico. La preocupación me golpea con fuerza cuando noto que está cojeando de la pierna izquierda. Le había estado poniendo hielo en el vestuario anoche después del partido, pero esta mañana me aseguró que estaba bien. Dijo que solo era una vieja herida dando problemas y que en los rayos X y ultrasonido de prevención que hizo nuestros técnicos no se encontró nada.

Meforcé a concentrarme durante la práctica, pero espero por Dios que Blake esté bien. No había parecido que tuviese mucho dolor cuando salió patinando, pero nunca se sabe. Los jugadores de hockey son unos duros hijos de puta. Podían tener una pierna rota con el hueso atravesándoles la carne y aún insistirán en que están bien.

Creo que lo mismo se aplica a los *entrenadores* de hockey, porque Jamie no había hecho caso de su enfermedad anoche. Llegué a casa para encontrarle en nuestra cama con una almohada sobre la cabeza, gimiendo que nunca había tenido una migraña como esta. Le sentí toser y moverse toda la noche, pero se había ido antes de que me despertase, así que estaba asumiendo que ahora está libre de migraña. Espero que lo esté. Ayer realmente estaba esperando con ansia salir con él y estoy determinado a que pase esta noche.

El segundo entrenador sopla su pito para señalar el final de la práctica, me encamino al vestuario para ducharme y cambiarme, luego salir en busca de Blake. Le encuentro en la sala de fisio. Está tumbado en una larga mesa de metal, la pierna izquierda apoyada y una bolsa de hielo en la rodilla.

—¿Cuál es la palabra? —pregunto preocupado.

La tristeza le nubla el rostro.

—Me van a mandar a hacer una resonancia magnética.

Mierda.

—¿Ligamento cruzado mediano? ¿Ligamento cruzado anterior? —Rezo para que la respuesta sea ninguno, pero la expresión de Blake se oscurece aún más.

—Ligamento cruzado anterior. No creen que sea una rotura. En el peor caso una torcedura, pero aun así me mantendrá fuera de acción durante un tiempo. Dos semanas, con optimismo. Seis como mucho.

Doble mierda. Perder a Blake, incluso por un par de semanas, sería un gran golpe para el equipo. Es uno de nuestros mejores delanteros.

—Lo siento, hombre —murmuro.

Blake es rápido en mostrar esa sonrisa despreocupada suya, incluso cuando ambos sabemos que está desanimado ante la perspectiva de perderse cualquier partido.

—Ah, no parezcas tan deprimido, Wesley. Nada me tumba por demasiado tiempo ¿eh? Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Alzo una ceja.

—Será mejor que lo hagas. Vamos a necesitarte si jugamos la eliminatoria. —Por primera vez en años, Toronto está realmente luchando por la eliminatoria. Me gusta pensar que en parte es por mí, he marcado un gol en los pasados seis partidos, pero estoy intentando dejarme ser muy creído. El hockey es un juego en equipo. Nada de “yo” en el “equipo” y otras cosas por el estilo, ¿cierto?

—*Cuando* juguemos la eliminatoria —me corrige—. Imbécil pesimista.

—*Cuando* juguemos la eliminatoria —repito, lo que me consigue otra amplia sonrisa—. Así que ocúpate de esa rodilla, ¿me escuchas? No te fuerces a volver al hielo antes de que los doctores te lo aconsejen. Podemos mantener el fuerte hasta que estés preparado...

—Wesley —me interrumpe la voz de hombre en la puerta y me giro para ver a uno de los entrenadores asistentes de pie en la puerta.

—¿Sí, entrenador?

—Entró una llamada para ti en la central principal. —Señala el teléfono blanco montado cerca de la puerta—. Siguen ahí Línea dos. Parece importante.

Se aleja sin otra palabra.

No estoy seguro de porqué, pero me da un vuelco en el estómago. No me considero un tipo súper intuitivo. Ese es el fuerte de Jamie, notar lo que la gente está pensando, sabiendo instintivamente qué hacer en cualquier

situación. Pero ahora mismo, un presentimiento me está rondando la columna y por alguna razón peculiar, me tiemblan las piernas como a un niño mientras me encamino hacia el teléfono.

Alzo el auricular a la oreja y presiono el botón de la línea dos con un dedo tembloroso.

—¿Hola?

—¿Es Ryan Wesley? —cuestiona un voz desconocida.

—Sí. ¿Quién es?

Hay una pequeña pausa.

—Mierda, ¿verdaderamente es Ryan Wesley? ¿El central del Toronto?

—Acabo de decirlo, ¿no? —No puedo evitar la brusquedad de mi tono—. ¿Con quién estoy hablando ahora mismo?

—David Danton. Entrenador asociado de los Wildcats sub-17. Trabajo con Jamie Canning.

Me encuentro inclinándome, apoyando una palma contra la pared. ¿Por qué me está llamando el compañero de trabajo menos favorito de Jamie? Se me acelera el corazón.

—Canning colapsó hace una hora —explica Danton y se me escapa todo el oxígeno de los pulmones—. Tratamos de llamarte cuando pasó, pero estuve en espera. Y cuando llegó la ambulancia, colgué.

¿Hace una hora? ¿¿Ambulancia?? El horror se afianza en mi garganta, junto con una ráfaga de miedo que me inunda el estómago y me tiene peligrosamente cerca de tirarme al suelo blanco prístino.

—¿Dónde está? —exijo—. ¿Está bien?

A mi espalda escucho un crujido. Salto casi dos metros cuando Blake aparece a mi lado. La preocupación se muestra en sus robustos rasgos, pero estoy demasiado aterrorizado para prestarle mucha atención.

—Simplemente fuimos al St. Sebastián. Los médicos de emergencias están con él ahora mismo. La última información que obtuvimos fue que aún está inconsciente.

¿Inconsciente?

De repente se me cae el auricular de los dedos flojos. Cuelga del cable,

moviéndose como un péndulo y chocando contra el muro con cada balanceo. Una voz ronca hablando en el teléfono. No sé lo que está diciendo la voz. Todo lo que puedo escuchar es el salvaje golpeteo de mi pulso en los oídos.

Jamie está inconsciente. Inconsciente. ¿Qué *demonios* significa eso? ¿Por qué está inconsciente?

Un angustioso sonido se escapa de mi garganta. Salgo por la puerta, mi visión no es otra cosa que un nublado borrón de pánico. Ni siquiera sé a dónde estoy yendo. Simplemente me tambaleo en busca de la salida más cercana.

Necesito llegar al hospital. Maldita sea, pero ni siquiera sé dónde está el St. Sebastián. Creo que si intento ponerlo en la aplicación de GPS ahora mismo, rompería el teléfono. Mis manos no lo están haciendo muy bien, están hormigueando, temblando y fallando con la manilla de la puerta cada vez que intento abrirla.

—Wesley. —La voz es suave. Lejana.

Empujó otra vez la manilla y la puerta se abre finalmente.

—*Ryan*.

Es el uso de mi nombre de pila lo que penetra la bruma de terror que me está rodeando como un escudo. Mi padre me llama por mi nombre de pila y estaba condicionado como niño para siempre prestar atención cuando escuchaba esas dos sílabas imperativas. Levanté la cabeza de golpe y vi a Blake correr hacia mí. Incluso en mi estado actual, sé que no debería estar corriendo.

—Tu rodilla —logro mascullar.

Frena de golpe frente a mí.

—Mi rodilla está bien. Sí, de momento me mantiene fuera del hielo, pero no me molesta lo suficiente como para que te mates en una colisión frontal.

Pestañeo. Honestamente no sé a qué se refiere ahora mismo.

—Te voy a llevar al hospital —aclara.

Protesto débilmente:

—No...

—De todas formas, no necesito la pierna izquierda para conducir. —Su

tono no deja modo de réplica—. Y, ahora mismo, no estás en condición de conducir.

Creo que puede que tenga razón. No estoy en condiciones de abrir una maldita *puerta*, mucho menos para ocuparme de un vehículo a motor. En el fondo de mi mente suena una alarma. No puedo dejar que Blake venga conmigo al hospital. Me verá con Jamie. Lo... sabrá.

Pero... *Jamie*, maldita sea. Simplemente necesito llegar hasta Jamie y ahora mismo, Blake es mi mejor oportunidad para alcanzar el hospital sin que yo me lleve por delante a algunos peatones de camino allí.

No protesto cuando me palmea el brazo con una mano enorme y me aleja de la puerta. Me doy cuenta de que estaba a punto de salir por una puerta de emergencia que llevaba a un área de carga, que está en el lado contrario del estacionamiento donde necesitaba llegar.

Blake me redirige por el pasillo. Ninguno de nosotros habla mientras estamos en el ascensor que nos lleva hacia el sótano. Tampoco tomamos mi camioneta, Blake me mete en el asiento del pasajero de un Hummer negro. Se pone tras el volante y salimos del sótano.

—El tipo del teléfono dijo que J-Bomb fue llevado con fiebre alta y dolor abdominal —indica Blake en voz baja—. Se quedó inconsciente cuando llegaron a Urgencias. Aún no ha recuperado la consciencia.

La bilis me quema en la garganta. ¿Esta es su idea de una charla motivacional? Ahora estoy preparado para quedarme inconsciente yo mismo, porque el pensamiento de Jamie, inconsciente, enfermo, *solo*, hace que todo mi mundo se emborrone en los bordes. Ni siquiera puedo ver la carretera frente al parabrisas. Todo es oscuro, borroso y desvaneciéndose.

—Wesley —llama Blake con brusquedad.

Vuelvo a levantar la cabeza de golpe.

—Respira —ordena.

Inspiro lentamente, pero estoy bastante seguro de que no hay oxígeno en el aire. Todo lo que estoy respirando no es más que miedo. No sé cómo lo hace, pero Blake y su monstruoso Hummer aceleraron a través del tráfico del centro, como si no hubiese otros autos en la carretera. Cuando nos metimos en su gigantesco auto, la pantalla del navegador apuntó que nuestro destino estaba a veinticinco minutos. Llegamos en dieciséis.

El momento en que atravieso las puertas automáticas de la sala de emergencias, vuelvo a entrar en pánico. La gran sala de espera está atestada. Los rostros pasan a gran velocidad mientras corro al control de enfermería y golpeo el mostrador con ambas manos.

—¡Jamie Canning!

Mi grito sorprende a la enfermera pelirroja, que me mira detrás de sus gruesos lentes.

—¿Disculpe?

—¡Jamie Canning! —Parece que no puedo decir ninguna otra frase. Solo esas cuatro sílabas con terror, que repito una tercera vez—: *¡Jamie Canning!*

Blake explica con voz calmada:

—Estamos aquí para ver a un paciente llamado Jamie Canning. ¿Fue admitido hace una hora?

—Un segundo, señor. Déjeme comprobarlo.

Los dedos con las uñas pintadas de rojo vuelan sobre el teclado. Estudia la pantalla con sus ojos verdes, luego vuela a levantar la cabeza y su expresión es lo suficientemente desalentadora como para hacer que me lata más rápido el corazón. Aunque estoy bastante seguro de que dejó de latir hace tiempo.

—Ha sido puesto en cuarentena —nos informa.

Lo que me rodea empieza a balancearse de nuevo. O quizás son mis piernas. No sé cómo siquiera estoy de pie. Blake, me doy cuenta. Está sosteniéndome literalmente por la parte trasera de la chaqueta.

—¿Cuarentena? —farfallo.

—Síntomas de gripe —explica la enfermera—. Hay una baja probabilidad de que DSKH-DL se encuentre en nuestro hospital...

—¿DSK... qué? —suelto de golpe.

—Gripe aviar —aclara y la expresión de Blake se torna en horror—. Como he dicho, es improbable pero estamos tomando cualquier precaución. ¿Es familiar del señor Canning?

—Sí —respondo sin dudar, porque lo soy.

Alza las cejas.

—¿Es su...?

Mierda. No puedo mentir y decir que soy su hermano, porque nadie me creerá. E incluso si confieso que soy su novio en esta habitación llena de gente, tampoco ayudará. Si Jamie y yo no estamos casados, no les importará.

—Soy todo lo que tiene en Toronto —respondo en cambio—. Vivimos juntos.

—Ya veo —dice con tono paciente—. Déjame explicarte cómo funciona nuestra cuarentena. Mientras el paciente espera por los resultados del laboratorio, los miembros de la familia o los acompañantes designados pueden verle, a condición de que sigan nuestro protocolo de cuarentena. Eso es todo lo que podemos hacer hasta que decidamos que otros pacientes y visitantes no están en riesgo.

—Pero...

—¡Siguiente!

Simplemente así, me *despacha*. Por un momento simplemente me quedo allí de pie frente al mostrador, sin querer moverme. ¿Cómo se atreve?

Dos grandes manos me sujetaron por los bíceps y me apartaron del camino.

—Vamos, Wesley. Tenemos que reorganizarnos.

Blake me gira y me apoya contra la pared. Planta las manos en mis hombros.

—¿Dónde está la familia de Jamie? Tienes que llamarles.

Joder, tengo que hacerlo. Saco el teléfono del bolsillo.

Pero Blake me lo quita de la mano.

—No los aterrorices, ¿de acuerdo? Solo porque estés asustado no significa que ellos tengan que estarlo.

—Cierto. Bien.

Me devuelve el teléfono y abro la sección de Canning en mi lista de contactos, y no es pequeña. Pero elegir el número del estudio de alfarería de la madre de Canning es una decisión fácil. *Estate calmado* me ordeno mientras lo escucho sonar. *No entres en pánico*.

—Cerámicas Canning, le habla Cindy.

En vez de mi deseo de estar calmado y sosegado, la calurosa fuerza de su voz enciende un interruptor en mi interior que no sabía que estaba ahí.

—¿Mamá? —farfullo. De acuerdo, nunca la he llamado así antes. Ni una vez. No sé por qué lo hice ahora.

—Ryan, dulzura, ¿cuál es el problema?

Cierro los ojos e intento recomponerme.

—Tenemos un pequeño problema —respondo cuidadosamente. Pero no tengo la posibilidad de engañarla, porque me tiembla la voz—. Jamie ha sido ingresado en el hospital con síntomas de gripe. Anoche tenía dolor de cabeza y hoy se desmayó en el trabajo. Eso es cuanto sé.

—De acuerdo, Ryan. Respira. —¿Por qué la gente sigue diciéndome eso? Aunque lo hago, porque Cindy me lo pidió—. Y ahora di “Va a estar bien”. Dilo tres veces seguidas.

—Pero...

—Tengo seis hijos, Ryan. Este es un paso importante para mantener la cordura. Dilo. Ahora mismo. Déjame escucharte.

—Va a estar bien —jadeo.

—Dos más.

—Va a estar bien. Va a estar bien.

—Buen chico. Ahora dime dónde estás.

Le doy un resumen de lo que la enfermera tras el mostrador me comentó.

—Así que necesitas mi permiso para ver a Jamie. ¿Cómo encuentro a la persona correcta para facilitarlo?

—Esto... —*Mierda*.

Alguien me pone un trozo de papel frente al rostro. Es Blake y me está ofreciendo donde se lee Registro del Paciente y Permisos, con un número de teléfono.

—Gracias —vocalizo en su rostro. Luego le doy el número a Cindy.

—Bien, cariño —dice—. Les llamaré inmediatamente. Después de que consigas verle, me llamarás, ¿de acuerdo? A mi teléfono móvil porque tengo que recoger a mi nieto. Tammy va a tener mañana su cesárea.

—Oh, vaya. De acuerdo. Lo haré. Lo prometo.

—Lo sé, cariño. Resiste. Los quiero mucho a ambos.

Ahora tengo un gran nudo en la garganta.

—Yo también te quiero. Adiós.

Terminamos nuestra llamada y la sala de espera del hospital llama mi atención. Es ruidosa y lleno de gente, algunos de los cuales nos están mirando a Blake y a mí. Una adolescente le da un codazo a su amiga y nos apunta.

Si alguien me pide un autógrafo ahora mismo probablemente explotaré.

Blake mueve su gran cuerpo, posicionándose entre la sala de espera y yo.

—Dale diez minutos —indica—. La madre de J-Bomb necesita comunicarse con quien sea y entonces quizás tu nombre se mostrará en el expediente. La enfermera nazi de allí tendrá que dejarte entrar.

—Cierto —respondo. Aún me está dando vueltas la cabeza. Jamie no puede tener ningún tipo de gripe extraña. ¿Dónde se habrá contagiado? Por otro lado, ¿por qué está tan enfermo? En mi terror, se siente como un problema que debería ser capaz de resolver. Nunca me he sentido tan impotente en mi vida.

—Va a estar bien —afirma Blake, leyéndome la mente—. ¿Un tipo sano como él? En un par de días se reirán de esto.

Pero simplemente sigo escuchando las palabras *desmayo* e *inconsciente* una y otra vez en mi cabeza. ¿Y si tenía una enfermedad cardíaca no diagnosticada? En mi segundo año en la universidad uno de mis compañeros de clase murió jugando al baloncesto dentro de la universidad. Simplemente se desmayó en el suelo del gimnasio. El árbitro le hizo una reanimación cardiopulmonar, pero estaba muerto.

Joder. No puedo pensar en eso.

—Va a estar bien —repito, justo como me indicó Cindy.

—Oye. —Blake me sacude el hombro—. Por supuesto que lo está. ¿Hizo la madre de Canning esa taza de café?

—¿Qué? —¿Tengo pensamiento agoreros y Blake quiere hablar de tazas de café?

—Lavé los platos en tu casa. El fondo de la taza tenía una inscripción.

Oh. Joder. Esa taza pone *Jamie te ama y así lo hacemos nosotros. Bienvenido al clan Canning*. Y cuando miro a Blake a los ojos, veo exactamente lo que me había estado preocupando durante meses.

Lo sabe.

—Blake —comienzo. Mentirle está fuera de discusión, así que pruebo con la evasión—. No es un buen momento para tener esta conversación.

—Supongo. —La voz de Blake va a un lugar que nunca he escuchado antes. Realmente está un poco enfadado y ni siquiera había sabido que era posible—. Estamos a unos sesenta segundos de esquivar a un grupo de fans que decidirán que no es tan maleducado acercarse a unos jugadores de hockey en la sala de emergencias. Y van a preguntar por qué estamos aquí. No tengo muy claro qué deberías decirles. Pero soy tu amigo y se supone que te niveles con tus amigos.

Eso probablemente es verdad, pero he tenido mucho práctica en tener secretos. Blake tiene la boca más grande que me he encontrado jamás y no estoy seguro de que realmente pueda comprender la situación en la que estoy.

Tenemos una lucha de miradas y la gano. Porque cerrar la boca se ha convertido en algo en lo que realmente soy bueno.

Suspira y aleja la mirada.

—De acuerdo. Sé de esa manera. Pero si te empeñas en esconderlo por el resto de tu vida, al menos quítate la chaqueta, hombre. Esa cosa es como un maldito faro.

Lo hago porque tiene razón, me quito la chaqueta del equipo y la meto bajo el brazo.

—¿Ryan Wesley? —grita el intercomunicador—. ¿Hay un Ryan Wesley aquí por Jamie Canning?

Gracias a Dios. Me doy la vuelta y vuelvo hacia el mostrador. La enfermera de ojos verdes señala a un tipo esperando allí en bata.

—Ve con él.

—Soy el doctor Rigel, enfermedades infecciosas. —Extiende la mano para estrechársela.

Estrecharle la mano a alguien que trabaja en enfermedades infecciosas me parece un poco confuso, pero lo hago de todos modos.

Blake también está detrás de mí.

—¿Qué puede decirnos? —pregunta en voz alta.

Nos guía hacia un pasillo, hablándonos mientras nos movemos:

—El señor Canning está estable —anuncia y prácticamente me derrumbo

por el alivio—. Llegó deshidratado y con fiebre alta. Está recibiendo líquidos y antivirales que luchan contra la gripe, aunque no tendremos el resultado del laboratorio en otras doce horas o así. Necesitamos descartar lo que los medios de comunicación están llamando gripe aviar.

Blake tiembla tan fuerte que probablemente se puede medir en la Escala Ritcher.

—Amigo, eso no puede ser lo que tiene J-Bomb. Me niego a creerlo.

—Bueno... —El doctor llama al ascensor y nos detenemos a esperarlo—. Probablemente tengas razón. Pero sería irresponsable, en medio de un problema de salud, tratar esto a la ligera. Y sus compañeros de trabajo indicaron que viaja por Canadá por trabajo, así que necesitamos estar seguros.

Mi miedo vuelve a resurgir.

—No está acostumbrado al clima —balbuceo—. Siempre vivió en la costa oeste.

Blake me mira de forma penetrante que sugiere que tal vez quiera dejar de hablar.

Nos metemos en el ascensor.

—Buen partido el de anoche —felicitas al doctor en el silencio.

—Um, gracias —responde Blake—. Vas a dejar que mi hombre de aquí, Wesley, vea a Canning, ¿cierto? Hay un par de asientos de palco para ti si lo haces.

El rostro del doctor cambia con muchas emociones diferentes en una rápida sucesión, de júbilo a desesperación y luego molestia.

—Nunca tomaré una decisión médica de protocolo por entradas de hockey.

—Por supuesto que no —intervienen Blake rápidamente—. Solo quiero decir que si eres el tipo que nos comunica cuando J-Bomb puede tener una visita, serás recompensado.

El doctor Rigel asiente lentamente.

—El señor Wesley puede ver al paciente después de ponerse el traje de protección.

—Muy bien —conuerdo inmediatamente.

Las puertas del ascensor se abren y salimos. En una señal de la pared se lee: *Unidad de Aislamiento*. El doctor nos conduce a una habitación sacada de un thriller psicológico. Tiene muchos lados, cada lado una pared de cristal a la habitación de un paciente. Un par de esas habitaciones tiene las cortinas corridas. Pero algunas están abiertas y la gente en su interior parece más enferma de lo que una persona debería aparentar.

Y entonces le veo.

Jamie está tumbado de espaldas en una cama, la mitad de su hermoso rostro cubierto con una máscara de hospital, pero de todos modos sé que es él con una mirada. Tiene los ojos marrones cerrados y está muy quieto.

Se me cierra la garganta ante la vista y todo lo que puedo hacer es mirar.

No sé cuánto tiempo me quedo allí mirando. ¿Unos segundos? ¿Un minuto? Blake me sujeta los hombros desde detrás y me sacude. Con fuerza. Ahí es cuando recuerdo respirar, tomar una gran bocanada de aire.

Me da una sacudida gentil.

—Permanece tranquilo, Wesley. Vamos.

—Lo siento —murmuro.

Blake niega.

—Está todo bien. Esto es cuanto te acompañaré, pero te llamaré en un par de horas, ¿de acuerdo? O mándame un mensaje si me necesitas. De todos modos te recogeré más tarde. Dejamos tu auto en la pista de hielo.

Mierda, lo hicimos. Ni siquiera estoy seguro de dónde estoy ahora mismo.

—Gracias —digo, encontrándome con su mirada—. Yo, realmente...

Lo deshecha con la mano.

—No tienes por qué. Hablaremos más tarde.

Blake se gira y desaparece hacia los ascensores.

—Por aquí, señor Wesley —indica el médico—. La enfermera le ayudará con el equipamiento.

Diez minutos después estoy vistiendo una bata desechable, guantes, gorro, lentes, zapatillas desechables y una mascarilla. Es jodidamente ridículo.

—Estas habitaciones tienen dos puertas —explica una pequeña mujer asiática, en su etiqueta de identificación pone Janet Li, Enfermera Certificada

—. Entras por aquí... —señala la puerta de la habitación con el cristal—... y sales a través de esa puerta lejana. Todo el equipo se queda en la habitación justo fuera de la habitación del paciente. Hay un montón de carteles para ayudarte a saber qué hacer. ¿De acuerdo?

—Lo tengo —respondo. Solo necesito llegar allí. Que le den a los carteles.

—Ahora mismo entrarás solo, pero si tú o el paciente necesitan algo, usa el botón del interfono de la pared y alguien te ayudará inmediatamente.

—Gracias.

Cuando desbloquea la puerta de la habitación de Jamie para mí, la atravieso. Hay una segunda puerta detrás de la primera, desbloqueada.

Entonces solo somos él y yo. Al fin. Tomo su mano y la aprieto. Me sorprende que esté tan caliente al tacto. No estaban bromeando en cuanto a la fiebre.

—Cariño —mascullo—. Estoy aquí.

Permanece quieto.

Así que empiezo a balbucear, porque quiero que sepa que soy yo. Le cuento todo lo que me ha pasado hoy. *Todo*. Cómo Blake se hizo daño y fui a buscarle. Cómo tuve la horrible llamada de teléfono.

—Estaba tan asustado —le explico, aunque la frente de Jamie permanece perfectamente alisada por el sueño.

Las máscaras entre nosotros son odiosas. Solo quiero arrancármela.

Con el tiempo mi historia llega a su fin. Pongo el trasero en el borde de la cama, esperando que eso esté bien y llevo su mano a mi regazo, donde la acaricio con la maldita mano enguantada.

Sus pestañas se agitan.

—Canning —susurro apretándole la mano—. Oye. Vamos, cariño.

Sus pálidos párpados se separan y cuando puedo ver sus ojos, finalmente creo que todo va a estar bien. Sus ojos se abren, pero entonces frunce el ceño.

Joder, está asustado. Debo parecer un monstruo o al menos un extraño.

—Soy yo —indico en voz alta—. Oye, mira. —Con mi mano libre me quito las lentes y luego, que le den, la mascarilla.

Su rostro se relaja y sonrío por primera vez en horas. Tal vez nunca.

—¡Señor Wesley! ¿Qué está haciendo?

Giro la cabeza para ver a la enfermera justo al otro lado del cristal, con una mano en la cadera y un ceño enfadado en el rostro. Está sosteniendo el teléfono en el oído y su voz resuena desde el altavoz de la pared.

—¡No puede quitarse el equipo de protección!

Aunque puedo. No va a dominarme. Puedo vencerla en una pelea. Así que también me quito el gorro. Entonces salgo de la cama y me quedo de pie en la cabecera de Jamie. Me está mirando con grandes ojos confiados.

—¡Señor Wesley! —vocifera—. Deténgase.

—No lo entiende —digo, mirando a Jamie no a ella. Él es el único que importa—. Si tiene la gripe aviar, ya estoy expuesto. Compartimos una *cama*.

Entonces, me inclino hacia él, le beso la frente. Incluso si estamos en esta cámara de los horrores, aún huele a *él*. Y eso me calma.

—Te amo, cariño —le susurro en el oído—. No te preocupes de nada.

A Jamie se le cierran los ojos. Pero le beso una vez más, esta vez en los labios. Solo para que sepa que aún estoy aquí.

Cuando vuelvo a levantar la mirada hacia la ventana, la enfermera se ha ido. Por ahora.

Capítulo 15

Wes

La fotografía alcanza internet seis horas después de que entre en la habitación de Jamie.

TMZ la filtra primero, ¿¿cómo consiguen siempre la exclusiva de todos?? Y después de eso, se divulga en varias páginas de hockey, blogs de celebridades, periodicuchos de cotilleos y periódicos que realmente deberían tener mejores cosas que publicar. Dos diarios destacados realmente lo mostraron en su página principal, donde la imagen en miniatura estaba colocada más arriba en la página que un artículo sobre la captura de un *terrorista*.

Supongo que la visión de mí, Ryan Wesley, besando los labios de otro hombre, es una emergencia nacional. Y en ese momento, no hay nada que pueda hacer para apagar ese incendio.

¿También mencioné que estoy en cuarentena?

Síp, al momento en que me deshice de mi equipo de protección, firmé mi propia sentencia de cárcel. El doctor Rigel había entrado en la habitación con su traje de cuarentena con la enfermera enojada a su lado. Me informó que desde que me había expuesto potencialmente a lo que puede ser una peligrosa cepa de gripe, sería incapaz de dejar el aislamiento hasta que llegasen los resultados de Jamie. Entonces la enfermera enojada me quitó un poco de sangre y también la mandó analizar.

¿Tenía algún remordimiento? Ni el más mínimo. De todos modos no estaba planeando dejar el lado de Jamie. Al menos, de esta forma nadie puede echarme a patadas cuando se acabe el horario de visita. Y ahora que algún imbécil nos ha sacado del armario sin nuestro permiso no puedo negar que es agradable tener una excusa para esconderme del resto del mundo.

No sé quién sacó la fotografía, pero cielos, han encontrado oro con el momento íntimo que nos habían robado. Yo, sentado al lado de la cama de Jamie, presionando los labios fuertemente contra los suyos. Fue justo después de que recuperase la consciencia y había estado tan dominado por la alegría y alivio al ver esos hermosos ojos marrones mirándome que había olvidado que estábamos en una caja de cristal con las cortinas abiertas.

Durmió durante otra hora después de eso, mientras sostenía su mano. Tal vez suena tonto, pero nunca me había sentido tan útil a nadie en mi vida. Si se despertaba confundido, quería que supiese que no estaba solo. A pesar de la mierda arremolinándose en mi vida ahora mismo, me sentía más calmado de lo que había estado en semanas. Porque por una vez sabía que estaba haciendo lo correcto simplemente cuando necesitaba hacerse.

Y cuando de verdad se despertó, estaba confuso.

—¿Dónde estamos? —preguntó, sorprendiéndome.

—En un hospital, cariño. Estás enfermo. Probablemente tienes la gripe, pero nos lo dirán después de que lleguen los resultados.

—De acuerdo —respondió, apretándome la mano.

Pero cada vez que se despertaba, más agitado se sentía. Y cuando se dio cuenta de la extraña habitación de hospital que era, no pasó mucho tiempo hasta que cayó en la cuenta del hecho de que yo también había estado expuesto. Y ahora no deja el tema.

—No deberías haberte quitado la mascarilla —farfulla—. Estás loco, Wes. No deberías *estar* aquí.

No es la primera vez que cuestiona mi cordura desde que se despertó y ahora estoy cuestionando la *suya*, porque, ¿en que otro sitio estaría? ¿De pie al otro lado del cristal viendo sufrir al hombre que amo?

—Te vas a contagiar de esta estúpida gripe ovina —murmura.

—Antes que nada, ni siquiera sabemos si tienes la gripe ovina —señalo. Estoy sentado en la silla al lado de su cama pero inclinado hacia él, acariciándole la mejilla con mi mano sin guante. Su piel aún está ardiendo, lo que me preocupa. Ha estado, al menos, seis horas con esa intravenosa. ¿No debería bajarle la fiebre?—. Rigel parecía creer que era poco probable, ¿recuerdas? Segundo, si lo tienes ya hay oportunidades de que lo tenga, porque tuve la lengua en tu garganta anoche. Tercero, *debería* estar aquí. Echa un vistazo a esta cámara de tortura, cariño. —Señalo el espacio opresivo—. Nunca te dejaría sufrir esto aquí solo.

Se ríe débilmente.

Jesús. Estoy muy aliviado de que esté despierto. Mi primer vistazo a él tumbado en esa cama, tan quieto... Me asustó muchísimo.

—El entrenador Hal se va a enojar. —Suspira—. ¿Qué si te pierdes la

práctica mañana por la mañana? Y tienes el partido en Tampa el miércoles por la noche. No puedes permitirte ponerte enfermo, Wes.

Le miro con incredulidad.

Jamie titubea.

—¿Qué?

—¿Realmente crees que voy a ir al entrenamiento de mañana cuando estás en el *hospital*?

—Podrían darme el alta para entonces.

—¿Con todas las precauciones que están tomando estos imbéciles? Sí, cierto. Te mantendrán aquí al menos un par de días en observación. —Mi tono es afilado—. No estaré en ese avión a Tampa, espero que te des cuenta de eso. No voy a dejar tu lado hasta que estés fuera de peligro.

—Nunca estuve *en* peligro —protesta.

Mi boca cae abierta.

—¿Te quedaste inconsciente en el trabajo! ¡Tienes cuarenta de fiebre! Tu piel tiene la apariencia de una langosta hervida y aún estás temblando como una hoja, tienes mucho frío. ¡Estás demasiado débil para levantar la cabeza!

Jamie insiste:

—Estoy bien.

Y estoy tentado de golpearle en el rostro. Aunque no lo hago, porque es el que está tumbado en la cama de hospital, así que supongo que soy el que necesita actuar como un adulto.

—No estás bien —reitero con dureza—. Estás enfermo. —Posiblemente con una peligrosa cepa de veneno de oveja o lo que sea, pero me niego a permitirme creer que realmente puede tenerlo. Gracias a la inquietante obsesión con las ovejas, sé que al menos dieciséis personas han muerto con esta gripe. Y todo lo que voy a decir es: Jamie *no* será el número diecisiete. Vendería mi alma al diablo antes de dejar que nada le pase. Es toda mi vida.

Dejamos de hablar cuando escuchamos un pitido alto. El pestillo de la puerta se abre y la enfermera —que ahora me odia oficialmente— entra rígidamente en la habitación. Está engalanada con su traje de materiales peligrosos y mascarilla. No puedo verle la boca, pero sus ojos me dicen que está frunciendo el ceño.

—Señor Wesley, por favor, sígame —ordena y estoy preocupado por la nota de tristeza en su voz. Oh, Dios. ¿Están los resultados de Jamie? ¿Quiere hablar conmigo en privado así puede confirmar que lo que tiene Canning es gripe?

Los latidos se me triplican mientras salgo a trompicones de la silla. Jamie parece tan preocupado como me siento, pero no protesta mientras sigo a la Enfermera de la Muerte a la segunda sala. Una vez que la puerta se cierra detrás de nosotros, me tiende el teléfono móvil. *Mi* teléfono móvil, el que me confiscó hace una hora después de que me atrapase mandando un mensaje de texto al clan Canning.

Al parecer, los aparatos electrónicos están prohibidos en cuarentena. Sinceramente, estoy contento de que me quitase el teléfono, porque se estaba iluminando como fuegos artificiales después de que se publicase la fotografía. Jamie aún había estado dormido en ese punto. Sí, no tiene ni idea de que hace una hora se había armado una tormenta de mierda fuera de nuestra caja de cristal y no tengo intención de contárselo. Aún no, de todos modos.

Mi única prioridad es ayudarlo a que se mejore. Si averigua que nuestra relación ahora está siendo discutida y diseccionada por miles de personas, infiernos, probablemente millones de personas, quién sabe qué le hará a su ya de por sí frágil sistema. No puedo arriesgarme.

—Hemos estado recibiendo un exorbitante número de llamadas esta pasada hora —comenta de manera inexpresiva—. Al menos dos docenas han sido de Frank Donovan. Insiste en hablar con usted y, francamente, mis compañeras y yo nos estamos cansando de que nos griten. Así que vamos a hacer una excepción con usted, señor Wesley. Puede usar su teléfono móvil, pero sólo en esta habitación y sólo brevemente. Ahora, por favor, devuélvale la llamada al señor Donovan antes de que ceda a la urgencia de mirar el costo de un asesino a sueldo.

Me río. De acuerdo, tal vez la Enfermera de la Muerte no es tan mala.

Espero hasta que sale de la habitación antes de marcar el número de Frank, pero dudo antes de pulsar *llamada*. Jódeme. No estoy preparado para lidiar con nada de esto ahora mismo. Tenía un plan, maldita sea. Acabar mi año de novato y *entonces* salir del armario. La historia habría sido controlada por Frank y por mí. Presentada a los medios de la manera en que *nosotros*

queríamos ser presentados.

Pero algún codicioso imbécil entrometido desconsiderado tomó el asunto en sus propias manos. O... ¿las manos de *ella*, tal vez? De repente, pienso en la Enfermera de la Muerte. ¿Y si fue ella?

Pero de nuevo, pudo ser cualquiera de las enfermeras que había visto hoy al otro lado del cristal. O los técnicos deliberando sobre los resultados. Los doctores entran y salen de la unidad. Los familiares visitando a sus seres queridos en cuarentena.

Cualquiera pudo haber sacado esa fotografía. Tratar de encontrar al culpable es como jugar a una versión sin sentido de *Cluedo*. ¡La Enfermera de la Muerte... en la Unidad de Aislamiento... con la cámara!

¿Y llegados a este punto realmente importa? Lo hecho, hecho está y ahora es momento para el control de daños.

—¡Ryan, ya era hora! —La voz agotada de Frank me estalla en el oído—. ¿Por qué no estás respondiendo el teléfono?

—La enfermera me lo quitó —explico—. No se permiten teléfonos móviles en el hospital.

—Un completo mito. Los estudios han demostrado que los efectos del teléfono móvil en el equipo médico son mínimos.

¿Esto es algo que verdaderamente deberíamos estar debatiendo ahora mismo?

—Frank —farfulto, llevándolo de vuelta a los asuntos de verdadera importancia—. ¿Qué tipo de reacción estamos viendo aquí?

—Aún es demasiado pronto para decirlo. La mayoría de los medios de comunicación están saltando al tren del arcoíris...

Aprieto los dientes con fuerza.

—... ondeando sus banderas del orgullo y elogiándote por tu valor al salir del armario.

—No salí del armario —murmuro—. Alguien lo hizo por mí.

—Bueno, ahora estás fuera —comenta con desdén—. Y ahora necesitamos asegurarnos de que lo llevamos en la dirección correcta. La franquicia va a publicar el comunicado que preparé después de que te seleccionamos. Quería ponerte al corriente con lo que saldré en menos de una hora.

Frank me había mandado una copia del comunicado hace tiempo. Destacaba un gran lenguaje políticamente correcto por lo que recordaba. *El equipo es, y siempre ha sido, de apoyo a nuestros jugadores y la rica diversidad que traen al juego del hockey...Blablabla. Estamos orgullosos de llamar a Ryan Wesley un miembro del equipo.*

—Le daremos a los buitres la noche para que puedan picotear y roer — indica Frank con voz cínica—. Y entonces, mañana por la mañana, darás una conferencia de prensa...

—¿Qué? —interrumpo—. De ninguna manera.

—Ryan...

—Accedí a escribir un comunicado —le recuerdo—. Una breve continuación a cualquiera que sea la declaración que des a los medios de comunicación. *No* accedí a estar frente a una cámara. —El pensamiento de estar frente a una habitación llena de periodistas hablando sobre mi vida sexual y respondiendo preguntas que nadie tiene el derecho de hacer provoca que me suba la bilis a la garganta.

—Eso fue antes de las imágenes de ti haciéndolo con tu amante homosexual apareciendo por todo internet —protesta Frank. No suena enfadado o disgustado, simplemente práctico—. Van a esperar más de un comunicado de prensa de dos líneas, Ryan.

—¡No me importa una mierda lo que esperen! —La frustración me desgarrar el pecho. Quiero estampar el teléfono contra la pared, mirar cómo se deshace en pedazos y luego patearlo por si acaso. Me siento... violado. Y eso sólo intensifica la gran indignación deslizándose por mi columna. Esa gente no tiene derecho a poner el foco sobre mí sólo porque me gusta follar con hombres. No es el maldito asunto de ninguno de ellos.

—Ryan. —Frank se detiene—. Está bien. Claramente podemos posponer esta discusión hasta que a tu, eh, compañero le den el alta en el hospital. Por ahora, publicaré el comunicado por el bien del equipo. Una vez que calibremos la respuesta, calcularemos el siguiente movimiento.

—Bien.

—¿Debería estar preocupado por tus resultados?

Me quedo en blanco por un segundo.

—¿Mis resultados?

—La gripe —insiste con impaciencia—. El equipo técnico está preocupado. Está previsto que juegues en Tampa en dos días.

Tomo una bocanada de aire.

—El miércoles no estaré en el hielo, Frank. Si quieres, llamaré personalmente al entrenador para hacérselo saber, pero esto no es negociable. Estoy lidiando con una emergencia familiar.

—Tu contrato establece...

—No me importa lo que establezca —replico—. *No* estaré en ese vuelo. —No le doy la oportunidad de que se oponga—. Tengo que irme. La enfermera me está mirando mal. —No lo hace, pero Frank no lo sabe—. Te volveré a llamar cuando estén los resultados de Jamie.

Me tiemblan las manos mientras cuelgo el teléfono. No estaba preparado para esto. Nada de ello. Y aunque estoy desesperado de volver con Jamie, meuerzo a desplazarme entre mis mensajes de texto, sólo en caso de que los Canning hayan intentado ponerse en contacto.

Y mierda, lo han hecho. Cada uno de ellos.

Cindy: Patrick y yo necesitamos una actualización (aunque sabemos que todo estará bien, estará bien, ¡estará bien!)

Jess: ¿Por qué esos imbéciles del hospital no me dejan llamarte?

Joe: ¿Cómo está mi hermano?

Scott: ¿Cómo está Jamester?

Brady: ¿J está bien?

Incluso hay un mensaje de Tammy, que está lidiando con su propia situación en el hospital en este momento:

Llama en el momento en que tengas los resultados. Pregunta en la centralita por mi habitación. Extensión 3365.

En vez de responder a cada uno individualmente, mando un mensaje en grupo a todo el clan Canning:

Aún esperando por los resultados. J está despierto y malhumorado. La fiebre aún es alta pero los doctores están trabajando en bajársela. No me dejan usar el teléfono aquí. Mandaré un mensaje cuando pueda.

Miro el resto de mensajes no leídos, que son mayormente de Blake.

También hay uno de Eriksson, pero no lo abro porque estoy demasiado asustado como para saber qué dice. No estoy seguro de si estoy preparado para enfrentar la reacción de mis compañeros de equipo a la “noticia”. Me desplazo más abajo y veo el nombre de mi padre. Este lo abro.

Papá: Eres tonto.

Mi corazón se oprime dolorosamente. Estoy enfadado conmigo mismo por permitir que esas dos palabras me afecten, pero... joder, duelen.

Estoy a punto de apagar el teléfono cuando la aplicación de Twitter atrapa mi atención. Dice que tengo 4622 nuevas notificaciones. Jesús bendito.

A pesar de mi mejor juicio, me rindo a mi mórbida curiosidad y abro la aplicación para ver lo que la Twittersfera piensa de este acontecimiento. Ja. #RyanWesley es tendencia en Twitter. Y tengo diez mil nuevos seguidores desde que la fotografía fue publicada. Abro las notificaciones y descubro que la mayoría de mensajes son sorprendentemente positivos.

@hockeychix96: ¡ODM! ¡Tu NOVIO es MUY sexy!

@T-DotFan: ¡Bien por ti, amigo!

@Kyle_Gilliam309: Eres una inspiración para todos nosotros, Wesley

Así sucesivamente. ODM, ciberabrazos y choca esos cinco, la gente me dice la inspiración que soy en la comunidad gay. Salpicados entre estos hay tweets de negación, disgusto e incredulidad.

@BearsFourEvr: Las pollas son para las chicas, maricón

@Jenn_sinders: ¡Por favor, di que no eres gay!

Y entre ellos una conversación de unos cincuenta mensajes, dos fans mujeres deciden citarme mientras realizan una minuciosa examinación de la “prueba” de mi orientación sexual. Incluso amplían y recortan ciertas partes de la fotografía para exponer su caso.

@HeyythereDelilah: En serio, ese no es RW. Mira esos ojos. RW no tiene los ojos tan juntos

¿Tengo los ojos juntos?

@BustyBritt69: Es totalmente RW! Reconocería esa boca sexy en cualquier lado

@HeyythereDelilah: Abogado del diablo. Digamos que es RW. No significa que sea el novio. Puede ser su hermano

@BustyBritt69: ¿Quién besa a su hermano en la BOCA?

@HeyythereDelilah: Lo hice una vez. Pero estaba borracha. Pensé que era otra persona

@BustyBritt69: ¡Ewww! ¡Demasiada Información!

Suspirando, cierro la aplicación y apago el teléfono. La Enfermera de la Muerte no dijo que necesitase devolvérselo, así que lo guardo en el bolsillo, luego vuelvo a la habitación principal, donde me encuentro con la mirada recelosa de Jamie.

—¿De qué iba eso?

Me encojo de hombros.

—Me dejó usar el teléfono así que pude llamar a tus padres.

—¿Están asustados?

—No. Como yo, saben que no hay nada de qué preocuparse. —Me siento en la silla y alcanzo sus manos—. Vas a estar bien, cariño. Esos exámenes van a ser negativos. Sólo espera.

Asiente, pero su expresión sigue siendo intranquila.

—¿Estás seguro de que todo va bien? —insiste.

Me inclino y paso los labios sobre su mejilla alarmanamente caliente.

—Todo está bien —miento.

Capítulo 16

Jamie

La fiebre es alucinante. La habitación tiene una extraña cualidad muy inquietante y tengo frío y calor al mismo tiempo.

Solo hay una cosa aquí que se está comportando justo del modo en que necesito y ese es Wes. Cada vez que abro los ojos, está ahí. Incluso aunque estoy preocupado por su salud, su carrera y cualquier otra maldita cosa. No puedo negar que me reconforta. Porque todo lo que me está pasando es muy desorientador.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunto repentinamente.

Levanta la mirada del teléfono.

—Um, en ambulancia, estoy bastante seguro. Tu hombre, Danton, me llamó a la pista de hielo, pero no escuché todos los detalles. —Se aclara la garganta—. Creo que dijo algo sobre una ambulancia.

Pensé en eso mientras las paredes brillaban extrañamente. ¿Y luego? Un gran oso pardo aplastó su cuerpo contra la ventana de cristal. Estoy mirando cuando suena el teléfono en la pared y una voz estalla:

—¡Hombre! ¡En qué problema te metiste, J-Bomb!

Mi sinapsis funciona a cámara lenta, pero la risa de Wes es la que me lo aclara. Blake ha llegado. ¡Joder! Trato de alejar despreocupadamente mi mano de la de Wes, pero me la sujeta con fuerza.

—¿Wes? —farfullo.

—¿Sí?

—¿Se ha descubierto nuestra tapadera?

—Bueno...

La histeria de Blake hace vibrar la pared.

—¿Se descubrió su tapadera? ¿Un oso es católico? ¿El papa caga en el bosque? Vi sus rostros en las noticias de las diez. Bonita fotografía de anuario, J-Bomb.

Wes salta de la silla y camina hacia la ventana. Estoy bastante seguro de que está haciendo un gesto de cortarle el cuello.

—¿Qué? —cuestiona Blake encogiéndose de hombros—. Va a ver la televisión, un periódico o un teléfono antes de mañana, ¿cierto?

De algún modo esta nueva información ayuda a aclararme la mente. Si estamos en las noticias eso significa que todo el mundo se está dando un festín con Wes como un buffet de cotilleos.

—Lo siento mucho —digo.

Wes se gira.

—No. Esto no es culpa tuya. Ni siquiera un poco.

Sé que es verdad. Pero apostaré a que esto es un verdadero inconveniente. No me extraña que haya estado curioseando en el teléfono cuando piensa que no estoy mirando.

—¿Qué dice Frank?

Wes se encoge de hombros.

—Se está encargando de ello. No tienes que preocuparte. —Aun así Wes no aparenta ni de cerca estar tan calmado como sus palabras.

—Estás atrapado aquí conmigo. Deben estar enfadados por eso. Probablemente hay camiones de prensa frente al estadio.

—Hay camiones de prensa frente al hospital —interviene Blake alegremente.

Ambos le miramos.

—¿En serio? —pregunta Wes.

—¡Sí! Tuve que atravesarlos. Les traje sus pijamas. —Levanta una bolsa de lona—. El supervisor me dejó entrar en el apartamento. No sabía qué cepillo de dientes era de quién, así que simplemente lo traje todo.

Lentamente, de manera sutil, Wes y yo nos giramos para mirarnos a los ojos. Teníamos la misma extraña pregunta en mente, simplemente lo sé. *Se equivocó al abrir...*

—Probablemente no debería haber abierto todos los armarios —continúa Blake frotándose la barbilla—. No puedo olvidar algunos de esos juguetes. Pero todo el mundo tiene que tener su propio tipo de diversión. Hablando de diversión, también les traje unos sándwiches italianos de la tienda de la esquina. ¿Crees que puedo conseguir que esa enfermera con mala leche les dé esta bolsa?

Wes deja salir un gran suspiro de agonía. Puedo ser el que esté en la cama de hospital, pero hoy le han amputado su privacidad. Y la herida es una arteria.

—Blake, me mata decirte esto.

—¿Qué, chico Wesley?

—Gracias por toda la ayuda de hoy. —Mi novio se frota la nuca como si decir cosas agradables a nuestro odioso vecino le estuviese causando dolor—. De verdad. Aprecio todo lo que hiciste antes por mí.

—Oh. —Blake se pone una mano en el pecho—. En cualquier momento, novato. Y oye, me encanta la nueva silla. Puede que me consiga una de esas. ¡Oh! ¿Señorita? ¡Yuhu! —Blake ve a la enfermera, deja el teléfono y va tras ella.

Wes se gira hacia mí y por millonésima vez pone su mano en mi frente. Probablemente sus dedos estén permanentemente incrustados en mi rostro.

—¿Estás alucinando? —le pregunto.

—No —miento.

—No me estoy disculpando por ser la causa —contesto—. Pero lo siento por toda la mierda que se está poniendo en tu camino.

Apoya un codo en el colchón y acerca su hermoso rostro al mío.

—Esto siempre iba a suceder. Tal vez es como la cirugía bucal. Sabes que lo necesitas, sabes que es temporal, pero aun así apesta durante un tiempo.

—De acuerdo. Es cierto.

Lo que ninguno dice en voz alta es que esperamos que no resulte fatal para su carrera. Ayer era el Novato Superestrella, Ryan Wesley. Hoy, es Ryan Wesley el primer Jugador de la NHL en Salir del Armario.

El pestillo en la puerta se abre y la enfermera y el doctor entran de nuevo. Pero ninguno está llevando la bolsa que Blake nos ha traído.

—¿Cuáles son las noticias? —pregunta Wes, levantándose.

—Vamos a mover al señor Canning a otra habitación —explica el doctor.

Ahí es cuando me doy cuenta de que ni él ni la enfermera están vistiendo los trajes espaciales.

—Dio negativo —mascullo.

—Dio positivo para ningún virus de gripe novedoso.

—No para la gripe aviar —repite Wes, sonando aliviado.

—Correcto —concuerta el doctor—. Una sencilla gripe vieja.

Continúan hablando, pero vuelvo a sentir los párpados pesados. Wes le pregunta al médico por qué estoy tan enfermo y las palabras de moda del doctor me dan cada vez más sueño, porque suena como que realmente no tiene ni idea de porqué he estado enfermo. Usa frases como “poco habituado” y “no familiarizado con el clima”.

Lo que sea. Ahora simplemente quiero ir a casa.

—La fiebre bajó a treinta y ocho. Es alentador —interviene la enfermera. Está de pie al lado de mi cabeza poniéndome un termómetro en el oído—. Uno de esos antivirales contribuyó, comenzarás a sentirte humano de nuevo.

Me siento tan mareado ahora mismo que resulta difícil creerle.

La siguiente vez que me despierto estoy de camino a una habitación diferente en la cuarta planta. Es muy parecida a la anterior, excepto que primero tuve que sufrir un vergonzoso paseo por los pasillos en camilla. Realmente me dejan sobre la nueva cama levantando la sábana sobre la que estoy tumbado y poniéndola en un nuevo colchón.

—¿No puedo simplemente volver a casa? —pregunto a quien me está arrojando en la nueva cama.

—No hasta que la fiebre se haya ido, cielo —responde la nueva enfermera. Es una gran mujer jamaicana llamada Bertha y me gusta inmediatamente—. Mañana, probablemente.

Pero pensé que era mañana.

¿Eso tiene algún sentido?

Más dormir de momento.

Cierro los ojos mientras Bertha aún está jugando con los fluidos intravenosos. Wes aparece en algún lugar cercano. Y es todo lo que necesito saber por ahora.

Capítulo 17

Wes

Después de devorarme el bocadillo que Blake compró, pasé el resto de la noche en la habitación de Jamie, sentado en una silla de plástico. Dormí en intervalos de quince minutos, mi cabeza colgando en mi pecho. Es mucho más agotador que pasarse toda la noche en vela. Vive y aprende.

La mañana llega con un sobresalto. Hay demasiada luz por todos lados, y cuando mi visión se enfoca, estoy mirando a Frank Donovan, quien ha asomado su cabeza en el cuarto de Jamie.

Echo mi silla hacia atrás y voy hacia el pasillo, para que no despierte a Jamie.

—¿Qué hora es? —pregunto, sonando incoherente a mis propios oídos.

—Siete y media.

Sacudiendo mi cabeza enérgicamente, trato de arrastrarme de mi propio agotamiento.

—¿Trabajando temprano hoy? —Está de pie enfrente de mí, con corbata y traje, sus zapatos lustrados. Su cabello peinado. Somos un estudio de contrastes.

Frank se ríe.

—Apagué mi teléfono a las dos y media de la mañana. Volví a encenderlo a las seis para encontrar ciento cincuenta llamadas perdidas. Todos los canales de noticias deportivas del mundo quieren hablar contigo.

—Que mal que no vayan a hacerlo —digo firmemente.

Frank se muerde el labio.

—Mira, sé que estás en una posición difícil, pero no es suficiente que el equipo emita comunicados de prenda de apoyo. Mi oficina está haciendo todo lo puede para decir que todo sigue como de costumbre con respecto a ti. Pero los fans necesitan verte en el hielo con tus compañeros de equipo. Esa es la única forma de que el público pueda estar seguro de que es verdad. Es eso o una entrevista en el sofá de Matt Lauer, al lado de tu entrenador.

Una risa se me escapa.

—Hal no quiere eso.

—Hal hará lo que sea que el equipo necesite. Así como *tú*. —Esto último es dicho en una risa ominosa.

—¿O qué? —pregunté de mal humor—. ¿Me vas a despedir? ¿Al chico gay? Eso se va a ver mal.

Frank mueve su pie con impaciencia.

—No seas así, Ryan. Estoy reventándome el trasero para acallar el remolino de mierda de la prensa. Estoy de tu lado. Colócate los malditos patines hoy en la mañana y ayúdame a hacer ese trabajo más fácil.

—¿A qué hora es la práctica de hoy? —pregunto. Mis engranajes están dando vueltas.

—A las once.

Miró sobre mi hombro hacia Jamie. Cuando la enfermera revisó sus signos vitales hace un par de horas, finalmente, su temperatura había bajado a treinta y siete grados y medio.

—Bien, estaré en la práctica de hoy. Pero *no* voy a ir a Tampa esta noche. Si lo dejan salir del hospital mañana, no puede estar solo en la casa. No tenemos familia aquí.

Frank lo piensa.

—Bien. Es un trato. Pero será mejor que llames a algún refuerzo para que venga y se quede con él. Tienes que ir a Nashville después. El equipo no dejará que faltes a más juegos a menos de que sea una severa crisis familiar.

Quiero golpear algo cuando dice eso. Esta *es* una severa crisis familiar. La más severa.

—...Y los fans necesitan ver que tu posición en el equipo es segura. Si te quedas lejos, parecerá que tratamos de deshacernos de ti. Aparece y patina, la historia se desvanecerá más rápido.

Bueno ahora estaba tocando algo que podía bailar.

—Muy bien. Voy a organizar algo para lo de Nashville —le digo, para que se calle—. Y estaré ahí, hoy a las once.

Levanta su barbilla hacia el cuarto de Jamie.

—Despídete ya. Te dejaré en tu casa para que puedas dormir un par de

horas. Necesitamos que te veas con energía.

¿Un tanto agresivo? Lo miro por un segundo. Pero demonios, estoy atrapado aquí en el hospital sin mi auto.

—Espera.

Jamie está despierto cuando regreso al cuarto.

—¿Estás bien si me voy un par de horas? —Me siento en los pocos centímetros disponibles del colchón al lado de su cadera—. ¿Te duele algo?

Traga con fuerza, como si su garganta estuviera en llamas.

—Ve. Estaré bien.

—¿Necesitas agua? —Miró alrededor por el vaso con el pitillo.

—Ve —dice con más fuerza—. Solo...

—¿Qué? —Coloco ambas manos en la cama y miro su apuesto rostro.

—Sólo regresa después —dice con una sonrisa—. Tal vez me dejen ir a casa.

Me inclino y beso su frente. Luego tomo mi bolsa de lona del suelo y me voy antes de que cambie de opinión.

Duermo como un muerto durante dos horas en casa. Luego me ducho, antes de dirigirme a la pista. Llego un poco tarde, pero me gusta de esa forma. Menos tiempo para hablar en el cuarto de camerinos. Estoy muy cansado para escuchar cualquiera que sea la mierda que los compañeros del equipo pudieran decirme hoy.

Eso es algo en lo que ni siquiera puedo pensar ahora mismo. Si están ocupados tratando de ponerme en un cuarto de cambio diferente o alguna mierda, ni siquiera quiero saberlo.

Cuando entro en el camerino, toda la conversación llega a un alto.

Como sea. No me importa una mierda. Arrojo mi bolsa sobre el banco y me saco mi abrigo. Podrías escuchar un alfiler caer. Cuelgo mi abrigo y luego me quito las botas.

—Wesley, idiota —dice Eriksson—. ¿No vas a contarnos?

—¿Contar qué? —gruño. Mi vida sexual no es su maldito problema.

—¿Cómo *esta* él? Dios mío. Los canales de noticias lo hacen sonar como si tu novio estuviera recibiendo los santos oleos.

Mis dedos se detienen en los botones de mi brillante camisa verde.

—¿Q-qué?

Nuestro arquero suplente, Tomilson, habla con cautela.

—Creo que lo que el señor Sensible está intentando preguntar es, ¿tu compañero está bien?

Es difícil mover la mandíbula. Primero, Tomilson y yo apenas hemos intercambiado diez palabras desde que me uní al equipo. El veterano se mantiene apartado, y con dos Copas Stanley en su historial supongo que se ha ganado el derecho a no aparecer para eventos de la prensa, porque nunca lo he visto en una conferencia de prensa o una fiesta. Blake me dijo que pasa su tiempo libre con su esposa e hijos.

Escucharlo referirse a Jamie como mi “compañero”, y sin una pizca de juicio, intranquilidad o disgusto en su voz, lleva una picazón a mis ojos. Maldito infierno. Si comienzo a llorar en el cuarto de camerinos enfrente de mis compañeros, nadie nunca me dejará olvidarlo.

Aclaro mi garganta del enorme nudo atrapado ahí.

—Está mejor. La fiebre ha bajado, y creo que lo van a dejar ir hoy. —Mi voz suena ronca cuando añado—. El resfriado le pateó el trasero. Nunca vi nada como eso.

—Al menos no fue ese virus peligroso —dice Tomilson—. El entrenador dijo que fue un resfriado común. Así que eso es bueno, ¿verdad?

Asiento. El silencio se cierne sobre el cuarto de nuevo, y me tenso por instinto, esperando más preguntas. Esto se siente muy... sencillo. ¿Por qué no están martilleándome con detalles sobre mi vida personal o exigiendo saber por qué no les dije que era gay?

Esa es la cosa, ¿no? Mis compañeros de la universidad eventualmente habían tomado mi sexualidad con calma. Había pensado en ese entonces que fue muy fácil, y mientras estaba aquí de pie esperando a que mi equipo actual me juzgara, me di cuenta del bastardo cínico en que me había convertido. Tal vez hay más tolerancia en este mundo de lo que había pensado. ¿Eso es posible? ¿Mis homofóbicos padres eran la excepción a la regla que lentamente está evolucionando?

Un par de segundos de tenso silencio transcurrieron, y entonces Eriksson habló de nuevo.

—¿Fue la camisa, eh?

Parpadeo en confusión, y él apunta a la camisa verde de botones que tengo.

—Lo sabía. Te hizo gay —dijo animadamente.

—Matt —interviene uno de nuestros compañeros de equipo, pero es demasiado tarde, otros chicos ya están molestando, y demonios, también yo.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —gruño—. Esta camisa es la bomba punto com. No es punto edu, porque es malditamente esclarecedora.

Forsberg resopla.

—Está cegándome, es por eso. —Se acerca y me golpea en el trasero—. Vamos, en marcha. El entrenador no te la va a poner fácil sólo porque tu novio tiene un resfriado. Llegué tarde a la práctica una vez porque Milady estaba enferma, y el viejo bastardo me puso a hacer cien flexiones sin parar. Y en patines. ¿Sabes lo malditamente difícil que eso es?

—¿Tu lady? No sabía que tuvieras novia... —Pero él ya había desaparecido por la tolva, lo que dejó a Eriksson respondiendo por él.

—No tiene. —Eriksson se ríe—. Milady es el nombre de su perro.

Bien. Supongo que Forsberg tiene un perro llamado Milady. Lo que es sólo un recordatorio del poco esfuerzo que he hecho por conocer a los hombres con los que patino todos los días.

El nudo en mi garganta regresa. Lo trago y rápidamente me cambio para la práctica.

Sólo un poco de prensa se permite en la pista esta mañana, reporteros y periodistas que sin duda alguna, fueron elegidos por Frank y su equipo de publicistas. La franquicia no suele conceder acceso a la prensa a las prácticas justo antes de días de juegos, pero Frank está haciendo una excepción hoy. La gente necesita verme en el hielo con mis compañeros de equipo, así que eso es exactamente lo que les damos.

Soy dolorosamente consciente de las cámaras que me siguen alrededor como el haz de un puntero láser. Cada movimiento que hago es documentado y fotografiado, y puedo prácticamente ver las capturas bajo las imágenes.

Cuando el entrenador me grita por perder un tiro fácil: *¡La tensión crece, Hal Harvey y Ryan Wesley pelean en una práctica!*

Cuando Eriksson choca su pecho con el mío después de que le doy un buen

pase. *¡Matt Eriksson muestra apoyo a su compañero gay! O si estamos hablando de revistas de chismes, supongo que el titular seria: Matt Eriksson y Ryan Wesley, ¿amantes homosexuales?*

Cuando saludo y sonrío a uno de los reporteros, después de una mirada de Frank: *¡Orgulloso de ser gay! ¡Ryan Wesley acepta la atención mediática!*

Odio mi vida ahora mismo. De verdad. Lo único que la salva es que el hombre que amo ya no está yaciendo en una cama de hospital “sin respuestas”. Jamie está sintiéndose mejor. Estuve tan aterrado de poder perderlo, que saber que va a estar bien es el lado bueno de las cosas al que me aferro durante este acto secundario de la práctica.

Después de que el entrenador sopla el silbato para despacharnos, no puedo salir del hielo lo suficientemente rápido. Eso hace que me gane otra mirada de Frank, pero puede irse al infierno. Le dije que no hablaría con la prensa, y lo dije en serio.

En el camerino, me cambio el uniforme tan rápido como puedo. Cuando escucho una ráfaga de actividad en el pasillo, mi estómago da un vuelco. Genial. Supongo que Frank está dándole a la prensa acceso a las instalaciones hoy. Desafortunadamente, sólo hay una forma de salir del camerino, y es a través de la puerta que probablemente tiene una pared de reporteros al otro lado.

Tomilson me lanza una mirada de simpatía cuando voy con cuidado a la puerta.

—Sólo sonrío y saluda —sugiere Eriksson.

—Dale, has el saludo como la reina Elizabeth —dice Luke amablemente. Luego procede a hacer el lento movimiento de la mano, que todo miembro de la realeza británica ha perfeccionado, y todo el mundo rompe en risas.

—¿Acabas de llamarme reina? —bromeé.

La sonrisa de Luke desaparece de su cara.

—¡N-no! Yo...

—No, hombre. Estoy bromeando. Lo juro por Dios. —Mierda. Nunca tenía la oportunidad de descubrir qué quería decirles a estos tipos—. No me ofendo fácilmente. Y, sólo para que quede claro, ninguno de ustedes adefesios, es mi tipo. Excepto tal vez Eriksson. Pero no quiero ser su polvo de rebote.

Eriksson resopla y hago mi salida, saliendo por la puerta justo a tiempo

para escuchar al entrenador Harvey entregando una declaración que casi hace que se me salgan los ojos.

—Si ser homosexual significa patinar como Ryan Wesley, voy a tener que animar al resto de mis jugadores para que le den una oportunidad.

El pasillo estalla en risas, lo que de inmediato se transforma en grito cuando la prensa me nota en la puerta.

—*¡Ryan! ¿Tienes algún mensaje para los atletas homosexuales que tienen miedo de decirlo?*

—*¿Cómo se siente ser el primer jugador gay de la NHL?*

—*¿Cuándo supiste que eras gay?*

—*¿Tienes alguna respuesta a la declaración del entrenador Harvey?*

Estaba listo para pronunciar las palabras “sin comentarios” hoy hasta que perdieran sentido, pero después de escuchar a mi entrenador dar su apoyo —aunque de manera colorida—, no pude evitar dirigirme a la última pregunta.

—Hal Harvey es el mejor entrenador para el que he jugado —digo con voz ronca—. Espero seguir haciéndolo orgulloso para las temporadas siguientes.

Los reporteros disparan otra explosión de preguntas, pero he dicho todo lo que quise decir, así que agacho la cabeza y paso a través del enjambre, dejando que sus ansiosas voces reboten a mis espaldas. Hay grupos de periodistas y furgonetas del medio estacionadas en el estacionamiento, pero también las ignoro y me apresuro a entrar en mi camioneta. Gracias a Dios por las ventanas polarizadas. Estoy seguro de que las cámaras me captaron entrando en mi asiento delantero, pero con suerte, nadie puede verme frotándose las manos sobre la cara y soltando un torturado gruñido.

Estoy alejándome del estacionamiento un minuto después, y mi Bluetooth suena con una llamada entrante. El nombre de Frank parpadea en el tablero.

Presiono el botón de ignorar en el volante. Cuando la llamada suena de nuevo, casi arranco el volante de su marco. Por el amor de Dios. ¿No puede darme unos segundos de tranquilidad?

Espera, no es Frank. Me relajo cuando veo el nombre de Cindy Canning, y esta vez no espero para contestar.

—Hola, cariño —me saludó ella, la calidez de su voz hace más para calentar el auto que la calefacción que sale de las ventilas—. Acabo de hablar

con Jamie. Me dijo que no van a darle de alta hoy. No quería llamarte en caso de que estuvieras todavía en la práctica.

La decepción se estrella contra mí. De verdad esperaba que le dieran de alta hoy. Pero al menos eso significa que Frank no puede persuadirme para que vaya a Tampa esta noche. Mientras que Jamie esté en el hospital, al único lugar al que estaré viajando es al lado de su cama.

—Acabo de salir de la práctica. Voy para el hospital ahora.

—¿Jamie dijo que te vas a perder un juego mañana? —Suena preocupada.

—Sí. Y el juego después de ese, y tal vez otro después. —Al demonio con Frank y sus tonterías de “emergencias familiares”. Esta *es* mi emergencia familiar.

—Ryan...

—No me voy a subir a ningún avión hasta que Jamie esté cien por ciento mejor —digo con firmeza.

Su tono es igualmente tenso.

—*Ryan.*

—*Mamá.* —La imito, antes de que mi voz se suavice—. Soy todo lo que tiene aquí. No hay nadie más que pueda quedar con él mientras no estoy, y me niego a dejarlo solo en el apartamento, al menos no hasta que esté completamente recuperado.

Cindy suspira.

—Muy bien. Esperemos hasta que sea dado de alta del hospital antes de tomar decisiones apresuradas.

Enciendo la direccional derecha hacia la rampa de la autopista. Todavía es muy temprano por lo que el tráfico sobre la Gardiner no será demasiado malo.

—Te llamaré cuando tenga una mejor idea de cuándo lo dejarán ir a casa —le digo a la mamá de Jamie.

—Gracias, cariño. Cuando veas a Jamie, dile que tiene una sobrina nueva. Lilac nació hace una hora, pesó cuatro kilos y cien gramos.

—Vaya. Felicitaciones. ¡Abuela! ¿Pero... Lilac?

—Tammy tenía algunas drogas en su sistema.

—Ah. Oh, ¿y Cindy? Gracias por lo que dijiste ayer.

—¿Qué dije? —pregunta sin tener ni idea.

—El mantra que me enseñaste —le recuerdo—. *Va a estar bien*. Lo dije cerca de tres *millones* de veces, y de verdad me hizo sentir mejor.

Un resoplido de risa salió de los altavoces de mi auto.

—¿Eso? Sólo me inventé esa mierda sobre la marcha porque lo necesitabas, cariño.

No puedo contener una risa histérica. ¿La madre de Jamie de verdad acaba de decir *mierda*? Esa mujer jamás maldice.

—Bueno, funcionó. Creo que me salvaste de tener un ataque de nervios.

—Estoy feliz de que lo hiciera. Ahora cuelga el teléfono y concéntrate en manejar. Cuida de nuestro muchacho, y te amo.

—También te amo.

Cuelgo la llamada y le agradezco a mis estrellas por tener la suerte de que Cindy y el resto del clan Canning sean parte de mi vida. Luego conduzco al hospital para cuidar de nuestro chico.

Capítulo 18

Jamie

El hospital me mantuvo otro día, sólo para realizar pruebas. Me sacaron sangre tantas veces que tuve un sueño sobre vampiros con ropa quirúrgica.

Así que me quedé otra noche en este lugar. Mientras intentaba dormir, seguían entrando para tomar mi temperatura cada hora. Y ahora tengo una tos seca, que me impide dormir, incluso cuando las enfermeras no me están pinchando.

Al menos convencí a Wes para que fuera a casa, a nuestra cama por la noche. Va a perderse el juego de Tampa esta noche por nada, porque todavía estoy encerrado aquí. Quiero salir de esta cama y ponerme mi ropa.

—¡Hola guapo!

Son cerca de las diez de la mañana cuando aparece para verme, luciendo fresco y bien descansado como una margarita. Mientras que yo, soy un hombre asqueroso, con una barba de varios días y las axilas apestosas, al menos uno de nosotros está cómodo.

—Te traje un croissant de chocolate y un capuchino doble —dice, besando mi sien antes de dejarse caer en la silla—. Y tengo buenas noticias. Supuestamente serás dado de alta en un par de horas.

—Excelente —digo, tratando de creerle—. Gracias. —Tomo la taza de café que me ofrece y me la bebo, pero mi estómago se contrae un segundo después. Mierda. La pongo sobre la mesa. Si ni siquiera puedo retener el café, también podrías simplemente llevarme a la parte de atrás y dispararme.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Qué pasa? ¿Qué puedo hacer por ti?

Ya estoy cansado de ser el único por el que las demás personas hagan algo.

—Sólo quiero una *ducha*, e ir a casa.

La enfermera Bertha chasquea la lengua desde la puerta.

—Tiene que desaparecer esa fiebre si quieres permiso para usar la ducha. Soy una mujer grande, pero no lo suficiente como para atraptarte si caes.

—¿Todavía tienes fiebre? —grita Wes, presionando una mano sobre mi

frente.

Es un esfuerzo no apartarlo de mí.

—Es baja —me quejo—. No es gran cosa.

—Puedo traer un cuenco y un paño y refrescarte —ofrece Bertha. Tamborilea una uña de color rojo brillante contra su sonrisa—. O, podría tomar un descanso de treinta minutos primero. Luego vendré y te ayudaré a limpiarte.

—Pero voy a casa más tarde, ¿verdad? —declaro. Porque es lo único que realmente importa. En casa puedo hacer lo que se me dé la puta gana.

—Por supuesto, corazón. El médico hará sus rondas al mediodía y te dará el alta. Pero te veré en treinta minutos. —Se va y gruño, lo que provoca que empiece a toser. Yupi.

Wes sale corriendo hasta el otro lado del cuarto y cierra la puerta.

—Está bien, ¡arriba! —dice, quitándose la chaqueta—. Hora de la ducha.

—¿Qué? —Toso de nuevo, porque es difícil detenerse, a pesar que mi estómago ya está resentido por el esfuerzo.

—Jesús, Cunning. —Wes me da una sonrisa arrogante por encima del hombro, la misma que me ha estado dando desde que teníamos catorce años—. Las reglas son para romperse. No hay ninguna cerradura en la puerta, pero lo que sea. —Cuando se da la vuelta, veo que se está desabotonando la camisa.

—¿Qué estás haciendo?

—No quiero mojar mi camisa —dice mientras sus tatuajes se extienden a la vista. Lanza la camisa sobre la silla y luego baja la cremallera de sus vaqueros.

Sin embargo, todavía estoy dudando, con las manos sobre la sábana que cubre mis piernas. Tengo las palabras en la punta de la lengua: *Vamos a meternos en muchos problemas por esto.*

—Quieres una ducha, ¿verdad? —Sus ojos brillan con humor—. El agua caliente te ayudará con esa tos desagradable. Tenemos treinta minutos, como mucho. Voy a abrir la ducha.

Desaparece en el pequeño cuarto de baño, donde sólo he estado una vez. Ayer por la noche, en lugar de pedir la bacinilla, entré ahí con paso vacilante

para orinar. Lo cual tengo que hacer de nuevo ahora que puedo escuchar el agua corriendo.

Pues bien. No hay tiempo como el presente.

Bajo con suavidad de la cama y sobre las baldosas frías del suelo. Odio la estúpida bata de hospital que estoy usando. Ni siquiera puedo mirar la cosa sin sentir asco.

Nota mental, jamás volver a enfermarme de nuevo. Este lugar es lo peor.

Y realmente me tambaleo de camino hacia el baño. La fiebre es baja, pero realmente no he comido mucho en dos días. Cuando llego a la taza del baño, me agarro a la barra atornillada a la pared como si fuera una anciana.

—Bien. El agua está caliente —dice Wes con voz alegre. Pero sé que me está mirando con cuidado, y hay preocupación en su rostro.

Le doy la espalda y apunto a la taza del baño, ocupándome del asunto. Wes pretende jugar con el grifo de la ducha para preservar mi dignidad destruida. Después que descargo el inodoro, desata la miserable bata de hospital y la lanza sobre un perchero. Me tambaleo por delante de él hacia la pequeña cabina de la ducha.

—Siéntate —dice con indiferencia. Hay un banco esperando en la ducha.

Lo ignoro y camino bajo el chorro. Se siente *increíble*. Me doy la vuelta lentamente, simplemente disfrutándola. Pero mierda, ahora estoy *mareado*.

Una mano caliente se cierra alrededor de mi brazo. Sin importar si me guste o no, soy guiado firmemente hasta el banco. Pongo los codos sobre mis rodillas y dejo caer la cabeza entre mis manos. Si no estuviera tan cansado, incluso podría llorar. Y el agua sólo me golpea en un ángulo incómodo desde aquí, maldita sea.

Hay un crujido a mi lado y luego el agua se mueve. Cuando abro los ojos, Wes también está desnudo y de pie en la cabina de la ducha. Ha desenganchado el cabezal de la ducha, que está conectado a una manguera. Tarareando, lo mueve alrededor para hacer caer el agua sobre mis hombros.

—Echa tu cabeza hacia atrás —dice en voz baja. Cuando lo hago, moja mi cabello.

El agua desaparece un momento después, y luego las manos de Wes están enjabonando mi cabeza. Nos hemos duchado juntos un centenar de veces, pero nunca de esta manera. Odio depender de él de esta manera.

Inclinándome hacia adelante, descanso mi frente en su cadera y suspiro.

Él solo continúa. Las manos fuertes que tanto amo, rozan la parte posterior de mi cuello, mis hombros, detrás de las orejas. Me enjuaga a continuación, protegiéndome la frente con la palma de su mano para evitar que entre jabón en mis ojos. Pican de todos modos por la frustración. Luego se arrodilla frente a mí.

Cuando levanto la mirada, un par de ojos grises serios están ahí, al nivel de los míos.

—Hola —dice suavemente.

—Ho...hola —tartamudeo. *No te preocupes por mí, solo estoy teniendo un maldito colapso nervioso.*

Sujeta mi cabeza con ambas manos y me besa. Dejo que mis párpados se cierren mientras lo acerco. Sus labios son suaves y húmedos. Inclina su boca sobre la mía de verdad. Una cálida lengua roza la unión de mis labios. Entonces nos estamos liando en la ducha de un hospital, lo que es simplemente una locura. Aunque no se trata de sexo. Es un beso de consuelo. Me gusta mucho más que la palma de una mano sobre mi frente.

Cuando Wes retrocede, me da una pequeña sonrisa secreta.

—Esta noche estarás en casa —susurra—. En nuestra cama.

Tragando saliva duro, Asiento. Será mejor que lo esté.

—Levanta los brazos —dice.

Cuando lo hago, lava mis axilas, rozando mi piel sensible con las manos llenas de jabón. Esas manos continúan su viaje por mis abdominales y en la unión de mis piernas. Abre mis piernas y lava el interior de mis muslos, sus dedos rozando mis bolas. Deja que su mano se quede allí, dándome una suave caricia. Me está recordando que la vida no siempre es una mierda, y estoy agradecido por el mensaje.

Tarareando de nuevo, toma la manguera y me quita el jabón, tomándose su tiempo, tocándome por todos lados con manos admirativas.

—Probablemente deberíamos salir de aquí —dice finalmente.

—Sí.

El agua se cierra, y Wes agarra las dos toallas del estante. Ata una alrededor de su cintura, luego deja caer una sobre mi cabeza y empieza a

secar mi cabello.

—Yo lo hago —digo, levantando mis pesados brazos para hacer el trabajo—. ¿Puedes mirar qué me dejó Blake de ropa?

—Trajo pantalones de franela, así que traje tus vaqueros esta mañana. Espera.

Wes se seca apresuradamente y se pone de nuevo su ropa interior. Lo escucho haciendo ruido alrededor de la habitación, saltando para ponerse su ropa. Regresa con ropa interior y vaqueros para mí.

—Ponte de pie, cariño.

Incómodamente, lo hago. Me seco, pero lo hago mientras prácticamente me apoyo en él. Wes lanza su toalla sobre el banco de la ducha y luego me siento sobre él para ponerme la ropa interior y luego mis vaqueros. Extiende una mano, que tomo, para ponerme de pie y me jala para un abrazo.

Si alguna vez he dudado de su amor por mí, soy un idiota.

—Vamos. —Deja que me mueva por mi voluntad hacia la habitación, pero me acerca una silla.

—Siéntate. Te sentirás mejor si estás fuera de esa cama por un rato.

Tiene razón. Lo estaré.

Tomo asiento junto a las ventanas. Wes está rebuscando en la mochila que traje Blake.

—Oye, ¿quieres afeitarte? —Sostiene una maquinilla de afeitar y una lata de crema para afeitar.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Tienes algo más que necesites hacer en este momento?

—No. —Me río.

Wes coloca la toalla sobre mis hombros desnudos. Agarra una especie de cuenco pequeño de un gabinete en la pared. Ni siquiera quiero saber para qué se supone que es. Lo llena de agua y se inclina sobre mí. Enjabona mis mejillas y mentón, a continuación, poco a poco afeita mi barba de varios días.

Puedo sentir su aliento en mi mejilla mientras se inclina para afeitarme cuidadosamente. El agua está caliente y también su toque. Afeitarse en la peluquería solía ser algo que los hombres hacían en sus viejos tiempos, pero

ahora sé que el proceso es extrañamente íntimo. Mi rostro es tan sensible al tacto de Wes. Me gusta la forma en que su mano libre ahueca mi mandíbula, su pulgar acariciando mi mejilla para comprobar su trabajo.

Cuando se cambia de lado, me da un beso en la parte posterior de mi cuello.

—Se supone que tengo que ir a Nashville en la mañana —dice mientras dos dedos dan golpecitos bajo mi barbilla—. Levanta.

Levanto.

—Ve. Voy a estar bien —digo rápidamente—. Pediré sopa para llevar y veré televisión en casa. Eso es todo lo que necesito, de todos modos. Unos cuantos días de tranquilidad. Estaré como nuevo.

Casi ha terminado cuando Bertha regresa a la habitación.

—¡Mírate! —alardea—. Alguien se ve más feliz.

¿Así me veo? Supongo que sí. Es bueno estar limpio.

No dice una palabra sobre el vapor en el aire o nuestro cabello húmedo y los pies descalzos. En cambio, recoge las sábanas de la cama y desaparece, volviendo un minuto después con un juego limpio. Las pone mientras Wes termina de arreglar los últimos restos de la crema de afeitar en mi cara.

—Ahora siéntate aquí de nuevo para mí —dice Bertha, levantando la parte trasera de la cama y señalándola—. Te van a traer un poco de sopa de pollo con fideos para almorzar mientras doy con tus documentos de salida.

La sopa es insípida, pero de todos modos me la como, en caso que sea algún tipo de prueba de mi capacidad para volver a casa. Wes y yo terminamos dividiendo el croissant de chocolate, y me atraganto a la mitad. No tengo apetito en absoluto. Pero estoy cansado de sentirme tan débil.

Wes encuentra una foto en Facebook de mi nueva sobrina. Y luego, por algún milagro, aparecen mis papeles de salida. Wes habla con un médico acerca de todas esas malditas pruebas, pero ni siquiera escucho. No han mencionado nada de interés, y solo quiero olvidar la pesadilla.

El insulto final es la silla de ruedas que Bertha trae para mí.

—Es una regla —insiste—. Al igual que en la televisión.

Estoy tan desesperado por irme que ni siquiera discuto. Me siento en la maldita cosa. Wes lleva la mochila y me empuja hacia los ascensores. ¡La

libertad está cerca! Se debe sentir de la misma manera, porque cuando llegamos a la planta principal, me empuja al trote, siguiendo las indicaciones hacia el estacionamiento.

Cuando las puertas eléctricas se abren para nosotros, el aire frío me quita el aliento. No estoy usando una chaqueta.

—Lo siento —dice Wes, apretando mi hombro—. ¡Él debería estar justo... allí!

Un Hummer se acerca a nosotros, con Blake Riley riendo detrás del volante.

—¿Por qué Blake no está en Tampa? —pregunto.

—Lesión de rodilla. Va a perder... Oh, mierda.

Justo estoy procesando las malas noticias sobre Blake, así que me toma un segundo registrar el sonido de pies golpeando sobre el asfalto.

—¡Ryan Wesley! —grita una voz—. ¡Dinos cómo están! —Los flashes comienzan a iluminar las paredes del estacionamiento—. ¡Por aquí, Wesley!

—Ignóralos, cariño —dice Wes severamente. Abre la puerta trasera de la Hummer de un tirón, luego se vuelve hacia mí para ofrecerme una mano.

—Si me ayudas en este momento te *acabaré* —amenazo.

Levanta sus manos con rapidez, como un delincuente atrapado, y presiono mis pies sin ayuda. Es sólo un par de pasos y me estoy deslizando sobre el asiento de cuero del súper auto de Blake.

Wes se deshace de la silla de ruedas y se sube a mi lado. Cierra la puerta de un tirón mientras los reporteros se arremolinan alrededor de las ventanas del auto. Sorprendentemente, uno de esos imbéciles pone la lente en la ventana tintada de Blake, e ilumina el interior con su flash.

Hay un gruñido desde el asiento delantero, y luego Blake mueve el auto hacia adelante unos cuantos metros, lo cual hace el truco. Nadie quiere salir atropellado. Blake acelera mientras Wes deja escapar un gran suspiro.

—Jesús.

Está tranquilo en el auto durante un par de minutos, mientras Blake maniobra de nuevo en las concurridas calles de Toronto.

—¿Cómo te sientes J-Bomb?

—Bien —digo, pero luego empiezo a toser como un paciente con tuberculosis.

Wes está tenso y silencioso a mi lado, desplazándose a través de lo que parecen ser, un montón de mensajes de texto.

—¡Oh! —dice de repente—. Uf.

—¿Qué? —pregunto entre la tos. Una pequeña buena noticia sería buena en este momento.

Sostiene su teléfono en alto para mostrarme un mensaje de mi mamá:

Tu programa dice Nashville y luego Carolina. Así que mandaremos a Jess en un vuelo nocturno. Llega en la mañana.

—Espera —jadeo, con la intención de que mi garganta se relaje—. ¿Qué?

—Jess viene a cuidarte porque voy a salir de la ciudad. Hombre, podría besar a tu mamá. Aunque lástima que no llegue hasta mañana.

—No necesito a Jess. No necesito a *nadie* —corrijo. Cristo. Mi hermana sólo acaparará el control remoto de la televisión y me fastidiará.

Pero Wes guarda su teléfono y se relaja contra el asiento.

—Demasiado tarde. Parece que compraron un boleto.

Suena ridículamente aliviado, así que me trago mis objeciones.

—Gracias por recogerme —le digo con voz rasposa a Blake en el asiento delantero.

—¡No hay problema! Me gusta conducir el auto de escape como un gánster. ¿Crees que sería un buen mafioso? —Se aclara la garganta y hace una mala imitación de la película del padrino—. Luca Brasi duerme con los platos.

—Es *peces*, campeón —señalo.

—¡No! —resopla Blake—. No puede ser. Eso no es gramatical. —Toma una esquina muy rápido, lo que significa que Wes y yo somos lanzados un poco hacia mi lado del auto.

Wes sujeta un brazo contra mi pecho, de la manera en que lo haces con los niños pequeños que no usan cinturones de seguridad. Si todo el mundo sólo me dejara en paz, estaría bien. Realmente lo estaría.

—Sin embargo, si pusiera una cabeza de caballo en la cama de algún tipo

—reflexiona Blake desde la parte delantera—. Un poco desagradable.
Golpeo mi cabeza contra el asiento y me pregunto cómo todo llegó a esto.

Capítulo 19

Jamie

Wes ya se ha ido cuando dejo a mis cansados ojos que se abran a la mañana siguiente. Hay un post-it verde en su almohada, y atontado llego por él.

Quería despedirme con un BJ pero estabas tan dormido que no tuve el corazón para despertarte. Te llamo cuando este en Nashville. Blake está en el sofá si me necesitas. Jess llega a las once. Te amo.

Su familiar garabato me alivia, ¿pero las palabras que había escrito? No tanto. No necesito una niñera, y mucho menos dos de ellas. Lo que necesito es salir de esta cama, comerme algo de sopa, e ir a mi práctica de la mañana.

Tengo gente que depende de mí, maldita sea. Braddok puede haberme dado una semana libre —o más bien, me dio un período indefinido, hasta que “mejore”—, pero no hay manera en que no esté saltando al trabajo. Tenemos un torneo importante por delante en unas pocas semanas. Los niños tienen que estar preparados para ello. Mi *arquero* tiene que estar preparado. Me pone enfermo que otro entrenador podría estar trabajando con Dunlop sólo porque tengo una estúpida tos y...

Casi escupo un pulmón mientras me siento en la cama. Mierda. Mis ojos me lloran, mi pecho doliendo mientras agarro mi lado y toso con tanta fuerza que temo que pude haberme roto una costilla.

Pesados pasaos caminan por el pasillo. En un latido de corazón, Blake aparece en la puerta en bóxers escocés y un caso grave de cabeza-de-cama.

—¡Jesús! ¿Estás bien, J-Bomb? —demanda—. ¿Qué puedo conseguirte? ¿Agua? ¿Medicamentos para el dolor?

Miro hacia él a través de otra ronda de tos salvaje. Cuando da un paso más cerca, azoto mi mano por encima y digo ahogadamente.

—Estoy bien.

Incrédulos ojos verdes me miran de vuelta.

—No estás bien. Suenas como si estuvieras a punto de caer muerto en cualquier momento. ¡Voy a llamar a Wesley!

Por suerte mi ataque de tos se detiene en ese momento. Me tropiezo saliendo de la cama.

—No es necesario llamar a Wes —digo escuetamente—. Te lo dije, estoy bien.

—¿Oh, sí? Entonces, ¿por qué te tambaleas como si fueras un... lo que sea que se tambalea? Un pequeño caballo, ¿verdad? Un *potro*. —Se ve satisfecho de sí mismo—. ¿Por qué te tambaleas alrededor como un potro? Hey, ¿dónde vas?

Me detengo frente a la puerta de nuestro baño privado.

—Me estoy meando —digo con los dientes apretados—. ¿Eso está permitido?

Blake me sigue derecho al cuarto de baño. Para mi molestia, cruza sus enormes brazos sobre su enorme pecho y dice:

—Wesley dijo que no te puedo dejar fuera de mi vista. En caso de que te caigas o algo.

Oh, por Dios santo maldito.

—¿Quieres sostener mi polla por mí, también? —murmuro.

Se ríe.

—Na, voy a dejar la sostenida de polla a tu hombre. Sólo observaré.

No hay nada más humillante que mear mientras que el gigante compañero de tu novio se queda ahí mirando. Luego procede a seguirme al dormitorio mientras hago un esfuerzo muy trabajoso para vestirme.

—No necesitas vestirme por mi causa —remarca mientras abotono mi camisa.

—No es por ti —lo muerdo—. Tengo práctica en una hora.

—Oh, no, él no. —Lo siguiente que sé, es que Blake está delante de mí otra vez. *Desabrochando* mi camisa. Mis débiles intentos de apartar sus manos no tienen éxito—. No vas a ninguna parte, excepto volver a la cama —ordena—. O al sofá, si quieres ver algo de charla en la mañana conmigo. ¿Te gusta *The View*? A mí sí. Esas chicas son divertidas. Estuve allí una vez, ¿sabes eso? Di con Whoopi. Ponche. —Frunce los labios—. Bummer, ¿eh?

—Blake.

Se detiene.

—¿Sí?

—Detente. Jodidamente. De. Hablar. —Estoy siendo grosero. Sé que lo estoy. Pero infierno santo, mi cabeza me está matando. Mi pecho duele. Mis piernas apenas pueden mantener a mi propio peso. ¿Mis oídos no merecen un poco de consuelo? ¿No puede este gigante cerrar la boca durante *cinco malditos segundos*?

Una mirada herida cruza su rostro.

—Ah, bien. Lo siento. —Luego sus rasgos se endurecen y en ese momento pude ver porque es tan formidable en el hielo. Su mirada de no-te-metas-conmigo es aterradora—. Pero no vas a ir a la práctica, J-Bomb. Mejor envuelve tu cabeza en torno a eso, porque es así. No. Está. Sucediendo.

Black y yo miramos *The View*. En silencio. De repente tengo esa canción de Joni Mitchell a todo volumen en mi cabeza, sobre no saber lo que tengo “hasta que se haya ido”. De hecho, extraño la charla sin sentido de Blake. El silencio es insoportable. Me hace excesivamente consciente de mi respiración inestable, los silbidos en mi pecho cada vez que inhalo. Cada vez que toso, Blake llega en silencio y me da palmaditas en la espalda por el ataque de tos. Una vez que he terminado, me entrega un vaso de agua con una orden tácita de beber. Mierda, Realmente es un buen tipo.

—Lo siento —suelto.

Mueve su cabeza hacia mí.

—Siento haber dicho que te calles, ¿de acuerdo? Simplemente no estoy acostumbrado a aceptar ayuda de nadie. No estoy acostumbrado a estar... —*Impotente*. Ni siquiera puedo decir la palabra. Y ahora siento que mi cara está caliente, pero no sé si de vergüenza y frustración, o si la fiebre podría estar de vuelta. Mis pantalones de chándal y mi sudadera con capucha están un poco húmedas, ahora que lo pienso. Estoy sudando.

—Está todo bien —murmura Blake.

Me acerco y palmeo su hombro, dándole un apretón.

—No. No lo está. Fui un culo y lo siento. Eres un buen amigo, Blake.

Después de un latido, estalla en una sonrisa amplia.

—Toda la razón que lo soy. Disculpa aceptada, Sr. Cranky Pants. Sé que

estás de mal humor porque... —se detiene, con el ceño fruncido—. Tu mano se siente como un guante de cocina. Bueno, si el guante de cocina estuviera en el horno siendo asado. ¿Tienes fiebre de nuevo?

—No. —Me da una mirada cautelosa, pero al menos no salta del sofá en busca del termómetro. No creo que tengamos uno, de todos modos.

Lo que hace es traerme un vaso de agua con hielo y un montón de pastillas, lo que me obliga a tragar. Por desgracia, pasan a ser la clase que te vuelve somnoliento, así que no pasa mucho antes de que esté roncando en el sofá.

No estoy seguro de cuánto tiempo duermo, pero con el tiempo registro los sonidos de ladridos de perros. Hay una aguda chihuahua y suena muy enojada. El Rottweiler que está ladrando a... ¿tal vez él piensa que la Chihuahua está en celo? Suena un poco feliz. ¿Los Chihuahuas y los Rottweilers se reproducen? ¿Su descendencia se llamará Rottuas?

—Chiweilers —murmuro.

Los perros dejan de ladrar.

—¿Acaba de decir “Chiweilers”? —demanda la voz de una hembra—. ¿Qué diablos es un Chiweiler?

—Rottweiler Chihuahua mezcla de raza —viene de una profunda voz masculina—. Jodida Duh.

Mis ojos se abren de golpe y gimo cuando veo a Blake y a mi hermana Jessica enfrente del sofá. Ambos me están mirando como si me hubieran crecido cuernos y bigote de proxeneta.

Entonces Jess dice:

—¡Jamie! —Y se arroja hacia mí, abrazándome lo suficientemente apretado como para que me duelan las costillas—. ¿Estás bien, Jamester? ¿Cómo te sientes? Vaya, te sientes un poco caliente.

—Mierda —Blake dice con irritación—. ¿Tiene fiebre de nuevo?

—Tengo esto, lo puedo tomar desde aquí. Así que Buh-chau, gran montaña de carne de hombre. Estoy de servicio ahora.

Blake sacude su cabeza obstinadamente.

—Le prometí a Wesley que cuidaría de él.

—Te doy permiso para romper esa promesa. ¡Ahora, shoo!

—Chicos... ¿podrían... —mi voz suena ronca—... por favor dejar de gritar? Mi cabeza me está matando.

La preocupación pasa por los ojos castaños de Jess. Seguido por el calor de la acusación mientras se gira hacia Blake de nuevo.

—¡No me dijiste que él tenía dolor de cabeza!

—¡No lo sabía!

—¿Qué tipo de enfermero eres?

—¡Del tipo que juega Hockey!

Sus voces se levantan de nuevo. Quiero estrangularlos a los dos. Gimiendo, me siento y froto ambos puños contra mis ojos.

—¿Qué hora es?

—La una —dice Jess—. ¿Has comido el almuerzo?

—Um...

—¿El desayuno? —presiona. Luego mira a Blake—. ¿No lo alimentaste? ¿Cómo se supone que se va a poner bien si se está muriendo de hambre?

—No estoy realmente hambriento —ofrezco. Pero no sirve de nada. Los dos están riñendo de nuevo. Esta vez el argumento es más de lo que voy a comer para recuperar fuerzas. La idea de Blake implica un viaje a Tim Hortons, por lo que sale por la puerta.

Me dejo caer al sofá de nuevo, y durante muchos benditos minutos nadie me molesta, porque Jess está sacudiendo la cocina para cocinar algo. El dolor en mi cabeza se alivia un poco. El tiempo pasa, y el único sonido es del televisor tratando de vender autos de lujo y productos farmacéuticos.

La paz se hace añicos cuando la puerta se abre de nuevo, admitiendo a Blake.

—¡Tengo la comida, J-Babe!

—¿Cómo me has llamado? —grita Jess desde la cocina.

—¿Cómo entraste? —pregunto desde el sofá.

—Hice una llave —dice Blake, dejándola caer en su bolsillo. Apoya una gran caja sobre la mesa y la abre—. ¡Te traje un Turkey club en un buñuelo de miel! Todos los grupos de alimentos en un práctico paquete.

—Uh... —Debo haber entendido mal, porque juro que dijo que me trajo un

sándwich en una dona. Eso es simplemente incorrecto.

Jess marcha hacia el sofá con un plato en la mano.

—Mantén alejado eso de él —espeta—. Le hice una tortilla de col orgánica. —Empuja el plato sobre mi regazo y pone un tenedor en mi mano.

Para no ser menos, Blake deja caer la tenebrosa dona club en el plato junto a la tortilla.

Quiero decirles donde meterlos, pero sólo dará lugar a más discusión. Así que en su lugar tomo un pequeño bocado de la tortilla. Y luego un mordisco de la creación de Blake.

Masticar. Ingerir. Estas son cosas que solía encontrar fácil. Pero mi cabeza duele y mi estómago no está seguro de esto en absoluto. Continuo con otro bocado de tortilla pesado de col rizada con un almibarado bocado de dona.

—Esa es comida sana allí mismo —dice Blake.

Jess se pone las manos en las caderas y comienza a discutir. Y no puedo aguantar más. La habitación da vueltas por un momento antes de que mi visión se despeje, pero la oleada de nauseas que inunda mis entrañas solamente se hace más fuerte.

—*Joder* —me ahogo.

Me levanto yo mismo del sofá. El baño de la sala parece demasiado lejos, pero sólo lo logro, cerrando la puerta detrás de mí, y luego me inclino sobre el inodoro para devolver mis sesos.

Todavía estoy jadeando y temblando cuando siento manos calientes sobre mis hombros. Mi visión es borrosa de nuevo. Un paño húmedo y frío barre mi cara.

—Necesitas volver a la cama —dice Jess en voz baja.

Creo que podría tener razón. Así que me aseo por un segundo y luego tropiezo hacia mi habitación. Me meto bajo las sábanas y escucho mientras Jess y Blake se gritan unos a otros sobre cual desayuno me hizo vomitar.

El mareo se queda conmigo todo el día. Creo que estoy bastante febril, pero no digo nada, porque no quiero ninguna atención. Descanso es lo único que necesito.

Jess sostiene que estamos bajos en comestibles, lo que puede o no ser cierto. Pero ella envía a Blake con una lista, tal vez para mantenerlo ocupado.

Los dos se olvidan de mí por un tiempo, lo cual es perfecto.

Tengo más sueños febriles, sin embargo. Hay períodos de completa confusión cuando abro los ojos y no sé dónde diablos estoy. Siento frío, todo mi cuerpo comienza a sentir escalofríos mientras el hielo fluye por mis venas. No, espera, estoy caliente. Hay ampollas en esta habitación. Jesucristo, ¿vivimos en un horno?

Frenéticamente arranco mi sudadera y el chándal, pero la tela sólo se queda enredada en mis miembros.

—*Horno* —le digo a las paredes—. Se siente como un horno.

La habitación no me responde de vuelta.

La próxima vez que me despierto, está oscuro. No sé qué hora es, o que día.

No sé por qué estoy tan fuera de ello. Me dijeron que tenía gripe de ovejas. Me dijeron que era sólo influenza común, maldición. Debería estar mejor.

Entonces, ¿por qué me siento peor?

Extraño a Wes. Quiero a Wes. ¿Hablé con él hoy? No recuerdo. Pero quiero escuchar su voz. En cambio, escucho un sonido extraño y gruñidos bajos, y el zumbido de la silla vibradora.

Extraño.

Sólo estoy tratando de dar sentido a los ruidos cuando el teléfono se ilumina en la mesita de noche. A pesar de que estoy nublado, la pantalla claramente dice WES, y estoy muy contento.

—¿Hola? —suelto al teléfono—. ¿Tenemos perros?

Capítulo 20

Wes

Llámame loco, pero todo el camino a Nashville me preocupó por Jamie.

Incluso cuando el taxi desde el aeropuerto se estaciona frente al estadio, sigo imaginando cosas que podrían estar mal. Tal vez el avión de Jess podría aterrizar durante su escala en Denver. Tal vez Jamie se sintió mareado, se golpeó la cabeza y terminó tumbado en el piso en un charco de su propia sangre...

Maldición. Tengo que dejar de permitir que mi imaginación me afecte. Normalmente no soy aprensivo. Pero mi sentido arácnido está incómodo, y no puedo entender por qué. Es probablemente la conmoción de verlo tan enfermo en el hospital. Tal vez no lo he superado todavía.

Escribo la información del vuelo de Jess en la aplicación de la aerolínea una vez más y parece que aterrizó sin problemas hace horas.

A menos que ella perdiera su conexión y su teléfono está sin batería...

El guardia de seguridad me abre la puerta, le pago al taxista y le muestro mi identificación al guardia.

Él levanta la vista rápidamente, sus pobladas cejas elevándose.

—Usted es el tipo de la prensa.

Desafortunadamente.

—¿Dónde puedo encontrar el vestidor de los visitantes? —le pregunto.

Se sacude su sorpresa y abre la puerta.

—Por este pasillo. Verá las señales a la izquierda.

—Entendido. Gracias.

—Buena suerte ahí fuera —dice mientras empiezo a dirigirme al final del pasillo.

—Uh, gracias. —El nuevo paranoico en mí realmente pasa un minuto preguntándose qué quería él decir con eso. ¿Necesito suerte extra hoy? ¿O es lo mismo que le dice a todo jugador que entra por la puerta?

Mierda. Espero que nuestra práctica sea sudorosa y extenuante. Necesito

salir de mi jodida cabeza.

No fue tan difícil encontrar el vestuario, porque puedo escuchar las voces de mis compañeros de equipo cuando me acerco a la puerta.

—¿Así que las entradas de la temporada están vendiendo sus asientos a bajo precio? —La voz de Eriksson pregunta.

—No están baratas —le contesta Forsberg—. Pero esos asientos nunca se entregan. Hay tipos esperando una década por un abono de la temporada. Pero los próximos juegos están a la venta por los cientos de asientos.

Dejo de caminar tan rápido que mi bolsa de lona me golpea en el trasero.

—Pero qué importa, ¿verdad? No es como que vamos a jugar en un estadio vacío el lunes.

—No —Forsberg está de acuerdo—. Frank Donovan dijo que el club está comprándolos todos a su valor nominal y donándolo a algunos grupos, como LGSQ.

—¿Querrás decir LGBT?

—Ni idea. Estoy bastante seguro de que había una Q.

—¿Ryan?

Me doy vuelta y veo a Frank llegando por el pasillo detrás de mí, con otro hombre a su lado.

—Hey —digo rápidamente, dándole un incómodo saludo con la mano. ¿Hay alguna posibilidad de que no me viera de pie fuera de la puerta escuchando?

—Ryan, ¿está todo bien?

No... ninguna posibilidad de que él no lo notara.

—Por supuesto. Mejor que nunca.

—Excelente.

El otro tipo se adelanta para ofrecer su mano. La sacudo, preguntándome si se supone que debo saber quién es.

—Soy Dennis Haymaker.

Oh. Compañero de la universidad de mi padre.

—*Sports Illustrated*, ¿verdad? —pregunto, aunque estoy seguro de que es el periodista que he estado esquivando desde julio.

—Sí... —Se aclara la garganta—. ¿Cómo está tu pareja?

—Mejor. —Todavía me incomoda hablar en público de Jamie. Me acostumbraré a ello, pero podría tomar un tiempo.

—Bueno —dice—. Sabes, que tu padre dejó de responder mis llamadas de repente.

Me río antes de que pueda cambiar de parecer.

—Uh Huh. Déjame adivinar, ¿él dejó de responder hace aproximadamente tres días?

Dennis sonríe con indecisión.

—Aproximadamente, sí.

—Terrible. —Me río—. Yo que tú no aguantaría la respiración por tener esas llamadas devueltas. Está demasiado ocupado retirando mi nombre del álbum familiar.

—Esto *no* está en el registro —balbucea Frank Donovan. Sé que quiere que deje de hablar. Pero por primera vez, este tipo es alguien con quien tal vez quisiera hablar. Eso sí que sería fastidiar al viejo... podría dar mi Gran entrevista Gay a su compañero de la universidad. Si tengo suerte, hará la revista de los ex alumnos en el alma mater de papá.

—Bueno... —Dennis luce serio—. Todavía espero con impaciencia escribir sobre tu año de novato.

No puedo dejar de resoplar.

—Lo apuesto.

—Oye, he estado esperando por tu historia durante ocho meses. Todavía es una historia de temporada de novato.

—¿Es verdad? —Lo miro.

—Por supuesto que lo es.

—¿Entonces no estaríamos hablando de mi sexualidad? —digo esto con un semblante serio de alguna manera.

—Bueno... —Elude la respuesta—. No voy a escribir alguna pieza de clickbait⁵. Pero tus orígenes siempre iban a ser parte de la historia. Tu equipo de la universidad. Tu *crianza*.

El hombre es inteligente. Él ya sabe que me gustaría fastidiar a papá.

—Bien. Tenemos una serie de partidos en casa por venir. Si Jamie se siente mejor, voy a hacer tiempo para que nos sentemos.

Casi mantiene la alegría de su rostro. Pero no del todo.

—Lo espero con impaciencia —dice, extendiendo la mano para estrecharla de nuevo.

—Te llamaremos —le dice Frank, y obtiene un apretón de manos, también.

El tipo desaparece después, antes de que pueda cambiar de opinión.

—Entonces —dice Frank.

—Entonces.

—¿Algún problema? ¿Algo que necesites saber sobre la cobertura mediática?

—Para ser honesto, no he leído mucho de eso. Estoy demasiado ocupado.

Él asiente lentamente.

—Bien. Voy a tener mi equipo recopilando algunos recortes de los aspectos más destacados, si quieres estar actualizado.

—¿Qué pasa si no lo hago? Sueno como un sabelotodo, pero estoy hablando muy en serio.

Se encoge de hombros.

—Tu decisión.

—Oye ¿qué pasa con la gente vendiendo sus entradas? Escuché murmullos.

—Ah. —Él mueve su peso. Esa es su característica. He aprendido. Si me enfrentara a él en una mesa de póquer, apostaría fuertemente cada vez que lo hacía—. Eso es solamente ruido. Eso no llegará a nada.

—¿Cuántas entradas de temporada rescataron?

—No lo suficiente para ser importante. Solo algunas bocazas con nada más que parloteo alrededor. La próxima semana será noticia antigua. Estamos tratando de comprar entradas disponibles para la venta, puse un número 800 en la página web y todo. No he recibido muchas ofertas. Los boletos salen demasiado rápido en Craigslist.

Huh. No sé si creerle o no.

—Bueno.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Te haré saber si vas a ser parte de la conferencia de prensa después del partido de esta noche. Veremos cómo va el juego.

Eso suena un poco de mal agüero, pero no voy a preguntar.

Da un paso a mi alrededor y abre la puerta del vestuario. Lo sigo al interior, y cuando lo hago, mi equipo dice en voz alta varios saludos casuales.

—¿Cómo está Jamie? —pregunta alguien.

—Bien —le digo por segunda vez en cinco minutos—. Su hermana está llegando a quedarse con él durante un par de días.

—Genial.

—Sí. —Estoy de acuerdo, sintiéndome culpable. Yo debería estar allí en Toronto. Pero en cambio estoy aquí en esta habitación desconocida, tratando de averiguar dónde me pondrán.

—Por aquí —Hewitt dice en voz alta. Señala a un banco, y luego al lugar donde mi camiseta de práctica está colgando.

—Gracias. —Comienzo a quitarme la ropa. Nuestro tiempo de juego empieza en cuestión de minutos.

—Vamos corriendo PK a los ejercicios —dice, sentándose a mi lado. Sus patines están puestos y está listo para ir.

—Bien —contesto, mi mente solo a medias en esta conversación con nuestro equipo ejecutor—. ¿Por qué ejercicios de penales?

—Vamos a acumular algunos minutos si estos chicos van detrás de ti.

Mi corazón se hunde todo el camino hasta el maldito piso.

—¿Por qué crees que irán detrás de mí? —*Aparte de lo obvio*—. Quiero decir, ¿no resultará contraproducente?

Ahora que lo pienso, apuesto a que los árbitros están teniendo una reunión de muy alto nivel hoy. *Estrategias para manejar los equipos que quieren a maricas desprestigiados.*

—Puede ser que no —dice Hewitt rápidamente—. Solo quiero estar listo. Mi plan es tomar la mayor cantidad de minutos en el banquillo de los expulsados, según sea necesario, hombre. No vamos a dejar a esos imbéciles

salirse con la suya.

¡Mierda! Eso es exactamente lo que yo esperaba evitar.

Si hubiera salido del closet durante el verano, habría completado un ciclo fuera de las noticias antes de ponerme en una posición de hacer que mi equipo cambie su juego para defenderme.

—Mira —digo en voz baja—. Lo aprecio. Realmente lo hago. Pero no saltaré ante el primer tipo que me llame maricón. No hay ninguna razón para convertir esto en un espectáculo si podemos evitarlo. Lo mantendré controlado desde el principio. Vamos a ver qué pasa.

Hewitt asiente lentamente. Entonces me da una palmada en la espalda y se levanta.

—Está bien, novato. No me voy a poner todo Hulk con ellos de entrada.

Patino fuerte durante nuestra breve práctica. Pero cuando somos enviados al hotel a descansar, no puedo dormir. Una llamada a Jamie no recibe respuesta, probablemente debido a que está durmiendo.

Eso es bueno, ¿verdad?

Todo se siente un poco raro, sin embargo. Todavía estoy preocupado por Jamie. Y rara vez he estado tan nervioso por un juego como lo estoy por este.

Después de algunas horas sin descanso es hora de volver a la pista y al alboroto de prepararse para el juego. Somos el equipo visitante, por lo que tenemos algunos abucheos cuando nos presentan a la hora del juego. Nunca le pongo atención a esa mierda, pero esta noche no puedo superarlo. ¿Son los abucheos más fuertes de lo habitual? ¿Va mi equipo a arrepentirse de mí?

El juego comienza con normalidad, pero mis compañeros de equipo están visiblemente tensos, y sé que es por mi culpa. Cuando mi línea toma un saque, estoy hombro con hombro con un tipo llamado Chukas. Mis ojos nunca dejan el disco cuando él dice:

—Así que tú eres el marica, ¿eh? ¿Se te va a poner dura si te fijo contra la baranda?

—Solo si me besas primero —respondo. Luego el disco cae, y disparo. Cuando estoy jugando hockey, cierro todas mis dudas. Tengo que hacerlo. El juego requiere cada trozo de mi concentración. Me gusta eso del hockey. Se siente endemoniadamente bien desaparecer mi propia vida durante un par de horas y ver solamente los cuerpos en movimiento sobre una brillante capa

blanca de hielo.

Hacia el final del primer período, está claro que este juego no es ni más duro ni más amistoso que cualquier otro partido. Exactamente igual que las peleas de las grandes ligas lo son siempre. Para el tercer periodo, mi equipo deja de buscar por lo que aprieto arriba.

Es muy poco, demasiado tarde, sin embargo, porque solo empatamos el partido, cuando realmente podríamos haberlo hecho mejor. Pero por una vez en mi vida estoy contando esto como una victoria. No habrá ningún titular doloroso en los periódicos, sobre mi juego mañana.

Hace una semana marqué un triplete. Esta noche estoy sobreviviendo sin hacer las noticias nacionales. ¿Mis estándares? Considérenlos en bajada.

Regresé a los vestuarios goteando sudor y aliviado de que la NHL haya sobrevivido a un juego con su primer jugador fuera. Dejo caer mis almohadillas y agarro mi teléfono, incluso antes de entrar en la ducha. Son casi las diez y quiero llamar a Jamie antes de que se vaya a dormir. Le marco, con la esperanza de no estar despertándolo. Él responde inmediatamente.

—¿Tenemos perros?

—¿Qué bebé? No entendí eso.

—Perros. Chiweilers. No tenemos uno de esos, ¿verdad?

Un escalofrío sube por mi espalda sudorosa.

—Uh, no tenemos perros, no. —¿Está bromeando conmigo?

—Quiero un cachorro —dice Jamie. Su voz es ronca—. Siempre he querido uno. Mis padres dijeron que seis niños eran suficientes animales en la casa.

Mi cerebro está tratando de procesar esta conversación.

—¿Tienes fiebre, bebé?

—Ni idea. Aquí dentro hace calor, sin embargo.

—¿Dónde estás? —*Porque estoy a diez segundos de llamar al 911.*

—En la cama. ¿Dónde estás tú? ¿No deberías estar aquí?

El escalofrío rompe por todas partes a lo largo de mi piel.

—Estoy en Nashville —digo con cuidado—. Para un juego. ¿Dónde está Jess, bebé? Se supone que debería estar allí contigo.

—Uh... —dice con un suspiro—. No la he visto últimamente.

Luego empieza a toser, y el sonido es horrible. Profundo y húmedo. Yo estoy parado allí con el teléfono pegado a mi rostro sudoroso, escuchándolo luchar por respirar. Nunca me he sentido tan impotente en toda mi vida.

—Jamie —digo, finalmente, cuando hay una pausa—. Estás tú...

Él corta de nuevo.

Frank Donovan está tratando de llamar mi atención ahora. Señala a su reloj y luego a las duchas. Él me debe querer en su conferencia de prensa posterior al partido.

Lo despido con la mano, o eso intento. Pero él acampa frente a mí. Así que lo ignoro.

—Jamie —suplico cuando se detiene a toser de nuevo—. Te amo, pero tengo que colgar y llamar a Jess. ¿Ha escuchado ella esa tos?

—No sé —murmura—. Estoy soñoliento ahora.

—Está bien —digo, mi mente confundida. ¿Qué voy a hacer?—. Duerme bien, si puedes. Pero si tu hermana necesita llevarte a la sala de emergencias, vas a ir, ¿de acuerdo?

—Nah —susurra—. Buenas noches. —La línea se corta.

—¡JODER! —grito.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Frank.

Estoy demasiado asustado para contestarle. Le marco a Jess y escucho su teléfono sonar. Cuando su buzón de voz, finalmente contesta, cuelgo y vuelvo a intentarlo. Nada.

—Hey, ¿Eriksson? —le llamo.

—¿Sí? —Él está secándose con la toalla frente a su casillero.

—Necesito un favor. Tratar de ubicar a Blake en tu celular. Es una emergencia. Lo necesito en mi departamento.

Eriksson no hace preguntas. Mete una mano en el bolsillo de su chaqueta y saca su teléfono.

Llamo de nuevo a Jess. ¿Dónde diablos está? En el cuarto intento, ella responde.

—¿Wes?

—¿Dónde estás? —exijo.

—¿En tu casa! —Ella suena extrañamente sin aliento.

—¿De verdad? Porque acabo de hablar con Jamie y él está *delirando*. Cree que tenemos algo llamado un Chiweiler. Y su tos suena como un estertor de muerte. —Me estremezco con solo decirlo—. ¿Dónde está Blake?

—¿Uh, Blake? No estoy segura.

Pero en el fondo escucho de repente el compás de “*Who Let The Dogs Out*” que es el tono de Blake.

—Hey. ¿Es él?

—Él acaba de entrar. —Ahora suena nerviosa.

—Está bien, escucha. Jamie necesita *ayuda*. Dijo que estaba en la cama. Consigue que Blake rompa la puerta si está cerrada. Es posible que tengas que llevarlo a una sala de urgencias.

—Oh, Dios mío —jadea—. Te llamaré de nuevo en diez minutos.

—¿Está todo bien? —pregunta Frank cuando he colgado.

—No, claro que no. ¿Conoces a algunos doctores?

—¿Doctores? —Él mira hacia el techo, considerando la pregunta—. Nosotros retiramos a un médico del equipo hace unos tres años. Vive en Rosedale. ¿Por qué?

—Algo no está bien con Jamie. Tiene fiebre y esa tos terrible. Mierda. Nunca debería haber dejado la ciudad.

La cara de Frank se hunde.

—Suena como neumonía. Tal vez contrajo una infección secundaria. Debe ir a emergencia.

—¡LO SÉ! —grito, y todos en la habitación, incluyendo algunos reporteros, se voltean a mirarme—. Lo sé —digo en voz más baja—. Dame el número de teléfono de ese doctor. Necesito ayuda.

Capítulo 21

Jamie

Una semana después

Es un déjà vu de nuevo.

Otra salida del hospital. Otra silla de ruedas. Otro grupo de buitres de los medios de comunicación acechando afuera y otra escapada rápida en un auto alquilado que Wes tiene esperando fuera. La última semana ha sido un infierno. Me encontré en ese puto hospital otra vez. Pero estuve inconsciente durante los tres primeros días. Al cuarto día me desperté para encontrar tanto a mi madre como a la enfermera Bertha mirándome con expresión preocupada en sus rostros.

Nunca tengan neumonía. Simplemente no lo hagan. Es una verdadera perra.

Pero mi fiebre ya se ha ido definitivamente. Mi madre voló a California esta mañana con Jess y no puedo decir que no me siento aliviado, especialmente dado que la última se había ido. Amo a Jess, pero no estaba en un buen lugar esta semana. Se sentía tan increíblemente culpable de que hubiera tenido fiebre alta bajo su cuidado, que se pegó a mí como velcro todo el tiempo que estuve en el hospital. Mi madre tuvo que mandarla a su casa un par de veces cuando no podía aguantar más de sus muestras exageradas de amor.

Wes y yo no hablamos cuando salimos del ascensor. Mis piernas se sienten un poco temblorosas y me tropiezo cuando estamos en medio del pasillo, pero cuando Wes trata de tomarme del brazo, le frunzo el ceño. Estoy hasta la coronilla de ser mimado y tratado como si fuera un inválido.

Sin decir una palabra, su mano cae a al costado. Llegamos a nuestro apartamento. Wes mete la llave en la cerradura y abre la puerta. En el interior, lanza la bolsa con mis cosas en el suelo y luego se para en el medio de la sala de estar, mirándome.

—¿Necesitas algo? —Su voz es ronca—. ¿Comida? ¿Ducha? ¿Té?

¿Té? ¿Como si fuera una anciana cuyo estómago no puede soportar un buen café?

Siento la amargura en la garganta. Me obligo a tragarla, porque no es justo para Wes. No es su culpa que haya atrapado una neumonía. Y sé cuán asustado ha estado durante esta semana.

Jugó otros dos juegos en la carretera antes de que pudiera venir a verme al hospital. No es que me haya dado cuenta en mi estado comatoso. Pero el equipo no le dio licencia porque mi hermana y mi madre ya estaban en el hospital.

Esta mañana me dijo que ni siquiera recuerda esos juegos, que estaba muy molesto y preocupado y que llamaba a Jess, a mamá y a Blake cada momento libre que tenía.

Debería estar besando sus pies por ser un novio tan dedicado y amoroso. Pero no. Sólo estoy... enojado. Con él. Con mi cuerpo. Joder, con todo. Y los medicamentos que me metieron en hospital esta semana están causando estragos en mi sistema. Me dieron esteroides esta mañana y me hacen sentir extraño. Es como una droga que me deja en un estado que no se ajusta exactamente con la ira y el resentimiento que siento en el estómago.

Wes me mira con cautela.

—¿Cariño?

Me doy cuenta de que no he respondido a la pregunta.

—No necesito nada —murmuro—. Voy a tomar una siesta.

La decepción cruza su expresión. Hoy no tiene un partido y sé que probablemente esperaba pasar algún tiempo juntos. Pero no soy buena compañía en este momento. Estoy harto de estar enfermo. Odiaba estar en el hospital. Odio no poder volver a trabajar hasta... hasta quién mierda sabe cuándo. Llamé a Bill anoche y me ordenó que no se me ocurriera volver hasta, por lo menos, dentro de una semana.

No necesito otra semana. Sólo necesito recuperar mi vida.

—Está bien —dice Wes finalmente—. Voy a... —Sus ojos grises miran alrededor y luego aterrizan en la mesa del vestíbulo, que está llena de correo apilado—. Abrir el correo, tal vez pagar algunas cuentas.

Una observación desdeñosa casi sale volando. ¿Siquiera sabes cómo hacerlo?

Desde que nos mudamos juntos, Wes no ha hecho nada relacionado con la casa. Lavandería. Facturas. Limpieza. Yo lo hago todo, porque está

demasiado ocupado siendo una estrella de la NHL para...

Suficiente, ordena una voz interna. Tal vez sea mi conciencia. O la parte de mí que está loca y profundamente enamorada de este hombre. De cualquier manera, no estoy siendo justo de nuevo.

Así que respondo con genuina gratitud:

—Gracias. Eso haría, sin duda, mi vida más fácil. Y mira bien la factura del hospital... —Me detengo y trago saliva, porque se me acaba de ocurrir que una visita al hospital de dos semanas podría muy bien vaciar mi cuenta de ahorros. Tal vez incluso llegar al límite de mis tarjetas de crédito. No soy un ciudadano canadiense, así que no tengo claro si mi seguro cubrirá toda la estadía.

—Oh, no habrá ninguna —dice Wes, agitando una mano—. Ya he pagado el copago. El seguro cubrió el resto.

Aprieto la mandíbula. ¿Pagó mi factura?

Wes frunce el ceño cuando se da cuenta de mi expresión.

—¿Qué pasa?

Mi voz sale más dura de lo que me propongo.

—Dime cuánto has pagado y voy a transferir el dinero a tu cuenta.

Protesta rápidamente.

—No es una gran cosa, cariño. Tengo un montón de dinero en efectivo. ¿Por qué poner presión financiera sobre ti mismo cuando puedo perfectamente...?

—Te lo devolveré —espeto.

Hay una larga pausa. Entonces Wes asiente.

—Bueno. Si es lo que quieres.

—Es lo que quiero. —No sé por qué estoy tan enojado. Sólo me molesta que Wes haya pagado la cuenta del hospital sin siquiera decírmelo. Entiendo que tiene montones de dinero, pero no soy su... su puto amante. Somos compañeros y que me jodan si lo dejo pagar por todo.

Después de dudar un momento, da un paso adelante y toca mi mejilla. Acaricia mi piel afeitada. De hecho, pude afeitarme esta mañana. Yo solo. ¡Qué jodidamente bien! Pero supongo que debería estar agradecido por las

pequeñas indulgencias.

—Jamie. —Su voz es ronca—. Me alegro de que estés mejor.

Un bulto obstruye mi garganta. Maldita sea. El alivio en sus ojos estimula una oleada de culpabilidad. Sé que he sido un idiota con él esta semana. Me enfadé con él cuando vino a visitarme. Me opuse cuando sugirió que tal vez mi madre y mi hermana deberían quedarse más tiempo. Lo odié cuando lo vi en la televisión del hospital, patinando como un campeón y metiendo goles mientras yo estaba tendido de espaldas, meando en un orinal. Y ahora estoy buscando peleas por dinero, de todas las cosas.

—Yo también —murmuro, inclinándome a su cálida caricia.

Acaricia mi labio inferior y luego presiona su boca contra la mía en un beso suave y fugaz.

—Está bien, ve a tomar una siesta. Estaré aquí si me necesitas.

Estoy a punto de pedirle que se una, pero suena su teléfono antes de que pueda abrir la boca. La mano de Wes abandona mi rostro y la mete en el bolsillo. Su hermoso rostro se arruga, frustrado cuando ve quién está llamando.

—Frank —murmura, luego se retira para atender la llamada.

Me quedo el tiempo suficiente para deducir que Frank, el maravilloso relaciones públicas, está de nuevo en el caso de Wes por las entrevistas. O mejor dicho, la falta de entrevistas, porque Wes sigue negándose a hablar con los medios. Se suponía que tenía que hacer, finalmente, esa entrevista en Sports Illustrated, pero entonces me enfermé de nuevo y la pospuso.

Sólo otro ítem en la larga lista de cosas que mi enfermedad jodió.

Entro a nuestra habitación y me siento en la cama, apoyando la cabeza contra la pila de almohadas. No estoy cansado. Los esteroides que estoy tomando para aclarar mis pulmones se aseguran de que esté completamente despierto y demasiado alerta, así que dormir no es una opción en este momento. Sólo se lo dije a Wes porque... maldita sea, estoy siendo un imbécil desagradecido de nuevo. Pero necesito espacio. Necesito una maldita hora para mí mismo, sin que las enfermeras me acosen o que Wes me pregunte si necesito algo.

Después de cinco minutos de mirar la pared, abro mi ordenador portátil y reviso mi correo electrónico. Mierda. Hay cientos. Mi madre confiscó mi

teléfono en el hospital porque decía que no necesitaba nada que me distrajera mientras me recuperaba. En ese momento, chillé como un pre-adolescente cuyos privilegios de los mensajes de texto habían sido revocados. Ahora, me alegro de que lo hiciera. Mi bandeja de entrada es abrumadora.

Hay mensajes de mis compañeros universitarios, unos preguntándome si estoy bien y algunos preguntando por qué no les dije que era gay. Chicos, la sorpresa fue también para mí.

Tengo tarjetas electrónicas de “Recupérate” de mi familia y amigos, pero se ven eclipsadas por la cantidad de correos electrónicos atemorizantes de los medios de comunicación. Cada revista deportiva conocida. People. Periódicos locales y no locales.

Mientras miro las solicitudes de entrevistas, se me revuelve el estómago. Mi vida, mi vida sexual, está bajo el microscopio y no me gusta. De repente, puedo reanalizar el caso de Wes desde otro lugar, porque me doy cuenta de que su centro de atención es el doble de grande que el mío.

Otro mensaje me llama la atención. Es de mi jefe. Lo mandó cuando estuve en el hospital por primera vez.

Querido Jamie,

Has intentado contarme el problema con tu co-entrenador y el lenguaje homofóbico, pero no le presté atención como debería haberlo hecho. De verdad lo siento. Nuestra política no es ambigua, ningún empleador o jugador debe tener que soportar lenguaje discriminatorio o un ambiente de trabajo hostil.

Por favor, permíteme ayudarte a hacer ahora lo que debería haber hecho entonces. Se adjunta el formulario para presentar una queja. Ni bien te recuperes lo suficiente como para hacerlo, llénalo para que podamos investigar adecuadamente tu queja.

He aprendido una lección difícil esta semana y me gustaría enmendar mi anterior respuesta a tu pedido.

Atentamente,

Bill Braddock

No tengo ni idea de cómo responder. Presentar una queja ahora parece tan quisquilloso. Dado que mantenía mi bisexualidad como un secreto antes, voy a parecer como una especie de espía. Como si estuviera tomando notas

cuando ellos no estaban prestando atención.

Danton no debería poder salir impune de su propagación de odio, pero tengo que volver a entrar en esa pista en unos pocos días. No quiero darles la impresión a todos mis compañeros de trabajo que he estado escribiendo todo lo que alguna vez dijeron en el vestuario.

Estoy relejendo el correo electrónico por cuarta vez cuando Wes entra en el dormitorio.

—¿Por qué no guardas eso y descansas un poco? —sugiere mi novio. Su agarre es firme cuando me quita el portátil y lo cierra—. Pareces cansado.

Maldición. Me siento cansado. Hace menos de cinco minutos no, pero ahora mis párpados están empezando a cerrarse. Revisar los correos electrónicos me drenó la energía y esa sensación de impotencia se asienta en mi garganta de nuevo. No me gusta ser débil. Lo odio y la rabia me hace espetar:

—Sí, mamá.

Veo dolor en los ojos de Wes.

La culpa me golpea de nuevo.

—Yo... lo siento —susurro—. No quise estallar contigo.

—Está bien. —Pero todavía parece molesto cuando sale de la habitación en silencio.

Capítulo 22

Wes

Jamie no se siente bien.

Han pasado tres días desde que fue dado de alta del hospital. Físicamente puedo verlo cada vez más fuerte. No está durmiendo tanto durante el día. Preparó el desayuno esta mañana sin colapsar por agotamiento. Ha dejado el apartamento para realizar caminatas cortas. Pero cuando lo arrastré a nuestro restaurante favorito, el que descubrimos la primera mañana después de que Jamie vino a vivir conmigo, fue un completo desastre. Justo después de que hicimos nuestro pedido, algunos chicos de la universidad se acercaron rápidamente a pedir nuestros autógrafos —en plural—. Luego un par de personas nos tomaron fotos. Jamie se puso furioso y empezó a toser.

Nos fuimos sin comer y le sugerí que fuéramos a ese lugar de comida china que nos gusta.

—Solo vamos a pedir —dijo.

Su cuerpo está sanando, eso lo sé con seguridad. Pero no tengo idea de qué piensa o qué está sintiendo. Está cerrado a mí. Alterna entre gritarme y disculparse por gritarme.

No puedo recordar la última vez que nos besamos. Que *realmente* nos besamos y no solo los besitos rápidos que nos hemos dado esta semana. Creo que fue durante su primera estancia en el hospital. Sí... en la ducha. Esa había sido una muy buena ducha.

¿En la que estoy en este momento? No tan buena. Estoy en un cubículo con paredes tipo cantina, lo que significa que tengo dos compañeros de equipo a cada lado. Mirándome. No de una manera pornográfica o mira-esa-polla, aunque honestamente, preferiría miradas lascivas a sus miradas de gran preocupación.

—Ya no nos hablas. —El agua corriendo por todas partes no amortigua la nota de acusación en el tono de voz de Eriksson.

—Claro que sí —respondo mientras me enjabono el pecho.

Por el otro lado, Hewitt es rápido para contradecir mi afirmación.

—No, estás siendo antisocial.

¿Quieren que sea *social*? ¿Cuando mi novio está triste en casa, gritándome cada vez que puede? Tienen suerte de que esté apareciendo en nuestros juegos. Mi mente está tan concentrada en Jamie que es un milagro que todavía recuerde cómo jugar hockey.

—Blake dice que tu chico está mucho mejor —comenta Eriksson.

Me enjuago el jabón y alcanzo el champú.

—Sí. Lo está.

—Entonces, ¿por qué ese rostro triste?

Mi renuencia a confiar en ellos hace que me tome mucho más tiempo enjabonar el cabello y enjuagarlo. Espero que el tiempo sea lo suficientemente largo para que se olviden de la pregunta, pero todavía me están mirando cuando mis ojos finalmente se abren de golpe.

—Vamos, Wesley, escúpelos. ¿Qué está pasando en casa? —Eriksson suelta una risa autocrítica—. No puede ser peor que lo que estoy pasando ahora mismo.

El recuerdo de sus problemas maritales derrumba mi vacilación. A la mierda. Mis compañeros me han dado su apoyo desde que las “noticias” de mi orientación sexual estallaron. Me han preguntado constantemente cómo está Jamie. Han tenido que lidiar con mi rostro agrio en cada juego, y me siento como un imbécil por seguir manteniéndolos al margen.

—Jamie está deprimido —confieso. Esas dos palabras parecen quedar suspendidas en el aire lleno de vapor. No las he dicho antes en voz alta. Diablos, ni siquiera he pensado demasiado en ello, pero ahora me doy cuenta de que es muy cierto. Jamie no está simplemente triste. No está desanimado. Está *deprimido*. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Todavía no puede volver al trabajo y anoche su equipo ganó otro juego sin él. No ha recuperado toda su fuerza. No puede hacer ejercicio, va en contra de las indicaciones del doctor. No puede salir del edificio sin ser acosado por uno o dos reporteros. —Mi garganta se cierra del todo—. Creo que me está culpando de todo.

Joder, también es la primera vez que he dicho *eso* en voz alta. Me pone enfermo que pueda ser verdad, que Jamie me estuviera culpando por la tormenta que se niega a desaparecer en los medios de comunicación.

Frank todavía me llama varias veces al día. La franquicia ha lanzado numerosas declaraciones para compensar mi negativa a hablar con la prensa. Mi rostro y el de Jamie están en cada blog de deportes. Durante nuestro último partido en casa, hubo manifestantes fuera de la arena levantando pancartas con pasajes bíblicos y frases desagradables.

La vida... apesta. Realmente apesta demasiado ahora mismo.

—No sé cómo solucionarlo —murmuro. Cierro el agua y agarro una toalla para envolverla en mi cintura—. Y no es como si tuviera refuerzos que puedan levantarle el ánimo. No conocemos a nadie en la ciudad, aparte de ustedes chicos —añado rápidamente cuando veo sus rostros heridos—. Pero la mayoría de los amigos de Jamie están en la Costa Oeste, donde fue a la universidad. Su familia está en California, y no pueden dejar todo tirado y viajar a Canadá para estar con él. Su madre y su hermana ya lo hicieron cuando estuvo en el hospital.

Eriksson y Hewitt me siguen hacia los vestuarios. Sus rostros son comprensivos.

—Eso está difícil, hombre —dice Hewitt.

—Sí. —Me vuelvo hacia mi casillero para que no puedan ver mi desesperación. Difícil es un eufemismo. Difícil, lo puedo manejar. ¿Pero esto? ¿Ver a Jamie angustiado y ser incapaz de ayudarlo?

No es difícil.

Es una *tortura*.

Cuando llego de la práctica, Jamie está en nuestro dormitorio con la nariz enterrada en un libro. Un libro de ciencia acerca de las especies en extinción, si estoy leyendo el título correctamente.

Me tenso instintivamente, porque en estos días no sé lo que voy a ver en el rostro de Jamie. ¿Esa expresión cautelosa? ¿El ceño fruncido de no-me-hables? ¿El halo de culpabilidad? ¿El triste ceño fruncido?

Hoy no es ninguna de las anteriores. Lo saludo con una sonrisa forzada antes de quitarme la sudadera. Y estoy sorprendido de ver un destello de deseo en sus ojos marrones.

Mi polla se endurece inmediatamente detrás de la bragueta. No puedo recordar la última vez que tuvimos sexo. No desde la primera temporada en el hospital, por lo menos.

—¿Cómo estuvo la práctica? —pregunta, poniendo el libro de tapa dura sobre la mesa de noche.

—Bien. ¿Cómo está el libro?

—Interesante. ¿Sabías que algunos pandas machos en cautiverio no pueden descubrir qué hacer cuando la hembra está en celo? —Sonríe y, demonios, el corazón se me sube hasta la garganta. Es tan raro verlo sonreír últimamente.

—Qué mal.

—Sí, lo es. Necesitan hacer que se reproduzcan en cautiverio. Así que hay un zoólogo que hizo un vídeo sexual de pandas y reprodujo el vídeo para los machos que no podían hacerlo. ¿Quién se imaginaría que el porno de pandas existía?

Riéndome, me deshago de mis pantalones y los lanzo sobre el sillón cercano. Jamie se queda mirando mi bóxer negro, luego mi pecho desnudo.

—Ahora que lo pienso, luces especialmente follable hoy —dice por fin.

Estoy tan feliz que casi lloro. No soy estúpido, sé que el sexo no es la solución. Sé que no lo va a animar milagrosamente y que no va a borrar lo desagradable de estas últimas semanas. Pero es un comienzo.

Me lanzo a la cama y se ríe de mi entusiasmo. El sonido ronco se va directamente a mi polla. Extraño su risa. Extraño mi humor bromista, extraño al Jamie siempre-listo-con-una-sonrisa, y su sonrisa tan familiar me tiene atacando su boca con la mía.

Mi beso es desesperado, con emoción, con deseo y un *Oh Dios te extrañé* todo envuelto en un paquete caliente y ansioso. Su lengua entra en mi boca y me roba la cordura, sus pulgares rozando mis pectorales, mis pezones, antes de deslizarse por mis abdominales hacia la pretina.

—Fuera —dice entre dientes, tirando de mi bóxer.

Libero su boca el tiempo suficiente para zafarme de la ropa interior y arrojarla a través de la habitación. Los pantalones y la camiseta de franela de Jamie siguen su ejemplo. Estoy un poco preocupado de que podría sentir frío, podría enfermarse de nuevo, pero él presiona su cuerpo caliente y desnudo contra el mío antes de que pueda cubrirnos con la manta.

Sus labios encuentran mi cuello, besando y chupando mi piel como si estuviera cubierto de azúcar. Los sonidos profundos que hace me hacen cosquillas en el oído, me hacen cosquillas en las bolas.

—Extrañaba esto —susurra.

—Yo también. —Las palabras salen estranguladas, cargadas de emoción. Cristo, ni siquiera se imagina cuánto lo he extrañado.

Me empuja sobre la espalda, y soy un desastre caliente y tembloroso mientras hace un camino de besos hacia el sur. Cuando su boca succiona la punta de mi pene, mis caderas se sacuden, buscando más. Buscándolo a *él*.

Jamie me toma lentamente más, más, más y más profundo hasta que se traga mi longitud completa. Las únicas sensaciones que puedo registrar son *húmedo, caliente y jodidamente increíble*. Pero entonces recuerdo la forma en que había tosido tan violentamente la semana pasada, y toco el sedoso cabello, calmándolo.

—¿Estás seguro de que puedes hacer esto? —Su fuerte mandíbula se tensa. Mierda, no debí decir eso. Por alguna razón se ha vuelto sensible acerca de parecer “débil”. Aunque *no* creo que sea débil. Nunca lo he creído. Solo estaba enfermo, fin de la historia. Pero no importa cuántas veces le haya dicho eso, todavía es un tema delicado—. La tos —aclaro rápidamente—. Porque si tu garganta todavía está irritada, hay otras maneras en las que puedes hacer que me corra... —Se relaja, saca la lengua para hacer círculos en la punta de mi polla. Mis labios se curvan con malicia—. En realidad, mientras más pienso lo que pienso, más me gusta la alternativa.

Le permito lamer una vez más antes de levantarlo por los hombros y ponerlo sobre su espalda.

—¿Cuál es la alternativa? —dice con voz ronca.

Ya estoy alcanzando el cajón de la mesa de noche por algo de lubricante.

—Tener esa gran polla golpeando mi trasero hasta que me corra.

Un gemido lleno de lujuria escapa de su garganta.

—Mmmm. Sí. Eso suena muy caliente.

Probablemente no me tome tanto tiempo prepararme, pero estoy demasiado impaciente. Ha pasado tanto tiempo. *Demasiado* tiempo. Lo deseo tanto que tengo la boca seca y las palmas húmedas. Mis dedos tiemblan mientras deslizo dos de ellos en mi interior, frotando y dando vueltas mientras me subo apresuradamente en el regazo de Jamie.

Su pecho está sonrosado por la excitación, sus ojos arden mientras se concentra en el movimiento de mi brazo, luego en la erección sobresaliendo

de mi ingle. Su polla está tan dura, y suelto un gemido cuando envuelve su mano para tomarla y la acaricia suavemente. La cabeza hinchada se asoma desde el puño, goteando líquido pre seminal. Mi boca se seca aún más. La humedad inclinéndome para succionar el líquido nacarado de su punta. Luego levanto la cabeza y lamo mis labios.

Jamie salta.

—Maldita sea, Wes, te *necesito*.

Mi corazón salta. Me necesita. Sé que está hablando de sexo en este momento, pero una parte de mí espera que quiera decir algo más. Se ha negado a aceptar mi ayuda toda la semana. En realidad, la ayuda de cualquiera. Se negaba a admitir que *necesitaba* ayuda. Tal vez esta sea su manera de admitirlo.

De cualquier manera, le doy lo que quiere. *Me* entrego a él, levantándome y luego bajando mi trasero sobre su dura polla. La punzada de dolor confirma que no estaba totalmente preparado para esto, pero no me importa. Le doy la bienvenida al ardor. Le doy la bienvenida a cada centímetro del hombre que amo, inclinéndome hacia adelante para besarlo mientras da un impulso hacia arriba y me roba el aliento.

—Móntame —ordena—. Móntame duro.

Esta vez no obedezco. Voy lento. Dolorosamente, deliciosamente lento, prolongando cada subida y bajada de mis caderas hasta que veo sus rasgos marcados con la impaciencia y la necesidad, hasta que está gimiendo, retorciéndose y pidiendo más.

Jamie agarra mis caderas demasiado cerca de la desesperación. Intenta levantar sus propias caderas, pero continuo provocándolo, plantando besos a lo largo de su cuello y clavícula, chupando el lóbulo de su oreja, mordisqueando su labio. Quiero saborear cada segundo de esto. Quiero perderme en la sensación de ser estirado por él, llenado por él.

Pero entonces me toma la polla.

El malvado brillo en sus ojos me hace maldecir. En el momento en que empieza a masturbarme, mi cuerpo toma vida propia. De repente lo estoy montando con fervor, incapaz de mantener el ritmo lento.

—Quiero que te corras sobre mí —murmura. Su mano se acelera, el pulgar presionando contra la parte inferior de mi glándula con cada golpe apresurado.

Jesucristo. Está tratando de hacerme explotar. *Me hace* explotar. Con su mano sobre mí y su polla dentro de mí, es imposible detener la liberación que sale disparada como un jet en la pista. Me corro con un grito áspero, y él levanta sus caderas mientras su fuerte penetración me deja seco.

Cierra los ojos con fuerza y se estremece con su propia liberación, dejando ir mi pene y envolviendo ambos brazos alrededor de mí. Mi pecho está pegado al suyo gracias a nuestro sudor y mi semen. Los latidos de su corazón martillan violentamente contra mis pectorales. Se siente... demasiado rápido. ¿Su corazón debería estar latiendo tan rápido?

Rápidamente me siento, preocupado de que pudiera haberse esforzado demasiado, que mi necesidad egoísta de estar con él pudiera causarle una recaída.

Jamie debe leer mi mente, porque el placer en su expresión se desvanece y un ligero fruncimiento toca sus labios.

—No lo digas —me advierte.

Trago.

—¿Decir qué?

—Todo lo que iba a decir. —Tira de mí sobre él de nuevo, envolviendo un brazo alrededor de mis hombros—. Estoy tan harto de esa mirada.

—¿Qué mirada? —¿Siquiera quiero saber?

—La mirada *preocupada*. Sustituyó tu mirada sexual un minuto después de que te corriste.

No es como si pudiera negarlo, sería una mentira.

—¿Tengo una mirada sexual? —pregunto en su lugar.

—Sí. Tus ojos se salen de foco y tu lengua cuelga un poco.

Resoplo en su axila.

—Suena atractivo.

—Lo es cuando yo soy la causa de eso. Pero no enseñes ese rostro para *Sports Illustrated* cuando hagas tu gran entrevista.

Cuando habla de la prensa, Jamie suena...amargado. Nunca he usado esa palabra para describirlo antes. Nunca. Ahora me pica la espalda con inquietud, porque no sé qué hacer al respecto. Y ayer le había dicho que el

periodista quiere hacerlo como una transmisión en vivo, no solo una entrevista impresa.

—Cariño, ¿quieres que les cancele?

Se encoge de hombros.

—No puedes.

—Oh... —¿No puedo? Todo esto es un territorio desconocido. Dennis Haymaker va a preguntar por mi relación con Jamie. Y se me ocurrió que cualquier cosa que vaya a decir, necesito aclararla con Jamie primero—. Tengo que hablar con él sobre el hockey porque está en mi contrato. Pero me gustaría tu opinión sobre qué más debería decir, o no decir.

—¿Por qué?

—Porque somos *pareja*. —Levanto la cabeza—. ¿Cierto? Estamos juntos. Y es *nuestra* relación. Deberías tener algo que decir sobre lo que le diremos a todos.

Deja de mirarme y fija la vista en las ventanas.

—Di lo que quieras.

Mi estómago se oprime. He sigo “abandonado” por el amor de mi vida.

—Jamie —susurro. No me mira—. Creo que la neumonía no es lo único que está mal. Y quiero que me hables de eso.

—Estoy bien.

No lo estás. Estás deprimido. Las palabras están en la punta de la lengua. Pero lo tengo en mis brazos por primera vez en semanas. Y no puedo echarlo a perder con la Gran Charla Seria.

Me aclaro la garganta e intento con otra táctica.

—¿Qué sería divertido para ti en este preciso momento?

—¿En este *preciso* momento? —pregunta.

—No, um... —Elijo mis palabras con cuidado—. Solo en general. ¿Qué quisieras hacer?

Se queda mirando al techo.

—La luz del sol estaría bien. Quiero ir a California.

Mi corazón da un salto. Jamie quiere *irse*. Le escuché decir “luz del sol”, pero no puedo evitar escucharlo de una manera diferente. Me toma medio

segundo pensar en mi agenda de viaje. Nos dirigimos a Minnesota y a Dallas. A ninguna parte cerca de una playa.

—Está bien, eh, quedan ocho semanas de la temporada. ¿Por qué no buscas unos boletos para el verano? ¿Podríamos hacer un gran viaje y ver a tu gente? Podrías enseñarme a surfear.

—Está bien —dice lentamente—. Lo haré.

Entierro mi rostro en su cuello. Quizás planear unas vacaciones le levantará el ánimo a Jamie. Tal vez el sexo ayudará a poner sus endorfinas en marcha otra vez. Tal vez el hecho de que me deseara hoy significa que empieza a sentirse mejor. Espero que sí.

La esperanza es todo lo que tengo.

Capítulo 23

Jamie

Al día siguiente estoy recostado en nuestro sofá, estudiando el techo. Llevo un rato aquí. Wes está en la práctica y el apartamento está tan malditamente silencioso que cada pensamiento que tengo hace eco con fuerza en mi cabeza.

Hace un par de horas miré algunos vuelos a California. Pero depende de si el equipo de Wes llega o no a la otra ronda y para eso todavía faltan unos dos o tres meses. Simplemente no puedo verle el punto a planear un viaje ahora.

Es como si hubiera olvidado como emocionarme. O como si la fiebre hubiera quemado toda la felicidad de mí. Incluso el subidón que conseguí ayer por el sexo con Wes se desvaneció con rapidez.

El día se extiende frente a mí. No tengo nada que hacer y nadie con quién hablar. La hora del almuerzo viene y se va, pero ni tengo hambre. No se necesita energía para ser un completo holgazán, así que mi estómago ha olvidado cómo ansiar comida.

El disgusto me hace levantarme y arrastrar los pies hacia nuestra pared de ventanas que mira hacia el litoral. El lago es de un color oscuro y frío, y me da un escalofrío de sólo mirarlo. Pero abajo, puedo ver a la gente amontonándose y corriendo a través de la tarde de marzo. Los autos se detienen y avanzan por Lakeshore.

Todo el mundo está ocupado menos yo.

Mi teléfono vibra en el mostrador de la cocina. Hace mucho eso. Camino hasta allá y reviso el mensaje entrante, pero sólo es un mensaje automático recordándome que mi equipo tiene un partido que comienza en media hora. Incluso aunque estoy de baja, esos mensajes siguen llegando sólo para recordarme todo lo que estaba extrañando.

Voy hacia la cocina, escojo un envase de yogurt y me lo como. Cocinar parece un problema últimamente.

Con eso hecho, tiro el envase y confronto las horas vacías por delante. Por una vez mi locura por encierro supera a mi apatía. Si no voy a algún lado ahora mismo, perderé la cabeza.

Tomando mi teléfono, lo meto en mi bolsillo. Luego encuentro mi abrigo,

añadiendo un sombrero y una bufanda sólo para que Wes no se enfade si me ve fuera en el frío.

Ni siquiera sé a dónde voy hasta que entro en el ascensor. Pero entonces me doy cuenta; tengo prohibido trabajar, pero no se me prohibió ir a la pista de hielo. Puedo *ver* a mis chicos jugar, ¿verdad? Es un país libre.

Me toma media hora llegar allí, entre el subterráneo y una caminata bastante larga. Mi pecho está golpeteando cuando finalmente veo el edificio delante de mí. Me detengo y toso, porque no quiero estar tosiendo como un idiota en las gradas. Odio el sonido de ésta y la forma en que los músculos de mi estómago duelen por la sesión de ejercicios, ahora familiar, para limpiar mis pulmones.

Reírse duele más que todo. Qué bueno que no hago eso muy seguido.

Cuando finalmente llego a la pista, el juego ya está en progreso. Pero está bien, porque eso me permite escabullirme sin ser visto. Mis chicos se ven fuertes ahí fuera también. Subo las gradas y tomo asiento en la fila superior. La pista no es enorme; sólo recibe a un par de cientos de personas. Pero es extraño estar tan lejos de mis chicos durante un juego. Debería estar ahí abajo detrás del banco, donde la cabeza puntiaguda de Danton está moviéndose de un lado a otro mientras habla con el equipo y mientras llama a las filas.

Extraño estar involucrado. Me siento como un extraño aquí. E inútil. Otro entrenador ha tomado mi lugar. Gilles está trabajando con Danton, entrenando a mis defensas.

Demonios, funciona también. Mis chicos están haciendo un buen trabajo con las barbillas en alto, encontrando el pase antes de ser rodeados por los oponentes en la defensa. Y mi arquero se ve alerta y listo. Su postura es más relajada que la última vez que lo vi jugar, como si se hubiera quitado el miedo.

Los equipos están igualados y el juego pasa sin puntos en el primer tiempo. Dunlop hace un par de maravillosas salvadas, pero no tiene que trabajar tan duro. Todavía no.

Las cosas se ponen más difíciles en el segundo tiempo. Nuestro equipo tiene unas buenas oportunidades para anotar, pero son respondidas por una brillante defensa. Y entonces nuestro centro anota uno y mi sonrisa es realmente amplia por primera vez en semanas.

Mis manos están en tensos puños mientras el juego se desarrolla. Los oponentes aceleran, atacando con todo lo que tienen. Dunlop tiene sus manos ocupadas durante un tiempo. Pero no falla. Estoy tan orgulloso de él que podría explotar. Luego nuestro equipo comete una falta y contengo el aire por dos minutos, esperando que Dunlop no se desmorone.

Pero es una roca. Salva dos durante los tiros de penalti. Y contiene la línea durante todo el tercer tiempo.

Cuando el timbre suena, la puntuación es de uno a cero y Dunlop ha dejado fuera al otro equipo. Estoy laxo de alivio. Es genial verlos ganar.

¿Y entonces? Toda la felicidad se drena de mí de nuevo. Justo como siempre sucede ahora.

Abajo, Danton y Gilles reúnen a los chicos. Son un coágulo de feliz victoria, dándose palmaditas en los hombros del otro y sonriendo, sus rostros rojos y sudorosos. Me siento como Scrooge cuando el fantasma de la Navidad lo hace mirar escenas de su propia vida. Debería estar ahí, felicitando a los chicos y dándoles la charla después del juego. Pero otro entrenador ha tomado mi lugar y ahora están *ganando*. Dunlop se ve como cien veces más feliz que después de mis últimos juegos con él.

¿Por qué demonios vine aquí? Esta fue la peor idea del mundo.

Debo irme. Pero las gradas han quedado vacías ahora y mi equipo todavía es visible. Así que me siento aquí un par de horribles minutos más, esperando a que vayan a las duchas para poder hacer mi salida sin que me vean. Ni siquiera sé qué podría decirles a esos niños en este momento. *Buen juego. Me alegra haber contraído neumonía para que pudieran ganar.*

La verdad me aplasta. *Soy innecesario y, probablemente, seré despedido.* Si eso sucede, entonces no habrá ningún trabajo para mí en Toronto.

¿Entonces qué?

De repente, no puedo estar en el edificio. Me pongo de pie y bajo trotando las gradas, dirigiéndome a la puerta. No hay nadie en el pasillo y parece que tengo el camino libre a la libertad. Pero entonces alguien grita mi nombre.

—¡Canning!

Me la doy vuelta por instinto y se trata de Danton corriendo hacia mí. Patina al detenerse.

—Hola. —Su rostro está rojo.

—Hola. —*No tengo nada que decirte.*

—Escucha. Deberías haber venido a mí.

—¿Qué? —Miro a sus furioso y malvados ojos y casi me río. No puede referirse a que debería haber *confiado* en él. *No* somos amigos.

—Si tenías un problema conmigo, deberías habérmelo dicho. Ahora tengo a Braddock sobre mi culo. Actuaste a mis espaldas. Y no quería hablar *mierda* con nada de lo que dije. Fue simplemente bromear sobre el otro equipo. *Sabías* eso. Jamás *te* he llamado marica.

La presión de mi sangre aumenta. Nunca he sentido nada como esto. Estoy temblando por completo.

—No importa a quién se lo dijiste. Aun así está mal.

—¿Pero no te traté mal! No soy así. No habría sido un idiota contigo si hubiera sabido que tenías un novio.

Eso es todo. Esa es toda la mierda lógica que puedo soportar en un día. Agarro a Danton de los hombros y lo empujo con fuerza contra la pared.

—Imbécil estúpido. No me confundas con alguien que se preocupa por lo que pienses de mí.

Sus ojos se abren con sorpresa, pero no he ni medio terminado. Lo empujo otra vez y la parte de atrás de su cabeza en realidad rebota contra los bloques de ladrillo.

—¿Esa mierda que sale de tu boca? Los chicos escuchan todo lo que dices. Eres una figura de autoridad. Ahora creen que está bien llamar a alguien marica siempre y cuando no los conozcas. Y. No. Está. Bien. — Prácticamente estoy escupiendo en su pequeño rostro de roedor.

Hay un movimiento en los bordes de mi visión y, para mi horror, veo a Bill Braddock viniendo por el pasillo.

Maldito Dios.

Aparto mis manos de Danton. Sí, es malo decir “marica” a tu equipo. Pero también es un motivo de despido estrellar a tu co-entrenador contra la pared y gritarle en el rostro. Hay una página en el manual de empleados que específicamente prohíbe ponerle las manos encima.

¿Ves lo fácil que sería despedirme ahora?

La puerta está sólo a diez metros de distancia y, de repente, estoy yendo

hacia ella. Bill Braddock grita mi nombre, pero no me detengo. Abro la puerta de golpe y luego troto por la acera. Corro unos noventa metros más o menos hasta que mis pulmones están ardiendo. Mi paso titubea y me detengo. Luego mi pecho es destruido por la tos. Mierda. Ni siquiera puedo correr. Soy un inútil, incluso para mí.

Cuando estoy bien, camino hacia el subterráneo. Y nadie me sigue.

Capítulo 24

Wes

Esta noche jugamos contra Pittsburgh. Son un gran equipo, pero tengo la confianza de que podemos patearles el trasero. Nuestra mañana patinando fue bien y Blake está de vuelta en el hielo.

Incluso mejor, cuando salgo del estadio para nuestras horas de descanso antes del partido, no hay ningún lunático protestando en el estadio y no he escuchado sobre la reventa de entradas en unos cuantos días.

¿Podría estar reduciéndose el delirio paulatinamente? Jodidamente lo espero.

Esta mañana cuando me fui, Jamie tenía el calendario de las eliminatorias en una mano y una página web de reservas de viajes abierta en el ordenador portátil. De camino a la puerta le pedí que pensase en algún complejo que quisiera visitar en Cali.

—¿O qué tal un par de días en Hawái antes de que veamos a tu familia? — le había preguntado.

—Sueno caro —había murmurado.

Pero quería que pensase a lo grande. Después de este duro año nos merecemos tener algo de diversión. Mientras conduzco a casa pienso en hacer surf de remo con Jamie en la playa de algún lugar. Y pidiendo cervezas con trozos de limón metidos en el cuello de la botella. Había mencionado Hawái, pero México también sonaba bien.

Estoy silbando mientras entro a nuestro apartamento. Tras la puerta, la primera cosa que noto es que está desordenado. Hay numerosos vasos sobre la encimera y revistas en cascada desde la mesa de café hasta el suelo. Ese no es exactamente un gran problema. Pero Jamie es una especie de maniático de la limpieza la mayoría del tiempo y últimamente parece que simplemente no le importa. Lo que me preocupa. Mucho.

—¿Cariño? —llamo como hago normalmente cuando llego.

No hay respuesta, pero escucho el sonido de una cremallera en algún lugar del apartamento.

Cuelgo el abrigo en el perchero, algo que compró Jamie cuando se hartó de

encontrar mi abrigo en el sofá. Con unos cuantos pasos rápidos llego al pasillo y a la habitación.

Jamie está agachado sobre una gran bolsa de lona. *Su* bolsa de lona. Está metiendo un kit de afeitado en el fondo.

—¿Cariño? —repito de nuevo.

Se sobresalta, luego se endereza rápidamente. *Viéndose culpable*.

—Hola —responde con voz ronca—. No te escuché entrar.

Obviamente. Aunque no lo digo. Estoy demasiado ocupado intentando resolverlo. Hay una hoja impresa sobre la cama. TARJETA DE EMBARQUE se lee. Air Canadá. Su ordenador está guardado en su funda al lado de él. Su teléfono móvil y cargador están a un lado sobre la cama.

—¿Adónde vas? —farfullo.

—A casa —responde, después rápidamente añade—: Para ver a mi gente. Te dije que pensaba que necesitaba un tiempo en California. Aún no puedo volver a trabajar, ¿verdad? También podría ir de visita.

—Um... —Algo está realmente mal con esto. Su rostro también está sonrojado—. ¿Ibas a decírmelo? ¿Siquiera ibas a decir *adiós*? —Sale sonando irregular y asustado. Pero *estoy* asustado.

—Sí —afirma—. Por supuesto. Sabía que llegarías a casa más o menos ahora.

Las campanas de alarma están sonando a todo volumen. Jamie está de pie a metro y medio de distancia, con las manos extrañamente metidas en los bolsillos del vaquero. Nunca antes he estado en una relación. Pero así no es como se supone que funciona.

—¿Estamos rompiendo justo ahora? —suelto de golpe.

Jamie parece asustado, como si no esperase que lo dijese en voz alta.

—No —responde después de una pequeña pausa—. No. Estas solo son unas vacaciones. Yo... —Se aclara la garganta—. Simplemente necesito ver a mi gente.

Pero no puedo evitar escuchar *Simplemente necesito estar alejado de ti*.

Noto los latidos de mi corazón en mis oídos. ¿Le grito ahora? ¿Eso es lo correcto para hacer? No sé lo que Jamie necesita. Si lo supiese se lo daría. Un gran agresivo despliegue de mi amor sería un modo de hacerlo.

¿Pero realmente es este viaje lo que necesita? ¿Unos rayos de sol le arreglarán? La indecisión me mantiene petrificado en el suelo y de repente la garganta me quema y me pica. Tomo mi vaso de agua de la mesilla de noche y me lo bebo de un trago mientras trato de imaginarme qué decir.

Su teléfono suena en la cama. Lo toma y responde.

—Gracias —dice después de un minuto. Esa es toda la llamada.

—¿Quién era? —mascullo.

—La, um, compañía de taxis. El auto estará aquí en diez minutos.

Lucho contra un escalofrío en todo el cuerpo.

—Si necesitabas que te llevaran al aeropuerto, ¿por qué no me lo pediste?

¿Qué DEMONIOS está pasando aquí?

De nuevo, su expresión se torna culpable.

—No lo sé —responde, mirando sus zapatos—. Simplemente pensé que sería más fácil de este modo.

Tiene razón. Porque probablemente haría una escena en el aeropuerto. Estoy bastante cerca de hacer una aquí mismo.

—No quiero que te vayas, Canning.

Jamie se encoge.

—Tengo que hacerlo... —Se atraganta con la última palabra—. Simplemente tengo que intentar algo, ¿de acuerdo? —Cuando vuelve a levantar los ojos, los tiene húmedos.

Ahora estoy más aterrorizado que nunca. Tropiezo hasta él y le rodeo con los brazos. Al menos me devuelve el abrazo. Se me cierra la garganta completamente. *No, no, no*, canto en mi interior. Gritaría si supiese que es lo correcto para hacer. ¿Pero cómo negarle un viaje a donde sus padres? Mañana me marcho a Minnesota. No tiene sentido que le suplique que se quede y luego salte al avión del equipo durante cinco días.

Joder.

Así que me aguanto y hago lo correcto.

—Cuídate —susurro—. Eres realmente importante para mí.

Me abraza con un poco más de fuerza y toma una respiración temblorosa.

—Tú también.

De acuerdo. Puedo hacerlo.

—Te amo —digo, apartándome un poco.

—Yo también te amo —murmura.

No me mira a los ojos.

Joder.

Joder.

Joder.

Se entretiene con los últimos artículos sobre la cama, guardándolos en su sitio. La compañía de taxis le manda un mensaje de que el conductor está debajo de acuerdo al horario.

Increíble.

Lo acompaño hasta la puerta de nuestro apartamento. Le doy un beso en la mejilla y le abrazo una vez más.

Luego lo dejo salir solo al pasillo. Si bajo simplemente me dejaré en ridículo.

En cambio, pongo la frente contra el frío acero de la puerta y escucho el sonido de sus pasos bajando.

Una vez más lo repito en mi mente. Un viaje a Cali a ver a sus padres. De todos modos no puede trabajar. Dijo que no estábamos rompiendo. Son unas vacaciones.

¿Entonces por qué se siente como si dejase que mi corazón se saliese de mi pecho y tome un taxi hasta el aeropuerto?

Capítulo 25

Wes

Después de nuestra victoria por 3-2 a Minnesota, me arrastro a la primera fila de asientos en el autobús. Debería estar igual de contento que los chicos a mi alrededor, pero no lo estoy. He sido un caso perdido los últimos dos días. Se mostró en el hielo esta noche, no marqué ningún gol. No di ninguna asistencia. Me esforcé patinando, pero no pareció reunir ninguna magia.

Jamie se llevó toda la magia con él cuando me dejó.

No te dejó. Está de vacaciones.

Tonterías. Me dejó.

Lemming sube al autobús y accidentalmente hace contacto visual conmigo. Sé que es accidental porque rápidamente aparta la mirada. Pasa al lado del asiento vacío junto a mí y se dirige al fondo.

Sí, no todos mis compañeros de equipo están mentalizados para sentarse junto al tipo gay. Después de todo, resulta que crecer en Beantown no es un lazo común para Lemming.

Diez minutos después el autobús estaciona frente a un hotel cinco estrellas del centro de Saint Paul y mis compañeros de equipo y yo salimos del autobús y entramos en el vestíbulo. Estoy de un humor amargado así que me dirijo a mi habitación. Me cambio mi traje por un pantalón de deporte y una sudadera, pero sentarme en la habitación vacía solo me agota, así que decido bajar al bar del hotel. Eriksson y algunos de los chicos planearon ir hoy a un bar de estriptis. Me invitaron, pero no parecieron sorprendidos cuando lo rechacé. Supongo que han empezado a aceptar mi mal humor antisocial.

Bajé en el ascensor hasta el vestíbulo y no me importa el que parezca un dejado. La rutina de traje y corbata está reservada para el viaje y la rueda de prensa después del partido, pero ahora mismo el foco no está puesto en mí y si quiero tomar una maldita bebida llevando un maldito pantalón de deporte, entonces malditamente lo haré.

Me deslizo en un taburete en la larga y brillante barra y pido un whisky, que el camarero sirve con rapidez. Tal vez ve la desesperación en mis ojos. Pero no trata de ponerse todo *Salud* conmigo o iniciar una conversación de

corazón a corazón, lo que aprecio.

Tomando mi bebida, compruebo mi teléfono móvil para ver si Jamie ha enviado algún mensaje de texto. No lo ha hecho. La frustración bulle en mi interior, más caliente que la quemadura del alcohol mientras se desliza por mi garganta. Me llamó cuando aterrizó en San Francisco pero aparte de mensajes del tipo “*Estoy bien, mis padres lo están haciendo bien*”, no he hablado con él.

Me pregunto si está ensayando el discurso de ruptura que me va a dar cuando vuelva a casa.

Se me parte el corazón ante ese pensamiento. Bebo de un trago el resto del whisky y pido otro. El camarero lo entrega con ojos compasivos.

Después de cinco minutos sentado en silencio con rostro serio, vuelvo a tomar el teléfono, con los dedos temblándome mientras encuentro el número de Cindy y presiono el botón de llamada. Es casi medianoche en Saint Paul, pero solo las diez en la costa oeste.

La madre de Jamie responde en seguida:

—¡Hola, dulzura! ¡Debes estar cansado después de ese emocionante partido! ¿Por qué no estás en la cama?

Sonrío a pesar del enorme nudo en la garganta. Cindy Canning es la madre que nunca tuve. Es muy humillante tener a alguien que realmente le importa una mierda si estoy durmiendo lo suficiente.

—No estoy cansado —respondo—. Pero viste el partido, ¿eh?

—Todos lo hicimos. Jamie casi golpea la televisión cuando ese idiota tropezó contigo en el segundo tiempo.

El corazón me da un vuelco feliz. Jamie vio el partido. Se enfadó cuando un contrario chocó conmigo. Eso tiene que significar algo, ¿cierto? ¿Como que tal vez *no* va a dejarme?

La extraña habilidad de leer la mente de Cindy debe haber sido accionada por mi momento de silencio, porque comenta:

—Estaba muy orgulloso de ti esta noche.

Se me cierra la garganta.

—Yo... ni siquiera marqué un tanto.

Se ríe suavemente.

—No necesitas marcar un gol para hacerle sentir orgulloso, Ryan. Es suficiente para él verte en esa pantalla de televisión, jugando al hockey profesional. —Se detiene—. ¿Por qué, simplemente me preguntas lo que sea que llamaste para preguntar?

Lector de mentes, maldita sea.

—¿Está bien? —dejo salir.

—Lo estará. —La madre de Jamie se queda callada durante un minuto—. Lo admitiré, no es completamente él mismo, pero creo que puede tener algo que ver con la medicación que está tomando.

Frunzo el ceño.

—¿Los analgésicos?

—Estaba pensando en los esteroides que le dieron. No soy médico, pero no puedo creer que todos esos medicamentos no tengan algún efecto secundario. Está triste, un poco ensimismado, pero me pregunto si dejar los medicamentos ha contribuido a eso.

La preocupación me asalta de nuevo. Dios, no puedo soportar el pensamiento de mi sonriente y despreocupado Jamie estando triste y ensimismado.

—Pero el aire fresco ha ayudado —indica Cindy, con su tono animándose—. Está fuera con su padre justo ahora, en realidad, dando un paseo nocturno. Y ayer pasó el día con los gemelos, ayudando a Scottie a elegir su tabla de surf. A veces, la mejor medicina para lo que te pasa es una saludable dosis de familia.

Siento los ojos quemándome. Pensé que Jamie *era* mi familia. Pensé que su familia era *nuestra* familia. Me mata que no fui suficiente para él, que tenga que buscar el consuelo de los Canning cuando he pasado semanas ofreciéndole libremente mi consuelo.

—Estoy contento de que lo esté haciendo mejor —murmuro—. Solo, sigue cuidando de él, ¿de acuerdo? Y no le digas que llamé para comprobar cómo estaba. No le... —Me muerdo el labio—. No le gusta cuando me preocupo. Le enfada.

—Oh, dulzura, eso no es verdad. Sé que aprecia tu preocupación. Demuestra lo mucho que le amas.

Me tranquiliza durante unos minutos más, pero aún me siento como una

mierda cuando finalmente colgamos. Echo muchísimo de menos a Jamie. Odio estar apartado de él, lo que es estúpido si lo piensas, porque, ¿qué ha cambiado realmente? Sin importar dónde está ahora mismo, Toronto o California, aún estaríamos separados. Yo estaría en Saint Paul en este partido fuera de casa.

No puedo esperar a que esta temporada se acabe.

—¿Te invito a otra ronda?

La voz de hombre me asusta. Me estabilizo antes de caer del taburete, girándome para ver a un tipo rubio sentado a mi lado. Está señalando mi vaso vacío. No recuerdo beber esta segunda bebida, pero una tercera no es una opción. Frank perdería su mierda si alguien afirmaba haberme visto emborrachándome en el bar del hotel.

—No, gracias —contesto distraídamente.

El tipo continúa mirándome. Tiene unos treinta y pocos, guapo y haciendo un esfuerzo en ocultar el hecho de que me está comprobando. Y no de un modo “¿¿Eres el jugador de la NHL, Ryan Wesley??”. Su mirada comunica puro interés sexual.

—¿Quieres hablar de ello? —dice alargando las palabras.

Aprieto los dientes.

—¿Hablar de qué?

—Sobre lo que sea que puso esa mirada destrozada en tus ojos. —Apoya un musculoso antebrazo en la barra mientras se gira lentamente, inclinando el cuerpo para así estar frente a mí. Lleva una camisa y un pantalón de vestir. Sospecho que es un hombre de negocios—. ¿Qué era? ¿Una ruptura complicada?

Casi hago polvo mis muelas, de lo fuerte que las estoy apretando.

Mientras continuo en silencio, se ríe y se inclina más aún.

—Lo siento. Sé que estoy siendo brusco. Pero... —Se encoge de hombros—. Sé quién eres. Ryan Wesley, ¿cierto? He visto tu rostro en todas partes esta semana, así que sé tu orientación, que tienes un novio y todo eso. —Sueno un poco tímido—. Pero esa mirada en tu rostro... me dice que, tal vez, ¿ya *no* tengas ese novio...?

No respondo. Tiene pelotas, le concederé eso. Coquetear conmigo aun

cuando sabe que estoy en una relación es un movimiento audaz. Desafortunadamente para él, no es el tipo de audacia que aprecio.

Demuestra incluso más audacia cuando estira la mano y me toca la muñeca, acariciándola suavemente.

—Y si ese es el caso, entonces estaré más que feliz de...

—Piérdete —sisea una voz—. Está tomado.

Giro la cabeza para ver a Blake dirigiéndose hacia nosotros. Sus ojos verdes brillando de modo amenazador y la mirada que le lanza a mi pretendiente tiene el efecto deseado. El señor Atrevido salta de su taburete, encogiendo los hombros despreocupadamente.

—Merece la pena el intento —afirma antes de dirigirse a la salida.

Blake usurpa el asiento del tipo y dirige la mirada a *mí*.

—¿Qué demonios estás haciendo, hombre? ¿Engañando a J-Bomb? ¿Cuál es el *problema* contigo?

Pongo los ojos en blanco.

—No estoy haciendo una maldita cosa. Estaba a punto de decirle a ese imbécil que se perdiese antes de que aparecieses.

Mi compañero de equipo relaja sus gigantescos hombros.

—Oh. De acuerdo. Bien.

—Pensé que ibas a ir al club de estriptis con Eriksson.

Asiente.

—Se suponía. Pero entonces salí del taxi, vi el cartel y volví directo al taxi.

Eso incita una risa entre dientes.

—¿Por qué has hecho eso?

—Hombre, ¿sabes cómo se llamaba el lugar? —Se detiene dramáticamente—. ¡La oveja negra!

Mi risa entre dientes pasa a convertirse en una enorme risa. Es la primera vez que he experimentado humor de verdad desde que Jamie se fue a Cali y no estoy sorprendido de que Blake sea el que me saca esta respuesta. De algún modo, el en poco tiempo que le he conocido, este tipo se ha vuelto mi mejor amigo. Estoy contento de tenerle de vuelta en el hielo conmigo. Y a diferencia de algunos de mis compañeros de equipo, Blake verdaderamente

no tiene ningún problema en sentarse a mi lado en ese maldito autobús.

—Ahora, si ese no es una señal del universo para que esté muy, muy alejado; no sé qué es. —Sacude la cabeza consternado—. Lo juro por Dios, Wesley, las ovejas son malvadas.

—Sé que lo son —afirmo compasivamente, dándole palmadas en el brazo.

Blake mira detrás del mostrador.

—¡Camarero! ¡Deme una cerveza, *por favor!*

Curvo los labios cuando el camarero se acerca y nombra todas las cervezas que tienen. Blake se toma un tiempo interminable en decidir, un proceso que conlleva dos bromas sobre la cerveza rubia, un juego de palabras sobre el lúpulo y una interminable declaración de la primera vez que bebió una Heineken. El camarero parece aturdido para cuando le entrega a Blake un vaso de cerveza artesanal local.

Yo, intento no partirme de risa.

—¿Qué? —Blake me pone los ojos en blanco—. ¿Por qué me estás sonriendo de ese modo?

—Yo... —Me encojo de hombros—. Simplemente te eché de menos, eso es todo.

Todo su rostro se ilumina.

—Yo también te echaba de menos, colega. ¿Eso quiere decir que estás preparado para dejar de estar de mal humor?

Simplemente con eso, mi buen humor desaparece. Por un momento, realmente olvidé que mi novio me abandonó y el recuerdo de la ausencia de Jamie es como una cuchilla en la yugular.

Blake suspira.

—Supongo que no. —Se lleva la botella a la boca, bebiendo pensativamente—. ¿Hablaste con J-Bomb?

—Un par de mensajes.

—¿Dijo cuándo va a volver a casa?

El dolor me atraviesa.

—*Está* en casa —murmuro.

—Tonterías. —Blake golpetea la barra con los dedos mientras con la otra

juguetea con la pegatina de la botella de cerveza. Este hombre es el mejor ejemplo de déficit de atención—. Su casa está en Toronto. Con nosotros.

—Nosotros, ¿eh?

—Sí. Tú y J-Bomb son mis mejores amigos. Somos los tres *amigos*. —Palidece—. J-Bomb sabes eso, ¿verdad? ¿O piensa que solo soy su amigo por ti? Porque no es así.

—Lo sé.

Aunque me pregunto si Jamie lo sabe. Ha sido muy miserable en Toronto estos meses. Cuando no está conmigo, está solo. Creo que la única vez que salió con sus compañeros de trabajo fue la noche que chocamos entre nosotros en el pub. Y es todo culpa mía. Ha estado aislado por *mí*, por *mi* necesidad de esconder nuestra relación, por *mi* carrera.

Pero ese no es quien es Jamie. Desde el tiempo que le he conocido, ha tenido amigos y familia rodeándole. Ha sido popular, adorado por todo el mundo que le conoce y ¿por qué no le *adorarían*? Es la persona más agradable, más amigable y más adorable que he conocido jamás.

No me extraña que se marchase. Le condené a una vida de aislamiento.

—Es bastante malo que no juguemos en Anaheim hasta abril —murmura Blake—. Podríamos haberle sorprendido en Cali.

Asiento desoladamente porque ya había llegado a esa conclusión. Pero mañana nos dirigimos a Dallas, no a Anaheim. Y después de Dallas volvemos a Toronto, donde esta vez seré el que esté sentado solo en nuestro apartamento mientras Jamie consigue disfrutar en el amor y apoyo de su familia.

Me tiembla todo el cuerpo mientras me bajo del taburete.

—Voy a ir a la cama —indico inexpresivamente.

Blake está claramente preparado para protestar. No le doy la oportunidad. Simplemente me alejo, caminando hacia el ascensor con una nube de miseria sobrevolándome.

Capítulo 26

Wes

Cuando dejé que Frank Donovan y el reportero me convencieran de hacer una entrevista en cámara, sabía que se sentiría humillante. Pero no contaba con el *maquillaje*.

Aprieto los dientes mientras un tipo llamado Tripp pasa algo sobre mis pómulos con una esponja, tatareando mientras trabaja.

Mi padre moriría mil veces si pudiera verlo. Y de alguna manera eso me anima.

Cuando Tripp da un paso atrás para admirar su trabajo a través de un par de gafas de montura negra, pregunto:

—Hacen que todas las personas usen esto, ¿verdad?

Él se ríe entre dientes.

—Sí, cariño. No es porque eres el chico gay.

Fuera de mi cabeza. Odio cuando la gente me lee de esa manera. Y solo va a empeorar, porque estoy a punto de sentarme para tener una charla íntima con unos cuantos millones de televidentes. Ya dispárenme.

—Es bueno saberlo —murmuro.

Frank entra en la habitación mirando a todas partes. Por lo menos alguien está alegre por esta ridiculez.

—¿Listo? —pregunta.

—Claro —digo. Porque ¿cuál es la alternativa? Le prometí a Dennis Haymaker que haría esto. Mi equipo quiere que lo haga. Y como beneficio adicional, voy a molestar a papá. Será mejor que solo acabe con esto—. Hemos terminado aquí, ¿verdad? —le pregunto a Tripp.

—Un segundo. —Se inclina con un cepillo gigante y cierro los ojos justo a tiempo antes de ser espolvoreado por completo con algún tipo de polvo.

—Asqueroso. —Toso cuando el asalto ha terminado.

—Aww. ¿El enorme y rudo jugador de hockey no puede manejar un poco de polvo? No queremos que te veas brillante en cámara. —Se ríe.

—Estás disfrutando demasiado de esto —gruño.

—¡Es cierto! Pero no suelo tener un bombón como tú en mi silla. —Saca el nylon negro de mis hombros—. Arriba. Noquéalos, Ryan Wesley.

—Gracias. —Pero no busco noquear a nadie. Solo quiero arrancar esta sonda de mi alma y seguir adelante con mi vida.

Frank me lleva a una sala de sonido que está establecida para parecer íntima. Hay dos sillas de cuero de aspecto severo en ángulo para dividir la sección de manera que quede uno frente al otro, puestas delante de ochenta y siete cámaras apuntando directo hacia ellas. Justo afuera de la sala artificial se encuentra un valioso equipo de transmisión de cien mil dólares.

Qué pintoresco.

Me han vestido con una chaqueta de traje oscura y vaqueros negros. Una costosa pero aburrida camiseta, abierta en el cuello. Apuesto a que alguien en Relaciones Públicas pasó horas tratando de averiguar cómo hacerme ver masculino y a la moda y casual e interesante pero común y corriente a la vez. Es probable que tengan un modelo computarizado para esta mierda.

Lo que sea. Al menos no estoy siendo estrangulado por una corbata en este momento.

—Este es tu asiento —dice Frank, señalando la silla de la izquierda.

Tampoco pregunto cómo hicieron la designación. Simplemente me siento.

—Ahora, recuerda —dice Frank, frotándose las manos—. Mira a Dennis, o a la cámara. Ésta. —Señala una cámara que se encuentra a solo unos pocos centímetros a la derecha de donde se sentará mi entrevistador—. Si miras alrededor de la habitación, te verás sospechoso. Evita la inflexión en tu tono. No levantes la voz al final de las oraciones.

Un poco de mi cinismo natural se escapa.

—¿Demasiado gay?

Él rueda los ojos.

—No. Demasiado inseguro. Lo cual no eres. Así que no suenes de esa manera.

—Bien.

Es raro ser el hombre al que apunta la cámara. Nunca pedí representar a los tipos homosexuales de todas partes. Y en realidad no me siento preparado

para la tarea. Seamos realistas, llevo una existencia bastante egocéntrica enfocada en ganar juegos de hockey y pasar tanto tiempo con Jamie Canning como sea posible.

En este momento estoy fallando en ambas cosas. Así que esta entrevista viene en un momento en que me siento como si tuviera muy poco que ofrecer a cualquier persona.

Mi auto-flagelación es interrumpida por la aparición de Dennis, que está vestido como mi gemelo, pero con el pelo más brillante y más confianza en sí mismo.

—¡Ryan! Es bueno verte. —Sacude mi mano y luego se sienta—. ¿Cómo te sientes? ¿Listo para responder algunas preguntas?

—Claro —miento—. Revisé tu lista.

—¿Hay algo que esté fuera de los límites? —pregunta, enderezando las solapas de su chaqueta.

—No. —Frank ya me advirtió acerca de la denominada lista de preguntas. Dennis no necesariamente se adhiere a ella. Dado que esta entrevista es pregrabada, siempre puedo decir. Buen intento, idiota—. Y ellos tendrán que editar la pregunta. El contrato que firmé estipula que puedo evitar cualquier tema que no esté en la lista, pero depende de mí o de Frank señalarlo.

—Genial —dice Dennis con entusiasmo—. Empecemos.

Un productor se adelanta para hablarnos del tiempo y los ángulos de la cámara. Trato de prestar atención, pero me pregunto qué está haciendo Jamie en este momento y si va a ver la entrevista esta noche. Jamie solía ser mi pensamiento feliz. Su sonrisa era lo que imaginaba cuando me sentía estresado.

Todavía lo es, me recuerdo. Solo espero que esté sonriendo, donde sea que se encuentre.

Luces cálidas se encienden y Tripp corre para espolvorear nuestras caras una vez más con un crujiente trozo de papel tisú. Le da a mi hombro un apretón mientras sale.

Luego el productor dice:

—Rodando.

Dennis Haymaker se gira hacia la cámara.

—Estoy aquí esta noche con Ryan Wesley, el novato del equipo ganador de Toronto...

A medida que su introducción avanza, siento mi cara congelada en una máscara de inseguridad. ¿Qué tipo de idea tonta fue esta, de todos modos?

Pero al menos comienza con preguntas suaves.

—¿Cuánto tiempo has querido jugar al hockey?

—Siempre —digo con facilidad—. Cuando tenía cinco años mi madre remodeló mi habitación con los colores de los Bruins, porque pegué fotografías con cinta sobre todas mis paredes, y estaba harta de luchar contra ello.

Me remonto a mis primeros años, cuando jugaba Peewee y Bantam. No he pensado en eso por años. Cuento la historia de terminar con un brazo roto durante un juego de torneo, porque esta es mi entrevista y puedo hacerme sonar como un chico rudo si quiero. Yo *era* un chico rudo.

—Me disgustó perderme la entrega de premios por ir a la sala de emergencias. Quería ver el trofeo después de todo eso.

Dennis se ríe.

—Auch. ¿Qué pensaban tus padres acerca de tu obsesión y el peligro? ¿Alguno de ellos jugó hockey?

Ahora también tengo que reírme. La idea de mi padre sudando sobre algo que no fueran transacciones financieras es cómico.

—No, señor, no lo hicieron.

—¿Son tus mayores fans?

Supongo que vamos allí ahora.

—No tanto. Mis padres y yo no somos cercanos.

—¿Por qué es eso?

Aquí viene. Suelto una risa nerviosa.

—La verdad es que nunca hemos sido cercanos. ¿Esa vez que me rompí el brazo? No fueron mis padres quienes me llevaron a la sala de emergencias.

Dennis se ve realmente sorprendido por este giro de la trama.

—¿Quién fue?

—El chofer de mi padre. Un tipo llamado Reggie. Verás, a mi papá le

gustaba verme ganar juegos de hockey, siempre y cuando no tomara demasiado tiempo fuera de su apretada agenda. Me enviaban a todos los partidos como visitante con un chofer. Y Reggie era mi favorito. Solía mirar hacia las gradas después de que anotábamos y lo veía animando. Estaba allí de pie vistiendo su chaqueta azul, gritando por mí. Siempre pensé que le gustaba el hockey, pero ahora me pregunto si mi padre le daba algunos billetes extras por animarme. Sin embargo, no tenía idea de que era una manera extraña de crecer. Tenía diez años. Eso era lo normal para mí.

—Así que... —Le toma un momento formular su siguiente pregunta—. ¿Tu padre estaba demasiado ocupado para llevarte a urgencias con un brazo roto?

Me encojo de hombros, porque nos estamos saliendo del tema.

—No lo sé. Tal vez Reggie solo me llevó por sentido común. No llegas a casa con el hijo del jefe con un hueso roto, ¿verdad? Suena como una buena manera de ser despedido. De todos modos, no me importaba quién me llevó. Incluso a los diez años sabía que se suponía que fuera un hombre y no llorara delante del tecnólogo de los rayos X. No me importaba quien se encontraba en la sala de espera.

El periodista se aclara la garganta.

—¿En qué otras formas se esperaba que fueras un hombre, Ryan?

Esa pregunta no se hallaba en la lista, por supuesto. Pero no detengo la entrevista.

—Bueno, Dennis, no se supone que te enamores de tu compañero de cuarto en el campamento de hockey. Ese era otro no-no en el hogar Wesley. Pero nunca he sido bueno en seguir las reglas.

Su expresión se vuelve seria. Como si estuviéramos a punto de discutir un ataque de Irán.

—¿Cuándo le dijiste a tus padres que eras gay?

Hombre, ¿esas luces son calientes, o qué? Resisto la urgencia de pasarme la mano por la frente, pero apenas.

—Tenía diecinueve años y estaba en la universidad. Me había preparado para los gritos y maldiciones o lo que sea. Pero ellos solo se negaron a escucharlo.

—¿Qué dijo tu padre?

—Bueno... —Me aclaré la garganta—. Creo que dijo: “tu corbata está torcida”. Y el verano pasado le dije que me iba a mudar con mi novio, y dijo: “Tengo una conferencia. ¡Debo irme!”. Simplemente se niega a escuchar todo lo que no funciona para él.

—¿Cómo te hizo sentir eso?

Casi ruedo los ojos.

—¿Qué esperas que diga? No es lo ideal. Pero hay chicos cuyas familias los echan a la calle, y hay niños que son golpeados. Así que no me quejo.

—¿Cuándo fue la última vez que tus padres te llamaron por teléfono?

—Umm... —Me rindo y froto la parte trasera de mi cuello. Me siento nervioso por responder estas preguntas personales, pero para esto firmé—. Creo que oí de ellos en febrero. Mi padre quería programar una cena la semana que mi equipo jugaba en Boston. Pero después de que mi novio se enfermó y mi cara estuvo rondando por todo Internet, anuló la invitación.

—Ya veo —dice Dennis, y envía una cara de simpatía hacia la cámara número dos.

Mátenme.

—Háblame de tu novio. Él debe ser bastante especial. Soportas una gran cantidad de críticas por estar con él.

Sonrío, porque me gusta pensar en Jamie. Pero esas preguntas serán las más difíciles de responder, porque quiero respetar su privacidad.

—Nos hicimos amigos a los trece años, cuando empezamos a ir al mismo campamento de hockey cada verano. Él es un gran tipo y un gran entrenador defensivo. Y me aguanta, en su mayoría.

—Pero, ¿no siempre fueron una pareja?

Niego vigorosamente.

—Me tomó unos buenos nueve años decirle lo que sentía. Pero valió la pena la espera. Verás... —Me sorprende mirando hacia la oscuridad del estudio mientras trato de formar mis pensamientos. Como un buen entrevistado, miro a Dennis a los ojos—. Confío en lo que soy con Jamie. Él me conoce desde que era un chico lleno de granos a los trece años, cuando solíamos discutir sobre videojuegos. No me ve como el novato de Toronto. No le importa mi promedio de anotaciones. No trato de impresionarlo.

—*Excepto con mi capacidad de garganta profunda. Pero no vamos a hablar de eso en el horario estelar.*

—Él es tu familia —indica Dennis—. Más que tu verdadera familia.

—Absolutamente —conuerdo.

—¿Crees que se van a casar? —pregunta Dennis con una sonrisa—. Espera... ¿te estoy poniendo en un aprieto?

Ese bastardo. Está metiendo el dedo en la llaga solo para subir sus ratings. Pero permanezco tranquilo.

—Oh, no es a mí a quien pones en un aprieto. Sino a Jamie. Me casaría con él en un segundo, y estoy seguro de que él lo sabe.

—¿Se lo has preguntado?

Dennis está empujando su suerte, y está muy consciente de ello. Debería quedar bien con Jamie y evitar esta línea de investigación. Un latido pasa mientras considero mis opciones.

Bueno, en la vida hay que arriesgarse.

—No se lo he preguntado. En caso de que no lo notaras, estamos teniendo un año bastante duro. Sería, como: “Oye, nene, sé que desde que aterrizaste en el hospital alguien pega una cámara en nuestras caras cada vez que salimos, y que de repente todo el mundo quiere analizar nuestra sexualidad. Así que, ¿no te gustaría que nos casáramos?”.

Mi entrevistador se ríe.

—¿Entonces estás diciendo que el momento oportuno no ha llegado?

—Definitivamente no ha llegado.

Después de eso, Dennis vuelve al tema del hockey y mis compañeros de equipo. Y puesto que el hockey es la cosa más fácil de hablar en el mundo, finalmente me relajo.

Capítulo 27

Jamie

La última vez que vine a California molesto, mi madre me dejó enfurruñarme en paz. Pero no esta vez.

Ayer la ayudé a llenar las estanterías en el banco de alimentos de la iglesia durante tres horas, luego hicimos entregas toda la tarde. Hoy corté el césped y podé los rosales de mi madre y, además, corté el césped del enorme jardín de un vecino anciano.

Prácticamente me perforé un pulmón ahí afuera en el patio trasero por todo el esfuerzo, pero mamá sólo me dio una palmadita en la espalda y me dijo que siguiera cortando.

Y eso sin contar todo el tiempo que he pasado con mis hermanos.

¿La cosa extraña? Está funcionando. Todavía no me siento como mi antiguo yo y ninguno de mis problemas se ha resuelto. Pero moverme me ha ayudado un montón. Cuanto más trabajo, menos me preocupo. Y mi apetito está de vuelta. Cenamos hace una hora, pero ya estoy buscando un bocadillo.

—Ryan llamó anoche.

Me congelo junto a la encimera de la cocina, mi mano suspendida sobre la jarra de galletas. Mi madre se sienta a la mesa, bebiendo tranquilamente su té mientras observa mi rostro. Me pregunto qué ve en mi expresión. ¿Alegría? ¿Terror? ¿Arrepentimiento? ¿Frustración? Tengo todos esos sentimientos, así que estoy curioso sobre cuál emoción es más evidente.

El arrepentimiento, me imagino. Porque, chico, albergo una tonelada de remordimiento por la forma en que manejé mi partida de Toronto. Después del desastre en la pista, no podía permanecer en ese apartamento ni un instante más. Llegué a casa y compré un billete de avión lo más pronto posible. Cuando divisé una tarifa de último minuto hacia San Francisco, ni siquiera lo dudé. Y oye, costó mucho menos que el viaje que Wes quería planear. Un tipo desempleado no puede permitirse un resort en la playa.

No era culpa de Wes que realmente necesitara escapar, pero la expresión de su rostro aún me persigue.

Mi mano se cierra alrededor de una de las galletas de siete cereales con

pasas de mi madre. Son más saludables de lo que una galleta realmente debería ser. Pero se requieren medidas desesperadas.

—¿Qué dijo Wes? —pregunto finalmente, tomando un bocado.

Mamá suspira.

—Quería saber cómo estás. Parece que no ha escuchado mucho de ti.

Ay. He estado muriendo por la culpabilidad. Ahora sólo me siento peor.

—No lo ha hecho —admito.

—¿Y por qué es eso?

—Bueno... —Agarro una servilleta y me uno a ella en la mesa—. No sé cómo explicar lo que está mal. Me he sentido muy infeliz, pero no quiero que piense que es su culpa.

Mamá le da vueltas a su taza, su expresión pensativa.

—Pero si no se lo dices, simplemente asumirá que es su culpa de todos modos.

De pronto, la galleta sabe a polvo, pero no estoy seguro de que sea culpa de ésta.

—Así que, ¿estás diciendo que soy un imbécil?

Se ríe.

—No, y no uses esa palabra en mi mesa.

—Lo siento —digo con la boca llena. Me levanto y me dirijo a la nevera en busca de leche antes de que esta cosa me mate. Y no puedo morir, ¿verdad? No antes de que arregle las cosas con Wes. Vacío el resto del cartón en un vaso grande y me la tomo de un trago.

Me estudia cuando regreso a la mesa.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¿Hablar con él?

—Aparte de eso. Si te sientes infeliz, debe haber una razón.

O una docena de ellas. Mi vida en Toronto es un nudo enredado que no sé cómo desatar. No le he dicho a nadie sobre los correos electrónicos que he recibido de Bill Braddock. El peor llegó antes de que mi avión dejara la pista del aeropuerto de Toronto:

Estimado entrenador Canning:

Lamento informarte que Danton ha presentado una queja en tu contra por el altercado después del juego de hoy. Te adjunto el formulario de queja firmado por él. Tienes catorce días para responder antes de que el comité de disciplina tome una decisión definitiva. Ya que estás con licencia por enfermedad, no fue necesario tomar ninguna otra medida en este momento.

Y Jamie, por favor, llámame. No has respondido a mis sugerencias anteriores para informar del mal comportamiento de tu colega. Si no cuentas tu parte de la historia, será difícil ayudarte.

Tu equipo sigue desempeñándose bien y espero sinceramente verte patinar con ellos muy pronto.

—B. B.

Envió un par de correos más, pero he estado demasiado avergonzado para responder.

—Mi trabajo no va bien —le murmuro a mamá—. Podría estar desempleado antes del verano.

—*Lo siento, cariño* —susurra—. Eso le puede pasar a cualquiera. Pero estoy segura de que es aterrador cuando es tu primer trabajo real.

Siento un escalofrío de horror sólo de pensarlo. Cuando conseguí este trabajo pensé: *¡Eso es todo!* Mi futuro se hallaba resuelto.

Pero, al parecer, no era así.

—Si el puesto de entrenador no funciona, me quedaré atascado. Otro equipo no me querrá. Mi visa de trabajo es específica para mi organización. No puedo sólo moverme a cualquier lugar y ser contratado. ¿Qué diablos voy a hacer? —Cristo, *jamás* he dicho esto en voz alta. Suena aún peor en la cocina de mis padres que en mi cabeza.

Se estira a través de la mesa para apretar mi mano.

—Eso ocurre, cariño. No lo puedes tomar como algo personal.

Oh, pero puedo. ¿Cómo más voy a tomarlo?

—¿Lo sabe Wes? —Cuando niego, su mirada sólo se vuelve más compasiva—. Tienes que hablar con él. Ahora parece ser un buen momento.

Sin embargo, no lo es.

—Su gran entrevista se emitirá esta noche. Me envió un mensaje de texto que dice que está bien si no la veo.

—Oh, sí la vamos a ver —dice mamá alegremente—. ¿Quién podría perderselo?

Mi estómago se aprieta porque estoy nervioso por Wes. ¿Y si el entrevistador era un idiota? ¿Y si lo editan de manera que *Wes* suene como un idiota? Me siento mal por él. Nunca quiso este tipo de atención.

Mamá termina su té y comprueba su reloj.

—Y no tendremos que esperar mucho. ¿Hora de hacer las palomitas?

Cuarenta minutos más tarde estoy sentado en el sofá junto a ella, mis manos inquietas y sudorosas. Mi papá está en su sillón reclinable leyendo un periódico.

Tal vez *no debería* verlo. El mensaje de Wes decía:

No fue tan malo, y no dije nada remotamente personal acerca de ti. Lo prometo. Pero no veas la entrevista si te hace sentir incómodo. La vida es demasiado corta, ¿verdad? Llámame más tarde. Te extraño.

El teléfono está en mi bolsillo, torturándome. Lo extraño tanto. Pero cada vez que me imagino explicándole mis problemas en el trabajo, me dan ganas de vomitar. Si me despiden, será más vergonzoso que escuchar mi nombre en la televisión. Y si no puedo conseguir otro trabajo, ¿entonces qué? ¿Vamos a tener una horrible ruptura en cámara lenta cuando se dé cuenta de que sólo puedo conseguir un trabajo en los Estados Unidos?

¿Y me arrepentiré de haber renunciado a mi oportunidad en Detroit sólo para ser despedido en Toronto?

Soy demasiado joven para tener una crisis de mediana edad, maldita sea.

Es entonces cuando el rostro de Wes aparece en la pantalla, con una expresión de ciervo frente a los faros y no hay manera de que me arrepienta ahora.

—Ooh —dice mi madre a mi lado. Se sienta un poco más derecha—. ¡Te queremos, Ryan!

—Sabes que no te puede oír, ¿verdad? —pregunta mi padre desde detrás de la página del periódico.

Contengo la respiración durante los primeros diez minutos de la entrevista.

La historia sobre el brazo roto simplemente me mata, porque nunca la he oído antes. Creo que también *conocí* a Reggie. Estoy bastante seguro de que llevó a Wes al campamento ese primer verano y luego lo recogió cuando terminó.

Hasta este momento no creo que alguna vez haya entendido realmente lo solo que se encuentra Wes en el mundo. Quiero decir... cuando estamos juntos, no está solo, ¿verdad? Entonces, ¿cómo lo sabría?

Oh.

Mierda.

Joder.

Se encuentra solo *en este momento* porque lo dejé de esa manera.

Mientras la entrevista continúa, me hundo más y más en el sofá. Mi madre hace esos pequeños ruidos cada vez que Wes hace otra broma autocrítica o menciona a su padre.

Para el momento en que Wes dice que soy su verdadera familia, prácticamente quiero golpearme.

Y cuando el reportero le pregunta a Wes si quiere casarse, dejo de respirar por completo.

—Así que, ¿no te gustaría que nos casáramos? —bromea. Entonces se ríe de sí mismo, como si estuviera convencido de que es algo imposible. Lleva la misma sonrisa arrogante que siempre he visto en su rostro. Pero ahora sé cuánto dolor esconde. Estuvo justo ahí todo el tiempo. Pero no lo entendía, porque mi hombre es realmente bueno en aparentar ser confiado.

Mis padres me miran fijamente.

—¿Qué? —gruño.

Mi madre se muerde el labio. Esta mujer que siempre sabe la cosa correcta que decir se queda en silencio por primera vez, lo cual me hace sentir aun peor.

No puedo soportarlo más. Me levanto y voy a mi habitación de la infancia, sentándome en una de las camas gemelas. Cuando Wes pasó la Navidad aquí, fue raro despertar para verlo dormido en la cama opuesta. Se veía tan pacífico, como nunca lo había visto.

Maldición. ¿Qué nos he hecho?

Estoy listo para hacer algo al respecto ahora, si no es demasiado tarde.

Saco rápidamente mi teléfono y encuentro el viejo correo electrónico con el itinerario de Wes. Mierda, está en Dallas durante al menos un día más. Tienen un juego allí mañana por la noche. El jet privado no lo llevará de regreso a Toronto hasta la tarde siguiente.

Pero siempre hay FedEx.

Esa idea me levanta y comienzo a hurgar en el armario de mi antigua habitación. En el estante superior, bajo algunas de las almohadillas de fútbol usadas de Scotty, encuentro algo que funcionará.

Una caja.

No es perfecta. Alguien dibujó sobre ella con un marcador, pero es del tamaño adecuado, como una caja de cigarrillos.

Volteo algunas de mis viejas tarjetas de hockey y luego examino el interior vacío. Quiero que Wes sepa que estoy con él. Cuando le llegue esto, lo entenderá. Esta siempre fue nuestra forma de decir cuánto nos preocupamos por el otro. Me da vergüenza no haber hecho nada como esto para él en mucho tiempo.

La última vez que una caja fue movilizadada, me la envió a Lake Champlain la semana antes de mudarnos juntos. *Jesucristo*. La verdad me atraviesa como una brisa helada desde Lake Ontario. Fui yo quien rompió la cadena. No él. Yo.

He pasado el último par de meses sintiéndome como si fuera yo el que se interesaba más en nuestra relación y él era el novato. Pensé que hacer un par extra de cargas de ropa me hacía mejor en todo el asunto.

Pero no es así.

Aunque todavía puedo arreglarlo, ¿verdad? Sé lo que tengo que hacer.

Pero los minutos pasan mientras observo las esquinas ordenadas y vacías de la caja, preguntándome qué dejar de mí mismo para ponerlo dentro. Hubo un tiempo en que todos nuestros problemas eran lo suficientemente pequeños para caber dentro de una caja de este tamaño.

La derrota persigue la confianza que da vueltas y vueltas en mi cabeza mientras se me ocurren ideas y luego las descarto rápidamente. Un regalo de broma no servirá esta vez. Y ya le he dado a Wes los suficientes Skittles para toda la vida. Necesito darle una *señal*.

Tiene que ser una cosa enorme. Y tiene que caber en la caja.

Correcto.

Estoy casi listo para rendirme a la desesperación cuando la respuesta viene a mí. Y es tan jodidamente obvio que suelto una risa allí mismo en la habitación vacía.

Sacando mi teléfono, busco el nombre de mi hermana.

—¡Jamester! —dice—. ¿Viste la entrevista? OhDiosmío...

—¡Jess! —la interrumpo—. ¿Irías al centro comercial conmigo? Creo que necesito tu ayuda.

—Umm... ¿de verdad acabas de pedirme ayuda? Debo alertar a la prensa.

—Cállate. ¿Estás libre o no?

—Recógeme en quince minutos.

Me pongo de pie y abro la puerta de la habitación de un tirón, sólo para encontrar a mi madre de pie en el otro lado, su puño preparado para golpear.

—¿Puedo tomar prestado el auto? Es realmente importante.

—Por supuesto —dice sin dudar—. Voy a tomar las llaves de mi bolso.

Capítulo 28

Wes

Ganamos nuestro segundo juego consecutivo. Pero mientras todos los demás se amontonan sobre el bus de muy buen humor, yo solo camino arrastrando los pies hasta mi asiento, miro por la ventana y luzco lo que Blake ha denominado oficialmente Downer Donny⁶ a mi ceño fruncido.

Sin embargo, tengo derecho a estar deprimido, porque todavía no he sabido nada de Jamie. Ni siquiera sé si observó la entrevista —no había respondido al mensaje de texto que le envié después de que se transmitiera—. De manera encubierta envié mensajes a Cindy y Jess después del espacio de silencio de Jamie, pero ambos respondieron que “no estaban seguros” si Jamie lo había visto.

Desearía no tener que regresar a Toronto mañana. Todo lo que quiero hacer es subirme a un avión hacia California y ver a Jamie, pero sé que la administración me mataría si lo hago. Frank me dijo esta mañana que la entrevista atrajo a una cantidad loca de espectadores. El departamento de medios de comunicación del equipo ha estado inundado con más solicitudes de entrevistas, y Frank me quiere en Toronto durante el próximo periodo de partidos en casa. Necesito estar “disponible” en caso de que él programe alguna rueda de prensa. No veo por qué eso es importante, ya que no pienso hablar con ningún otro reportero, no a menos que sea sobre hockey. Mi vida personal está oficialmente fuera de discusión en un futuro previsible.

—Déjalo ya, Donny. —Blake me golpea en el hombro, luego procede a colocar el pulgar y el dedo índice a cada lado de mi boca y a literalmente cambiar mi ceño por una sonrisa.

—Lo lamento —murmuro.

—Deberías estarlo. Me estás deprimiendo, y sabes que no soy feliz a menos que esté feliz.

Lo miro.

—Eso es lo más tonto que has dicho.

—Nop. He dicho cosas más estúpidas.

Cierto. Por suerte, mi teléfono vibra, salvándome de tener que escuchar el

discurso de animar-a-Wes que él ha preparado. Un vistazo a la pantalla muestra un número desconocido de Boston. Inmediatamente me arrepiento de ser tan entusiasta por la interrupción. Todos mis amigos de Boston están guardados en mi teléfono, así que o estoy lidiando con un reportero que de alguna manera consiguió mi número, o peor, es alguien que está conectado a mi padre.

Pero de todos modos respondo, porque estoy cansado de escuchar la voz de Downer Donny en mi cabeza.

—¿Hola? —digo en un tono precavido.

—¿Es Ryan? —La voz masculina suena extrañamente familiar. Una profunda voz de barítono con un reconfortante tono áspero. Mierda, ¿de dónde conozco esa voz?

—Sí. ¿Quién es?

—Bueno, maldita sea, chico. ¿No has cambiado tú número después de todos estos años? No puedo creer que realmente me pusiera en contacto contigo.

Mi frente se arruga.

—¿Quién? —me detengo de repente, una oleada de nostalgia invadiéndome. *Chico*. Últimamente, solo la mamá de Jamie me llama chico. Pero antes de eso, solía escucharlo de—... ¿Reggie? —digo sorprendido—. ¿Eres tú?

—Claro que sí. Es bueno escuchar tu voz, Ryan. Ha pasado mucho tiempo.

Desde que me gradué de la escuela secundaria, me doy cuenta. Reggie se retiró cuando estaba en mi último año.

—Demasiado tiempo —digo bruscamente—. ¿Cómo has estado?

—Estoy muy bien. Amo la jubilación. Pero no llamé para hablar de mí. —Hace una pausa—. Vi tu entrevista en la televisión. —Otra pausa—. Él no me dio ni un centavo.

Yo trago.

—¿Qué?

—Tu viejo. Dijiste que te preguntabas si él me daba algo de dinero por animarte en los juegos. No lo hizo. —El tono de Reggie es increíblemente suave—. En realidad, casi me despiden por eso.

Soy golpeado con otra sacudida de conmoción.

—¿Qué quieres decir?

Hace un sonido de disgusto.

—Se supone que los conductores esperan en el auto. El primer juego tuyo que vi, le mencioné a tu viejo después lo bien que habías jugado. Amenazó con despedirme si volvía a dejar el auto de nuevo.

Por supuesto que él lo haría. Mi padre es un idiota de grado A.

—Pero... —Fruncí el ceño. Por el rabillo del ojo, veo a Blake escuchando la conversación atentamente a mi lado. Ni siquiera está tratando de ser disimulado al respecto—. Pero seguiste viniendo a los juegos.

Reggie se ríe.

—Nadie dijo que yo fuera inteligente, chico. Pero me pregunte, ¿cómo lo iba a saber el viejo? Estaba seguro como el demonio de que no lo mencionaría de nuevo. Y tú tampoco lo hiciste, así que...

Algo dentro de mí se rompe, inundando mi pecho con emoción. ¿Este hombre se había enfrentado a la ira de mi padre —había puesto su trabajo en riesgo— solo para verme jugar hockey?

—Nunca había estado más orgulloso, viéndote sobre el hielo —continúa—. Sólo quería que supieras eso. No quería que pensaras que me habían pagado por hacer eso, o que era una obligación, porque no me pagaron, y no fue obligación.

Mi garganta se cierra.

—Oh. Está bien.

—También vi tus juegos de la universidad, cada vez que eran televisados. ¿Y esta temporada? Por Dios, chico, estás estableciendo récords a diestra y siniestra. —Su voz es áspera—. Estoy muy orgulloso de ti.

Oh demonios. De verdad podía llorar. En el bus. Delante de todos mis compañeros de equipo y de mi entrenador.

Parpadeo rápidamente, tratando evitar que las lágrimas se derramen.

—Gracias —susurro.

—Eres un buen chico, Ryan. Siempre lo has sido. —Casi puedo ver la sonrisa torcida en la cara arrugada de Reggie—. Sólo sigue haciendo lo que

estás haciendo, ¿me oyes? Olvida al viejo. Olvídate de las críticas y de los metiches entrometidos. Tú vive tu vida de la manera en que quieras vivirla, y sigue haciendo lo que estás haciendo. Y sabes que siempre hay gente de tu lado, personas a las que les importas demasiado.

Parpadeo un poco más.

—Gracias —digo de nuevo.

—Buena victoria esta noche —añade, y luego desconecta la llamada.

Mi mano tiembla mientras pongo el teléfono sobre mi muslo. Blake me mira con curiosidad.

—¿Quién era ese?

—Un viejo amigo. —Mi garganta está tan apretada que no sé cómo me las arreglo para responder—. Solo estaba llamando para saludar.

Blake asiente fervientemente.

—Recuerdos del pasado, ¿eh? Esos son impresionantes. Bueno, no siempre. Algunas veces *apestan*. ¿Sabes quién me llamó de repente la semana pasada? Este idiota que conocía en la escuela secundaria, ¿sabes lo que quería? Que me acostara con su novia.

Había estado completamente preparado para dejar de escuchar a Blake. Hasta que escuché *eso*.

—¿Lo dices en serio? —Lo mire boquiabierto.

—Serio como la lepra. —Blake me da una mirada incrédula—. Resulta que el sueño de esta chica era follarse un jugador de hockey profesional, y el imbécil pensó que sería un buen regalo de cumpleaños para ella.

—Vaya. —De repente entrecierro los ojos—. Demonios. Por favor no me digas que tú aceptaste.

Blake solo sonrío.

Gruño. Ruidosamente.

—Eres un hombre muy, muy enfermo, Blake Riley.

La sonrisa se derrumba cuando estalla en risas.

—Aw, cálmate. Por supuesto que no acepté. No soy una puta.

—Pura mierda —la voz de Eriksson se escucha desde el otro lado del pasillo. Creo que yo no era el único cautivado por los recuerdos del pasado de

Blake—. Eres un perro, Riley.

—¡Guau! —responde Blake.

Eriksson aúlla en respuesta, lo que hace que Forsberg se una, y luego la mitad de mis compañeros de equipo están aullando como un montón de idiotas hasta que el entrenador Hal se levanta de su asiento y dice:

—Cierren la maldita boca, idiotas —se hunde de nuevo en su asiento, y lo escucho murmurándole a nuestro coordinador defensivo—, es como si me encargara de niños.

Me ahogo en una risa. Sí, supongo que él tiene razón. *Somos* unos niños. Unos niños grandotes llenos de testosterona.

Todavía estoy de un sorprendente buen humor cuando el autobús finalmente se detiene en el hotel donde estamos hospedados. Le agradezco al conductor y sigo a Blake por las escaleras, aflojándome ya la corbata mientras mis zapatos golpean el pavimento. A Frank no le gustará que me esté poniendo desaliñado antes de que esté en la privacidad de mi habitación, pero me importa una mierda lo que Frank...

Mierda. Tal vez *sí* me importa. Hay media docena de reporteros en el vestíbulo. Las cámaras destellan y un par de micrófonos son empujados debajo de mi nariz. Reprimo un gemido. No estoy de humor para hablar con la prensa, e interiormente maldigo a Frank por no advertirme que la entrevista de la noche anterior convocaría a los medios de comunicación a invadir nuestro hotel.

Por supuesto, no hacen ni una sola pregunta sobre el juego de esta noche. Eriksson y Blake me lanzan miradas solidarias cuando uno de los reporteros me hostiga sobre mi “relación gay”. Estoy a unos segundos de espetar que una relación es una relación y que no tiene necesidad de calificarla como “gay”, pero de repente siento la mano de Blake sobre mi hombro.

—El bar —susurra.

Aprieto los dientes. Al diablo con eso. No necesito un trago en este momento. Solo necesito desaparecer escaleras arriba.

Sacudiendo la cabeza, digo entre dientes:

—No tengo ganas de beber...

Blake me interrumpe y dice:

—*Bar.* —Más firme esta vez.

Con el ceño fruncido, dirijo mi mirada hacia el bar en el vestíbulo, y mi corazón se eleva y cae en picado simultáneamente.

Jamie.

Jamie está *aquí*.

Está sentado en una mesa cerca del mostrador, sus ojos marrones buscando en la multitud hasta que se clavan en los míos. Mi corazón da volteretas antes de aterrizar en mi garganta.

¿Qué está *haciendo* aquí? ¿Y cómo demonios voy a llegar hasta él sin darle a la prensa una sesión fotográfica que sin duda nos va a avergonzar?

Estoy indeciso entre salir corriendo hacia él y enviarle un mensaje de texto para que me encuentre arriba, pero Jamie me arrebató la decisión de las manos. Mientras observo con los ojos muy abiertos, él se levanta elegantemente de su silla y se dirige hacia mí. Sus largos pasos se comen el suelo de mármol bajo sus zapatillas. Su cabello rubio se ondula cuando se pasa una mano por él. Está sosteniendo algo en su otra mano. Entrecierro los ojos. No me jodas. Es la caja. O más bien, es *una* caja. No aquella que se intercambió de manos varias veces el verano pasado, pero lo suficientemente cerca.

Lo miro fijamente, preguntándome qué significa esto, preguntándome por qué no está en California, por qué voló hasta Dallas...

Mierda. Los buitres han olido la sangre.

Varias cabezas curiosas se giran en dirección a Jamie mientras él cruza el enorme vestíbulo. Una bombilla de flash se apaga, pero aun así, él no se detiene. Me mantiene atrapado en una mirada seria, borra la distancia entre nosotros, y luego está delante de mí, esos ojos marrones centelleando alegremente mientras se inclina más cerca y...

Me besa.

Pánico y alegría salen disparados dentro de mí mientras sus labios tocan brevemente los míos. No hay lengua. No hay pasión manifiesta. Pero cuando él retrocede, el deseo en su expresión es imposible de pasar por alto. Jesús. Espero que las cámaras no captaran ese brillo lleno de lujuria, pero Jamie parece completamente ajeno al notorio centro de atención que se redujo a nosotros.

—Hola —dice suavemente.

Milagrosamente encuentro mi voz.

—Hola. Qué... ¿Qué estás haciendo aquí? —A mi lado, Blake está sonriendo tan ampliamente que me sorprende que su rostro no se rompa por la mitad.

—¿Podemos, eh, hablar en privado? —La cabeza de Jamie gira cuando finalmente se da cuenta de toda la gente mirándonos.

—Por supuesto —tartamudeo.

Blake aprieta una mano sobre mi hombro.

—Hay otro grupo de elevadores allí. —Inclina su cabeza grande hacia el lejano extremo del bar.

Jamie no pierde el tiempo. Agarra mi mano y tira de mí en esa dirección.

Lo sigo, y zigzagueamos alrededor de las mesas altas hasta que las puertas del elevador aparecen. Su mano se siente tan bien alrededor de la mía que olvido presionar uno de los botones hasta que él le da a mis dedos un apretón.

—¿Vas a decirme el número del piso?

—Uh, nueve. Estoy bastante seguro. —Ya nos alojamos aquí una noche, pero cuando visitas tantos hoteles como yo lo hago, es difícil recordar. Busco a tientas en el bolsillo de la chaqueta la tarjeta llavero.

Jamie sonrío y presiona el botón.

Capítulo 29

Jamie

Un minuto después estábamos deslizándonos en la habitación 909. Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, tengo un momento de verdadera incertidumbre. No es miedo. Sé lo que quiero hacer. Es sólo que no sé cómo.

Nunca le he dicho a alguien que quiero que pasemos el resto de nuestras vidas juntos. Sé que él me ama, pero aun así es una conversación arriesgada.

Así que hago un recorrido de la gran habitación de hotel, con sus elegantes muebles a la moda y ventanas del techo al suelo.

—Bonito lugar —digo, revisando la vista.

Cuando me giro hacia Wes, él está mirándome.

—Es más bonito ahora que antes. —Se quita la chaqueta, la arroja hacia una silla. No ha encendido ninguna de las luces, pero su apuesto rostro es iluminado por el brillo de la ciudad de Dallas. Ryan Wesley en un traje, damas y caballeros. Hay pocas vistas tan impresionantes como esta.

Estoy observando. Y todavía tengo la caja apretada en mi mano.

—Muy bien —digo—. Entonces, te prepararé algo con la ayuda de mi hermana, y me subí a un avión. Pero ahora estoy preocupado de que creas que es una locura.

—Bueno... —Se aclara la garganta—. Prometo que no lo es. Sólo estoy muy feliz de verte. —Camina dentro de mi espacio personal y coloca sus brazos alrededor de mí—. Pensé que no ibas a regresar. Tal vez eso es tonto, pero... —Entierra su rostro en mi cuello y toma una fuerte inhalación de mí.

Muy bien. Entonces voy a comenzar con una disculpa. Mi mano libre aterriza en su espalda.

—Lo siento fui un imbécil. Eso... apestó. —Elocuente. *No*.

—No te disculpes. No hiciste nada malo. Sólo entraste en pánico.

—No, *sí* lo hice. —Tomo aire profundamente y me inclino contra él—. Tengo una situación en el trabajo. Arruiné todo y no quería contarte. Es vergonzoso. Estaba preocupado por el dinero, también. Así que sólo te aparté. ¿Qué tan jodido es eso?

Sus cálidas manos vagan por mi espalda.

—Bebé, estabas demasiado triste para pensar con claridad. Si te sientes un poco mejor ahora, eso es lo único que me importa.

Mi primer impulso es discutir con su diagnóstico del problema. No quiero ser el tipo que se derrumba. Pero *era* ese tipo. Y tal vez mi mamá tiene razón sobre los esteroides metiéndose con la química de mi cuerpo. Pero cualquiera que fuera la razón, no la tenía claro en ese momento. No sería justo con Wes si lo negara.

—Creo que me siento mejor ahora —dije en cambio.

—Bien. —Su agarre se tensa—. Eso es lo único que quiero, ¿bien? Eso es todo.

No hay ni un poco de duda en mi mente de que lo dice de verdad. No sé cómo tuve tanta suerte al encontrar a alguien que me ame tanto como Wes lo hace. ¿Cuántas personas encuentran eso?

Hora de ponerse los pantalones, entonces.

Doy medio paso hacia atrás, obligando a Wes a soltarme, y miro la caja en mi mano. Va a pensar que es ridículo.

Tomando aire profundamente, decido que está bien. No importa. Es un gesto importante, y me ha llevado todo el camino hasta Dallas para disculparme, ¿verdad?

Estoy mirando la caja como si tuviera una serpiente venenosa.

—¿Voy a poder abrir eso en algún momento? —pregunta Wes con una risa.

Sin palabras, se la ofrezco. Él la pesa en su mano y luego me mira.

—No pesa —dice—. No suena. —Levanta la capa de papel que pusimos dentro. Demonios, probablemente está roto, lo cual hace toda la idea incluso más estúpida de lo que era.

Sólo iré a esconderme bajo una de esas sillas de cientos de dólares.

La gran mano de Wes retira el pañuelo. Entrecierra los ojos a la cosa adentro. Luego lleva la caja a la ventana para verla mejor.

—Esta... ¿hecho de Skittles morados?

—Sí. —Mi voz es áspera como la grava.

Lo toma con dos dedos, la forma circular de un centímetro perfilada contra las luces de la ciudad.

—¿Es un...? —Se traga la pregunta, como si tuviera miedo de suponer mal.

—Anillo —suelto—. Tu... yo... —Mi boca es una lija—. En esa entrevista, dijiste que querías... —respiro profundamente—, casarte algún día. Y creo que es algo que deberíamos hacer.

Por un segundo después de que consigo decir las palabras se queda de pie tan inmóvil que podría ser una figura de cera en el museo. El anillo, en toda su desastrosa gloria, es sostenido en alto. Nos tomó a Jess y a mí muchos Skittles antes de descubrir cuál de sus pegamentos de manualidades pegaría, y cuanto tiempo teníamos que esperar antes de añadir cada cuenta. Todo había parecido muy dulce y gracioso anoche.

Ahora no estaba muy seguro.

La barbilla de Wes se hundo, y algo malo sucede en mi estómago. Está de espaldas a la luz del paisaje de la ciudad, así que no veo su rostro. Doy un par de pasos más cerca, incluso aunque tengo miedo de que de verdad haya jodido las cosas. Pero tengo que saber.

Abre su boca, pero nada sale. Y entonces sus ojos se llenan de lágrimas, brillando en la luz de la ventana.

—¿En serio? —jadea.

Tomo el tonto objeto de su mano y lo dejo en la caja. Lo pongo sobre el escritorio.

—Sí. Quiero decir, no ahora mismo si necesitas algo de tiempo para pensar en eso...

Dos fuertes manos me agarran de la camisa y me arrastran a sus brazos.

—No... —Toma una profunda respiración que suena mucho más como un sollozo contenido—. No necesito tiempo para pensarlo. Quiero casarme contigo este verano antes de que cambies de opinión. —Sus brazos se aprietan alrededor de los míos, extinguiendo todo el espacio entre nosotros, y coloca su cabeza sobre mi hombro. Siento su pecho temblar un par de veces mientras intenta controlarse.

—Oye —susurro—. No voy a cambiar de opinión.

—Pero tú... —Se aclara la garganta—. Es una decisión más grande para ti que para mí. Tú podrías tener, ya sabes, una esposa e hijos. Una familia.

—Bebé, tengo una familia. Una grande. Nunca me siento por ahí pensando en mudarme a los suburbios y procrear.

—Podrías, sin embargo —dice, con la voz áspera—. Quería darte algo de tiempo para que te acostumbraras a la idea de estar conmigo y no tener... eso.

—¿Quién dice que no podemos? —digo.

Parpadea.

—Si decidimos que queremos tener hijos algún día, hay formas de que hagamos eso, bebé. La adopción. Madres sustitutas. —Pellizco ligeramente su trasero—. Deja de actuar como si estuvieras condenándome a una vida de miseria sin niños.

Eso lo hace reír.

—*Te amo* —digo con firmeza—. Nunca dejé de hacerlo, incluso cuando las cosas se sintieron deprimentes. Y luego vi tu entrevista y sólo necesitaba estar aquí. El, eh, boleto de avión no fue muy económico, pero...

Finalmente se inclina para mirarme. Su rostro está un poco destruido, pero jamás se ha visto mejor para mí.

—Voy a enviarle a ese reportero una buena botella de whisky escocés. Y una caja de puros cubanos.

Entonces me besa. Sabe a lágrimas y a *Wes*. Me hundo justo ahí. Maldición, extrañé esto. La forma en que me besa como si tratara de probar un punto. Y ahora sé cuál es ese punto.

Se supone que debemos estar juntos. ¿Por qué no hacerlo oficial?

De repente mi cuerpo decide toda una serie de formas en las que se supone que debemos estar juntos. Me presiono contra su duro pecho y profundizo el beso. Él agarra mis caderas y gime.

Sólo un nanosegundo después estoy tirando de su corbata y desabotonando su camisa. Él está bajando el cierre de mis pantalones y llevándome hacia la cama. Antes de que pueda parpadear, estoy sobre mi espalda, con la camisa fuera y los pantalones en los tobillos, y la caliente boca de Wes está tomando fuerte succiones de mi pene.

El placer se dispara desde mi eje a mis testículos. Enredo mis manos en su

cabello despeinado y empujo más profundo en su boca, anonadado por la ansiedad, la *pasión*, que está poniendo en su mamada. Lame, succiona y muerde cada centímetro de mí, y gruño cuando se mete el dedo en su boca antes de arrastrarlo por el pliegue de mi culo.

Ante la penetración juguetona, mis caderas se sacuden hacia arriba. Wes se ríe y mete su dedo más profundo, hasta que la yema de este está acariciando mi próstata. Todo mi cuerpo tiembla. Cosquillea. Arde. Gasta una enloquecedora cantidad de tiempo torturándome con su boca y dedo, no, *dedos*. Tiene dos dentro de mí ahora, frotando el sensible lugar y poniendo puntos blancos en mi visión.

—Wes —murmuro.

Levanta la cabeza. Sus ojos grises están nublados de deseo.

—¿Mmmm? —dice perezosamente.

—Deja de malditamente tentarme y comienza jodidamente a *joderme* — jadeo.

—¿Jodidamente a joderte? ¿De verdad necesitabas dos joder?

—Uno es un adverbio y otro un verbo. —Mi voz está tensa así como cada músculo de mi cuerpo. Estoy a punto de explotar en llamas si no me hace venir.

Su risa calienta mi muslo.

—Me encanta el idioma español, amigo. Es tan creativo.

—¿De verdad estamos teniendo esta conversación ahora? —gruño cuando sus dientes se entierran en mi muslo interno. Sus dedos todavía están dentro de mí, pero ya no se mueven.

—¿De qué preferirías hablar? —Parpadea tan inocentemente, sabiendo exactamente lo cerca que estoy del borde.

—De nada —espeto—. ¡Preferiría no hablar de nada!

Wes chasquea la lengua.

—Eso no es un buen augurio para nuestro inminente matrimonio, cariño. La comunicación es la clave.

Lo fulmino con la mirada.

—Entonces dile a tu boca que comience a comunicarse con mi pene,

amigo. Porque si no me haces venir en los próximos cinco segundos, voy a...

—¿A qué? —Se burla, y gimo de consternación cuando sus dedos se retiran. Riéndose, Wes se sube sobre mi cuerpo, agarra mis dos muñecas y las sube sobre mi cabeza—. Dime qué harás, Canning.

—Yo... —Mis ojos lo observan. Es difícil pensar cuando está frotando la parte inferior de su pantalón con mi adolorida erección. Trato de liberarme de su agarre, pero mi hombre es un hijo de puta muy fuerte. Mantiene mis muñecas encerradas en una mano contra el cabecero. Su otra palma acaricia mi pecho desnudo, sus dedos rozan ligeramente un pezón.

Se mueve contra mí hasta que estoy gruñendo de impaciencia. Pero no puedo mover mis manos. No puedo arrancarle el pantalón y tomar su polla con mi mano. No puedo hacer nada más que recostarme aquí mientras este hermoso y grande hombre se frota contra mí como su muñeca sexual personal.

Sus ojos están tan entrecerrados que sólo puedo ver una ranura de gris brillando. Entonces se pasa la lengua por los labios, y una emoción se dispara por mi espalda. Conozco esa mirada. *Amo* esa mirada.

Wes se baja los pantalones. Su dura erección golpea mis abdominales.

—Quiero tocarte —ruego.

—No. —Su tono es exigente. Eso sólo intensifica la emoción—. Tengo que sostenerte para que no salgas corriendo de nuevo. —Me da otro largo beso sólo para aclarar el punto. Y cuando finalmente suelta mis muñecas, se baja de la cama antes de que pueda alcanzarlo—. No te muevas —susurra, y me quedo quieto, mirando con fascinación como camina por la habitación hacia donde dejó su billetera. La abre, y saca de uno de sus bolsillos un lubricante para llevar, y regresa a la cama—. Los brazos sobre la cabeza.

Obedezco. Él arroja mis pantalones a un lado y se acomoda entre mis piernas y agarra mis muñecas de nuevo. Con su otra mano, se lubrica su pene, luego lo lleva hacia el lugar que se muere por él.

—Jodidamente jódeme —ruego.

La diversión baila en sus ojos.

—No voy a follarte.

Ahora estoy gruñendo de nuevo. Maldición. Si planea torturarme de nuevo, de verdad voy a perder la cabeza...

—Voy a hacerte el amor —termina.

Mi respiración se entrecorta.

Sonriendo, Wes deja caer su boca a la mía. Nuestros labios se cierran en el mismo momento en que lentamente se desliza dentro de mí. El ardor de placer me hace jadear, pero él se traga el sonido con un suave y dulce beso que iguala a las dulces y suaves embestidas de su polla. Me llena. Me completa. Mi pene es una lanza de acero contra mi vientre, y lucho contra la apretada banda de sus dedos alrededor de mis muñecas.

—Necesito tocarme —ruego.

Wes muerde ligeramente mi labio inferior.

—Ese es mi trabajo, ¿recuerdas? —Y entonces envuelve su puño alrededor de mí y me da una rápida caricia mientras empuja más dentro de mí.

El orgasmo me atrapa por sorpresa. Pensé que duraría más, al menos una docena de caricias, pero nop, estoy viniéndome y es glorioso, y todo mi mundo está reducido a *él*. Mi mejor amigo. Mi amante. Mi... prometido... oh vaya, nunca pensé que esa palabra sería tan excitante, pero lo es totalmente. Mi pene late con fuerza, otro chorro se derrama contra mi pecho ante el pensamiento de pasar el resto de mi vida con este hombre.

Wes continúa haciéndome el amor, lento y lánguido, como si estuviera saboreando cada segundo de esto. Cuando finalmente se corre, no es en una dura explosión de dicha, sino con un suave movimiento de sus caderas y un suave gemido de alegría. Luego colapsa sobre mí, sus labios rozando los míos en un dulce beso tras otro, sus manos acariciando mis pectorales y hombros antes de acariciar mi cabello.

Eventualmente deja de acariciarme y nos recostamos presionados contra el otro, Wes acurrucado a mi alrededor, cada uno de nosotros en nuestros propios pensamientos. Sucede que miro al reloj, el cual marca la 1:37.

—Debes estar cansado —susurro. Jugó un partido hace un par de horas—. ¿Cuándo se va el bus del hotel? —En su itinerario tiene un vuelvo mañana en la mañana.

—Eh. ¿Siete y media?

—Debemos dormir —digo aunque estoy demasiado despierto.

—O podrías contarme sobre el asunto del trabajo.

Gruño.

—Lo haré. Lo juro. ¿Pero tiene que ser ahora? ¿No puedo quedarme en mi lugar feliz?

Se ríe contra mi nuca.

—¿No estaba yo *dentro* de tu lugar feliz?

—Estás demasiado literario esta noche. —Me levanto y camino hacia el baño de hotel más grande que he visto. Me limpio un poco y luego le llevo a Wes una toalla húmeda, deslizándome de nuevo en la cama con él.

—En serio —dice, limpiándose sus impresionantes abdominales—. ¿Qué podrías haber hecho que fuera tan terrible?

—Golpeé a Danton contra una pared.

—¡Aleluya!

—No. No *debí* haberlo hecho. Tengo mucho más autocontrol que eso. Estamos intentando enseñarles a estos niños a tener espíritu deportivo, ¿verdad? ¿Entonces por qué ignoro todos los consejos de mi jefe sobre cómo encargarme de Danton y luego me voy a los golpes con él? Es la cosa más tonta que he hecho en mi vida.

Wes se queda en silencio por rato.

—Esa es la cosa, sin embargo. *Eres* mucho más inteligente que eso. No hay razón para pensar que puedas hacerlo de nuevo. Échale la culpa a las drogas. Di que fue una casualidad y mantén la cabeza en alto y presenta esa queja que Bill sigue pidiéndote.

—Entonces puedo salvar mi trabajo o mi consciencia, pero no ambos.

Me besa la parte de atrás del cuello.

—Salva tu trabajo, bebé, luego dale un descanso a tu consciencia. ¿En serio crees que esos niños estarán mejor si ese imbécil gana?

Y es aquí donde me doy cuenta por enésima vez en veinticuatro horas lo mucho que amo a Wes. Recostado aquí, acurrucado con su cuerpo desnudo, hablando de mi desastre de carrera, es la mejor terapia de todas. Hay una razón por la que confío en él. Puede que no siempre veamos los problemas de la misma manera, pero él es malditamente listo.

—Voy a ir allá el lunes y voy a reconocer mi error. —Decido—. Quiero ese trabajo. Me lo merezco, también.

Su gran mano frota mi cadera.

—Por supuesto que sí.

Nos quedamos en silencio de nuevo, y después de un rato decido que Wes está dormido. Pero entonces me sorprende hablando de nuevo.

—¿Podemos hablar sobre tu otro tema favorito?

—¿Tu limpieza de mierda?

Se ríe.

—Bien, el *otro*.

—¿Lo cual es...?

—Dinero.

—Dios, ¿por qué?

—Porque cuando la temporada se termine, vamos a tener una boda y luego nos iremos en unas *espectaculares* vacaciones. Quiero planearlo sin que te preocupes por el costo. Todavía nos quedan unas semanas agotadoras por delante, ¿verdad? Será más fácil cada vez que miré el salvapantalla que me haya descargado de cualquiera sea la playa a la que vayamos.

No sé qué decir.

—No tiene que ser caro.

Wes muerde mi cuello por un momento antes de responder.

—La privacidad cuesta dinero. Y tengo dinero. —Tira de mi hombro, así que tengo que girarme para mirarlo—. ¿Sabes cómo me hice rico?

Sacudo la cabeza.

—Despertándome una mañana para descubrir que mi abuelo había muerto, dejándome un montón de dinero. El idiota de mi padre tampoco puede tocar el fideicomiso. El anciano sabía que papá era un bastardo codicioso. —Se ríe—. Es sólo la suerte del azar, ¿bien? E incluso si me hubiera ganado cada centavo cavando zanjas, no hay *nada* que no quisiera darte. Ni una sola cosa.

Se inclina y me besa mientras trato de digerir eso. Recibo un segundo beso y luego un tercero. Pensé que había terminado de descubrir mierda para ahora, pero hay demasiado que puedes aprender a la 1:45 de la mañana mientras tu novio te besa lentamente en la boca, acariciando tu lengua con la suya.

He pasado muchas semanas preocupándome por aceptar ayuda de Wes, porque no quería parecer débil. Y todo el tiempo él sólo ha estado desesperado por mostrarme lo mucho que me ama.

Darme cuenta de ello saca un gruñido de mi pecho.

—¿Qué? —pregunta, acariciando mi cuello.

—Te amo.

—¿Pero...? —Se ríe.

—Pero soy un idiota. Tener tu pene en mi culo jamás ha insultado mi hombría. Pero dejarte pagar por la factura del hospital me volvió loco.

Wes se ríe y luego muerde mi oreja.

—Si arreglara que todo el cheque de nuestra renta viniera automáticamente de mi fideicomiso, ¿perderías la cabeza? Eso es lo que quiero hacer. Porque entonces cuando compres los víveres no tendré que pedirte que guardes los recibos. ¿Qué tal si tan solo dejamos de hacer seguimiento? ¿No es eso lo que las parejas casadas hacen?

—¿Supongo? —Todas las implicaciones de casarme con Wes están amenazando con hacer explotar mi cabeza.

Él debe sentirlo también, porque vuelve a besarme. Eventualmente nos quedamos dormidos, de esa forma, cara a cara, enredados juntos.

Cuando la alarma de Wes suena a las seis y media, ambos gruñimos. Él presiona para apagarla y entierro mi cabeza en la almohada. Nos quedamos recostados medio dormidos, acariciándonos torpemente la piel cálida. El sexo suena como una buena idea, pero ambos estamos demasiado cansados para hacer que suceda. Y cuando su alarma suena una tercera vez, gruñe y se levanta.

Yo no, sin embargo. Mi vuelo no sale en otras cuatro horas. Así que duermo mientras escucho a Wes bañarse y empacar. Eventualmente suena un fuerte golpe en la puerta.

—¡Amigos! ¡Tengo vitamina C!

Wes le abre la puerta a Blake, maldiciéndolo. Y el cuarto ahora está lleno de la charla de Blake. Vitamina C es café, sin embargo, y el aroma comienza a despertarme la consciencia.

—Aw, ¿quién es un dormilón? —dice, dejándose caer sobre el costado

vacío de Wes en la cama—. ¡Cafeína, J-Bomb! Te compré un capuchino.

—Haces difícil odiarte —murmuro en la almohada.

—Eso es lo que todo el mundo dice. —Agarra mi hombro desnudo con una de sus manotas y me sacude.

—Basta. —Tiró de las sábanas con más fuerza—. O no te invitaré a la boda.

—¿A la...? ¡OH DIOS MÍO!

Inconscientemente he cometido un error táctico, porque ahora Blake Riley, todos los cien kilos vestido de traje de él, se levantan y comienza a *saltar* sobre la cama. Abro mi boca para gritarle, pero es difícil pronunciar palabras cuando está gritando.

—¡Maldita sea, sí! —Y comienzo a sacudirme como un par de zapatos en una secadora.

—¡Y...Ya... BASTA! —Me las arreglo para gritar.

Y Wes no ayuda porque está hablando por el teléfono del hotel por alguna razón. Cuelga justo cuando escucho un horrible crujido, como el de madera rompiéndose en dos. La cama se inclina incómodamente y Blake va a dar al suelo.

—¡No te preocupes! ¡No me lastimé! —grita desde algún lado abajo en la costosa alfombra.

Wes y yo nos miramos, nuestras expresiones son una mezcla de humor y horror.

—Blake, rompiste la cama —dice Wes con un suspiro—. Eso va a ir a tu factura no a la mía.

—No sería la primera vez —dice, levantándose del suelo y enderezándose la corbata.

—Al menos rompiste un mueble y no a mi prometido. Hemos tenido suficiente de hospitales.

—Sólo estoy muy feliz por ustedes chicos. —Agarra a Wes y lo levanta del suelo para abrazarlo.

Wes mira sobre el hombro de Blake y pone los ojos en blanco. Cuando sus pies tocan de nuevo el suelo, lleva a Blake por el pasillo.

—Toma el elevador, ¿bien? Debemos irnos.

Blake nos lanza una gran sonrisa.

—Bésalo como despedida ahora, ¡pero no por mucho! —Agarra su propia taza de café y luego baila saliendo de la habitación.

—Uf —dice Wes, mirando alrededor. Es como las consecuencias de un tornado. Un repentino silencio y algo de destrozos. Todavía estoy en la cama, pero se inclina incómodamente. Mi novio camina con cuidado alrededor del borde de mi lado—. Tengo que irme.

Sonrió a su apuesto rostro.

—Lo sé. Te veré esta noche. El boleto más económico tenía una escala en Chicago. Así que me tomara un tiempo.

Coloca una mano en mi cabello y pasa sus dedos por éste.

—No pierdas la conexión. Estaré esperando. —Me da una sonrisa sexi.

Mi pene se levanta ante el sonido de eso.

—No te preocupes. —Lo jalo para un beso. Él sabe a pasta dental.

—Mmmm —dice cuando finalmente nos apartamos—. Escucha, el servicio de habitación vendrá en una hora. Mi abuelo fallecido quiere que tengas un buen desayuno antes de tu vuelo.

Sonríó mientras me besa por segunda vez.

—Dile gracias de mi parte.

Wes suspira y traza mi mejilla con su pulgar.

—Después.

—En efecto.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, todavía estoy sonriendo.

Capítulo 30

Jamie

Dejo caer la maleta en el pasillo, aseguro la puerta principal, y me tambaleo hacia la sala de estar sintiéndome como un hombre que ha pasado todo un año en el extranjero en vez de una mísera semana en la costa oeste. Pero, maldita sea, es bueno estar en casa. Y el apartamento huele fantástico, como a la loción de afeitar de Wes y... ¿limpiador de pino? ¿Alguien limpió la casa mientras estaba fuera?

Mierda, alguien lo *hizo*. El suelo está reluciente, las encimeras de la cocina están impecables y no hay ni una mancha de polvo sobre ninguna superficie. De repente me siento como uno de los tres osos que fueron interpretados en Ricitos de Oro “Alguien ha estado limpiando mi casa...”

—¿Wes? —lo llamo cuidadosamente.

—Dormitorio —viene la respuesta amortiguada de mi novio.

No, no mi novio. Mi... ¿prometido? Vaya. Todavía se siente irreal pensarlo.

Aparece un momento después, usando pantalones de chándal que están deliciosamente bajo en sus caderas. Admiro su pecho desnudo, su multitud de tatuajes, su piel dorada y lisa. Es hermoso. Y parece que ha ganado algo de peso otra vez. No lo había notado la noche anterior porque estaba demasiado ocupado acariciándolo, pero sus pectorales y bíceps están notablemente más esculpidos de lo que habían estado hace unos meses.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —Se pone una camiseta, cubriendo su espectacular pecho, luego se acerca para darme un beso.

Levanto el brazo para masajearme el cuello.

—Aburrido. Y me quedé dormido en una posición extraña, por lo que ahora mi cuello me está matando.

Wes me quita el abrigo y lo lanza sobre uno de los taburetes de la cocina. Por una vez no lo molesto por no usar el perchero en el pasillo. Estoy muy feliz de verlo.

—Ve a tomar una ducha caliente —ordena—. Te prepararé algo de comer, y luego masajearé tu cuello... —Me hace un guiño—. Entre otras cosas.

—Eso... —digo, acercándolo—, suena —rozo mis labios sobre los suyos, y los dos nos estremecemos—, estupendo.

Sonriendo, me golpea el trasero y me da un empujón hacia el pasillo. Camino hacia nuestra habitación y me desvisto, luego entro a la ducha para lavar el olor a café rancio que ha permanecido conmigo desde que dejé el aeropuerto. Me pregunto qué está haciendo de comer Wes. Amo a ese hombre, en serio lo hago, pero cocinar no es su fuerte. Ni siquiera puede freír un huevo sin quemarlo.

Como era de esperar, un hedor punzante asalta mi nariz cuando salgo diez minutos después. Un Wes avergonzado me saluda en la estufa.

—Intenté hacer sándwich de queso a la parrilla —masculla.

Me quedo mirando el cadáver aplastado y ennegrecido de pan y queso solidificarse en mi mejor sartén de hierro fundido. Luego me echo a reír.

—Está bien, cariño. De todos modos, no tengo hambre. Tan solo saltemos a la parte de masajear mi cuello. —Beso su mejilla y apago el quemador de la estufa—. Pero te doy una E por el esfuerzo.

Se anima.

—Excelente. ¿Y viste que limpié? Me pase todo el día arreglando la casa para ti.

—¿De verdad?

Me da una sonrisa de listillo.

—Está bien, no. Pasé dos horas y media viendo la grabación con el equipo. Pero ese es el porqué contraté a una agradable mujer llamada Evenka para que aparezca una vez a la semana y haga la limpieza y la colada. Blake jura que ella tiene poderes mágicos para limpiar. —Agarra mi hombro—. ¿Podemos conservarla? ¿Por favor? —pregunta de la misma manera que un niño que trae a casa un cachorro.

Tengo el impulso habitual de decir que no basado en los gastos. Así que imagino a su abuelo muerto y tomo una respiración profunda.

—Por supuesto.

—Síííí. —Toma mi mano y me arrastra hacia el sofá—. ¿*Banshee*? —sugiere.

—Claro que sí.

Wes toma el control remoto, el cual me lanza. Luego corre hacia la cocina por dos refrescos, probablemente porque se supone que no debo tomar alcohol todavía. Pero ni siquiera me quejo, porque estoy tan feliz de estar aquí.

Cuando se sienta, nos juntamos como dos imanes realineándose. Su cabeza en mi pecho, mi brazo cuelga a su alrededor, nuestras piernas están enredadas. Estoy a punto de comenzar el episodio cuando Wes se ríe.

—¿Puedes creer que recibí un correo electrónico del departamento de viajes sobre una factura por la cama rota?

—¿Ya?

—Se pone mejor. Debajo de eso está un correo electrónico del departamento de relaciones públicas con un enlace a un blog de chismes. No solo tienen una foto de nosotros besándonos en el vestíbulo. Tienen una foto de la cama rota.

—¿Qué? —grito.

Agarra mi mano y la besa.

—Sí. Deben haberle pagado bien a un empleado del hotel por esa pequeña perla. Pero solo es una imagen del mueble, Canning. Me importa más que quieran cobrarme ochocientos dólares. Así que escribí un correo a los departamentos de viajes y relaciones públicas diciéndoles que le cobraran a Blake porque su culo gordo la rompió. Y a qué no adivinas lo que dijeron. — Se ríe disimuladamente—. La casa club pagará por eso porque no quieren que el hotel tenga el registro de un *tercer* hombre en esa habitación. Tú y yo estamos bien para el departamento de relaciones públicas. Pero el chisme de un trío es más de lo que pueden manejar.

—Oh jodido Dios —digo mientras Wes se ríe—. Estás tentado, ¿cierto? Puedo escuchar tus engranajes girando. Quieres reclutar a Blake para hacer fotos incriminatorias falsas.

—Me conoces demasiado bien. ¿Y por qué detenerse en tres? Consigo que Eriksson y Forsberg se emborrachen con escoces y montamos una orgía. Estoy pensando... una pelea de almohadas desnudos.

Le pellizco el trasero.

—Mientras tanto yo estoy intentando mantener mi *trabajo con niños*. Pero no grandes.

—Aw. —Se recuesta y me besa en la barbilla—. Solo estoy bromeando.

—Ajá. —Presiono *reproducir* en nuestro programa, pero todavía estoy sonriendo. La vida con Wes nunca es aburrida. Incluso cuando estemos viejos y canosos y con el culo flácido, él todavía será divertido y todavía será mío.

Nos tomamos nuestros refrescos y vemos el programa. Son las siete en punto, y probablemente hay una docena de cosas con las que deberíamos estar poniéndonos al día: llamadas, correos electrónicos, facturas. Pero ignoramos todo ello porque estamos solos en casa, y estamos juntos, y eso es lo único que nos importa a cualquiera de los dos en este momento.

Wes huele tan bien. Como a champú cítrico y a hogar. Pasa los dedos por mi cabello, y cuando se ríe hacia la pantalla, el sonido vibra dentro de mi propio pecho. Aplanando la mano, paso la palma por su cuello y sobre el amplio músculo de su hombro. Él se siente tan bien que tengo que darle un apretón. Trazo el tatuaje saliendo de la manga de su camiseta. Luego lo alcanzo y tiro de su camisa hacia arriba hasta sus pectorales por lo que puedo poner una mano sobre la piel firme de su vientre.

El programa se sigue reproduciendo, pero me he perdido de la historia. Él se siente vivo y tan sólido contra mí que tengo que inclinarme y besar la parte posterior de su cuello.

—Mmmm —digo. Es grandioso estar en casa.

Mientras continúo mordisqueando su cuello, Wes suspira y se da la vuelta para estar contra mí.

—Se supone que yo debería estar dándote un masaje en el cuello a *ti* —me recuerda.

—Estoy mucho mejor. —Traslado mis cuidados al lado, chupando suavemente la piel debajo de su oreja.

—Joder —murmura—. Se siente bien. —Se da la vuelta por completo, y un segundo después tenemos nuestros labios pegados. El cálido aliento de su respiración sobre mi rostro es todo lo que necesito. Inclino mi rostro para hacer nuestra conexión más perfecta, y él se abre para mí. Nuestras lenguas se enredan, y él se presiona más cerca, metiendo una rodilla entre las mías.

Y todo está bien en el mundo.

La mano de Wes vaga por mi costado, y luego debajo de mi camisa. La palma de su mano se desliza sobre mis costillas, y desearía no estar usando

una camisa en absoluto porque quiero su piel sobre la mía. Pero no quiero dejar de besarla, así que eso simplemente va a tener que esperar.

—Te amo tanto —dice jadeando entre besos.

Hago un gruñido ininteligible para estar de acuerdo, luego tomo una respiración y me las arreglo para enlazar mis propias palabras.

—Vamos a continuar esto en la habitación.

Gime en respuesta, y presiona sus caderas contra las mías. Y, ¡bingo! Los dos queremos lo mismo. Pero ahora nuestros besos se vuelven más profundos. Estoy demasiado ocupado explorando la boca de Wes para levantarme y hacer algo respecto al feliz dolor en mis bolas.

Así que solo permanecemos acostados ahí, tocándonos mutuamente y besándonos cuando el intercomunicados suena.

Wes se queja, pero continuamos.

Pero suena otra vez. Y Wes se retira a regañadientes. Los dos sabemos que quien nos ha llamado probablemente ahora está de camino por las escaleras.

—¿Crees que Blake perdió la llave? —pregunto, mi voz ronca.

Él resopla.

—Probablemente.

—Si entra aquí, nunca nos vamos a deshacer de él.

Wes suspira y se acomoda de nuevo en sus pantalones de chándal.

—¿Tal vez es sólo una entrega o algo? —lo dice con esperanza en su voz, pero por supuesto no ordenamos nada.

Me reclino en el sofá y tomo un trago de mi bebida mientras contesta el timbre.

—Está bien, gracias —dice Wes—. Dile que suba.

—¿Quién es ella? —pregunto alarmado.

—Katie Hewitt. La esposa de mi compañero de equipo. Al parecer, nos trae una lasaña.

—Una... ¿en serio?

—Eso es lo que dijo el portero. Fue como: “Esto huele muy bien, señor Wesley”.

—Pero, ¿por qué?

Wes se encoge de hombros.

—Supongo que estamos a punto de descubrirlo.

Paso las manos por lo que probablemente es un cabello después del sexo.

Alguien golpea en la puerta, y Wes la abre de un tirón.

—Hola, vaya. Buenas noches Katie. Hola Hewitt. Pensé que ambos estarían disfrutando la noche libre.

Wes retrocedió para darle paso a una mujer con un cabello grueso y brillante y una bandeja grande de lasaña.

—¡Feliz compromiso! —grita, luego se gira hacia su esposo con una mirada de traición—. ¡Ben! ¡Se supone que gritarías conmigo!

—Lo olvide —murmura Hewitt.

Me trago una risa, pero se me escapa cuando Katie pasa a un lado de Wes y trota a nuestra cocina como si fuera la dueña. Escucho el sonido de mi horno siendo abierto y cerrado.

Me pongo de pie para saludar a nuestros invitados, y Katie me arrolla y toma mi rostro con las dos manos. Sus uñas están muy rojas y brillantes. Como garras embarnizadas.

—¡Felicidades por el compromiso! ¡Estoy *tan* feliz por ustedes chicos! Sé que estuviste ausente por una semana, por lo que imaginé que no tuvieron tiempo de abastecerse de víveres, así que mi primer regalo de compromiso para ustedes, es comida. —Sonríe, luego me da un abrazo.

Dios, esta mujer tiene una cantidad alarmante de energía.

—Gracias —digo, realmente emocionado—. Nosotros en realidad apreciamos... espera, ¿tu *primer* regalo? —¿Cuántos regalos planea darnos esta chica?

Hewitt debe hacer leído mi mente, porque suspira y dice:

—Amigo, estarás recibiendo entregas semanalmente hasta la boda. Lidia con ello.

Wes se ríe.

—Aw, eso no es necesario —le dice a Katie, quien hace un gesto con una mano bien cuidada.

—Me gusta ir de compras —dice firmemente.

—A ella le gusta ir de compras —confirma su marido.

Katie agarra mi mano y me jala hacia el sofá, luego se arroja a mi lado.

—Dime cómo te encuentras. ¿Ya estás totalmente recuperado? ¿Todavía sigues teniendo pesadillas acerca de estar en el hospital? Cuando tuve mi levantamiento de pecho, ¡las enfermeras fueron muuuuy malas conmigo!

—Uh. —De repente, es muy difícil no fijarme en sus tetas. Cuando dijo que se las había levantado, me estaba imaginando, algo como, grúas para senos—. He estado en mejores lugares, por supuesto. Pero mi mamá y mi hermana estuvieron ahí casi todo el tiempo. Y me siento muy bien. La tos no se ha ido totalmente, pero estoy mucho mejor.

Katie toma mi mano y le da un apretón.

—¡Estoy tan contenta!

—Gracias. —Miro alrededor para ver que en el otro extremo de la habitación Wes y Hewitt están apoyados contra la encimera de la cocina tomando cervezas—. Amigo, ¿dónde está la mía?

Wes levanta una ceja, en la que tiene la barra. Es demasiado sexy cuando hace eso, pero no me gusta cuando el levantar la ceja de manera sexy es para negarme una cerveza.

—Eso solo es una tontería —alego—. Es como con los teléfonos celulares y los sistemas de navegación aérea. Una cosa no interfiere con la otra.

Katie se ríe, y todavía se está riendo cuando el intercomunicador suena. Estoy solo a medio camino para el momento en que Katie ha corrido a toda velocidad hacia la cosa.

—Solo diles que suban —le dice a nuestro portero.

Un minuto después, tres personas más han entrado a nuestro apartamento. Conozco al veterano Lukoczik y a su esposa, Estrella, quien tiene una gran cacerola llena de patas de pollo a la barbacoa.

—¡Felicitaciones por el compromiso! ¡Sólo calentaremos estos para ti! —grita Estrella, dirigiéndose a la cocina.

Eriksson entra después de ellos, y tiene un galón de jugo de naranja recién exprimido y una expresión avergonzada.

—Hola —dice, ofreciéndome su mano—. Katie dijo que trajera comida,

pero yo no hago guisados.

—Uh, eso está realmente bien —digo mientras nos saludamos. Luego observo su mirada lanzándose alrededor de nuestro apartamento. Su curiosidad me emociona, porque me gustaría saber lo que estaba esperando. Si se supone que un apartamento debe lucir de cierta manera, nadie nos pasó el manual.

—¿Quieres una cerveza? —Tal vez debería ofrecerle un cosmopolita como una broma. Nota para mí: comprar un poco de jugo de arándanos para asustar a los compañeros de equipo de Wes.

—Por supuesto. Me gustaría una.

Camino hacia lo que es ahora una cocina llena de gente. Wes está estacionado contra la encimera, en mi camino. Así que le doy un empujón amistoso en la parte trasera para que se mueva. Cuando lo toco, las mujeres sonrían como si hubiera acabado de hacer algo lindo.

Extraño.

Encuentro una cerveza para Eriksson, pasándola a través de la encimera hacia él. Luego abro unas cuantas más para Estrella y su esposo. No he estado en mi cocina por una semana, y Katie tiene razón, nuestra nevera está vacía. Wes, por supuesto, decidió ir a comprar cervezas hoy en lugar de comprar víveres, pero ni siquiera soy capaz de estar molesto, porque simplemente estoy demasiado feliz de sentirme yo mismo otra vez.

Solo toma unos minutos reunir los platos y cubiertos. Aun así, Katie viene cacareando para ayudarme con esta simple tarea.

—No queríamos que tú *trabajaras* —me reclama—. ¡Ese era el objetivo al traerte la cena! ¡Ve y celebra!

Estoy más allá de emocionado. Es increíblemente considerado de parte de los compañeros de equipo de Wes venir y felicitarnos, *alimentarnos*, y los dos estamos un poco estupefactos. Le echo un vistazo a Wes, y lo encuentro haciendo lo mismo conmigo. Ambos sonreímos, luego apartamos la mirada. Todavía no puedo esperar para tenerlo a solas más tarde. No sólo quiero terminar lo que empezamos en el sofá, sino que quiero escuchar lo que piensa sobre esta invasión inesperada.

Estrella me hace una taza de té de hierbas, el tipo que mi madre dejaba después de su visita. No soy un bebedor de té, pero me lo tomo de todas

maneras porque ella está muy desesperada por ser servicial. Por algún milagro también lo ha hecho en mi taza favorita. En la que mi madre nos hacía.

—¿Así que eres de California? —pregunta, empujando la taza en mis manos—. Lo siento, lo leí en el periódico.

Eso es loco.

—Sí. Es seguro que extraño el clima allí.

—Apuesto a que sí. Soy de Madrid. Luko y yo nos conocimos cuando pasé un año trabajando en Nueva York.

—Ah. —Luko comenzó su carrera con los Rangers.

—Pensaba que Nueva York era fría. Luego nos mudamos *aquí*.

—Cierto. —A veces olvido qué tan efímera es esta vida. Estas mujeres tienen que empacar y mudarse cuando el marido es intercambiado.

Ese soy yo también ahora, tal vez. Tomo un segundo para evaluar la idea. ¿Me irrita? Echo otro vistazo a Wes, y él ha inclinado su cabeza hacia atrás para reírse de algo que Hewitt dijo. Necesito esa risa y ese hombre. Así que donde sea que vaya, también voy a querer estar ahí. Él vale la pena.

—¿Vas a los juegos? —me pregunta—. No te he visto en el palco.

Me río.

—Bueno, Wesley tiene un par de asientos. Pero soy el único en ellos.

Su rostro se suaviza mientras hace los cálculos sobre por qué es así. Luego agarra mi muñeca.

—¿En el siguiente juego vienes arriba con nosotros! Nosotros los EYNS tenemos que permanecer juntos, ¿verdad?

Internamente me encojo. He escuchado el término antes EYNS. Esposas y novias. Pero... Tengo un pene, ¡maldita sea!

Creo que ella lee mi mente, o tal vez observa mi expresión horrorizada, porque frunce el ceño.

—Carajo. Creo que tenemos que añadir algo para cuando es un novio.

—Y algo para cuando es un esposo —corrijo con una sonrisa—. Pero no quedaría algo muy pegadizo.

—Sin embargo, lo digo en serio —recalca—. Siéntate arriba con nosotros

en el próximo juego. Bebemos Mai Tais y utilizamos las tarjetas de crédito de los chicos para pedir aperitivos.

Me río, pero ella está seria.

—Suena divertido. —La comida en el horno huele realmente bien ahora, lo que significa que debe estar completamente caliente. Agarro dos toallas y abro la puerta, levantando ambos platos sobre la estufa para asegurarla. Pero el movimiento provoca los últimos restos de mi tos. Así que lanzo la toalla sobre los mangos ardientes de los platos abrasadores y rápidamente salgo de la zona de la cocina, tosiendo en la curva del codo.

Ante el sonido de mi molestia respiratoria, Wes deja su cerveza sobre la encimera y se acerca. Le advierto con una mirada severa, incluso si no puedo hablar exactamente. *Dame palmadas como a un niño pequeño y te mueres*, digo con mis ojos.

Se contiene —hombre inteligente— y se dirige hacia la comida, sacando dos espátulas del cajón. La primera la pone en la cazuela del pollo. Pero luego lo veo meter la segunda en la lasaña, como si la fuera a cortar para servir.

Estoy aclarando mi garganta desesperadamente para decir: *ten cuidado, eso está caliente*, cuando veo que su mano va al mango de la cazuela...

Y no me puedo mover lo suficientemente rápido. Su mano agarra el borde ardiente.

—¡Joder! —grita, saltando hacia atrás.

Abro el grifo en frío y lo agarro por el codo, arrastrándolo hacia el fregadero. Tomo su mano quemada y —después de comprobar la temperatura — la meto bajo el agua fría.

—Cariño, en serio. ¿Otra vez? Cuando hay un paño de cocina cubierto sobre el mango, no es, como, una decoración, es...

—Una señal. Lo sé —dice con los dientes apretados—. Lo olvidé.

—¿Qué tan grave es? —Levanto la mirada para ver a cinco personas observándonos con fascinación.

—Eh —dice él, dándose cuenta de lo mismo. Me quita de encima y mira su mano. Esta roja, y hay una ampolla blanca formándose en la parte inferior de su dedo pulgar.

Agarro su mano y la meto bajo el agua otra vez.

—Por lo menos no es tu mano para lanzar.

Hay una ondulación de risa nerviosa, y Wes suspira.

El único sonido es el agua estrellándose en el fregadero. Y una especie de tozudez me mantiene pegado al lado de Wes. Quiero gritar: “¡Miren, a veces los hombres se tocan entre sí!” Nunca hemos estado por fuera como pareja antes. Esto va a tomar algún tiempo para acostumbrarse.

La puerta se abre de nuevo. Esta vez se trata de Blake, y utiliza su llave.

—¡Chicos! —grita—. ¡Huelo la lasaña de Katie! —Su mirada se desplaza a Wes y yo—. Dios. ¿Te quemaste de nuevo, principiante?

Mi novio gruñe en voz baja, y Katie y Estrella entran en acción, cortando la lasaña sin incendiar su propia piel, y entregando platos alrededor.

No hay suficientes lugares para sentarse. Me siento mal ocupando un lugar en el sofá, pero Estrella me pone ahí con un plato y mi taza de té. Ella y Katie me hablan un poco más. Son realmente agradables pero siento como si estuviera siendo reclutado para un club.

—¡Hewitt! —grita Blake desde su posición elevada en la encimera—. ¿Me oíste? Estoy planeando la boda.

Me giro tratando de localizar a Wes y mi mirada alarmada se encuentra con la suya.

—Ni hablar —le dice a su compañero de equipo—. La única cosa que necesitas planear es cómo mantener ese gran pico cerrado durante la ceremonia.

Blake frunce el ceño.

—¡Lo haría bien! ¡Sé de flores!

—Nombra cinco flores que pondrías en los centros de mesa —ordena Wes, mientras ahogo una carcajada. Si Wes puede nombrar cinco flores, me comeré mi casco.

—Eh. Rosas. Tulipanes. Narcisos...

—¿Narcisos? —exclama Katie—. Mantenlo alejado de tu boda, Ryan. Te daré el número del planificador de bodas que Ben y yo usamos.

—No puede tener el trabajo de todos modos —digo—. Mi hermana Jess ha

decidido convertirse en planificadora de fiestas. Definitivamente el trabajo es suyo.

Hay algo un poco mal en el rostro de Blake cuando nombro a Jess. Eso es extraño. Debieron realmente haberse molestado como el infierno el uno al otro cuando estuvieron haciéndome de niñas.

Después de que todo el mundo come, toman todos los platos y los lavan en la cocina. Y no me permiten ayudar. Termino en el sofá, junto a Hewitt y Eriksson y los tres intentamos ganarnos los unos a los otros en las mejores historias de “lanzarse delante del disco”. Como un arquero, bloquear los tiros era técnicamente la parte principal de mi trabajo, pero sus historias son bastante entretenidas.

—No miento... Bloqueé el maldito tipo con mi culo —me cuenta Hewitt—. Tuve un moratón del tamaño de un pomelo durante semanas.

Eriksson se ríe.

—Oye, eres un defensa. Es tu deber sacrificar cualquier parte de tu cuerpo por la causa.

—Está bien, puedo totalmente superar eso —digo—. Tenía dieciséis y estaba al final de la línea de golpeo en el campo de hockey. Tercer periodo, mi equipo ganaba por uno y peleaba para mantener la ventaja. El lateral izquierdo contrario me lanzó un tiro de muñeca. Lo detuve, pero uno de mis defensas fue empujado hacia mí y de repente nos enredamos en la línea y el disco se perdió. De alguna manera, perdí mi palo... y mi guante. Pero vi ese disco volando hacia mí de nuevo y ni siquiera me detuve a pensar... Simplemente alejé a ese hijo de puta con mi antebrazo desnudo.

Eriksson y Hewitt parecen impresionados.

—Amigo, eso es una locura. ¿Te rompiste el brazo?

Suspiro.

—En dos lugares.

—Eso es duro —dice Eriksson, silbando en voz baja.

Wes abre la boca desde detrás del sofá, en absoluto impresionado.

—¿Les estás contando sobre la vez que rompiste tu brazo intentando ser Superman?

—Sí —replico.

—Me voy a casar con una persona loca —informa Wes a sus compañeros.

Resoplo.

—¡Ja! Dice el chico que se escabulló a las cuatro de la mañana para ir a nadar desnudo y luego se abrió el pie. Y no vamos a olvidar la inyección del tétano por caerte en la cerca que intentabas escalar y ese clavo oxidado sobre el que caminaste mientras andabas descalzo... porque estabas borracho. Y el chico que...

—Está bien, de acuerdo, tú ganas —dice Wes, alzando sus manos en rendición—. Ambos estamos locos. —Se vuelve hacia Blake, que empieza a parlotear sobre sus propias aventuras nadando desnudo, mientras sigo hablando de hockey con Hewitt y Eriksson.

Para el momento en que Katie anuncia que es hora de irse, me siento un poco aturdido. Pero no puedo negar que me lo pasé muy bien conociendo a los compañeros de Wes y sus EYNS.

—Eh, gracias por todo —digo a Katie y Estrella mientras las acompaño a la puerta.

De una en una, me abrazan como si fuésemos amigos perdidos hace mucho tiempo.

—Cuídate, Jamie.

—¡Mándame un mensaje antes del juego de los Sharks! ¡Te guardaremos una bebida!

Me despido rápido de los compañeros de Wes y, cuando la puerta finalmente se cierra detrás de ellos —incluso Blake toma la pista y se va—, me vuelvo para mirar a Wes.

—Eso fue... —Mi voz se desvanece.

Duda, midiendo mi expresión.

—Tienen buena intención —dice ligeramente.

—Lo sé. Es... genial. —Una sonrisa curva mis labios—. Es inesperado, ¿sabes? —Wes y yo habíamos siempre esperado el día cuando no tuviéramos que escondernos. Pero nunca dediqué algún pensamiento a cómo encajaríamos en la sede del club. Todavía no estoy seguro, pero ninguno de nosotros puede negar que esta noche fue un éxito a gritos.

—Sí. —Sonríe también—. Fue agradable. Por primera vez desde que la

temporada comenzó, finalmente me siento como que... —Arruga su rostro como si buscara la palabra correcta.

—Pertenece —suministro, mi voz suave.

Su cabeza se mueve en un asentimiento.

—Sí. Eso.

Mi corazón se aprieta cuando pongo ambas manos en sus mejillas, acariciando la oscura barba incipiente en su rostro.

—Lo haces —le digo—. Pertenece a este equipo. Pertenece con esta gente. Pertenece conmigo.

Sus ojos plateados de repente parecen húmedos.

—Te amo, Canning.

—Te amo también, Wesley.

Pero en la parte de atrás de mi mente, me pregunto dónde pertenezco. O más bien, dónde terminaré. Wes es mi hogar. Es mi corazón. Pero no puede ser mi todo. La incertidumbre que rodea mi trabajo roe mis adentros. Mañana tendré que ir y encontrarme con Bill, tal vez enfrentar a Danton, ver a los chicos que han estado jugando tan bien sin mí.

No tengo ni idea de qué traerá el mañana. Pero esta noche... Me encuentro con los hermosos ojos de Wes, una sonrisa formándose en mis labios a pesar de mi ansiedad sobre mi trabajo. Esta noche, estoy con el hombre que amo y eso es todo lo que importa.

Capítulo 31

Jamie

El lunes entré a la pista de hielo a la nueve de la mañana en punto. El familiar olor del hielo y sudor me golpeó inmediatamente y lo sentí directamente en mis entrañas. Este trabajo significa mucho para mí. Si lo pierdo, sé que me repondré de la decepción. No me arruinará.

Pero realmente apestará.

En el metro ensayé mi discurso de disculpa y estoy preparado para afrontar las consecuencias. Así que me dirijo directamente a la desordenada oficina de Bill Braddock y llamo a la puerta.

Cuando levanta la mirada de su escritorio, primero parece sorprendido y luego sonrío.

La tensión en mi pecho se aligera un centímetro o dos.

—¿Tienes un segundo?

—¿Para ti? Por supuesto, cierra la puerta entrenador.

Mi cerebro está trabajando horas extra para descifrar estas cortas frases. Aún me está llamando “entrenador”, así que eso es bueno. Pero mientras la puerta hace ruido al cerrarse me pregunto si aún tendré ese título cuando la abra de nuevo.

—Tienes mejor aspecto —señala cuando me siento en la silla del visitante.

—Me siento mejor —indico inmediatamente—. Finalmente tengo todas las drogas fuera de mi sistema. Hago algo de ejercicio. Las cosas están mejorando. —Todo es cierto, pero probablemente sonaré como si se lo estuviese vendiendo.

—¿Ya has ido al médico por el alta médica?

Niego.

—Simplemente volé de regreso anoche y venir a verle estaba al principio de mi lista. Pero tomaré la primera cita que puedan darme.

—Bien. —Levanta un disco, el único sujetapapeles que tiene en su escritorio un entrenador, y lo gira entre sus dedos—. Me disculpo una vez más por no escucharte cuando me dijiste que tu coentrenador usaba lenguaje

hiriente.

Mi primer impulso es decir “No es un gran problema, señor”. Pero he pensado en esto varias veces y ahora estoy un poco enfadado conmigo por dejarlo ir antes.

—Estoy preparado para rellenar ese informe —digo en cambio—, me gustaría hacer oficial mi queja. —Incluso aunque no me siento personalmente el objetivo del lenguaje de Danton, es mi *trabajo* para detener a otro entrenador de decir “marica” cada tres palabras. Incluso si señalar con el dedo me hace sentir incómodo—. Estamos intentando criar unos jóvenes admirables y no deberían escuchar a una figura de autoridad insultando.

Braddock asiente enérgicamente.

—Eso es absolutamente cierto. Aunque tengo que imprimírte un nuevo formulario. En cambio de llenar una queja, debes elegir hacer una carta como apoyo de otra queja.

Busqué en mi mente, tratando de recordar de qué puede estar hablando, pero no encuentro nada. La única queja que conozco es la que va en *mi* contra.

—¿Qué quiere decir?

Sonríe.

—Alguien ya ha rellenado una queja contra el lenguaje de Danton y va a haber un comité de disciplina el mismo día de la queja contra ti.

La columna me hormiguea.

—¿Quién la rellenó?

—Tu equipo. Hasta el último jugador. Se enteraron de la queja de Danton, ya conoces este sitio, es como una fábrica de cotilleos y todos se alteraron. Irrumpieron en mi oficina después de la práctica y canalizaron su desagrado en una queja adecuada.

Por primera vez en diez días realmente sentí un poco de mareo.

—¿De verdad?

Alzó la mano derecha.

—La honesta verdad de Dios. Su queja es de ocho páginas detallando ejemplo tras ejemplo de un lenguaje inapropiado y homofóbico. Y también unos cuantos comentarios racistas. Me bebí un gran vaso de escocés después

de leerlo. No tenía ni idea de que las cosas fuesen tan mal.

Tuve que apretar la mandíbula para evitar decir “Te lo dije”.

—Así que... —Se aclara la garganta—. Por favor, presenta un recuento de tu propia experiencia y será añadido al archivo. El comité se toma todas las quejas en serio.

—Incluida la que hay en mi contra —añado.

—Correcto. Pero estoy seguro de que el comité reconocerá tu impecable historial laboral con nosotros y con tu antigua posición en el Campamento Elites. Y luego está el problema de las quejas contra Danton y tu enfermedad temporal. Puede que estén inclinados a simplemente darte una advertencia. Pueden hacer eso en una primera falta.

Las palabras “primera falta” me hicieron sentirme mal. No se suponía que se aplicarían a mí. Jamás.

Bill junta las manos y me estudia.

—Tenía algo que me gustaría comentar contigo. Una sugerencia que puedo hacerle al comité cuando consideren cómo resolver la queja contra ti.

—¿Qué es? —Si conoce un truco para sacarme del lío, soy todo oído.

—Nunca hemos hecho ninguna formación de diversidad con nuestro personal y quiero empezar. A cambio de liquidar la queja contra ti con simplemente una página en tu expediente, ¿qué te parecería hablar con el personal sobre tus experiencias?

—¿Mis... experiencias?

—Con la homofobia. Puedes hablarle al personal sobre cómo es ser un deportista gay. Contarles tu historia. La cura para luchar contra los prejuicios es encontrar un punto en común, ¿cierto? Quiero que mis empleados entiendan tu perspectiva única, porque probablemente no es tan única como creen. Puedes hacer algo bueno simplemente compartiendo tu experiencia con tu argumento.

Inmediatamente se me llena la cabeza con objeciones. *Técnicamente no soy gay. Soy bisexual. No tengo una larga experiencia contra la homofobia. En total, llevo unas cuantas semanas fuera del armario. No soy un experto.*

E incluso si lo fuese, odio compartir mierda personal en el trabajo.

Pero estoy aquí para salvar mi trabajo. Un trabajo que me encanta. Así que

hago lo que me prometí.

—Estaría feliz de hablar con el personal —le aseguro a Bill.

Sonríe.

—Maravilloso. Volveré sobre esto después del encuentro disciplinario la próxima semana. Mientras tanto, por favor, consigue una nota del médico. Tu equipo te necesita, especialmente desde que hemos suspendido al señor Danton pendientes de su acción disciplinaria.

Me siento derecho en la silla.

—¿Quién está entrenando al equipo?

—Gilles está un poco ocupado entrenando su equipo y el tuyo con la ayuda de Frazier. Pero no te asustes. Te necesitan, pero pueden mantenerse a flote otra semana hasta que esto pase.

Me estrecha la mano y estoy fuera de la puerta antes de darme cuenta de lo confiado que sonaba de mi reintegración. Eso me entusiasma. Mientras camino por la acera a medio derretir son solo las nueve y media. Probablemente Wes ya está en la pista pero no en el hielo. Así que lo intento con su teléfono móvil.

—¡Hola! —saluda, respondiendo al primer toque—. ¿Cómo fue?

—No muy mal. Creo que puede que sobreviva. —Le hablo sobre el informe que rellenaron mis jugadores.

—Jesús. ¡Eso es increíble!

—¿Verdad? Amo a esos chicos. Aunque hay un obstáculo. Bill me quiere de voluntario para hablar sobre mis experiencias con la homofobia. Ya sabes, porque soy un gran experto. —Me río de solo imaginarlo—. Va a ser la reunión más corta de la historia.

—¿Quieres ayuda?

Casi le digo que no por puro hábito. Ahí está otra vez esa palabra mágica. Pero me detengo justo a tiempo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto en cambio.

—Puedo hablarles sobre cómo fue ser un jugador de hockey gay cuando nadie lo sabía. Pasé mi primer año de universidad cagado de miedo sobre lo que podrían pensar de mí si lo sabían. Si ayuda a ti y a tu jefe, me pasaría por allí y contaría esa historia.

Mi paso vacila y dejo de caminar.

—¿En serio? —Me imagino a Wes hablando en esa sala de conferencias y la mirada en todos sus rostros cuando el novato más exitoso de Toronto en una década atravesase esa puerta.

—Claro. ¿Por qué no? En algún momento Frank Donovan va a hacerme dar ese discurso al equipo. Este puede ser mi precalentamiento.

—Vaya. De acuerdo. *Sí*. Te haré la cena todos los días durante una semana si me ayudas a librarme de esto.

—Canning —dice, con voz baja y lenta—. ¿Qué tal si elijo mi propia recompensa?

—Eso, uh, también me sirve.

Se ríe.

—Te amo. Voy a entrar en el hielo ahora. ¿Una comida tardía después?

Esta noche tiene que jugar contra los Tiburones, un partido en casa. Y al parecer, voy a tomar bebidas con sombrilla con las esposas y novias en algún palco.

Pero primero, comida con mi hombre.

—Por supuesto. Te veo en casa.

Después de colgar me dirijo al metro sintiéndome mucho más aliviado y preguntándome qué plato favorito de Wes debería hacer para la comida.

Capítulo 32

Jamie

Una semana después, el jurado me declara no culpable.

De acuerdo, estoy siendo melodramático. No hubo jurado, sólo un comité. Y sin veredicto, sólo una “decisión oficial” que determinó que mis acciones hacia Danton tal vez podían haber sido provocadas y exacerbadas por la medicación que había estado tomando. Mi archivo personal ahora incluía un aviso, pero no se tomó ninguna otra acción disciplinaria, para mi alivio. Incluso aunque Wes se pasó toda la semana diciéndome que no me preocupase, aún estaba imaginando todos los peores escenarios y estoy contento de poder volver a respirar.

Hay un salto en mi caminar mientras entro en el estadio el lunes por la tarde, inhalando el aire fresco y sintiendo el bienvenido frío en el rostro. Los niños ya están en el hielo haciendo su patinaje de calentamiento. Danton no está a la vista. Cuando comprobé con Bill esta mañana, me contó que Danton aún está de baja hasta que la queja contra él se resuelva. No le pregunté por qué mi “caso” se resolvió primero. Simplemente estoy agradecido de que así fuese.

Los jugadores me ven mientras me acerco a la pista. Varios de los chicos saludan con la mano, unos cuantos gritan *¡Bienvenido de vuelta, entrenador Canning!* Pero sólo uno se dirige hacia mí. Es Dunlop, que se quita el casco cuando se detiene.

—¡Entrenador! —Tiene las mejillas rojas del esfuerzo. O tal vez de la alegría. Me gusta pensar que es lo segundo.

—Dunlop —le saludo con una gran sonrisa y un golpecito en el hombro. Luego lo suelto inmediatamente. Probablemente voy a prestar un poco de demasiada atención a la forma en que el equipo interactúa conmigo durante un tiempo. Wes dice que hay uno en toda multitud que no puede dejar pasar su sexualidad y es simplemente la forma en que es—. Los he extrañado, chicos —le aseguro a Dunlop.

—También le eché de menos. —Suena incómodo y se sonroja—. ¿Se encuentra bien?

—De maravilla —le aseguro—. Pero un consejo, nunca tengas neumonía.

Se ríe.

—Intentaré recordarlo.

Salto el muro y patino alrededor haciendo unos cuantos círculos rápidos. Joder, es tan bueno estar de vuelta en el hielo. Le hago un gesto con la cabeza a Dunlop para que me siga y nos deslizamos hasta la red. Mi arquero deja su casco sobre ella, aún sonriendo de manera ridícula.

—¿Vio nuestro récord?

—Mald... —rápidamente me corrijo—. *Vaya* si lo hice. Cuatro partidos seguidos ganando, ¿eh? Lo están haciendo genial. Lo *estás* haciendo genial.

Aparta la mirada, pero no antes de que vea el destello de satisfacción en sus ojos.

—Dos paradas —comenta con timidez—. Y sólo dejé pasar un gol en el partido anterior.

—Lo sé. Estoy orgulloso de ti. —A pesar de mi auténtica felicidad de que el equipo esté de nuevo en marcha, no puedo luchar contra esa molesta inseguridad. Quiero decir, no les viste ganando cuatro partidos seguidos cuando *yo* estaba por aquí—. Parece que el entrenador Gilles te enseñó nuevos trucos —digo a la ligera.

Dunlop frunce el ceño.

—¿Lo hizo?

—Vi algunos de los partidos. Tu confianza se disparó desde que me marché. —Ahora *yo* me estoy sintiendo extraño. Maldita sea, ¿por qué estoy poniendo mis inseguridades a los pies de este pobre chico?

Me da otra mirada divertida.

—¿Cree que lo estoy haciendo mejor porque se marchó? Eso es una tontería, entrenador. ¿Sabe qué pasó cuando se puso enfermo?

Es mi turno de fruncir el ceño.

—Todos estábamos realmente preocupados —murmura, mirándose los patines—. Y fue como, mierda, tengo que recomponerme porque el entrenador Canning *no* necesita algo más por lo que preocuparse. Ya sabe, nosotros perdiendo todo el tiempo. —Se vuelve a sonrojar—. Pensé que si ganábamos, tal vez se recuperaría más rápido.

Tengo gran dificultad en mantener la boca cerrada. ¿Este chico mejoró su

juego porque no quería que me preocupase de que el equipo estuviese *perdiendo*? Estoy avergonzado de sentir escozor en los ojos, así que toso de manera viril y digo:

—Bueno, lo que sea que estés haciendo, continúa. Estás jugando como un campeón.

Suena un silbido. Gilles está en la línea azul, gritando algunas instrucciones a los delanteros. Cuando me ve, sonrío y asiente para que me una a él.

Patino hacia allí, y los chicos con los que está trabajando se quedan en silencio.

Mierda. ¿Esto va a ir raro? Dunlop me dio la bienvenida con facilidad, pero, ¿y si los otros no?

Toso, para aclarar la aspereza formándose en mi garganta, luego llamo al resto del equipo para que se acerque. Cada uno me está mirando. Esperando con expectación. Choco las manos. Luego dudo.

—Entonces —comienzo con incomodidad—. Se acerca otro torneo, así que tenemos que introducir algo de trabajo. Pero antes de que empecemos, ¿alguno tiene, eh, alguna pregunta para mí?

Hay un largo silencio.

Finalmente, Barrie levanta la mano y contengo la respiración mientras espero su pregunta.

—¿Ryan Wesley vendrá a alguno de nuestros partidos?

Pestañeo sorprendido. De acuerdo. Bien, no estaba esperando *eso*. Y cuando miro el rostro de los niños, no veo horror o disgusto. Sólo curiosidad. Puedo trabajar con eso. Excepto que me pregunto... ¿si me estuviese casando con un tipo cualquiera de la calle, habrían tenido más problema con esto? Tal vez no se supone que me preocupe de eso. De hecho, tomaré su apoyo de cualquier forma que pueda conseguirlo.

—No estoy seguro —respondo—. Miraré nuestro horario de partidos y el suyo y veré si funciona. Pero sé que Wes estaría feliz de venir si su calendario se lo permite.

Todos sus rostros se iluminan.

—¿Alguien más? —apunto. Cuando nadie habla, vuelvo a chocar las

manos—. Muy bien, entonces empecemos a trabajar. —Y simplemente así, sus expresiones se vuelven serias, fijos en mí mientras esperan que yo empiece la práctica.

Maldita sea, es bueno estar de vuelta.

* * *

La práctica termina a las seis y media. Me dirijo al vestuario para cambiarme, le envío un mensaje a Wes para saber si ya está fuera. Me va a recoger esta tarde porque vamos a tener una cena con sus compañeros de equipo, que es el porqué traje ropa extra a la pista de hielo. En lugar de los vaqueros y la sudadera con la que entré, me pongo una camisa azul y una chaqueta y pantalón azul marino.

Mi atuendo llama la atención de Gilles, que se está poniendo una, ¿qué más podría ser?, una camisa a cuadros.

—¿Vas al club de campo o algo? —se burla.

—Cena con mi... —Me detengo de repente. He estado a punto de decir “mi compañero de piso”, pero supongo que ese es un hábito que necesito romper, ¿eh? Wes y yo no vamos a seguir escondiéndonos—. Con mi novio —termino. Supongo que podía haber dicho prometido, pero aún no le he hablado a mis compañeros de trabajo sobre mi compromiso y no es una bomba que realmente quiera soltar en mi primer día de regreso.

Gilles pone una expresión arrepentida.

—Debes haber pensado que éramos idiotas al llevarte a ese bar. Flirteando con esas chicas... —Suspira, pareciendo tan avergonzado que no puedo evitar sonreír.

—Oye, no sabían que vivía con un hombre.

Eso hace que me gane una expresión interrogante.

—No, no lo sabíamos. Alguien no nos lo dijo.

—No era algo que fuese capaz de anunciar —admito—. Wes... su carrera... necesitábamos mantener la relación escondida.

Gilles asiente.

—Lo entiendo. Pero aún me siento como un tonto.

Infiernos. Esa nunca fue mi intención.

—Lo siento por eso. Era una situación de mierda. Pero ya se acabó. Estamos fuera. —Me remuevo con torpeza—. Y sé que hay alguna gente que no puede aceptar o entender mi relación con...

—No soy uno de esos —interrumpe.

Titubeo.

—¿No?

—No. Mi hermana tiene novia.

—Oh.

—Sí. Mis padres están en PFLAG⁷ y todo.

—Asombroso —comento, aunque no estoy absolutamente seguro de qué significa. Soy el peor gay de la historia. Que alguien me pase el manual—. Bueno, gracias por decírmelo. La cuestión es, me gustaría volver otra vez al bar con ustedes. Realmente no me gustaba decirles tanto que no, pero ha sido un año raro.

—Bien. —Sonríe—. Pero sólo si juegas a los dardos en mi equipo, porque Frazier no es tan bueno como piensa.

Niego.

—Estaba realmente centrado en el blanco esa noche, porque mantenía las manos de esa chica lejos de mi trasero.

Se ríe.

—Vimos a tu, uh... Vimos a Ryan Wesley en el bar, ¿verdad? ¿No me inventé eso por estar borracho?

El recuerdo me altera.

—Estaba allí. Fue completamente incómodo.

—Bueno. Bien, la próxima vez, simplemente le invitaremos.

—Buena idea.

El teléfono me vibra en la mano. Es Wes:

Estoy en el estacionamiento.

Le contesto:

Voy afuera.

Otro mensaje aparece. Dice:

Mi polla está muy dura ahora mismo.

Me río ahogadamente y el sonido hace que Gilles se ría entre dientes.

—Diviértete en la cena —dice antes de marcharse del vestuario.

En contestación, tecleo:

¿Cuán dura?

¿Conseguiré ser arrestado si tomo una fotografía de mi polla en el auto ahora mismo?

Se me escapa la risa. Respondo:

Absolutamente. No puedes ir esta noche a la cárcel. Tenemos planes para cenar.

Me pongo unos zapatos de vestir, meto mi otra ropa en el casillero y me encamino al estacionamiento, donde la camioneta de Wes esperaba por mí. En el suelo, la nieve está un poco derretida, así que tengo cuidado de no salpicarme y arruinar mis zapatos, pero estoy feliz de ver que la nieve finalmente está empezando a derretirse. Aunque, aparentemente, es mala suerte celebrarlo. Anoche, Blake me advirtió que siempre hay una ventisca o dos en marzo. A veces, incluso en abril y mayo. Blake lo llama “El invierno te jode”.

Wes me saluda con una sonrisa sexy mientras entro en el asiento del pasajero. Me inclino para besarle, luego le miro la entrepierna.

—Mentiroso —reprendo—. Ni siquiera estás semi.

Se frota la ingle y se lame los labios.

—Puedo cambiar eso. Dame un momento.

Resoplo.

—¿A dónde vamos, de todos modos?

Sale del bordillo y disfruto de la vista de sus fuertes manos sujetando el volante. Me pregunto si sabe que tengo un fetiche con sus manos.

—Algún lugar de la guía Michellin que le gusta a Forsberg. Estoy seguro de que será increíble. Y no nos dejarán pagar, así que puede que *tengas* que pedir la cosa más cara del menú. Eso es lo que hacen estos idiotas.

—Es bueno saberlo.

El equipo nos va a llevar a cenar por el cumpleaños de Wes. Normalmente

hacen esta cosa del cumpleaños en carretera, pero esta vez todo el equipo se tomó una noche lejos de sus familias sólo para que yo también pudiese ir.

Cuando Wes se detiene frente al restaurante, un valet uniformado toma las llaves y le llama “señor”.

De hecho, cuando entramos veo que es fácilmente uno de los lugares más ostentosos en los que he estado en Toronto. La camarera nos lleva a través de un elegante bar y hacia un grupo de escaleras. Estamos en una bodega al cien por cien, hilera tras hilera de “estanterías” triangulares construidas a través de las paredes de piedra para sostener las botellas. En el centro de la bodega hay una habitación de paredes de cristal, con una mesa preparada para dos docenas de hombres que realmente no conozco. Y la mayoría ya está ahí bebiendo su primer cóctel de la noche.

—¡Holaaa! —gritan varias voces a la vez cuando nos acercamos. Se me ocurre que el que eligió este sitio es un genio (rico). Una cena de jugadores de hockey puede ser bastante ruidosa. Así que, ¿por qué no hacerla en una cámara a prueba de sonido en el sótano más agradable de Toronto?

Estoy a la cabeza, así que entro primero en la habitación, pero entonces me detengo para que Wes me alcance. Está justo detrás de mí, su mano sobre mi hombro.

—Buenas noches, señoritas —dice a la habitación—. ¿Dónde nos quieren?

—¡Pónganse allí! —grita Blake, señalando dos asientos juntos en el medio de la larga mesa—. Que empiece el juego.

Wes se sienta y un camarero con un traje que es más bonito que cualquiera de los míos entra para tomar nuestros pedidos de bebida. Pienso en pedir algo afrutado sólo para molestarlos, pero entonces, realmente tendría que bebérmelo. Así que, en cambio, pido un Griffon Ale.

—Pediré un Manhattan. Hazlo seco. No afrutado.

—¿En serio? —Wes nunca pide una bebida mezclada.

Mi prometido se encoge de hombros.

—Es la bebida de mi padre y cuando entro en un lugar como este, siempre pienso en él. —Wes se reclina en la silla y olfatea el aire—. ¿Huelen eso? ¿Cuero viejo y dinero?

Eriksson se ríe.

—¿He conocido a tu padre?

—No. —Wes sacude su servilleta—. Y nunca lo harás. Sólo escuché de él tres o cuatro veces un año *antes* de mi Gran Entrevista Gay. Ahora está fuera de mi camino, para bien.

Hay un pequeño silencio de conmoción.

—¿Y tu madre? —pregunta Blake.

—No se atrevería a salirse de la línea. Su pérdida. —Choca las manos—. ¿Qué está bueno aquí?

Pedimos grandes cantidades de deliciosa comida. Elijo un filete, como la mayoría de la mesa. Blake pide costillas de cordero y no puedo evitar sorprenderme.

—Sabes que eso es una oveja, ¿verdad?

Me mira como si tuviese un coeficiente intelectual del 50.

—Amigo. La mejor defensa es un buen ataque.

Correcto.

Llegan un montón de aperitivos. Alguien ordenó tres de todo para la mesa. Hablamos sobre cómo se perfilan los finales, mientras devoramos una montaña de cóctel de camarones, un océano de ostras y un montón de tartar de atún.

Es una buena vida. Realmente lo es.

Wes

El alcohol ha empezado a hacer su efecto en mí justo cuando Hewitt se levanta y lanza la servilleta en la silla.

—Discúlpeme un momento, chicos. —Deja la habitación. El servicio de hombres debe de estar arriba. Posiblemente no pueden tener uno aquí abajo.

Olvido que se fue cuando vuelve instantes después. Y tengo que fijarme bien.

Está llevando *mi* camisa, la verde brillante a cuadros que compré en Vancouver.

—Esa... ¿dónde la conseguiste? —farfulto. Realmente bajo la mirada a mi pecho para comprobar que aún llevo la mía.

Hewitt se encoge de hombros.

—Te dije que a mi mujer le gusta ir de compras. Debió haber visto la tuya y le gustó.

Bien, podía jurar que no la estaba llevando antes. Pero todo el equipo está aquí, así que simplemente puede que no lo notase. Tomo otro sorbo de mi Manhattan y siento la quemazón del alcohol bajando por mi garganta. Paseo la mirada por la habitación, notando los rostros de los jugadores iluminados por la luz de las velas y la excelente comida y bebida. La cuestión es que a mi padre le habría gustado esta cena. Realmente lo haría. Y si no fuese tan imbécil, probablemente podría estar aquí ahora mismo.

Su pérdida, como dije antes.

El sumiller entra con cuatro botellas diferentes de vino tinto bajo el brazo.

—Nadie eligió blanco, ¿eso está bien? —pregunta.

—Joder no —comento demasiado alto. Pero es mi fiesta—. Incluso tu homosexual local necesita un fuerte tinto con su filete.

El tipo del vino parece desconcertado, pero mis compañeros de equipo se ríen como si fuesen a mearse encima.

Eriksson levanta la mano.

—Pero yo pedí pescado.

—Eso es culpa tuya —menciona alguien y, luego, Eriksson es apedreado con servilletas arrugadas.

Justo otra noche con los mejores de Toronto.

Eriksson se levanta.

—Entonces, iré a pedir algo al bar. —Sale de la habitación.

Jamie está hablando de estrategia defensiva con Lemming y seguro que no quiero interrumpir la conversación. Tal vez Lemming pueda superar su incomodidad con las cosas gays mientras está hablando con otro gay. Así que saco la botella de cerveza vacía de la mano de Jamie y la cambio por un vaso de tinto.

—De acuerdo. También tendré un marido si te ponen bebidas en la mano —bromea Forsberg.

—Y eso es exactamente por lo que se va a casar conmigo —aseguro con un guiño odioso.

A mitad de frase, Jamie estira la mano para darme una palmada juguetona en la cabeza y luego acaba su pensamiento sobre la trampa de la zona neutral.

—Así que —pregunta Hewitt, viéndose fantástico con mi camisa—. ¿Cómo se van a casar, de todos modos? Como... ¿Quién camina por el pasillo?

Jamie y yo intercambiamos una mirada asustada. Porque no hemos tenido esta conversación. Le dejaremos todo eso a Jess.

—Ehh —murmuro—. ¿Canning? ¿Ideas?

Se encoge de hombros.

—¿Quién necesita un pasillo? Creo que simplemente tendremos un juez o algo y lo haremos en el pórtico de mis padres. Y luego comeremos un gran montón de costillas. Mi madre es un genio con el ahumado.

Hewitt abre ligeramente los ojos. Casi puedo ver la bombilla sobre su cabeza.

—Entonces, si los que se casan son hombres, la comida es mejor que en una boda normal.

—Y la cerveza —añade alguien.

—Aun así tiene que haber una tarta —argumenta Blake—. Creo que no es legal sin una tarta. Leí eso en alguna parte.

Ahí es cuando Eriksson regresa a la habitación. Sin una copa. Pero está vistiendo, espera, la camisa. La camisa “gay” verde brillante.

—Jooooder —digo lentamente—. Cariño, ¿ves la camisa? Se están riendo de mí.

Gira su hermoso rostro. Eriksson está de pie al final de la mesa flexionado como un culturista dirigiendo el tráfico.

—¡Oh, mi jodido Dios! —Se ríe Jamie—. Necesito una fotografía. —Saca su teléfono móvil—. Ve allí. Los tres.

Jamie tiene su fotografía. Pero unos minutos después, Blake sale de la habitación y vuelve vistiendo la camisa en la talla veinte o lo que sea que esa bestia vista. De repente, me doy cuenta de que mis compañeros de equipo se gastaron unos cuantos cientos por el envío urgente, cada uno, para llevar esto a cabo. ¿Es estúpido que esté realmente conmovido por esta locura?

Infiernos. Me estoy convirtiendo en un tonto.

—Blake —mascullo—. ¿Cómo demonios lograste esto?

Toma un sorbo de vino.

—Usé mi llave. Busqué en su apartamento, así pude averiguar quién hizo la maldita cosa. Me llevó media hora encontrarla porque tuve que excavar. Amigo, deberías aprender a deshacer la maleta.

Jamie me golpea en el bíceps.

—¿Ves?

—... obtuve la marca y empecé a mirar en internet. Realmente muy fácil.

Forsberg se levanta.

—Soy el siguiente. De todos modos tengo que ir al baño. —Sale de la habitación regresando unos minutos después vistiendo de verde.

Y Cristo, ¿cuando tienes un grupo de estas camisas en una habitación pequeña? Este color es un poco chillón. Pero sólo bajo la luz del restaurante.

Uno a uno, incluso después de que llegue el plato principal, cada jugador deja la habitación, volviendo con La Camisa. Sigo bebiendo, poniéndome más feliz y sentimentaloides con cada sorbo de vino.

Incluso tienen una para Jamie. Es el último en marchar y vuelve llevando ese verde cítrico y una gran sonrisa.

—*Ahora* necesitamos la fotografía —afirma—. Le he pedido al camarero que la tome.

Y así es cómo Canning y yo llegamos a tener una gran fotografía enmarcada en el muro de nuestra sala de estar acompañados de todos los jugadores de Toronto vestidos de algodón chillón. Juro que el color es un poco más brillante en la impresión de lo que es en la vida real, porque esta fotografía es un poco cegadora. Pero Jamie se ríe cada vez que lo sugiero.

Pero aquí estamos, dos docenas de risas teñidas de rojo por el vino, saludando a la cámara como idiotas. Blake está en la parte de atrás, con la servilleta atada alrededor de la cabeza como un pañuelo. Tengo una mano sobre el hombro izquierdo de Jamie en el centro de la imagen. Su sonrisa es justo tan relajada y verdadera como el día que le conocí.

Y me veo... centrado. No es una palabra que haya usado nunca para describirme. Pero todo lo que he querido siempre está en esa foto... el hombre de mis sueños y mis compañeros de equipo. He dejado atrás mi

sonrisa engréida en favor de una que es tan tímida que apenas me reconozco.

Pero seguro que el de ahí soy yo. Somos *nosotros*. Y es perfecto.

Fin

¿Quieres asistir a la boda de Wes y Jamie?
Puedes confirmar tu asistencia aquí.



Biografía del autor



Sarina Bowen es autora de éxito en EE.UU. Hoy en día está llena de ideas, Le encanta escribir sobre Parejas contemporáneo angustioso y ficción New adulto. Vive en los bosques de Vermont.

Es la autora de *The Ivy Years*, una serie premiada por el paisaje marcado por el equipo de hockey en un colegio de élite de Connecticut. Además, de la serie [Gravity](#).

Con **Elle Kennedy**, Sarina es la autora de *Him y Us*.



Elle Kennedy A New York Times, EE.UU. Hoy en día y Wall Street Journal es una exitosa escritora, creció en los suburbios de Toronto, Ontario, y tiene una B.A. en Inglés de la Universidad de York. Desde muy temprana edad, sabía que quería ser escritora, y comenzó activamente a perseguir ese sueño cuando era una adolescente.

Actualmente escribe para varias editoriales. Ella ama las heroínas y héroes fuertes alfas atractivos, y sólo con el suficiente calor y el peligro para mantener las cosas interesantes!!

AGRADECIMIENTOS

Moderadora de traducción

Mimi & Cecilia

Traductoras

Nelly Vanessa, Molly Bloom, nElshIA, Kath,
Axcia, Melusanti, Neera, Mona, Maria_Clio88,
Blonchick, Valalele, Mimi

Moderadora de Corrección

Cecilia

Correctoras

Cecilia, Maye, Mimi, cereziito24, Crys, Caronin84,
Florpincha, Annabrch, Mimi, Dennars

ESTE LIBRO LLEGA A USTÉDES, GRACIAS A

SIMPLY BOOKS

Notas

[←1]

El vodevil fue un género de teatro de variedades que existió en EEUU principalmente entre los años 1880 y 1930.

[←2]

West Bumfuck, literalmente se refiere a una comunidad muy lejos de la sociedad; sin embargo su sentido literal de bumfuck es culo follado, de ahí el chiste respecto a que le guste a Wes.

[←3]

CGI: Evolución de los efectos especiales.

[←4]

EDM (Electronic Dance Music): Música electrónica bailable.

[←5]

Clickbait: Una estrategia que genera muchas visitas pero a su vez genera el odio de muchos usuarios.

[←6]

Downer Donny: Es el masculino del original Debbie Downer, personaje del programa Saturday Night Live, la cual era negativa todo el tiempo y se encargaba de arruinar el buen humor de los demás.

[←7]

Padres, Familiares y Amigos de Lesbianas y Gays.